LUISIANA

JULIA MALYE



narrativa
salamandra

Julia Malye

LUISIANA

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco

narrativa
salamandra


Quebec
Trois-Rivières
Isla de Montreal
Río San Lorenzo
Fort Saint-Pierre
Lago Superior
Lago Hurón
Lago Michigan
Lago Ontario
Lago Erie
San Luis Misisipi
Los Iroqueses
País de los Shawnee
Ohio
Misuri
Kaskaskia
País de los Illinueses
Prairie du Rocher
Fort de Chartres
Alta Luisiana
Arkansas
San Luis Misisipi
Los Chickasaw
Los Caddo
Los Tonicas
Yazoo
Baja Luisiana
Fort Rosalie
Natchez
Los Choctaw
Pascagoula
Mobile
Los Houma
Biloxi
Pointe Coupée
Île aux Vaisseaux
Nueva Orleans
La Balize
Océano Atlántico
Golfo de México
0 100 200 300 400 500 km

A mi madre y mi padre

En 1720 el velero *La Baleine* zarpa de Francia llevando a bordo a un grupo de reclusas e internas del hospital parisino de la Salpêtrière. Se dirigen a Luisiana en una época en que los colonos necesitan esposas desesperadamente, y llegan a esas tierras, conocidas también como Misisipi, en 1721. Esta novela se inspira en su historia y es un homenaje a esas mujeres, olvidadas durante demasiado tiempo tanto en Francia como en Estados Unidos.

PRIMERA PARTE

Llegan cegadas a Luisiana. El sol cae sobre Biloxi con un resplandor asombroso para un mediodía de enero. Las mujeres entornan los ojos deslumbradas por la luz invernal, y enseguida aparecen la playa blanca y una muchedumbre inmóvil de hombres flacos y curtidos que se alzan de puntillas. A bordo de las canoas, las pasajeras se agarran unas a otras. Las suelas de sus zapatos están tan gastadas que notan el relieve de la madera. A pocos metros de la orilla, los marineros dejan de remar y algunas intentan levantarse. Con el peso, las canoas se balancean. El aire se les pega como pan mojado a la garganta.

Por primera vez en tres meses, divisan la arena que el agua les ha ocultado durante la travesía; este fondo atlántico que han vislumbrado fugazmente esta mañana al desembarcar de *La Baleine*. Nadie les ha explicado dónde pasarán la noche ni cuándo se casarán. No hace falta contárselo todo a las mujeres.

Algunas se inclinan sobre la borda. Rocas, conchas, peces: escamas relucientes, movimientos rápidos, un destello plateado con el rabillo del ojo. Se oye un grito, las pasajeras se agitan en las canoas. Una chica cae al agua con un ruido seco. La canoa oscila peligrosamente, pero no se vuelca, y varias manos se tienden hacia la náufraga. Su vestido negro se despliega como una mancha de tinta. La chica deja de debatirse. Pese a lo que ellas creían saber sobre las aguas que las han llevado hasta allí, no se hunde. Hace pie. La ven erguirse con el cuerpo recto, en tensión, jadeando a ras de mar, con la cabeza vuelta hacia la playa, donde los murmullos de

los hombres se mezclan con los del oleaje. Inquietas, excitadas, nerviosas, sus compañeras la imitan. La chica no intenta volver a la canoa. Se dirige a la orilla con una máscara de pelo negro pegada a la cara.

Las demás hacen lo único que les queda por hacer: se cogen de la mano más cercana y saltan al agua.

1

Marguerite

París, marzo de 1720

Marguerite debe confeccionar una lista. Dobla la carta del procurador general y trata de encontrar una postura mejor para su pierna mala. Con la lluvia de los últimos días, la hinchazón se le ha extendido desde los muslos hasta los dedos del pie, e incluso le duelen las articulaciones de las manos. A esa hora las chicas ya han salido de los talleres de costura, las voces que recitaban los últimos salmos han enmudecido y las supervisoras le han entregado los últimos recuentos. Las tiendas están cerradas y los artesanos se han retirado a sus alojamientos. Ni siquiera se oye a las prisioneras del pabellón de las locas. Marguerite se quita la cofia. Después de la puesta de sol, no debería estar en el despacho, sino en su jardín, bajo la mimosa en flor y sus densos racimos, que parecen pelucas de hombre. Allí, rodeada de margaritas y asfódelos, consigue olvidar el verdadero olor de la Salpêtrière.

Abre una carpeta medio vacía. Tiene las manos torpes, por culpa de los temblores que sufre últimamente, y la lista del año anterior está a punto de caer debajo del escritorio. Hace casi un año y medio fue la encargada de escoger a las mujeres que se enviaron al

Misisipi. Su primera lista satisfizo enormemente al procurador general; y ahora, en su carta, Guillaume-François Joly de Fleury le comunica que el gobernador de Luisiana en persona ha reclamado más mujeres para la colonia. Marguerite acerca la vela a la hoja de papel. Esta noche no sabe por dónde empezar.

El invierno anterior la situación era distinta. La idea de trasladar detenidas al Misisipi había sido suya: pudo elegir a las candidatas ideales. En la Salpêtrière no quedaban camas para las mujeres que realmente necesitaban un refugio. Los dormitorios estaban ocupados por chicas que ya no tenían remedio, y sólo tuvo que decidir si se desharía primero de las envenenadoras, las promiscuas, las rebeldes o las brujas.

En efecto, en esa primera lista había prisioneras de todo tipo. De las doscientas nueve internas que seleccionó hace un año, recuerda en especial a una charlatana que se pasaba el día gritando obscenidades contra el rey desde su celda de la cárcel de mujeres. Pero esta vez no le sirven las chicas de la Grande Force. El señor Joly de Fleury ha sido claro: el gobernador Bienville no quiere más ex convictas; necesita noventa futuras madres. Mujeres fértiles, competentes, discretas. Para Marguerite eso significa que sólo puede recurrir a las internas de la Casa de Corrección o a las niñas de la Casa Saint-Louis, el orfanato de la Salpêtrière. Se imagina a Charlotte Couturière, la pelirroja de doce años, embarcando rumbo a Luisiana, esa tierra desconocida y bárbara que a Marguerite le inspira más miedo que admiración. No, Charlotte no. La pequeña huérfana se quedará en la Salpêtrière, a salvo. En unos años, puede convertirse en supervisora. El Misisipi necesita mujeres fuertes.

Moja la pluma en el tintero. La charlatana tenía una hermana pequeña que todavía no se había corrompido. Marguerite trata de recordar su nombre, pero únicamente le viene a la cabeza el apellido. Debajo del título «Pasajeras de *La Baleine*», escribe: «1- Étiennette (¿o Antoinette?) Janson, de entre quince y diecisiete años.»

Sólo le faltan ochenta y nueve nombres. Se recuesta en el respaldo de la silla; el dolor se irradia de los pies al cuello. En el recipiente de porcelana, la tinta le recuerda los círculos que ha trazado su pluma.

—¿Señora?

Al otro lado de la puerta, alguien repite la misma palabra con voz quejumbrosa. La señorita Bailly sabe que no debería molestarla después de las completas, la última oración de la tarde.

—¿Qué ocurre?

La hoja de madera chirría y su nueva ayudante entra en la estancia. Sus gestos reflejan su carácter: obtuso, quisquilloso, apocado.

—¿Qué quiere?

—La supervisora de la Grande Force ha comunicado nuevos casos de mordedura de rata.

Su cara de miedo exaspera a Marguerite. Una vez más su ayudante le demuestra que es incapaz de arreglárselas sola.

—Dígame algo que aún no sepa, señorita Bailly.

—La loca. Émilie Le Néant.

Marguerite se toca la pierna mala con la punta de los dedos.

—¿Ha llamado a los guardias? ¿Dónde está la supervisora?

—Lo han intentado todo, pero no se calma.

Por supuesto. Con Le Néant, ni el látigo funciona. Hace un mes Marguerite ordenó que la privaran de todos los sacramentos: no se puede esperar nada de una mujer que se jacta de no haberse santiguado en diez años.

—Las otras presas empiezan a ponerse nerviosas...

Marguerite se apoya en el escritorio para levantarse. No saben hacer nada sin ella. Últimamente lo piensa cada vez más a menudo, primero con orgullo y alivio, pero luego con cansancio y miedo.

—Démonos prisa.

No pueden. Marguerite se esfuerza en cruzar el patio Lassay a buen paso, pero tienen que detenerse delante del dormitorio de Sainte-Claire. Ha anochecido, la oscuridad se traga el puñado de trabajadores que se apresuran a volver a casa, las celadoras comprueban que los pobres están bien acostados y tienen suficiente agua para la noche. La señorita Bailly observa la iglesia de Saint-Louis como si acabara de advertir que tiene cuatro naves. Apoyada en la pared, Marguerite espera a que el dolor remita para reanudar la marcha.

Cortan por el edificio de las Ancianas. Marguerite camina mirando al frente hasta llegar al patio de Sainte-Claire. Allí las losas cambian y se convierten en pequeñas trampas para la punta de su bastón. Esta noche, la Salpêtrière, su ciudad, le parece inmensa. A su derecha, en los edificios de Saint-Augustin y Saint-Jacques, reina el silencio. Sólo queda una ventana iluminada, en el taller de las jóvenes. Una carcajada resuena en la oscuridad, justo al lado de la prisión. Cuando toman la rue del Corps-des-Gardes, les llegan otros sonidos: los llantos del dormitorio de los niños, los gruñidos de la porqueriza y los insultos del edificio de Les Archers. A la izquierda, la

prisión de la Grande Force se recorta en el cielo nocturno. En esa zona se respira un ambiente siniestro que siempre le afecta. Si la construcción de la Salpêtrière hubiera estado a su cargo, Marguerite habría hecho edificar la cárcel de mujeres en la otra punta del recinto, donde actualmente se encuentran las cocinas y el patio de Les Chèvres. Y habría preferido mantener a las locas fuera del hospital.

—¡Por aquí! —les indica la señorita Elautin.

Cuando la supervisora de la Grande Force aparece en el umbral de la prisión, los guardias bajan la voz, y una vez que se cierra la puerta sus risas se apagan por completo. En la humedad del pasillo, el hedor a cerrado, frío y repugnante le provoca náuseas.

—Le he repetido a la señorita Bailly que no era necesario molestarla —dice la supervisora.

—Gritaba tan fuerte que se la oía desde el cementerio —argumenta la aludida.

—A estas alturas, debería estar acostumbrada a los ruidos de esta institución —replica la señorita Elautin.

—Eso ahora ya da igual —dice Marguerite—. Cuénteme lo que ha pasado.

En el primer piso, alguien pide vino, Pierre o Jean y, luego, simplemente, ayuda. La supervisora se cruza de brazos.

—La ha calmado una de las presas.

—¿Ha entrado alguien en la celda de Le Néant? —pregunta la señorita Bailly.

Marguerite la mira con desdén.

—Por supuesto que no —dice la señorita Elautin—. De ser así, habría tenido usted un buen motivo para molestar a nuestra

directora.

—¿Quién la ha hecho callar?

La vela sólo ilumina parte del rostro de la supervisora, y su perfil plano le evoca la imagen de un montón de cabezas de carpa alineadas en una banasta.

—Una tal Geneviève Menu.

En general, Marguerite intenta no pensar mucho en su hermana, pero fue precisamente Lucie quien denunció a Geneviève Menu hace dos meses. No sólo le advirtió sobre los vicios de su antigua lavandera, sino que aprovechó la ocasión para recordarle que está emparentada con hombres poderosos: su hijo es el nuevo jefe de policía, igual que lo fue su padre en su día. Hasta ahora Marguerite nunca se ha visto obligada a rendir cuentas a nadie: siempre ha escogido libremente a las mujeres deportadas. Sin embargo, ahora el máximo responsable del orden público vuelve a llevar el apellido de su hermana, d'Argenson, una familia plagada de condes y marqueses.

—Vamos —dice Marguerite señalando la cárcel con el bastón y casi golpeando a la señorita Elautin. Pensar en Lucie le pone de mal humor.

Las dos mujeres obedecen en silencio. Atraviesan antecámaras desiertas. Los muros ciegos dan a patios exiguos, celdas exteriores en las que el cielo sólo es un pequeño rectángulo. Marguerite intenta recordar todo lo que sabe sobre Geneviève Menu. Cuando llegó a la Salpêtrière, era capaz de memorizar cientos de nombres y caras. Todavía recuerda los nombres de las mujeres encerradas en el pabellón de las locas hace treinta años, al igual que las caras de las jóvenes protestantes que le confiaron en 1700, tras su fallido intento

de huir a Inglaterra. Puede ver a Charlotte, con ocho o nueve meses, escrutando su rostro y el de la supervisora del orfanato, esa gélida noche de enero de 1709. Pero es incapaz de recordar las acusaciones que se presentaron contra Menu.

La supervisora se detiene y su manojo de llaves tintinea en el pasillo. La señorita Bailly y un guardia la ayudan a abrir la puerta.

—Le Néant está en aislamiento, al fondo.

Marguerite se tapa la nariz. Son esos días del mes en que los dormitorios huelen a metal y sudor. Como todos los inviernos, las densas aguas del Sena han empezado a bajar más deprisa y el canal de evacuación que recorre el muro este de la Salpêtrière se ha desbordado. Dentro de la cárcel, el aire parece sólido, como el barro seco o los excrementos de pájaro; una pestilencia que, Marguerite lo sabe, impregnará su vestido y se deslizará bajo su cofia. En la oscuridad, oye los cuerpos que se rebullen en la paja, un sollozo sordo, una tos de pecho, pero ni uno de los alaridos que esperaba. Se detiene ante la penúltima puerta.

Al principio no percibe nada anormal. Su vela va salpicando las piedras de luz amarillenta mientras atraviesa la primera celda. El frío nocturno penetra por el tragaluz y disipa momentáneamente los fétidos efluvios de la prisión. Entonces lo oye: un golpeteo monótono e insistente. Marguerite conoce bien ese ruido: en la Casa Cuna ha visto a más de un bebé golpeando el cesto con la cabeza, meciéndose a sí mismo con esas pequeñas sacudidas para suplir las caricias de una madre. Le Néant yace inmóvil, dormida. Sus tobillos parecen más delgados donde los rodean las cadenas. El frío le ha resecado la piel de los brazos; una manta raída cubre su cuerpo desnudo. El ruido no cesa.

Al alzar la vela hacia el tragaluz de la celda contigua, Marguerite descubre una figura envuelta en un hábito de estameña y arrodillada sobre un jergón destrozado. La reclusa tiene los nudillos enrojecidos, desollados por la piedra. Sigue golpeando el muro con el puño incluso cuando sus apagados ojos se encuentran con los de la directora. Se miran el tiempo suficiente para que Marguerite alcance a ver una fina telaraña de capilares alrededor de sus iris azules. Cuando le devuelve la vela a la supervisora, no sabría decir quién ha desviado primero la mirada, si ella o la mujer que trabajaba para su hermana.

—Encárguese de que vistan a esta pobre criatura —ordena a la señorita Elautin—. Y traslade a Menu a la Casa de Corrección.

La señorita Bailly le ofrece el brazo tímidamente, y esta vez Marguerite lo acepta sin dudar. De vuelta en su despacho, escribe un segundo nombre en la lista de futuras pasajeras de *La Baleine*.

Cuando Marguerite llegó a la Salpêtrière, el hospital tenía trece años y ella dieciocho. Fue la última vez en su vida que llevó un vestido de tonos vivos, uno azul verdoso con bordados de hilo de plata ceñidos como argollas en los puños de la manga. Sus cabellos aún tenían el color de la pulpa de la manzana. No había elegido convertirse en supervisora, pero no quería regresar a casa porque no quería casarse, a diferencia de su hermana.

Corría el año 1669. Molière por fin tenía permiso para representar *El tartufo*; el conde de Grignan y Françoise-Marguerite de Sévigné acababan de celebrar su boda en la iglesia de Saint-Nicholas-des-Champs; y una cálida tarde de abril, ante una multitud silenciosa,

Luis XIV había besado los pies de doce mendigos. La víspera de la partida de Marguerite hacia la Salpêtrière, Lucie sólo hablaba de París, sentada en el tocador, mientras se untaba la cara con una mezcla de huevo y albayalde para disimular las marcas de viruela. Para parecer aún más pálida, se había dibujado venas azuladas en el pecho.

El teatro y las bodas traían sin cuidado a Marguerite, y si su padre no hubiera decidido que su hija pequeña serviría a la causa del nuevo hospital tampoco le habrían interesado los poderes curativos del rey. Pero ahora que estaba a punto de instalarse en la Salpêtrière, escuchaba con atención las historias sobre mendigos. No tardaría en vivir entre ellos y cuidarlos. Mientras Lucie le hablaba de los besapiés reales, Marguerite se imaginaba los dedos negros, las uñas rotas y los carnosos labios del monarca.

—No te preocupes —le dijo Lucie—. En ese sitio no tendrás que besar a nadie. De hecho, dudo que siquiera toques a alguien.

Resultó que su hermana había acertado sólo a medias. En la Salpêtrière no se besaba, pero se tocaba. Después de cincuenta y un años en el hospital, Marguerite no sabría decir cuántas manos enfermas había sostenido entre las suyas.

De niña, su padre le hablaba a menudo de los pobres de París. Después de la Fronda, le contaba historias de campesinos que, despojados de sus bienes, huían del campo y se hacinaban en arrabales tan exiguos que el aire y el sol sólo entraban por las chimeneas. Le contaba cosas del barrio de Chasse-Midi, donde por la noche los niños salían a robar los despojos de los animales de los mataderos. En 1642 habían muerto asesinados más de trescientos hombres en las calles de París. Su padre repetía esas cifras

maravillado, como si contara monedas de oro, y acababa con la corte de los milagros, con la historia del falso soldado que, tras pasar horas mendigando, se quitaba las vendas de la pierna, perfectamente sana. Hablaba de él como si lo hubiera conocido en persona; luego se levantaba del confidente para contemplar el Bièvre, que desfilaba por delante de su palacete cargado de huesos y hojas secas hacia el Sena. Marguerite tardó años en comprender que su padre desconocía por completo la situación de los pobres. Que los necesitados nunca habían sido otra cosa que un tema de conversación durante los consejos reales, fantasmas tras los visillos de la berlina en la que volvía de Versalles.

Cuando su padre tuvo la idea de que una de sus hijas trabajara en la Salpêtrière, Marguerite no fue su primera opción. Unos años después de que se hubiera construido el hospital por orden del rey, el hombre pensó en enviar allí a Lucie. Eso no sorprendió a nadie, ni siquiera a Marguerite. Su hermana era avispada e inteligente y hacía gala de una testarudez que la gente tomaba por paciencia o determinación. Su padre estaba convencido de que, con su educación y su audacia, Lucie convertiría el hospital en una institución moderna.

El hombre cambió de opinión el día en que el futuro lugarteniente general de policía le pidió la mano de su primogénita. Era una cálida mañana de invierno; la nieve se derretía bajo un cielo anaranjado. El padre se volvió hacia Marguerite. Tenía la habilidad de presentar sus propuestas de forma que sus interlocutores acababan creyendo que la idea había nacido de ellos. Una vez más le habló del mendigo que se hacía pasar por un soldado herido y le aseguró que la gente como él necesitaba la ayuda de mujeres como ella.

Hoy en día, Marguerite todavía no sabe qué clase de mujer es ella. Lo único que sabe es que, a sus sesenta y nueve años, todavía intenta demostrar que merecía ser la primera opción.

Las supervisoras no tardarán en entrar en el refectorio y les complacerá descubrir su nueva tarea. Tras su visita de hace cinco días a la Grande Force, Marguerite ha decidido pedir a las responsables de cada casa que elaboren una lista (una simple fuente de inspiración para ayudarla a elegir a las noventa mujeres que partirán hacia Luisiana). Se detiene frente a la ventana. No necesita tener los ojos abiertos para enumerar lo que hay detrás del edificio Mazarin y el taller Saint-Léon: la iglesia de Saint-Louis y, más allá, un laberinto de patios, decenas de dormitorios y talleres, calles que llevan a las cocinas, la lavandería, la enfermería y, por último, al Marais, el jardín más extenso del hospital. Marguerite busca el uniforme blanco y negro de las supervisoras, pero se acerca la hora de la comida y la muchedumbre se agolpa entre la Porte des Champs y el paseo de Les Prêtres. Los aprendices de calderero y cerrajero se apresuran a volver a los talleres de sus maestros; entre los puestos del mercado, unos chicos recogen restos de verdura para alimentar a los cerdos; un sacerdote llama al orden a unos monaguillos; cuatro celadoras encargadas de supervisar la distribución de las comidas se precipitan hacia el edificio de las Ancianas. Marguerite resopla. Llegarán tarde a la bendición. Se las imagina corriendo escaleras arriba; ve los ojos vidriosos que las miran; conoce el silencio que precede a la oración. La Salpêtrière no tiene secretos para ella. Sabe mejor que nadie los deberes de cada

limosnera, guardiana, mozo de cuadra o jefe de obras que cruza los patios de su ciudad.

—Señora.

Marguerite se vuelve justo cuando la supervisora de la Casa de Corrección se está irguiendo tras la reverencia. La señorita Suivit se sonroja constantemente, y Marguerite nunca sabe si es por el frío, el calor o por alguna misteriosa emoción.

—Quería hablar con usted sobre la nueva interna, Geneviève Menu. Dudo que esa mujer sea capaz de ningún acto de contrición —dice.

Marguerite bebe un sorbo de vino. Hace unos años nadie se habría atrevido a cuestionar sus decisiones. Trasladaba a las prisioneras de un dormitorio a otro sin que nadie se inmutara.

—Y me temo que no soy la única que opina así —añade la señorita Suivit—. Creo que Menu debería volver a aislamiento.

—En ese caso, le alegrará saber que no se quedará mucho tiempo en su casa.

La señorita Suivit frunce el ceño y Marguerite comprende su error de inmediato. Siempre ha procurado compartir sólo la información estrictamente necesaria con sus subordinadas: cuanto menos sepan, menos cuestionarán sus decisiones. Fuera, las campanas de la iglesia tocan la sexta, la oración de mediodía, y tres celadoras entran cuchicheando en el refectorio. La supervisora de la Casa de Corrección sigue mirándola fijamente; con lástima y nostalgia, igual que miraría a una muñeca vieja antaño adorada.

Cuando Marguerite regresa a sus aposentos, no le sorprende encontrar una carta de Lucie en su escritorio. No la abre de inmediato. Se acerca a la estantería en la que se apilan las carpetas

de las internas. Las hojas más antiguas han virado a un tono beis, como de cáscara de huevo, y la que saca es de un blanco lechoso. En la parte de arriba, figuran la edad de la acusada en el momento de su detención (22), los nombres de sus padres (Jacques Menu y Françoise Boisseau), la fecha de su encarcelamiento (12 de enero de 1720) y la persona que solicitó la orden reservada (Lucie de Voyer de Paulmy d'Argenson). Y más abajo, con una letra tan pequeña y tortuosa que a Marguerite le cuesta descifrarla, la palabra: «Abortera.»

Sabe lo que debería hacer: llamar a la supervisora de la Grande Force y ordenarle que devuelva a Menu a su celda. En el taller más cercano, las chicas recitan las letanías de la Virgen. Marguerite desdobla la carta de su hermana. Lucie lo exagera todo. A los doce años, gritó que la querían envenenar el día que una criada tuvo la mala fortuna de servirle un cuartillo de leche agria. A los setenta y uno, es capaz de convertir a una perdida en una asesina.

En su carta, hace acusaciones aún peores. Se ha enterado de que Menu ha salido de la prisión y exige que vuelva a la celda de aislamiento de inmediato. Su texto está lleno de preguntas retóricas y exclamaciones, como siempre. Marguerite relee la última frase: «¡Ten compasión de las criaturas cuyas madres conocen el arte de esos bárbaros asesinatos!» Pero Marguerite no siente compasión; está furiosa y decepcionada: furiosa con Lucie, que no puede evitar intervenir, y decepcionada con Geneviève. Sus crímenes hacen muy difícil el perdón; su única esperanza de salir de la prisión es Luisiana. Vuelve a ver su mirada de determinación mientras estaba arrodillada en la celda.

Marguerite saca el expediente de Menu de la pila de la Gran Force y lo deja en la de la Casa de Corrección. Que Geneviève sea el monstruo que dice Lucie importa poco. Marguerite le explicará a su hermana lo que debería haber comprendido hace años: que, bajo su dirección, la Salpêtrière puede transformar a una abortera en una madre amantísima.

Marguerite nunca ha cuestionado la misión del hospital. Sólo dudó una vez, hace once años, durante el invierno de 1709. Cuando la ola de frío se abatió sobre Francia, nadie estaba preparado. Durante los primeros días de enero, un viento glacial barrió París. Los troncos de los árboles del Bois de Boulogne estallaron y los senderos quedaron cubiertos de trozos de corteza congelada. En dos noches, el Sena se transformó en un lecho de hielo. Los dormitorios de la Salpêtrière no tardaron en llenarse de nuevos ocupantes. Todos los días, una multitud desesperada se agolpaba ante las puertas del hospital.

Una tarde de ese interminable invierno permanece grabada en la memoria de Marguerite. Ya había oscurecido cuando requirieron su presencia en el orfelinato. Recuerda que al salir al exterior el golpe de frío fue tan brutal que sintió vértigo. Mucho antes de llegar al dormitorio principal, oyó los chillidos de los niños y percibió el pestilente olor a lana sucia. La mitad de la sala estaba en penumbra. Las velas escaseaban. En una de las dos chimeneas, ardía un fuego mortecino. Dos cuidadoras, dos «tías», como se las llamaba en la Casa Cuna, alimentaban, cambiaban y mecían a las criaturas. Cuando estaban en sus brazos, los bebés tenían cara de anciano; y

ellas, de dureza. Marguerite tardó varios minutos en encontrar a la responsable del orfanato.

Le hizo señas para que la siguiera hasta el pasillo que llevaba a la escalera de servicio. La supervisora parecía tan exhausta que Marguerite estuvo a punto de decirle que se sentara, pero no había dónde. Iba a sugerirle que enviara a los recién nacidos que no tenían cuna a la Casa Saint-Louis, donde podrían dormir con las huérfanas de más edad, cuando oyeron un ruido. Parecía un gatito, un cachorro, un animalillo herido. Era una niña de apenas un año.

Como la supervisora no se movía, ella cogió en brazos a la pequeña. Estaba tan delgada que su cabeza parecía enorme y los omoplatos le sobresalían por encima de sus pulgares. Se irguió justo a tiempo para ver que la supervisora volvía al dormitorio a toda prisa sin dignarse a mirar a la niña. Marguerite contempló sus ojos gris azulado, sus finos cabellos, que bajo la luz anaranjada del dormitorio resultaron ser pelirrojos. La habían abandonado y pronto se olvidarían de ella. Marguerite no podía hacer nada por la gente que moría en las calles de París, pero la Salpêtrière era distinta a la capital. En su ciudad, se cuidaba a los pequeñuelos, sin importar si el Sena estaba helado.

Volvió al orfanato al día siguiente y los que siguieron. Cruzar el hospital le recordaba a sus veinte años, cuando se pasaba el día corriendo de dormitorio en dormitorio. A los cincuenta y ocho se decía que iba a la Casa Cuna para velar por el bienestar de todos los pequeños y no sólo de una única niña. Durante su época de joven supervisora, había aprendido por las malas que sus poderes eran limitados: la epiléptica acabaría sucumbiendo a uno de sus ataques y la degenerada de trece años siempre sería demasiado frágil para

sobrevivir a un parto. Pero su institución y su personal podían salvar otras vidas.

Marguerite no volvió a coger en brazos a la pequeña. En su siguiente visita, podía estar muerta, como cualquier otra interna. Por algún motivo que Marguerite ignoraba, la llamaron Charlotte y le pusieron el apellido «Couturière», porque el día que ingresó en el hospital apretaba en el puño un trozo de tela bordada. Marguerite nunca sabría nada más sobre ella. Pero eso no importaba. La Salpêtrière era el futuro de aquella niña, el único que ella y las demás huérfanas habían tenido nunca.

En abril las supervisoras le anuncian que tienen las listas. En el Jardín de los Pobres, las plantas gotean por los constantes aguaceros; se adivinan trazos de rojo y amarillo en los puños aún cerrados de los brotes. Hace una semana, una gran misa reunió en las naves de la iglesia de Saint-Louis a una muchedumbre maravillada. El locutorio no se vació en todo el día. Cuatro días después de Pascua, Marguerite visita la Casa Saint-Louis.

Sabe que no encontrará a Charlotte entre la cuarentena de internas alineadas en el dormitorio. La nueva supervisora del orfanato estaba avisada: esa niña no irá a Luisiana, su nombre no debe figurar en la lista.

—Acaban de volver de Sainte-Claire —le susurra entusiasmada la señorita Brandicourt.

Las niñas pasan allí la primera parte de la mañana, hasta la hora tercia, aprendiendo a coser y bordar. Conocen la Biblia. Las más dotadas saben leer y escribir. La supervisora sigue hablándole al

oído, como si Marguerite no hubiera elaborado el horario de las huérfanas.

—Son un valioso activo para nuestra colonia —concluye la joven.

Marguerite elige a una niña al azar y le pregunta si está dispuesta a partir rumbo a Luisiana. Aunque la voz infantil es apenas un murmullo, la expresión orgullosa de la señorita Brandicourt confirma lo que Marguerite quiere oír. Le da unas palmaditas en el brazo a la chiquilla. En la última reunión de la Comisión, el procurador general del rey insistió en que las pasajeras se embarcaran de forma voluntaria, en la medida de lo posible. De este modo, no será necesario encadenarlas durante el viaje, como a sus predecesoras, añadió el señor Joly de Fleury. Se acabó pagar a guardias para que arranquen a niños y vagabundos de las calles de la capital. El mes anterior los parisinos, enfurecidos por las detenciones, se sublevaron contra los «reclutadores del Misisipi». Se rumorea que la turba mató a varios guardias.

Esa imagen sigue obsesionando a Marguerite. Su reacción sugiere que, de alguna forma, intuyeron lo que ella teme. Que el oro escondido en los ríos de Luisiana quizá sólo sea el reflejo cegador del sol en el agua; que los bosques de esa vasta e inhóspita región están infestados de feroces animales capaces de devorarte de un solo bocado.

La señorita Brandicourt la acompaña a la puerta. Marguerite ha cumplido con su deber. Sus maridos las protegerán. Echa un último vistazo a las huérfanas. En medio de la sala, Charlotte corre hacia una de las internas seleccionadas. Su protegida sigue débil para su edad. Pero un día sus rasgos demacrados, casi afilados, se suavizarán. Se recoge un mechón pelirrojo detrás de la oreja, coge

la mano de la niña rubia y se seca las lágrimas. Cuando Marguerite le pregunta a la señorita Brandicourt cómo le va a la pequeña Couturière, la sonrisa de la joven se desvanece.

—Esta mañana se ha negado a cantar —responde—. Al enterarse de que su nombre no estaba en la lista, se ha llevado un disgusto.

Camino de la Casa de Corrección, Marguerite no consigue librarse de la sensación que le oprime el pecho. Charlotte no tiene la menor idea de lo que encontraría en el Misisipi. Allí su bonita voz no le serviría de nada. No sabe que en Luisiana hay soldados que se mueren de hambre. La propia Marguerite desconocía la gravedad de la situación hasta que, durante la última reunión del consejo del hospital, escuchó a dos miembros de la Comisión que cuchicheaban con preocupación. Aunque no sabe gran cosa sobre la colonia, no le cabe duda de que Charlotte estará más segura aquí, en la Salpêtrière.

En el dormitorio de la Casa de Corrección, las chicas están concentradas en sus bobinas de lana. Todas han pecado, y sus familiares las han internado con la esperanza de que vuelvan al buen camino. Las más ricas tienen su propia habitación, en el otro extremo del edificio; las demás viven allí, en el dormitorio. El sol de abril proyecta sus sombras en el suelo; al mirarlas, es imposible decir dónde empieza la mujer y dónde acaba la rueca.

—Están casi todas —declara la supervisora.

Habla alto para que Marguerite la oiga por encima del estrépito de las ruedas mientras señala con el dedo a varias chicas. Algunas alzan la cabeza, como si las hubiera tocado. Ellas avanzan por el pasillo central. La señorita Suivit le explica que ha recibido una petición de

la familia de una interna, una de las más acomodadas, alojada actualmente en una habitación individual.

—Se llama Pétronille Béranger. Su madre me ha escrito para comunicarme que dentro de poco ya no podrá pagar su pensión.

Por tanto, se acabaron los privilegios: la cama propia, las velas y la leña para su chimenea.

—Entonces, trasládenla aquí, con las demás —responde Marguerite sin levantar la vista del suelo para no tropezar.

La señorita Suivit duda un instante.

—Eso podría causar problemas. Esa chica es diferente; me da miedo que no encuentre su sitio en el dormitorio —añade, y mira fijamente a la directora, como si esperara su reacción.

Pero Marguerite no tiene nada más que decir. Entorna los ojos, ve la silla vacía y la rueca inmóvil al fondo de la sala y pregunta si falta alguien.

—He dado permiso a Menu para salir al patio después de comer —dice la señorita Suivit.

—Entonces, ha mejorado su comportamiento.

La supervisora alza la cabeza. Las ruecas giran con más rapidez y sus destellos bailan en las paredes.

—Así era hasta que ha desaparecido a la hora del catecismo.

—Me gustaría verla.

La mujer que encuentra en la celda de la Casa de Corrección se parece poco a la que vio en marzo en la Grande Force. Tiene la tez más tersa y le asoma un rizo castaño bajo la capota, que antes ocultaba su cráneo rapado. El rayo de sol del tragaluz le ilumina los pómulos altos y los ojos azules.

La prisionera la observa con atención, como si vigilara los movimientos de un animal. Marguerite apoya la espalda en el muro apretando la empuñadura del bastón.

—¿Sabe por qué la admitieron en la Casa de Corrección?

Geneviève no responde de inmediato. Se ha sentado en el bulto de paja mirando a una esquina de la celda donde un puñado de viscosas crías de rata hunden sus hocicos rosáceos en el vientre marchito de su madre.

—¿Porque se ha muerto Lucie d'Argenson?

Marguerite traga saliva con dificultad. Nadie omite jamás el título de marquesa de su hermana. Geneviève le cuenta que Lucie prometió que, mientras viviera, ella no saldría de la cárcel.

—No, pero hay otras muchas personas que querrían verla encerrada en la Grande Force —responde al fin Marguerite—. Si vuelve a comportarse como hoy, no tendré más remedio que darles ese gusto.

En el piso de arriba, las mujeres cantan vísperas. Geneviève la mira en silencio con ojos duros, fríos. Marguerite vuelve a coger el bastón. Esperaba que la mujer por la que ha luchado lo mereciera.

—En junio zarpará un barco hacia el Misisipi —continúa mientras busca en el manojo la llave que le ha indicado la supervisora—. Pórtese bien unas semanas más y quizá tenga alguna posibilidad de subir a bordo.

Por unos instantes, la expresión de Geneviève se suaviza; los músculos de su cuello se relajan.

—¿No es usted quien lo decide? —pregunta cuando Marguerite está a punto de salir de la celda.

Su tono no es agresivo. Le recuerda la voz llena de curiosidad de los niños, como la de Charlotte hace unos años; ese sincero interés que los lleva a repetir una pregunta tantas veces como sea necesario hasta obtener respuesta.

—Qué más quisiera yo —contesta sin volverse, pero, antes de cerrar la puerta, mira por última vez a su espalda.

Geneviève está de puntillas bajo el tragaluz, con las manos apoyadas en la piedra y el rostro bañado por el sol.

La señorita Suivit sólo le pide a Marguerite que vuelva a la Casa de Corrección una vez más. Pero en esta ocasión se encuentran en el otro extremo del edificio, donde se alojan las internas ricas, en su mayoría jóvenes ligeramente perturbadas con un comportamiento extravagante o poco conveniente, encerradas por sus familiares para curarse, rezar y meditar en una jaula de oro. La señorita Suivit insiste respecto a esa tal Pétronille Béranger.

—Su madre todavía se considera una gran dama, pero, por lo que he oído, no lo será mucho tiempo más. El padre —añade bajando la voz— se ha dedicado a gastarse la fortuna de la familia en el juego.

Mientras la sigue al primer piso, Marguerite recuerda al fin lo que le contó la señorita Suivit sobre una chica un poco especial cuyos padres ya no podían seguir pagando su pensión.

A primera vista, Pétronille Béranger parece una joven normal. Tiene los hombros estrechos y las clavículas pronunciadas. Ojos verdes bajo dos arcos de finas cejas negras. Pero, cuando se endereza, Marguerite descubre un antojo blanco en su mejilla derecha, desde la mandíbula hasta la comisura de los labios: una

mancha que desearía frotar hasta hacerla desaparecer. Pétronille está sentada junto a la chimenea, inclinada sobre un herbario.

—¡Que colores tan bonitos! —exclama la señorita Suivit señalando los pétalos secos—. ¿Lo ha confeccionado usted misma, señorita Béranger?

La chica la mira como si contemplara el fuego de una chimenea; luego, con el índice todavía posado sobre una flor violeta, se vuelve hacia Marguerite. Cuando toma la palabra, su voz no titubea.

—Me gustaría ir a Luisiana.

Y no dice nada más. Se inclina sobre el herbario, como si estuviera otra vez sola.

—Como ya le expliqué, me preocupa que no encuentre su sitio entre las demás internas —dice la supervisora una vez en el pasillo —. Cuando llegó, la señorita Béranger apenas hablaba, pero su actitud ha mejorado considerablemente. Luisiana es la mejor solución para ella. ¿No es la discreción una de las cualidades más deseables en una esposa?

A Marguerite, la primera palabra que le viene a la cabeza no es precisamente «discreta», y duda mucho que su marido se refiera a ella en estos términos en el Misisipi.

—Añadiremos su nombre a la lista —responde sin mirar a la señorita Suivit.

Con pasos prudentes, cruza sola el patio Mazarin. En la esquina del taller Saint-Léon, un boticario y sus ayudantes se apartan para dejar pasar un rebaño de cabras. Unas antiguas empleadas, cargadas con los cestos de pan blanco que llevará a la Casa de las Jubiladas, charlan bajo los setos de boj y las palomas apostadas en sus ramas. En realidad, a Marguerite le da igual que Pétronille

Béranger embarque o no en *La Baleine*. Sólo quiere entregarle la lista a Joly de Fleury cuanto antes. Está harta de ser responsable del destino de esas mujeres.

Este año la primavera llega a París de forma tan brusca que la gente no se fía del cambio de estación. El musgo se seca entre los sillares de las fachadas. Cuando los campesinos prevén una buena cosecha, cae el precio del trigo. Del anfiteatro de anatomía vuelven a emanar olores nauseabundos, y los cirujanos se quejan porque han de trabajar más deprisa. En los dormitorios, las celadoras se muestran más indulgentes y ofrecen frazadas livianas a las internas.

A Marguerite le gustaría poder disfrutar del buen tiempo. Hace quince días, la supervisora de la Casa de Corrección volvió a pedirle que Geneviève regresara a la Grande Force. Sus subordinadas le habían dicho que algunas internas sentían verdadera fascinación por la antigua presa.

—Es una mala influencia —insistió la señorita Suivit.

Marguerite le contestó que Menu se quedaba donde estaba; la obligación de las celadoras es mantener el silencio en los dormitorios.

Cada vez que llaman a la puerta de su despacho, espera ver aparecer a Lucie, furiosa, exigiendo que encierren a Geneviève en la prisión, ordenándole que la devuelva a su celda. Pero siempre es la señorita Bailly, que viene a hablarle de un guardia borracho, de una remesa de medicamentos que hay que aprobar, de los certificados a entregar a los maestros de escuela formados en la Salpêtrière o de una condesa adúltera recién internada en Sainte-Dorothée.

El único sitio en el que consigue olvidarse de todo eso es su jardín. Dentro de poco no tendrá que pensar en Luisiana: de aquí a tres semanas habrá entregado la lista a los miembros de la Comisión. Se recuesta en el banco. Ya ni se acuerda de la última vez que pudo descansar allí al atardecer.

Mientras contempla la puerta de la valla cubierta de flores de madreselva blancas y amarillas, se mueve la manija de madera. La señorita Bailly no se atrevería a molestarla después de vísperas. Antes de que Marguerite pueda coger el bastón, una figura menuda entra en el jardín. La niña lleva la capota calada hasta las cejas, pero Marguerite reconoce en el acto la naricilla puntiaguda y la cara pecosa de Charlotte.

—¿Qué haces tú aquí? —La puerta se ha quedado abierta. Marguerite no quiere imaginar lo que pensarían los curas si al salir de su jardín vieran a una mocosa vestida de estameña en el patio de la directora—. ¡Vamos, cierra la puerta! Acércate.

Charlotte obedece y se sienta en la otra punta del banco. El cielo de finales de primavera es azul pálido casi blanco. Su cara no refleja la menor emoción.

—Vas a faltar a completas —le dice Marguerite, y, como la niña no responde, añade—: No voy a preguntarte cómo has sabido llegar hasta aquí.

Charlotte sonríe. Parece satisfecha; conocer tan bien la Salpêtrière la pone contenta. No debería enorgullecerse, pero Marguerite tampoco.

—¿Por qué no está mi nombre en la lista? —pregunta.

Los motivos son tan evidentes que Marguerite no responde de inmediato. Mira a Charlotte, que balancea los pies agarrada al borde

del banco. Sus pechos, que apuntan tímidamente bajo el vestido, contrastan con sus hombros frágiles.

—A mi amiga, Étiennette Janson, la han elegido —continúa la niña antes de que Marguerite pueda decir nada, y el movimiento de sus pies se acelera—. Cuando se vaya, me quedaré sola.

—No, nunca estarás sola en la Salpêtrière.

—Me quedaré sola —repite Charlotte en voz más baja.

Marguerite respira hondo. La Salpêtrière es su casa, su familia. Y ahora, sentada al lado de una huérfana de doce años, de una chiquilla aterrorizada ante la idea de que la abandonen, sólo piensa en su hermana y en su propia soledad. Le gustaría decirle a Charlotte, no te preocupes, yo estoy aquí, pero, a pesar de lo que se ha esforzado en creer todos estos años, se da cuenta de que nunca ha estado allí de verdad, de que nunca podrá estar ni allí ni en ninguna parte.

—Por favor... —oye decir a Charlotte. En los árboles, las golondrinas se zambullen en el cielo—. ¿Prefiere mandar a Luisiana a una criminal antes que a mí?

—¿Cómo?

—La señorita Brandicourt dice que usted protege a una mujer de la Grande Force. —Marguerite la mira fijamente. La chiquilla no sabe nada, sólo lo que una supervisora indiscreta haya podido contar—. Dice que una ex presa sería...

—Lo que ocurra con Geneviève Menu no es cosa tuya —replica Marguerite. La empuñadura de marfil del bastón le enfría los dedos. Si ahora tuviera delante a la responsable de Saint-Louis, la despediría sin pestañear—. Deberías irte. Las celadoras te estarán buscando.

Charlotte hace una reverencia rígida. Cuando vuelve a erguirse, tiene el rostro demudado. Marguerite la observa mientras cruza el jardín. Tiene los labios resecos, se los nota rugosos; en su corazón luchan sentimientos encontrados.

—Y vigila al volver.

Lo ha dicho con un hilo de voz; duda que Charlotte la haya oído. A menos que las acompañe un miembro del personal, rara vez se autoriza a salir de sus edificios a las internas, y Marguerite ha visto a más de un aprendiz borracho vagando por el hospital después del anochecer. Pero sabe que Charlotte será prudente. Confía en ella. No le queda más remedio. Cuando embarque hacia el Misisipi, tendrá que apañárselas sola.

El tercer sábado de mayo, Marguerite está preparada para presentar la lista a los miembros de la Comisión. De pie junto al carruaje, la señorita Bailly le pregunta si tiene todos los documentos. Marguerite hace oídos sordos; últimamente, su ayudante se ha vuelto muy protectora. Los caballos avanzan hacia la Porte des Champs y pasan junto al solar donde se quema la madera y por delante de los talleres de los artesanos del patio de Saint-Louis. Entre las cortinillas de terciopelo, el cielo es tan azul que parece plano, distante. Esa semana, la junta de directores se reúne en casa del presidente del Parlamento. A Marguerite nunca le han preocupado mucho esas reuniones, pero hoy su garganta parece un callejón sin salida en el que se retuerce su respiración. Asistirán los siete directores del hospital, el procurador general del rey, el arzobispo de París y el teniente general de policía, el hijo de Lucie. Estudiarán la lista que

va a entregarles. Son ellos los que deberán aprobarla. Marguerite se recuesta en el asiento. El trote de los caballos le agita la papada.

Con el paso de los años, ha acabado por ver París como otra Salpêtrière, más grande, más caótica e ingobernable. Siempre que sale del hospital y se encuentra en medio del campo al principio se siente perdida: los dos molinos que dominan el Sena, el castillo de Bicêtre y su hospicio y, más allá, unas cuantas casas dispersas, las aldeas de Ivery y Vitery. Hasta que el carruaje deja atrás el mercado de caballos y se adentra en el arrabal de Saint-Victor, no tiene la sensación de que realmente ha entrado en la capital. A lo largo del camino, las lavanderas traen en sus sábanas el olor del río. Más adelante, el Jardín Real reverdece frente a La Pitié, y los zapatos de los botánicos, vestidos de punta en blanco, se hunden en el barro en dirección a los laboratorios del rey. El carruaje traquetea por la rue de Saint-Victor, pasa ante los canónigos de Saint-Augustin y su abadía y llega a la plaza Maubert.

Es día de ejecución. Instintivamente, Marguerite retrocede en el asiento. Al pie de los patíbulos, ya ocupados, el verdugo da órdenes a su ayudante. La multitud se agolpa alrededor del carruaje; pasan cientos de caras entre las cortinillas: una mujer tuerta cargada con un cesto de tarros de miel y aceite de nuez, hombros masculinos encorvados bajo correas de cuero... Marguerite respira por la boca con dificultad. Por un instante, se imagina ya en el trayecto de vuelta, llegando a La Salpêtrière, donde puede decidir si dispersa a la muchedumbre o la deja tranquila.

Vuelve a abrir los ojos. El río fluye bajo sus pies. La carroza corre por el puente, el caudal verdoso se divisa entre las casas de madera y una mujer grita «¡Agua va!» y vuelca por la ventana el contenido

de un orinal. En el muelle de la orilla derecha, un chiquillo descalzo pisa unos huevos rotos y se ensucia los dedos de viscosa yema. Luego aparece la fachada posterior de la catedral de Notre-Dame, erizada de arbotantes que se unen a la bóveda como las vértebras de un animal monstruoso. Otro puente, y habrá llegado a su destino, la rue Saint-Louis. Sobre su cabeza, las gárgolas abren las mandíbulas como si quisieran tragarse el cielo de verano.

En el salón del conde de Avaux, los hombres ya están sentados.

—Señora, es un placer recibirla... —A Marguerite siempre le ha gustado el señor Joly de Fleury. Las duras facciones del procurador general del rey contrastan con su carácter plácido. En veinte años, nunca le ha visto perder la calma. También parece ignorar la edad de Marguerite; a menudo se dirige a ella imaginando un futuro lleno de nuevos proyectos, como si ella fuera a sobrevivir a la Salpêtrière y no a la inversa—. Tome asiento, por favor.

Los presentes están demasiado absortos en sus conversaciones para prestarle atención. Enseguida localiza al hijo de Lucie, el conde d'Argenson, tan flaco y moreno como su padre y con la misma actitud de hombre habituado al poder. Se expresa con vehemencia, critica a la Compañía del Misisipi y su compra de cientos de acciones al Banque Générale de la rue Quincampoix. Uno de los directores empieza a enumerar los tejemanejes de John Law y acusa al escocés, nombrado inspector general de las Finanzas del Reino, de abusar de la confianza de los accionistas y llevarlos a la ruina con su papel moneda. El nuevo teniente general de policía asiente lentamente. Marguerite siempre ha admirado el semblante afable que su sobrino ofrece a sus interlocutores justo antes de asestarles una de sus hirientes réplicas. Sin embargo, en esta ocasión eso no

ocurre. El conde de Avaux grita más fuerte que nadie jurando que el Parlamento impugnará el edicto publicado la semana anterior y que la crisis financiera se evitará. Nadie lo escucha.

—El Misisipi que nos prometió el señor Law no existe —afirma uno de los directores.

—Pues debería. Nuestra querida directora tiene los nombres de las jóvenes que pronto se reunirán con nuestros compatriotas.

Marguerite endereza el cuerpo. Los hombres la miran. Las pelucas se acanalan por encima de sus hombros; cuando se inclinan sobre la lista, sus fofas mejillas se derrumban sobre el cuello de la casaca.

—Espero que sean mejores que las degeneradas que enviamos el año pasado...

—Peores no serán.

—Al menos son jóvenes.

—¿Quién las acompañará?

—Monjas, creo.

Las hojas pasan de mano en mano. En el techo, las musas se ofrecen coronas de laurel y manzanas de un rojo vivo.

—Son suficientes para convencer a esos bribones de que se queden donde están.

—Ya veremos cuántas sobreviven al viaje...

—Un viaje largo.

—Tremendamente largo.

—Y peligroso.

—Pero estoy convencido de que la señorita Pancatelin habrá elegido a las mujeres más robustas y virtuosas.

La lista ha llegado al conde d'Argenson. Geneviève Menu encabeza la segunda página. Marguerite vuelve la cabeza. Se pregunta qué

sabe su sobrino de las intrigas de su madre. Al bajar los ojos, no ve los querubines bordados en la alfombra, se ve de niña, buscando desesperadamente la mirada de la institutriz, mientras su parlanchina hermana acapara el uso de la palabra. Lo que queda de entonces en Marguerite es ese deseo contradictorio de callar y de hablar, de permanecer inmóvil y de huir. Su sobrino tiende la lista a su vecino.

—Parece prometedora —sentencia.

Marguerite sabía que las mejillas dejarían de arderle, pero sigue costándole respirar bajo el corsé. La lista se une a una pila de documentos que el regente no tardará en aprobar: una simple formalidad. Al otro lado de la mesa, uno de los directores plantea el tema de las cuentas de la Salpêtrière, y el procurador general promete una importante donación del rey en los próximos meses.

La reunión continúa. Marguerite oye distraídamente las intervenciones de los hombres mientras se acuerda de Lucie, después de clase, pidiéndole que la ayudara con una lectura o unos deberes, y en el bien que le hacía dejar de sentirse sola, tener la atención de su hermana, aunque sólo fuera durante unos minutos.

El día de la partida, el calor inunda París como el agua un barco que se hunde. Fuera, no se mueve nada. La Salpêtrière parece una pintura. En los talleres y los obradores, la gente manipula con gestos bruscos las ruecas y los tejidos; se arremanga la camisa manchada de sudor; se seca con el brazo la frente húmeda. El mercado del patio de Saint-Louis está desierto, pero el olor a pescado en salazón, nuez moscada y alfalfa se cuela por debajo de las puertas cerradas.

Las carretas ya están fuera de los establos; desde el umbral de la puerta del edificio de Dirección, Marguerite ve a los mozos de cuadra preparando los arreos de tiro. La señorita Bailly le ha repetido que no tenía sentido esperar allí, que estaría más fresca en su despacho, pero Marguerite la ha enviado a buscar una silla. Quiere despedirse. En el aire inmóvil de junio, las moscas zumban en los ojos de los caballos.

Las mujeres avanzan formando un grupo compacto. Marguerite nunca las había visto a todas juntas. Han debido de recibir órdenes estrictas, porque cruzan el patio en silencio. Pero la directora advierte las furtivas miradas que se intercambian, los murmullos que le llegan a través de la densa brisa. Reconoce a Pétronille Béranger, la joven de la mancha en la mejilla, que camina lentamente delante del grupo de las huérfanas. La sigue Charlotte, de la mano de su amiga Étiennette Janson. Marguerite desvía la mirada. Espera haber tomado la decisión correcta. Charlotte no estaba entre sus elegidas para viajar a Luisiana, pero tampoco ella fue la primera elección de su padre para trabajar en la Salpêtrière.

No tarda mucho en encontrar a Geneviève. Con la espalda apoyada ya en los travesaños de la carreta, es la única mujer que se vuelve a mirar la entrada del edificio. Entorna los ojos por la deslumbrante claridad. A esa distancia, Marguerite puede ser todo lo que Geneviève decida ver: un bulto en el pasillo que detiene la luz blanca, una silueta familiar bajo la sombra del muro o una vieja dama desplomada en un sillón demasiado estrecho. Marguerite intenta no pensar en que pronto los caballos empezarán a trotar hacia la salida y ella tendrá que pedirle ayuda a la señorita Bailly para volver al primer piso. De momento, hace demasiado calor para

moverse. Aún le queda tiempo para convencerse de que sólo ella decide quién se queda en La Salpêtrière y quién puede abandonarla. Aún le queda tiempo para ver partir a sus mujeres.

2

Geneviève

París, julio de 1720

Geneviève apenas puede creerlo: hace dos semanas estaba encerrada en un dormitorio de la Salpêtrière y ahora se encuentra en París, a punto de recibir la ropa que se pondrá al otro lado del Atlántico. Esta mañana las monjas las han llevado por fin a la comisaría del arrabal de Saint-Victor, después de quince días de espera en una posada del barrio. Geneviève avanza hacia sor Louise y su juego de prendas, hacia las carretas y sus sudorosos caballos. Se recoge los rizos detrás de las orejas. Nunca había llevado el pelo tan corto, salvo en enero, pero entonces iba rapada y llevaba una capota de lino que le picaba horrores.

Estas últimas semanas, mientras sus carabinas y los policías se encargaban de los preparativos para el viaje, Geneviève ha tenido tiempo de reflexionar sobre la decisión de la directora. La señorita Pancatelin no podía conocer todo su pasado; sólo lo que había escrito en la orden reservada la señora d'Argenson. Y la marquesa, aunque creía saberlo todo sobre ella, no sabía nada, o casi nada. Para no pensar en su antigua señora, Geneviève trata de concentrarse en la directora: ¿y si la buena mujer ha perdido la

cabeza? ¿Y si la ha confundido con otra? Quizá simplemente le ha servido para completar la lista. Sólo una vez se le pasa por la cabeza que haya sido por bondad. Esa noche se quedó despierta hasta el amanecer, oyendo las campanas de la capilla del convento de las Filles-Anglaises y los gritos de los vendedores de la Halle-aux-Vins. Recordó los meses que había pasado sola en París, tras la muerte de sus padres, el lento transcurrir del tiempo, incomprensible, opaco, de esas semanas sin fin en la Grande Force. Nadie se había mostrado bondadosa con ella, salvo Amélie, a la que, sin embargo, decepcionó. No. Ella sólo era un nombre en una lista para la directora.

La fila avanza. Delante de sor Louise, la pila de ropa disminuye. Las mujeres sujetan juegos de prendas contra el pecho y se levantan el borde de la falda para subir a las carretas. El olor a ganado y heno le pica en la nariz. Los policías, apoyados en el muro, las vigilan dando caladas de pipa. Nerviosa, se pasa la lengua por detrás de los dientes y la detiene en el pequeño hueco entre los incisivos. De pronto, se le tensa la falda: alguien le está pisando la tela gris.

—Ella iba primero —le dice una chica en un tono que contrasta con su delicado rostro. El sudor le ha pegado los mechones rubios a la frente. Con el dedo, señala a la niña pelirroja que tiene al lado y repite—: Charlotte iba delante.

Hace unos meses Geneviève ni siquiera habría respondido, pero hoy se aparta.

—Bueno, ¿y a qué esperáis para avanzar?

La rubia la mira con exasperación, pero su amiga no levanta los ojos del suelo. Se detienen ante la mesa donde la monja sigue

metiendo corsés, faldas y camisas en unos pequeños hatillos. La chica que le ha dirigido la palabra, la rubia, que también es la más guapa, se escupe en la mano y se frota una mancha de la manga. Es la niña pelirroja quien se encarga de coger los dos bultos de lona que les tiende la religiosa.

—Os alegraréis de tener una muda de recambio cuando lleguemos —le dice.

Le repite lo mismo a Geneviève antes de ponerle un hatillo raído y áspero en las manos. El sol de julio le pesa en los hombros. Algunas chicas ya tienen las mejillas rojas, y Geneviève se pregunta si su piel recordará que se crió en Provenza. Se dirige a las carretas y busca un sitio. Cuando llegó a la Casa de Corrección, después de tantos meses de soledad, ansiaba un poco de compañía. Entre oración y oración, le gustaba charlar en voz baja con sus vecinas del taller. La tercera vez que la celadora la sorprendió, la supervisora fue clara: Geneviève era una mala influencia para sus compañeras y si infringía de nuevo la regla de silencio volvería a la Grande Force. Ella se guardó mucho de explicarle que sólo estaban hablando del Louvre, del barrio de Saint-Honoré y de sus antiguos trabajos, y reanudó la tarea. No se arriesgaría a que volvieran a encarcelarla por una charla sin importancia.

De lejos, distingue a Pétronille, la chica del antojo en la mejilla que un día le habló de las flores del jardín de la Hauteur como si hubiera pasado allí tardes enteras. No puede ver si queda sitio en la carreta a la que se ha subido. Una chica la empuja y le pregunta a qué espera mientras una de las monjas grita que se apresuren. Cuando la mirada de Geneviève encuentra la de la niña pelirroja, es demasiado tarde para dar media vuelta: las demás se apartan para

que pueda sentarse. Se sube a la plataforma y se le hunden los pies en el lecho de paja.

—No pretendía ser brusca —le dice la rubia haciéndole sitio—. Pero aquí la amabilidad no se valora —añade con una risita coqueta, indulgente; luego se inclina hacia su amiga, una niña, realmente, que sigue apretando contra su vientre los dos hatillos como si fueran dos muñecas—. Sabía que la conocíamos —le susurra.

—Ya me lo has dicho —responde la pelirroja en voz alta, impasible.

Las dos parecen lo bastante jóvenes como para haber crecido con las demás huérfanas en la Casa Saint-Louis. Sin embargo, no la miran con el mismo recelo que las tres chiquillas de la cena de ayer. Se repite que no todas las mujeres de la Casa de Corrección son peligrosas, que sus delitos no pueden ser peores que el suyo, que ninguna de las viajeras sentadas en las carretas sabe que estuvo encerrada en la Grande Force, la prisión de mujeres de la que se supone que nunca se sale. La rubia se vuelve hacia ella.

—Una vez te vimos en el jardín de la Hauteur. Estabas sola.

Tiene la delicadeza de no mencionar a las celadoras que habían ido a buscarla hechas una furia tras darse cuenta de que faltaba una interna en clase de catecismo. Geneviève se había despertado con ansiedad aquella mañana, y la idea de estar rodeada de todas aquellas mujeres a la hora de la comida le había dado vértigo, así que había vagado unos minutos por el hospital hasta llegar al jardín, donde había visto a las huérfanas jugando y a los jardineros arrancando malas hierbas. Las celadoras aparecieron detrás de sus espaldas encorvadas. Geneviève no necesitó que le dijeran adónde la llevaban. El olor a moho y orina del sótano se le agarró a la

garganta. Horas después oyó el sonido irregular de los pasos de la directora y contuvo la respiración cuando la llave giró en la cerradura de la celda.

—Yo me llamo Étiennette —le dice la rubia tocándole el brazo; sus ojos azul oscuro parecerían negros un día sin sol—. Y ella, Charlotte.

La niña le sonríe tímidamente y se seca el sudor que le perla la frente pecosa. La capota le va grande. Geneviève les dice su nombre. Charlotte la mira fijamente.

Sor Gertrude, que ha acabado de contar a las mujeres, hace una seña a un policía. Los hombres, que se han quitado las chaquetas sudadas, se dirigen al portón. Otras tres chicas suben a la carreta entre risitas.

—¿Qué hacías fuera esa mañana?

Geneviève dobla las piernas para dejar sitio a una nueva pasajera. Charlotte no le quita los ojos de encima.

—Tomar el aire.

—¿La has oído? Tomar el aire. —Étiennette ríe—. Y apuesto a que acabaste en la Casa de Corrección por pisar a tu pareja de baile. —Como Geneviève no reacciona, le pregunta directamente—: ¿Cómo llegaste a la Salpêtrière?

Durante los primeros días en la posada de la rue des Boulangers, ella les susurraba la misma pregunta a las otras internas. Era una forma de oír su propia voz; no había olvidado las amenazas de la supervisora en el taller y evitaba abrir la boca delante de las monjas. Escuchaba con atención las historias de las otras chicas. A una la habían mandado al hospital porque su padre ya no la soportaba; a otra, por culpa de su suegra, un mal bicho que era quien de verdad debería estar encerrado en la Casa de Corrección. Pétronille, la chica

de la mancha de nacimiento, empezó a explicarle su caso en voz demasiado baja para que pudiera entenderla, pero las burlas de una chica morena, que la llamaba «aristócrata hipócrita», tampoco le hubieran permitido oírla. Geneviève bajó la vista. No quería ni imaginar lo que habría soltado aquella chica si hubiera sabido por qué la habían encerrado a ella en la Salpêtrière. Después de eso, renunció a hacerle preguntas a nadie.

En la oscuridad de su celda, Geneviève había llegado a pensar que quizá se merecía que la señora d'Argenson la hubiera denunciado. Se le aparecían los rostros exhaustos de las chicas embarazadas que habían recurrido a ella. No podían permitirse ser madres. Luego se le colaba la voz de su antigua señora: ¿quién eres para decidir el destino de un niño?, ¿cómo puedes cometer esas atrocidades?, le susurraba. Aquellas primeras noches en la Grande Force, recostada en la fría piedra de aquellos muros que tendría que ver hasta el fin de sus días, las pasó en vela, torturada por la voz de la marquesa. Ahora casi es capaz de ignorarla. Se dice que pronto estará lejos de allí, al otro lado del océano, donde su antigua señora jamás podrá encontrarla.

Pero, incluso en esos momentos, su sentimiento de culpa no desaparece del todo. Hubo una mujer a la que debería haber escuchado, pero aún no está preparada para hablar de Amélie con las otras chicas. En la posada de la rue des Boulangers, sólo ha hablado vagamente de su pasado. Se da cuenta de que debería haber sido más franca: su silencio sólo ha servido para aumentar la curiosidad de las otras mujeres.

—Conocí a un hombre —empieza a decir, y hace una pausa.

Charlotte arquea las cejas.

—Se llamaba Félicien. Nos llevábamos bien.

Étiennette hace un guiño cómplice a Charlotte, pero su amiga mira absorta un punto fijo entre las orejas erguidas de los bueyes. Geneviève se dice que los únicos hombres que habrán conocido en la Casa Saint-Louis son los carpinteros que les arreglaban las puertas y cepillaban las patas de las mesas, o los curas, cerrajeros y pescaderos que veían desde el dormitorio.

Probablemente esas dos chicas no se lo imaginan, pero el viaje será peligroso. Ayer Geneviève oyó decir a dos policías que, con tantas mujeres, tardarían cuatro semanas y no dos en llegar a Lorient.

—Es un buen motivo para pedir más cartuchos —había dicho uno de los policías; su compañero lo había mirado perplejo—. ¿O acaso crees que noventa chicas vagando por esos mundos de Dios pasarán desapercibidas? —había exclamado hundiendo el dedo en el hornillo de la pipa—. No querría tener que responder por su virtud cuando lleguemos al Loira.

Ni de la mía hoy, piensa Geneviève, y nota la mano de Étiennette sobre la suya.

—Tendrás tiempo de sobra para hablarnos de Félicien, querida.

Se abre el portal de la comisaría. Étiennette apoya la espalda en los travesaños de la carreta. Las chicas se callan; algunas miran el cielo, de un azul intenso. París está ahí, al otro lado del portal, con su muchedumbre de curiosos que las abucheará y las seguirá de calle en calle, como el día que abandonaron la Salpêtrière. Entonces Geneviève pensaba que nunca volvería a ver la ciudad. Pero la llevaron a la capital, a la posada de la rue des Boulangers, a otro dormitorio abarrotado, con tres monjas de rostro inescrutable y un

montón de policías. Allí tuvo que esperar tanto que creyó que jamás partiría, que le habían gastado una broma, que Luisiana era un cuento como los capones y el tafetán en la Salpêtrière, y que no tardarían en llevarla de nuevo a la Casa de Corrección o, peor aún, a la Grande Force.

Pero no: la primera carreta sale a la calle. Los huesos de los bueyes se mueven bajo sus músculos elásticos y París desfila ante sus ojos al ritmo de sus pasos. Los gritos de los vendedores ambulantes le llegan por última vez. Observa distraídamente la multitud. Era una niña cuando un incendio destruyó la sedería de sus padres y su familia tuvo que dejar La Bastide-des-Jourdans y cruzó Provenza para instalarse en París. Geneviève conserva pocos recuerdos del único viaje que ha hecho en su vida. El fino pañuelo de seda de su madre, que se deslizaba como el aire entre sus dedos, el paisaje ondulante, los bosques interminables, los caminos perdidos y reencontrados, el miedo a que por la noche aparecieran los bandidos que tanto temía su padre... Eso es todo lo que le queda de esas semanas de éxodo. En cambio, los recuerdos de su infancia provenzal son tan luminosos como una mañana de verano: aún puede ver los gusanos en las hojas de morera, a su madre inclinada sobre el inmenso telar, a sus hermanos, castigados por tocar los capullos antes de tiempo. Geneviève no cree que en el Misisipi haya un solo gusano de seda.

Mira a Étiennette y Charlotte, que están pendientes de la calle. Una niña sentada a horcajadas sobre los hombros de su madre golpea con las pantorrillas el fatigado pecho de la mujer. Unos alfareros cargan platos en palés, pero se detienen de golpe al ver el convoy y las pilas quedan suspendidas entre el barro y el cielo.

Geneviève cierra los ojos ante la visión de ese viejo mundo. París y Francia ya no tienen nada más que ofrecerle. Pronto estará muy lejos de allí.

Étiennette tenía razón. Les sobra tiempo para hablar. Pero no de Luisiana, o casi nada. Cuando una chica menciona las piedras preciosas de la colonia, la interrumpen las risitas de otra viajera:

—¡Sandeces! Allí te mueres de hambre. Me han dicho que la ciudad más grande no se puede comparar con nuestra aldea más miserable.

Las mujeres niegan con la cabeza. Geneviève ha oído cosas peores: en una comedia que hacía furor en París antes de su detención se hablaba de los ogros del Misisipi. Ella se niega a creer en esas estupideces. Luisiana será su salvación, se repite.

Las conversaciones se reanudan, las chicas se relajan, cuentan cómo llegaron a la Salpêtrière, lo que les gustaba y lo que odiaban de aquel sitio. Se conocen como conoces al vecino de enfrente; en la Casa de Corrección, las alianzas se elegían con cautela. Obligadas a cuchichear a escondidas, las reclusas no podían permitirse más de un lazo de amistad. En la celda de aislamiento, Geneviève ni siquiera tenía esa posibilidad; las otras mujeres sólo eran cuerpos que se movían en las celdas contiguas, lamentos que la sobresaltaban en la oscuridad. Se ha jurado que jamás volverá a estar tan sola como en la Grande Force, o como en París antes de conocer a Amélie. Mientras la rue de Vaugirard se transforma en un simple camino y las carretas se adentran en el campo, Geneviève une su voz a la de las demás.

Todavía no menciona a Amélie; se limita a contarles que Félicien tenía una hermana. Es un alivio compartir retazos de su historia con Charlotte y Étiennette; hablar del mozo de cuadra de la señora d'Argenson con dos desconocidas. Allí, en plena naturaleza, nada se interpone entre ellas y la brisa de julio, que lanza la hierba alta contra los hocicos de los bueyes, despeina los brezos y expande sobre las carretas un olor a tierra removida, acre y dulzón. El campo le parece tan profundo como una herida abierta, tan abrumador como un primer beso. Les habla del lugar donde conoció a Félicien —en las dependencias de los criados del palacete de la señora—, del girasol que le dio una tarde porque decía que odiaba las rosas.

—¿Era guapo?

Étiennette no para de hacerle preguntas. Charlotte, con un hatillo bajo cada codo, está seria. Canturrea. Dan ganas de acercarse a ella para oír mejor su voz, segura y cálida. Al borde del camino, el rojo de las amapolas alegra el paisaje. Algunas viajeras dormitan con la mejilla resbalando en el hombro de su vecina.

—Sí, mucho —responde Geneviève.

Étiennette menciona a dos o tres hombres a los que en realidad apenas ha conocido y que, como Geneviève no tarda en comprender, sólo son una excusa para hablar de su hermana, Marceline, deportada el año anterior a Luisiana. Luego se calla y espera a que Geneviève siga con la historia de Félicien. La escucha con tanta atención que Geneviève se sorprende queriendo satisfacer su curiosidad.

—Como el aprendiz de tonelero del patio de Saint-Louis —dice Charlotte.

—¿No irás a decirme que echas de menos la Salpêtrière porque ése te daba galletas, verdad?

Charlotte no responde de inmediato.

—La Casa Saint-Louis era mi casa —dice al fin.

—Era tan pequeña cuando llegó que ni siquiera recuerda quién la llevó allí —explica Étiennette volviéndose hacia Geneviève.

Charlotte la mira con tristeza.

—Sí lo recuerdo.

Geneviève aprieta el cordel de su hatillo y piensa en algo que decir.

—Entonces conoces la Salpêtrière mejor que ninguna de nosotras.

—No te quepa duda —dice Charlotte—. Estamos parando.

—Ya era hora. —Étiennette suspira—. Tengo el culo cuadrado.

Una chica morena añade que tiene hambre y el resto de las mujeres la secundan. En la primera carreta, sor Gertrude se inclina para hablar con un granjero con la cara surcada de arrugas. Como todos los campesinos, el hombre mira el largo convoy con incredulidad mientras su perro inspecciona las ruedas de las carretas azotando con la cola las flores amarillas de la colza. Étiennette se queja de hormigueos en los pies, pero Geneviève guarda silencio. No se encuentra bien; siente que asoma la ansiedad que la atormentaba cuando estaba sola y a oscuras en la Grande Force. Esa tarde había creído que partía a la aventura. Que había conseguido escapar de la Salpêtrière. Que saldría adelante. Pero ahora, mientras sigue a las mujeres hacia un nuevo dormitorio, no puede ignorar a las tres monjas y los policías que las escoltan.

Sin embargo, al llegar a la granja que se alza en la colina, Étiennette se comporta como si nadie las vigilara.

—Procuremos permanecer juntas. Las tres —propone—. ¿Dónde está Charlotte?

El perro del granjero ladra. Las otras chicas se deslizan entre los almiares.

—Se habrá adelantado —dice Geneviève.

La respuesta de Étiennette se pierde entre las voces de las mujeres y la conversación de dos mozos apoyados en las puertas de madera.

—¡Mira a ésa! ¿Un poco más de leche? —grita el más alto.

Geneviève adivina que se refiere a Pétronille.

Cree ver a Charlotte junto a una carretilla, pero cuando la chica se yergue se da cuenta de que es un par de años más mayor que la pelirroja. Se abre paso entre las mujeres mientras sor Gertrude les ruega que se preparen para vísperas. El polvo revolotea sobre la paja como una nube de minúsculos insectos grises suspendida bajo la luz del atardecer. Detrás de la granja, los últimos rayos de sol caen oblicuamente sobre el granero y salpican las vigas, el altillo y, debajo, a Charlotte, sus cabellos rojizos, la capota que arruga entre las manos. Se aparta un poco, lo justo para que pueda sentarse una sola persona.

Geneviève conoció a Félicien gracias a su hermana. Amélie era menuda pero fuerte, capaz de cargar ingentes pilas de ropa sucia desde el palacete hasta el Sena. Siempre tenía las yemas de los dedos frías, azuladas en invierno y de un rosa encendido en verano. Años después Geneviève descubrió que a ella le pasaba lo mismo en los dedos de los pies y la nariz. Se conocieron cuando ellas tenían

trece años y Félicien —esbelto, ágil, infantil, como suelen serlo los chicos hasta que crecen de golpe— doce.

El año anterior Geneviève había perdido a toda su familia por culpa del frío y la miseria, algo que nunca habían padecido y de lo que Provenza y sus gusanos de seda los habían protegido hasta entonces. El día que conoció a Amélie en el Petit Marché del Marais, Geneviève llevaba meses sola y desamparada en aquella ciudad brutal y desconocida, llena de gente pálida y huraña, de barrizales y aguaceros repentinos. Estaba dispuesta a todo para dejar la tenería a orillas del Bièvre donde trabajaba y el infecto cuchitril que compartía con otros seis chiquillos —todos menores que ella—, por no hablar del hedor a cuero que impregnaba toda su ropa. Cuando Amélie le habló del puesto de lavandera en casa de la señora d'Argenson, Geneviève no cabía en sí de gozo. Por primera vez, desde que había salido de Provenza, tuvo que tomar una decisión. Aceptó al instante.

Amélie la llevó al barco lavadero en el que se congregaban las lavanderas del barrio. A veces, a bordo de *La Sirène*, Geneviève notaba los dedos de Amélie rozando los suyos, unos y otros tan húmedos y arrugados como las sábanas que lavaban. Mientras golpeaban la ropa con la pala, las dos amigas hablaban de París y de sus vidas. La historia favorita de Geneviève era la de una madre que había enloquecido de dolor al perder a su hijo en el Sena y que, desesperada, se había propuesto encontrar su cuerpo. La mujer rezó, clavó una vela en una hogaza de pan, metió la hogaza en un cesto y dejó el cesto en el río, confiando en que la vela le señalara el lugar exacto donde el niño se había ahogado. Pero el cesto flotó hasta dos barcos cargados de heno y les prendió fuego; y las dos

naves, envueltas en llamas, quemaron el puente de Notre-Dame y diez casas, que se derrumbaron ardiendo sobre el Sena. Amélie lo contaba de una forma que hacía sonreír a Geneviève. En boca de su amiga, la historia ya no hablaba de muerte y destrucción, sino de errores humanos, de esperanza ciega y de cómo un gesto insignificante puede provocar situaciones extraordinarias.

¿Dónde estaba Félicien en esa época? En todas partes: en las cuadras, donde almohazaba yeguas rechonchas y potros que apenas se sostenían en pie; sentado en la cocina, con los brazos de su hermana alrededor del cuello y un jarro de vino en la mesa; de vuelta de las Halles, donde se había gastado sus cuatro chavos en manzanas de piel tersa como la de un bebé. Se las ofrecía a Geneviève y Amélie, que las hacían crujir con sus mordiscos.

A Geneviève, Félicien le gustó desde el primer momento. Le costaba entender sus bromas, a menudo absurdas, pero le divertían. Félicien creció de golpe un verano; domó sus largas piernas durante esas semanas soleadas. Ese otoño, en el baile de la rue Mouffetard, los tres amigos no se unieron a las rondas, como solían hacer: el trío se había dividido en parejas.

Las carretas tardan casi diez días en llegar al Loira. Geneviève no recuerda haber avanzado tan lentamente cuando cruzaba Francia con su familia. Los bueyes siguen rumbo al sudeste con los arneses cubiertos de sudor y barro. En los campos, los labradores detienen sus labores y se las quedan mirando; algunos les desean buen viaje, otros murmuran y las observan. Geneviève prefiere no saber qué

dicen. Procura no pensar en el policía de París, aquel que quería llevarse más cajas de munición.

Al atardecer, las monjas las conducen a graneros, establos y corrales donde patos y gallinas se pasean entre sus lechos improvisados. Sólo duermen al raso una vez, cerca de Nemours, envueltas por la oscuridad del campo, bajo tantas estrellas que el cielo parece casi blanco. Geneviève estaba absolutamente maravillada. Desde que ha dejado París, duerme mejor. Hablar con Étiennette la ayuda. Después de tantos meses de aislamiento, es un alivio poder contar su historia a otro ser humano y verlo interesado en sus peripecias. Hay algo enternecedor en las preguntas de Étiennette sobre Félicien y en su forma de ignorar los piropos de los granjeros. Se nota que no se ha relacionado con chicos y que se inspira en los amoríos que su hermana tuvo en París y Versalles para no quedarse sin historias que contar. Siempre que menciona a Marceline o *La Mutine*, el barco en el que su hermana mayor cruzó el Atlántico, Charlotte se pone seria. Étiennette parece no darse cuenta.

—Qué lejos queda todo eso, ¿verdad? —dice unos días después de salir de Nemours.

Geneviève asiente sin dejar de contemplar los campos dorados. No miente del todo. Félicien le parece lejano; Amélie y Provenza siempre la acompañan.

Charlotte apenas le dirige la palabra ni muestra interés por sus historias. Habla de la Salpêtrière, de sitios que Geneviève ni siquiera sabía que existían: la botica, la rue de la Lingerie, el taller de bordado, el jardín de la directora... Pero un día Geneviève menciona a la costurera de su señora y Charlotte baja la cabeza. Cuando le

pregunta qué le pasa, la niña se encoge de hombros y ya no abre la boca en toda la tarde.

—Una supervisora le dijo que debía su apellido a una costurera —le explica Étiennette esa noche.

Geneviève le pregunta por qué y Étiennette suspira.

—Por el trozo de tela bordada con el que llegó a la Salpêtrière.

En Orleans, Geneviève se despierta sobresaltada, convencida de que ha oído un grito. Mira alrededor del oscuro cuarto de la posada. Nada. Medio dormida, trata de recordar las caras de los demás huéspedes, pero sólo consigue acordarse del matrimonio que las ha recibido esa tarde, una pareja muy agradable y un joven. Aguza el oído, intentando identificar otro sonido. El suspiro triste de un buey, Charlotte roncando detrás del hombro de Étiennette, un gemido ahogado al otro lado de la pared, un golpeteo débil... Aunque presta atención, al final se queda dormida, y cuando abre los ojos el dormitorio está inundado de luz y casi todas las mujeres levantadas. Fuera, le pregunta a Étiennette si no ha oído un ruido durante la noche.

—He dormido como un bebé.

Dejan Orleans y vuelven a las aldeas, los campos y los bosques. Al amanecer, las granjeras les sirven caldos humeantes que han pagado las monjas y los policías. Siempre faltan cuencos; cuando Geneviève reclama el suyo, le ordenan que se siente y espere. Las mujeres, con las manos entumecidas por el frío nocturno, se acurrucan unas contra otras mientras deshacen con las uñas la espesa miga del pan. Geneviève deja que Étiennette coma primero. No nota la humedad de la que se quejan las otras. En la Grande Force, a veces se despertaba con los codos hundidos en la nieve y

los miembros tan agarrotados que le dolían con el menor movimiento. Trata de pasarle comida a Charlotte, pero la niña sigue esperando a que Étiennette acabe de desayunar sin apartar la vista de su amiga, de sus labios apoyados en el cuenco. Cuando Étiennette finalmente se lo tiende, Charlotte, con los ojos enrojecidos, desvía la mirada.

El día en que se supone que llegarán al río, Geneviève se queda sola con Charlotte y Pétronille, que, sentada frente a ellas, mira su cuenco todavía lleno con la barbilla apoyada en la mano. Étiennette ha salido para acuclillarse fuera, junto a un montón de estiércol que solapa el olor de las mujeres. Charlotte está ensimismada retorciéndose la falda e ignora la presencia de Geneviève. La pequeña siempre la hace sentir incómoda, fuera de lugar. La cuadra está desierta, sólo se oyen los sorbos de sopa de Pétronille. Por una vez, Geneviève no sabe de qué hablar; no tiene nada en común con Charlotte, salvo el viaje y a Étiennette.

—A veces pienso que nunca llegaremos a la costa —acierta a decir.

—Qué más quisieras...

—¿Cómo? —Charlotte guarda silencio mientras tortura el frágil cordel con el que trata de volver a cerrar su hatillo—. Este viaje nos da la oportunidad de conocernos —dice Geneviève.

Charlotte hace una mueca.

—Sobre todo a ti. La oportunidad de conocer a Étiennette —replica, y hace una pausa—. Debes de estar contenta de haber salido.

Geneviève siente un escalofrío en la espalda. Charlotte tira una última vez del cordel. En ese momento un hatillo cae al suelo y la

melena rubia de Étiennette oscila entre ellas.

—¿Qué pasa? —dice mirando a sus dos compañeras—. Pareces enfadada, Charlotte...

—No pasa nada —interviene Geneviève—. Sólo hablábamos de la próxima etapa del viaje.

Charlotte, roja de rabia, baja la cabeza. Geneviève se estremece viéndola.

—Eso, la próxima etapa —masculla la niña.

Geneviève la ve cruzar el patio de la granja, con sus escuálidos brazos balanceándose a los lados del vestido descolorido. ¿De «Haber salido» de dónde?, le hubiera gustado preguntarle. De la Salpêtrière, habría contestado Charlotte. De pronto, le asaltan las dudas: ¿y si la niña sabe más que las demás?, se pregunta Geneviève. Intenta tranquilizarse, se repite que es imposible. El miedo se atenúa, pero no puede evitar la rabia. Esa chiquilla no sabe la suerte que tiene de recorrer los caminos acompañada por una amiga de la infancia de la que no se ha visto obligada a separarse. A su edad, ella luchaba por sobrevivir en una ciudad que no le ofrecía más que la soledad de sus calles y sus prisiones. Ha estado aislada demasiado tiempo para hacer este viaje sola.

—No te preocupes —la tranquiliza Étiennette sonriendo—. Quizá por fin le ha venido la regla.

En casa de la señora d'Argenson, Geneviève contó las semanas que habían pasado desde su última menstruación, pero no se lo dijo a nadie, ni siquiera a Amélie. De haberlo hecho, habría tenido que dar muchas explicaciones, y no le apetecía que su amiga se enterara —y

menos allí, así— de lo que había pasado entre Félicien y ella. Sólo había ocurrido una vez. No había significado nada, como las parejas que veían retozando por la noche en las callejuelas al salir de *La Sirène*. Geneviève no podía expresar lo que ella misma aún no había comprendido: acostarse con Félicien había sido lo más cercano a amar a Amélie.

Decidió que era lo bastante mayor para arreglárselas sin ayuda de nadie. Había oído historias de mujeres que no querían seguir adelante con su embarazo. Se decía que comer ajenjo estimulaba el flujo sanguíneo. Por la noche, entraba a escondidas en las cocinas desiertas y mascaba aquellas hierbas amargas, que le revolvían el estómago y le provocaban náuseas. Por la mañana, se despertaba agotada. Se arrodillaba en la cama y buscaba las manchas que harían callar a las otras criadas, pero sólo encontraba las marcas saladas de su propio sudor.

Intentaba ganar tiempo. Se imaginaba su vientre, abultado y, luego, otra vez plano, y la mirada que le lanzaría su señora antes de echarla, como si le hubiera escupido en la cara. Podía imaginarse a Amélie encorvada sobre las tinas del barco lavadero, sola. Pero no conseguía imaginar al bebé. Sólo aquel lugar oscuro y húmedo que se abría debajo de sus pechos, aquella parte de su vientre, que debía de ser roja, de un color cálido y cambiante, como el interior de los párpados.

Hasta ahora Geneviève sólo había visto dos ríos: el Ródano, que transportó a su familia a París, y el Sena, que la reunió con Amélie. El tercero, el Loira, le parece interminable. Durante las dos semanas

que han estado siguiendo su curso, ha visto fortalezas y castillos con tejados resplandecientes como pasteles dorados con yema de huevo. Poco después de salir de Tours, una mujer se ha burlado de Pétronille, señalando una de esas propiedades y preguntando si la castellana desearía que la dejaran en su casa. La respuesta de Pétronille ha sido seca e inesperada:

—Cállese.

No se lo ha tenido que repetir.

Hoy incluso a Charlotte le cuesta disimular su entusiasmo. El barco las espera en Paimbœuf: pronto abandonarán las carretas. Justo después de Nantes, la pequeña le estaba contando a Étiennette algo sobre una camada de gatitos y un ramo de margaritas que le ha dado el hijo de un herrador. Charlotte no ha vuelto a dirigirle la palabra a Geneviève. Al principio, era un alivio; sin palabras, los reproches eran más fáciles de ignorar. A Étiennette no parece importarle esta nueva situación si las tiene a las dos a su lado. Esta mañana Geneviève ha oído canturrear a Charlotte mientras la niña apilaba los cuencos vacíos del desayuno. Estaba de espaldas y cantaba como hacemos cuando creemos estar solos. Geneviève ya no recuerda la letra de la canción, sólo el cálido timbre de su voz, tan rico y denso como la miel oscura de su infancia, que su vecino obtenía de los castaños de Provenza.

Charlotte la pone cada vez más nerviosa. La perspectiva de pasar otro mes así le resulta insoportable. No puede evitar preguntarse de qué sería capaz Charlotte para mantenerla alejada. Los insultos que le susurraba la marquesa d'Argenson en su celda de la Grande Force resuenan de nuevo en su cabeza, pero esta vez ya no oye la voz de

su señora sino la de Charlotte. No seas idiota. No todo gira a tu alrededor. Sólo es una niña.

La carretas se detienen en el puerto. Todas las mujeres se enderezan y se levantan, menos Pétronille. Geneviève intenta atraer su atención, pero ella sigue con la cabeza gacha y los brazos cruzados. Un policía les ordena bajar, y Geneviève se apresura a obedecer. Tras semanas de viaje, sólo desea una cosa: caminar, estirar los músculos entumecidos. Creía que en Paimbœuf les esperaba el océano, pero ahora comprende lo que sor Gertrude le explicaba a otra monja esta mañana. Esta ciudad es sólo una etapa: antes de largar amarras de una vez por todas y poner rumbo a Luisiana, *La Baleine* las llevará hasta la costa atlántica, donde los marineros prepararán el barco para la travesía. Geneviève observa el Loira. La arena de sus islas redondas rompe la superficie del agua como pechos en una bañera.

Nunca había visto un navío tan imponente. Comparado con *La Baleine*, el barco lavadero de París es una cáscara de nuez. Sus tres mástiles le recuerdan el cadalso de la plaza de Grève; sus velas desplegadas, la sombrilla de una dama; los postes que las sostienen, los brazos de un niño que se esfuerza en mantener el equilibrio sobre una línea recta. Es una nave rechoncha, de casco poco profundo, con cañoncitos que apuntan hacia la orilla, hacia ellas. Unos hombres corretean de un mástil a otro y suben y bajan las escalerillas de los dos puentes superiores. Desde el puerto, sus pasos son absolutamente silenciosos.

Las monjas las cuentan por enésima vez. Geneviève siente las manos de los policías, que la empujan hacia la fila, justo detrás de Charlotte y Étiennette. Oye un discreto resoplido y echa un vistazo a

Pétronille, pero un ruido sordo la sobresalta. La pasarela acaba de aterrizar sobre el muelle. Delante de Geneviève, Charlotte se aferra a la mano de Étiennette.

—Tengo vértigo —murmura.

—Será un momento —la tranquiliza su amiga.

Étiennette pasa la primera, seguida de Charlotte. El Loira es más turbulento que el Sena, y pronto las losas del muelle desaparecen bajo los pies de Geneviève, la madera húmeda se comba bajo sus zapatos, y vuelve a verse en la cocina de su señora con un huevo en la mano y los dedos de Amélie sobre los suyos, el índice en lo alto de la cáscara y el pulgar abajo, mientras le susurra que apriete más fuerte, repitiéndole que el huevo no se romperá. Su madre le había dicho lo mismo de los capullos de seda.

—¡No mire abajo! —le gritan desde el barco.

Pero es imposible. Agacha la cabeza como cuando subía a bordo del barco lavadero; la abrupta pendiente del casco desaparece en el agua, que de repente está muy cerca. Uno, dos, tres pasos más, y Étiennette tira de ella hacia los cañones y el puente. *La Baleine* se mueve imperceptiblemente bajo sus pies. Geneviève se da la vuelta y ve a las mujeres oscilando en la pasarela y, detrás de ellas, las casas del puerto, inmutables. Pétronille tropieza al subir a bordo, y Geneviève la ve secarse las lágrimas con la manga del vestido. Quiere preguntarle si está bien, pero le gritan que se dé prisa. Al pie del palo mayor, las mujeres desaparecen entre los batientes de la escotilla bajo la atenta mirada de sor Gertrude. El viento agita los largos velos que enmarcan el rostro de la monja. Charlotte está a su derecha con las manos entrelazadas.

—Ven —le dice Étiennette a Geneviève.

—¿Y Charlotte?

—No te preocupes, nos encontrará.

Pétronille baja delante de ellas. Tiene la cara lívida y los labios apretados.

—¿Por qué no viene? —pregunta Geneviève.

Étiennette se encoge de hombros y se sube la falda.

—Quería hablar con sor Gertrude.

Geneviève imagina todo lo que Charlotte podría inventar sobre ella y todo lo que la monja podría contarle. No sabe qué versión sería peor. Toca el hombro de Étiennette.

—¿De qué?

—¡Por favor, señoritas, dense prisa! —grita sor Bergère.

—No tengo ni idea. Ven —insiste Étiennette.

Un grumete tira de una jarcia mirando a lo alto de un mástil, pero a Geneviève no le da tiempo a ver qué trata de hacer caer. Tiene que volver a fijarse en sus pies para bajar la escalerilla que se hunde en las profundidades de *La Baleine*. Al llegar al encharcado entrepuente, espera a que sus ojos se acostumbren a la oscuridad, a que la tiniebla esmeralda se disipe. Cuando mira hacia la escotilla, ve a Charlotte y sor Gertrude, recortadas contra el cielo gris, que hablan con la barbilla apuntando hacia abajo, como si la observaran.

Le contó a Amélie que estaba embarazada una tarde a orillas del Sena bajo un cielo de nubes rosa pálido. Geneviève no había previsto contarle la verdad, pero, antes de emprender el camino de vuelta a casa, mientras doblaban las últimas sábanas y recogían las palas en el muelle, le entraron náuseas.

Cuando su visión se aclaró, tenía dos anadones, un gorro a la deriva y unas algas enormes ondulando en el agua frente a su cara. Procuró respirar por la boca para evitar el olor acre del río. Temía volver a vomitar si le soltaba el nombre de su hermano a bocajarro. Pero no hizo falta porque Amélie lo pronunció por ella.

Cuando Geneviève consiguió erguirse, Amélie miraba el Sena, más allá de *La Sirène*, con la mano en la mandíbula, como si intentara contener los insultos.

—Si no se tratara de mi hermano, ya me lo habrías contado —dijo al fin, y Geneviève asintió, aunque no era una pregunta—. Él no sabría cómo ayudarte —continuó Amélie, y repitió la frase, como si la reconfortara, entre los graznidos de las tres gaviotas del puente—. Pero yo, sí.

Dos días después Amélie le dio la dirección de una casa de la rue de Buci, en la orilla izquierda, adonde había ido la hermana de una amiga suya. Geneviève estaba segura de que, si hubiera podido preguntarlo abiertamente a las mujeres de su alrededor, habría descubierto que la hija de la lechera, la prima del zapatero y la madre del conductor de carruajes también habían llamado a esa misma puerta. Ellas habrían podido contarle lo que le esperaba cuando la cruzara. Pero Geneviève cogió un cesto vacío y cruzó el Sena sola. No quería llamar la atención yendo con alguien. No podía permitirse perder a Amélie además de al niño que llevaba en su vientre.

Después de un día en el mar, *La Baleine* ya no le parece tan enorme. El entrepuente en el que están confinadas podría ser otra celda,

aunque al menos ésta la lleva lejos. También aquí reina la oscuridad y la humedad, además del oleaje, que parece ensañarse contra el casco. Cuando está tumbada, siente las olas rompiendo en su oído y las cuadernas vibrándole en la sien, como si el Loira y luego el Atlántico la estuvieran engullendo. Las primeras noches a bordo de *La Baleine*, Geneviève sueña con agua, con un país atravesado por ríos que arrastran ramas muertas. En esos sueños, ya nadie le dirige la palabra. Se despierta jadeando, entre el chapoteo del agua y el olor a madera podrida.

—En Lorient, reacondicionarán la cala —les asegura sor Gertrude al amanecer del cuarto día, y añade que habrá bancos y colchones para que estén cómodas.

Étiennette y Charlotte se han instalado cerca de una de las portas, que tienen prohibido abrir. La mañana de la partida, Geneviève vio a Charlotte cuchicheando con Étiennette. Se repite que la niña nunca le haría daño, pero no puede evitar imaginarse a las monjas enterándose de su pasado como abortera y ordenando a los policías que la devuelvan a la Salpêtrière. Así que se ha quedado junto a Pétronille, indispuesta desde que zarparon de Paimbœuf, y le sostiene el cubo bajo la barbilla. Pétronille murmura algo; al acercarse, oye un «gracias».

Tampoco les permiten acceder al puente hasta llegar a Lorient. Allí abajo, a veces se le acelera el corazón, como en la Grande Force, y le cuesta respirar. En esos momentos, cierra los ojos e intenta abstraerse de los pasos de los marineros retumbando sobre su cabeza y los silbidos del gélido vendaval que azota los mástiles. Piensa en Provenza, en el sendero que serpentea entre los campos, aquel atajo que sólo podía tomar después de la puesta de sol,

cuando las abejas dejaban tranquila la lavanda. Se refugia en La Bastide-des-Jourdans todo lo que puede.

Aquellos campos azules acuden a su mente la primera vez que ve el océano en Lorient. El embate del viento, la líquida ondulación de las flores. Desde el puente, mira las olas, oscuras, densas, plateadas; rompen en la playa y ruedan hasta fundirse con la recta del horizonte. No sabía que su mirada pudiera llegar tan lejos. Frente al Atlántico, le invade una sensación de vértigo. Hasta entonces no había comprendido lo que implicaba realmente el viaje a Luisiana. Se dice que una vez cruzada aquella ingente masa de agua ya nada tendrá importancia. Podrá volver a ser libre. Y en esos instantes, a punto de desembarcar en el puerto bretón, le parece imposible que alguien pueda arrebatarle eso.

El día que se tomó la infusión de plantas que había comprado en la rue de Buci, Geneviève perdió el conocimiento varios minutos. Lo perdió, como al caer dormida por la noche, y luego se despertó asustada y sorprendida de haberse alejado tanto de sí misma. Sabía que eso no significaba que no hubiera pasado nada. Había una criatura, y después ya no estaba. Es así de simple: no hay ningún recuerdo, sólo hechos. Estaba dormida, y luego ya no lo estaba.

Cuando empezó a extraer el jugo de artemisa, ruda y sabina para ofrecer esas turbias mezclas a otras mujeres, les decía exactamente eso: «No pienses en ello. Pronto habrá pasado. Será como si despertaras de un mal sueño. Pero al menos habrás podido elegir.»

La posada que han elegido las monjas está cerca del puerto de Lorient, pero, desde la única ventana de la habitación que Geneviève comparte con Pétronille, Étiennette y Charlotte, no se ve el océano que pronto las llevará lejos de allí. Sor Gertrude les ha explicado que no partirán hasta dentro de varias semanas: deben esperar a que lleguen los concesionarios y finalice el carenado del barco. La primera noche, Geneviève observa a Étiennette y Charlotte, sentadas al otro lado de la mesa. A bordo de *La Baleine*, no se atrevió a preguntarle a la pequeña por su conversación con sor Gertrude. La cala, oscura, cerrada, saturada de un olor agrio y marino, le recordaba demasiado a la Grande Force. Pero ahora que están en tierra firme y duermen en el mismo cuarto, sabe que no tiene elección.

Después de cenar, encuentra a Pétronille tumbada en la cama que comparte con ella. El suelo está lleno de vómito; también el bajo del vestido de Charlotte. Étiennette, tapándose la boca con la mano, se mantiene a distancia. Charlotte pone con delicadeza su hatillo bajo la cabeza de Pétronille. Cuando Geneviève entra, la niña se aparta.

—¿Qué ha pasado?

Pétronille le sonríe débilmente. Sus mejillas están recuperando el color poco a poco.

—Siento como si aún estuviera en el mar —murmura.

—Pero ya no lo estás —responde Geneviève.

—Voy a buscar agua y trapos —dice Charlotte.

Geneviève se aparta para dejarla pasar.

—Espera, te acompaño.

En el pasillo, sortea a las mujeres que vuelven del comedor y aviva el paso para alcanzar a Charlotte en la escalera.

—¿Qué quieres? —le pregunta la niña.

Geneviève sólo le ve la espalda y los pies mientras las dos descienden los peldaños. Espera hasta que llegan al rellano del segundo piso, desierto.

—Has hablado con sor Gertrude —dice al fin.

Charlotte mira fijamente el único arcón del descansillo.

—Sí.

—¿Por qué?

—No es asunto tuyo.

—Pero lo que te ha contado sobre mí, sí.

La pequeña la observa con atención. La penumbra disimula sus pecas.

—Estuviste presa en la Grande Force, como sospechaba.

—Como sospechabas... —Geneviève está convencida de que miente, pero Charlotte no pestañea, y ella siente que le flojean las piernas—. ¿Qué más te contó?

Charlotte se arrodilla delante del arcón. Cuando Geneviève le repite la pregunta, apenas reconoce su propia voz.

—Que... —empieza a decir Charlotte, pero, antes de continuar, se aclara la garganta—. Dijo que le traía sin cuidado lo que hubiéramos hecho. Que la lista no la había elaborado ella. —Hace una pausa. De pronto, parece muy triste—. Nos escogió la directora. Sor Gertrude simplemente tiene que asegurarse de que lleguemos a Luisiana sanas y salvas.

Geneviève se siente tan aliviada que al principio es incapaz de responder. Viajará al Misisipi, pase lo que pase.

—Si ya sabías que había estado presa en la Grande Force, ¿por qué le preguntaste a sor Gertrude?

La niña se muerde el labio inferior.

—Porque Étiennette no me creía.

Geneviève desvía la mirada. Eran imaginaciones suyas, Charlotte nunca ha tenido la intención de hacer que la devolvieran a la Salpêtrière. Sólo quería mantenerla alejada de Étiennette. Geneviève piensa en todo lo que habría hecho por Amélie; en la única cosa que no supo darle. Le gustaría no comprender a Charlotte, pero no puede evitar ponerse en su lugar. Recapacita. ¿Sabía ella a esa edad que Amélie acabaría siendo más que una amiga? Recuerda como si fuera hoy el primer día en casa de la señora, la tarde de otoño en que Amélie le enseñó su habitación. No, claro que no. Sólo sentía alegría y un profundo alivio al pensar que iba a compartir sus días con alguien.

—Toma —le dice Charlotte tendiéndole un trapo—. Para Pétronille.

Geneviève lo agarra, pero no se mueve. Charlotte baja la escalera con un cubo en cada mano mientras Geneviève la sigue con la mirada. No sabe cuánto rato se queda allí, en el rellano del segundo piso, esperando sola. Una pesada lluvia de verano ha empezado a azotar el tejado, y la posada se llena de un estrépito sordo y persistente que le recuerda el embate de agua contra el casco de *La Baleine*.

Amélie no se separó de ella después del aborto. Su presencia la tranquilizaba. Sus fríos dedos en las mejillas le producían el mismo efecto que un paño fresco sobre unas sienes febriles. Cerraba los ojos y pensaba en los arcoíris suspendidos entre las pestañas, cuando el sol se insinúa bajo unos párpados que han permanecido

cerrados demasiado tiempo. Luego la oía bajar a la cocina, y se quedaba esperando a que volviera a tumbarse a su lado, con la cara muy cerca de la suya. Cuando estaba absorta, Amélie se despellejaba el labio superior con la uña del índice mientras apoyaba el pulgar en la barbilla. Se rascaba el triángulo de piel entre la nariz y el labio, ese surco donde la boca se vuelve húmeda. La heridita nunca cicatrizaba del todo. Apenas se veía, pero hacía que cada beso fuera distinto.

Ese verano la señora había ido a visitar a una prima de su marido que estaba enferma y no volvería a París hasta final de mes. Se citaban en los sitios más insospechados. En el granero, rodeadas de ratones fisgones y cómodas que habían sobrevivido a varios reinados, o en el naranjal, a la sombra de frutos que jamás deberían haber crecido en París y que sin embargo lo conseguían. Compartían cama y agradecían a su señora la promiscuidad que imponía a sus criados. Por la noche, cuando se recorrían las costillas con los dedos y se entrelazaban los muslos, se tapaban las cabezas con el embozo y respiraban el aire caliente que se deslizaba entre ellas, apretándose una contra otra hasta anular el espacio entre sus cuerpos.

Luego Geneviève abría la ventana. Dejaba correr el aire mientras contemplaba el alba incolora. En la calle, una vecina regañaba a unos niños con las camisas manchadas. Toneles de cerveza imprimían huellas redondas en el barro húmedo. París ya no era la odiosa ciudad que había matado a su familia. Amélie la había suavizado, transformado.

Desde finales de agosto hasta principios de septiembre, Étiennette se comporta de un modo distinto con ella. Geneviève querría convencerse de que su amistad la trae sin cuidado, pero sabe que no es así. Pierde el apetito. En el patio de la posada se frota los rizos grasientos, que por fin vuelven a ser castaños, pero el agua del barreño ya está sucia y el pelo no le queda limpio. Por la noche Étiennette se duerme después de un simple «hasta mañana». Durante la misa, en Saint-Louis de Lorient, Charlotte cierra los ojos y alza la cara hacia la nave de la iglesia inacabada. Pero a ella las oraciones no la reconfortan. Piensa en el aliento de sus personajes cuando oye el viento que entra por las vidrieras rotas.

Pétronille no ha vuelto a encontrarse mal después de su primera noche en Lorient. Sin embargo, apenas habla. Ni a ella ni a las otras mujeres, y su contundente silencio entristece a Geneviève. Ya no tiene a nadie con quien preguntarse cuándo zarpará *La Baleine*, o cuándo llegarán el cura y los concesionarios de la señora Chaumont, una rica terrateniente (si los rumores son ciertos, el barco lleva provisiones a la colonia; esas tierras en las que se suponía que el trigo y el tabaco crecían como la grama).

Geneviève se siente más sola aquí, rodeada de ese centenar de mujeres, que en su celda de la Grande Force.

Mediados de septiembre. El aire sigue cargado, como si el otoño no fuera a llegar nunca. Geneviève está sola en su habitación revisando las costuras de sus prendas. Las otras han bajado a zurcir su ropa interior con las agujas y el hilo de lino que les han regalado las ursulinas del convento vecino. Sor Gertrude no se cansa de congratularse por su generosidad: la ociosidad es la madre de todos los vicios. Las chicas se ha apresurado a desplegar sus camisones.

Que haya que zurcirlos sólo puede significar una cosa: se acerca la partida.

La puerta se abre con tal violencia que a Geneviève casi se le caen las medias de las manos. No son ni Étiennette ni Charlotte. En el umbral está Pétronille, con el pelo suelto y estrujando la capota con los dedos crispados.

—¿Qué ocurre?

Pétronille echa un vistazo a su espalda y cierra la puerta.

—Esperaba encontrarte aquí... Sé lo que cuenta Étiennette sobre ti.

Geneviève deja las manos quietas en el regazo.

—Asegura que tú puedes ayudarme —le dice con el mismo tono tranquilo que empleó para hablarle de las flores de su herbario en *La Baleine*.

Luego baja la cabeza, pero Geneviève tarda unos segundos en comprender que Pétronille se mira el vientre y no los zapatos.

Las voces de las criadas en el patio se difuminan. Geneviève vuelve a estar en la rue de Buci, sentada frente a la chica que había acudido a verla, una muchacha regordeta que se sobresaltaba con el menor ruido y la miraba con la misma expresión esperanzada que lee ahora en los ojos de Pétronille; vuelve a estar tumbada en un jergón de un cuarto sin ventanas, con unas sábanas pringosas que se le pegan al cuerpo mientras la anciana la palpa y la toquetea con los dedos como si pelara una fruta. Vuelve a ver el techo sucio de un oscuro cuchitril en el que nunca ha entrado el sol; siente el manojo de hierbas arañándole los dedos, las mismas que esa noche Amélie majaría en un cuenco, las mismas que Geneviève daría un mes más tarde a la primera chica que fue a verla. No pudo evitar preguntarle

a la anciana qué debía hacer si las plantas no funcionaban. Vuelve a verla subiéndose el chal, que le resbalaba sobre los hombros, y vuelve a oír su respuesta: «Criar a tu hijo.»

—Siento no habértelo dicho antes.

Geneviève escruta el rostro extenuado de Pétronille. No consigue recordar la última vez que alguien necesitó su ayuda.

—No te preocupes. ¿Cuándo ocurrió?

—La noche que dormimos en Orleans. En la posada.

Geneviève recuerda los ruidos que oyó esa noche. Curiosamente, se siente aliviada. Por una vez puede actuar, hacer algo, lo que mejor se le da, o casi.

—Haré lo que esté en mi mano —dice—. Pero no te prometo nada.

—Ni yo te lo pido.

Geneviève recoge su ropa. Se siente débil y un poco mareada. Se dispone a abrir la puerta cuando Pétronille la llama.

—Tenemos suerte de que estés con nosotras, ¿sabes?

Geneviève se detiene. El corazón le late en las sienes.

—Gracias —responde.

Avanza arrimada a la amarillenta pared del pasillo con las palmas de las manos húmedas y la respiración entrecortada. Tiene miedo, pero sabe exactamente lo que debe hacer. Esa certeza le da fuerzas y es un alivio, el único que ha sentido desde que la detuvieron hace nueve meses. Abajo, zurce su falda apartada de las demás. Étiennette y ella intercambian una mirada, pero vuelve a concentrarse en la tela desgarrada. Se esfuerza en unir los bordes, tal como le enseñó su madre para que el día que sólo pudiera contar consigo misma estuviera preparada.

Depravada, abortera... Por supuesto, la situación era mucho más compleja, pero la señora d'Argenson no le dio la oportunidad de explicársela. La señora no era una mentirosa; no tenía suficiente imaginación. Nunca estuvo totalmente en lo cierto ni del todo equivocada respecto a ella. Si la marquesa se hubiera enterado de su relación con Amélie y de que había ayudado a decenas de chicas, habría habido un juicio y Geneviève habría acabado en el Petit Chatêlet, por degenerada y prostituta. Nadie habría ido a buscarla a su celda y nadie la habría sentado en una carreta para que viajara al fin del mundo. Pero la señora no estaba al tanto de todo, sólo de la pastelera que se había presentado en la puerta de servicio el invierno anterior. La verdad se había convertido en un concepto devastador para Geneviève, un arma con la que cualquiera podría destruirla y que debía ocultar a toda costa. Antes de que Pétronille acudiera a ella, creía que jamás podría reapropiarse de esa parte de sí misma.

En los cuartos de la posada, las mujeres se atreven de nuevo a hablar del viaje. Estas últimas semanas Geneviève ha estado observando a los concesionarios. Los futuros trabajadores de Luisiana han cargado ganado tozudo y barriles llenos de víveres y municiones a bordo. *La Baleine* descansa sobre un costado, como un enorme animal caído. Los hombres han cambiado las tablas podridas y le han rascado el casco, que ahora reluce como un suelo de madera recién encerado.

Geneviève ha de actuar con celeridad: zarparán el primero de octubre. Antes de ese día, tiene que conseguir las plantas y

aguardiente. Para ello, debe entrar sin ser vista en la cocina de la posada, pedirle ayuda a una de las criadas, fingirse enferma para faltar a la última misa y aventurarse en el mercado de la calle adyacente con la esperanza de encontrar algo más que calabazas y pescado.

Pero le preocupan Charlotte y Étiennette. Necesitará contar con la habitación y la discreción de ambas.

Unas horas antes de que la detuvieran, Geneviève corrió a buscar a Amélie al patio donde tendían la ropa. Cualquier otra tarde, habrían bajado a las cocinas y pedido un poco de cerveza. Beber en la taberna se había vuelto un tanto arriesgado; se rumoreaba que allí los policías detenían a mujeres y las enviaban al otro lado del océano.

Había pasado un año desde su visita a la rue de Buci. Hacía meses que Geneviève se dedicaba a ayudar a las lavanderas, floristas y damas de compañía del barrio. Tres días antes, le había jurado a Amélie que la pastelera sería la última; después de ella, lo dejaría. La promesa había sido un alivio.

—Por fin. Era cuestión de tiempo que te pillaran —le había dicho Amélie, y la había besado.

Ese día de enero, cuando la chica le susurró que no podía quedarse, que su señora estaba al corriente, Geneviève cerró la puerta con suavidad detrás de ella. No le cogió por sorpresa.

Trató de respirar con calma; si quería despedirse de Amélie, debía actuar con rapidez. Las manos le temblaban tanto que le costó mucho girar el pomo de la puerta. Fuera, el viento frío arreciaba

contra las sábanas húmedas que se ondulaban blandamente sobre el único par de zapatos visible ese día. Amélie lo supo nada más verla. Dejaron la ropa mojada y subieron de tres en tres los peldaños hasta su habitación. Sólo tuvieron unos minutos antes de oír los pasos de la señora d'Argenson martilleando el entablado y deteniéndose en el pasillo, al otro lado de la pared.

Todavía hoy se felicita por no haber dudado, por haber arrastrado a Amélie al primer piso y haber atrancado la puerta con la silla. Se felicita por haberle arrancado a la señora lo que nadie podrá arrebatarle jamás.

Con Charlotte y Étiennette, tampoco duda. Unos días antes de la partida, de camino a la iglesia, Geneviève coge de la muñeca a la pequeña. A su alrededor, las mujeres están distraídas; miran al suelo, para no pisar una boñiga, o al cielo, que sólo ven así —lejano e inmenso— una vez a la semana. Geneviève afloja el paso y hace señas a Étiennette para que se acerque. En su pecho, su corazón es un pájaro, una mariposa, un gusano de seda hambriento. Las mujeres se han detenido en una esquina; acariciadas por la brisa salobre, esperan a que pase un cargamento de vino. Geneviève se inclina hacia Charlotte y Étiennette hasta que sus capotas se rozan. Les susurra lo que sabe y nadie más debe averiguar.

Se prepara para sus malas caras, sus objeciones y sus preguntas. Pero Étiennette no abre la boca.

—¿De verdad pensabas que yo diría algo? —le pregunta Charlotte con cara seria.

3

Pétronille

Lorient, octubre de 1720

A Pétronille le habría gustado quedarse en el entrepuente. Prefiere la penumbra del vientre de *La Baleine*, sobre todo ahora que ha levado anclas. El océano golpea el casco; las órdenes de los oficiales resuenan sobre su cabeza. Dentro de la carreta, entre los sembrados y esos árboles tan inmensos que los bueyes avanzaban bajo bóvedas de ramas, se sentía atrapada; no había forma de escapar en el campo. Cuando creyó que podría conseguirlo gracias al hijo del posadero de Orleans —el chico repetía que nunca había visto a una mujer como ella, mientras le acariciaba la mancha de nacimiento—, sintió que había caído en otra trampa, incapaz de decidir si quería, si aún deseaba que la mano del chico se deslizara por su muslo.

Aquí, en el entrepuente, mientras no vea el mar, puede creerse que *La Baleine* no es muy distinta de la Salpêtrière. Convencerse de que en los próximos meses tan sólo tendrá que esconderse allí, dormirse cuando se haga de noche y comer cuando sea la hora. Gracias a Geneviève, la simple vista de los calderos de sopa ya no le revuelve el estómago. Pero los calambres le han dejado el bajo vientre dolorido y las piernas flojas. A Pétronille no le apetece ir a

popa, como les acaba de pedir sor Gertrude. Seguramente, la monja creía complacerlas permitiéndoles despedirse del continente, pero Pétronille no siente la necesidad de hacerlo. Francia nunca ha sido un verdadero hogar.

En el puente, todo la agrede: la cegadora luz del mediodía, los gritos de los marineros y las gaviotas, el agua que se desliza bajo el barco como harina que se amasa. Los tres mástiles se yerguen sobre su cabeza; uno, cerca de la escotilla del entrepuente; otro, en el castillo de proa, y el tercero, en el de popa. Los rociones le salpican los ojos; no sabe si lo que se seca son lágrimas o agua de mar. Trepa mal que bien por la escalerilla que lleva a cubierta y sigue a las demás hasta la borda. Ha aprendido a adelantarse al impacto del oleaje con las manos sobre el vestido; gestos que hasta hace poco le daban escalofríos. Ha aprendido a ignorar el mote que cuchichean las otras a sus espaldas: «la Manchada». Jamás habría imaginado que un día echaría de menos a la supervisora de la Salpêtrière, que afirmaba que su antojo era una maldición. Al menos en la Casa de Corrección la dejaban en paz.

—¡Mira, Étiennette!

Charlotte, la chiquilla que le trajo un paño limpio después de que Geneviève le diera las hierbas, agita el brazo señalando una gaviota encaramada en lo alto de un mástil. Más allá de la popa y el timón, nada detiene al océano. Pétronille entorna los ojos bajo el blanco lechoso del cielo de octubre y respira hondo, como le enseñó Paul en Château-Thierry. En el horizonte, los salientes de la costa francesa apenas tienen el grosor de un pétalo. Si no presta atención a las otras pasajeras, si consigue concentrarse en el continente que el

Atlántico se está tragando, todo irá bien. Las conversaciones se atenuarán. Logrará olvidarse del viento, olvidar al chico de Orleans.

—¡Cuidado, señorita!

Pétronille oye la voz del hombre mientras siente la presión de una cuerda alrededor del tobillo. Da un respingo e intenta soltarse, pero el nudo ya está demasiado apretado. A su alrededor, las mujeres dan un paso atrás.

—¡La Manchada ha caído en el lazo! —grita alguien.

A Pétronille le tiemblan las manos sobre la soga.

—Si tira de ahí, debería poder soltarse —le dice ahora a un volumen más bajo la misma voz masculina.

El marinero señala su pierna. Tiene el otro extremo del cabo en la mano. Pétronille no se mueve, y él no se acerca para ayudarla, se limita a repetir lo que acaba de decirle en el mismo tono, alentador y apurado pero firme. Pétronille se arrodilla, toquetea el áspero cáñamo, busca el punto donde se ha entrelazado. El hombre tiene razón; el nudo se deshace con facilidad. Las mujeres que la rodean pierden el interés y se apartan mientras ella se yergue.

—Ese cabo sirve para plegar el artimón —le dice el hombre señalando el mástil de mesana y la enorme vela a su espalda.

Pétronille lo mira. No es especialmente guapo: nariz demasiado ancha para su cara chupada; pelo castaño que le cae sobre la frente ajada por el sol; ojos de un azul claro distinto al del océano. Debe de tener su misma edad; no le echa más de veintiséis. Su voz le gusta. No la atosiga, no coge la cuerda sin pedírsela. Pétronille se la tiende, y él le da las gracias. Luego desaparece entre la multitud que la rodea. Lo reemplaza Geneviève. Ella también se expresa con seguridad. Tiene las paletas separadas, pero Pétronille no cree lo

que murmuran las demás: que el diablo sopla a través de ese hueco. Le gusta cómo lleva el pelo, sus rizos castaños sueltos en las sienes.

—¿Te has hecho daño? —le pregunta.

—Estoy bien.

Pétronille conserva los tulipanes que le regaló Geneviève cuando acabó todo. Se los ha sujetado con el borde superior de las medias, pero le rozan los muslos con tanta suavidad que apenas los nota. Le entran ganas de levantarse la falda para asegurarse de que no los ha perdido.

—No te vuelvas —le dice Geneviève con el ceño fruncido—. Te está mirando.

Pétronille sigue contemplando el mar. Siente la mirada del marinero como una presión tibia entre los omoplatos. Escruta el horizonte buscando el continente. Pero sólo ve olas, el agua lisa, gris, hasta la perfecta línea recta del cielo. Francia ha desaparecido.

Para sus padres, Pétronille era una simple. Eso estaba claro. Ante los invitados de su madre en Château-Thierry, se quedaba muda. Miraba los vestidos de aquellas señoras, que le recordaban una tarta con demasiado azúcar, y oía sus cuchicheos: «Qué pena, con lo guapa que es.»

A los cinco años, apenas hablaba. En sus cartas, sus cuatro hermanos y hermanas, todos casados ya, la llamaban «Tontita». A menudo oía a los adultos haciendo comentarios sobre su llamativo rostro: admirar sus ojos verde mar y sus finos cabellos negros, bromear sobre el antojo blanco que partía de la comisura de sus labios y se abría como una flor sobre su mejilla derecha. La marca

invitaba a mirar más allá, como el punto de fuga de un sendero de jardín. Unos afirmaban que acentuaba su belleza; otros sacudían la cabeza con aire desaprobador. Pétronille no se avergonzaba de su mancha; nunca se había visto la cara sin ella. Se acostumbró a las miradas de las visitas, que en cuestión de segundos le sacaban los ojos de encima, convencidas de que no había nada más que ver.

Pero Pétronille lo entendía todo. El problema era que no conseguía responder. Por muy intenso que fuera el ruido de las conversaciones, podía oír el tintineo de la plata, las notas del piano, los pasos de los criados. Sentada a la mesa, se quedaba quieta y se esforzaba en clasificar esos sonidos: viento, música, voz. Al final de la comida, mientras los invitados se dispersaban por la sala de fumadores y el saloncito, la señora Béranger se acuclillaba junto a ella y le preguntaba cómo estaba; era la señal de que había llegado el momento de subir a su habitación. Pétronille sabía lo que su madre quería oír. «Bien, gracias», contestaba siempre.

Pétronille nunca había imaginado que el océano pudiera ser tan inmenso. En Lorient, paralizada por las náuseas, intentaba no pensar en las olas, en el vaivén que sacudía el puente y su bajo vientre, que notaba distinto. Ahora deja que su mirada vague por el mar. Pero se siente angustiada. En el fondo, prefería el campo, con sus puntos de referencia; los bosques, que crecían con el paso de las horas, y los ríos, cuyo sonido aumentaba con cada legua recorrida. Cada día avanzaba un poco más. En el entrepuente, todo lo que sabe es que el sol sale y se pone. El viaje a bordo de *La Baleine* le parece interminable.

Durante la semana siguiente, mientras las otras mujeres aún vomitan y sudan, el mal de mar deja en paz a Pétronille. La voz del marinero, como el movimiento del barco, nunca la deja del todo. Hace unos días lo vio en el puente cuando ayudaba a un grumete a zurcir una vela. El niño miraba la aguja con ojos llorosos, pero el marinero estaba demasiado absorto en su tarea para darse cuenta. Esa noche Pétronille no deja de pensar él, en su tono paciente, en sus gestos precisos, en esa especie de honestidad que emana de su interior, una dulzura que ni siquiera la dureza de la vida en el mar ha podido borrar. Pétronille no quiere hacerse ilusiones, siempre teme equivocarse con las intenciones de la gente, algo que su madre le reprochaba a menudo. Pero sabe que no todos los hombres son como el hijo del posadero de Orleans. Es una de las muchas lecciones que aprendió de Paul en los jardines de Château-Thierry.

Las monjas también están indispuestas. No pueden ni vigilar a las mujeres ni organizar el día a día. Pétronille, Geneviève y otras cuatro chicas se encargan de las enfermas. La zona del entrepuente en la que se instaló a las viajeras ya ha absorbido los efluvios de bilis y agua estancada. El aire y la luz solamente penetran por los orificios abiertos en las escasas trampillas del puente y, de vez en cuando, por la escotilla. Geneviève critica las órdenes del capitán, que les prohibió abrir las portas. Pétronille no se queja; se ha acostumbrado a vivir en la penumbra, a esquivar los barriles arrimados a las paredes, a sortear los colchones, a avanzar pegada al tabique que las separa del ganado, que las atufa con su hedor. Siguiendo a Geneviève, ofrece unas jarritas con una infusión de hierbas a sus compañeras. No puede evitar preguntarse por sus ingredientes. Les da un poco a Étiennette y Charlotte, que pasan la mayor parte del

tiempo dormitando acurrucadas una contra la otra. Cada enferma debe tomar dos tragos. Pétronille los cuenta; se fija en el movimiento de sus gargantas al tragar. Por la noche, oye las risas y los ronquidos de los concesionarios hacinados al otro lado del tabique, los golpes de las pezuñas de las vacas, el cacareo de las gallinas encerradas bajo la toldilla.

El entrepuente es un dédalo que se esfuerza en conocer. Sabe que el pañol en el que se guardan la pólvora y las municiones, lo que los marinos llaman la «santabárbara», está muy cerca del sitio en que ella duerme. Ha pasado ante la despensa varias veces, pero ignora dónde se encuentran la enfermería y el puente de mando del que hablan los grumetes. Bajo la escotilla del puente principal hay otra escalerilla. Los gatos del barco descienden por ella con las patas mojadas y desaparecen en la cala.

Ella se atiene a los sitios que conoce, vacía los cubos de las enfermas y restriega las manchas grumosas con trapos mojados en agua de mar. Esas tareas la mantienen ocupada y le proporcionan libertad para ir y venir, y tiempo para imaginar a un hombre que no es el de Orleans. Cuanto más piensa en el marinero, más lejanas le parecen las facciones de aquel otro; en su memoria, se va puliendo como un canto rodado a merced de las olas y quizá no reaparezca jamás.

De niña, Pétronille se inventaba juegos. Coleccionaba preguntas sin respuesta. Hacía galopar sus manos por la pared, imaginándose a una chica que trataba de alcanzar a su novio, que, por motivos distintos en cada ocasión, ya no quería saber nada de ella. Se

preguntaba de dónde venían las cosquillas y las moscas minúsculas que parecían nacer de las frutas. Tumbada en la cama, acechaba los latidos de su corazón. Los sorprendía en su muñeca, entre sus muslos, en el interior del codo, y se divertía siguiendo su imprevisible viaje.

Le gustaba bajar a las cocinas al amanecer. Las criadas volvían de la granja con las cestas llenas. Los sirvientes ya no prestaban atención a sus excentricidades; la cocinera incluso le había enseñado a escalfar huevos. Pétronille, inclinada sobre la olla, rompía una cáscara, y luego otra. Observaba la yema y la clara danzando en el agua, y siempre se maravillaba de que volvieran a encontrarse.

La Baleine lleva once días de travesía cuando las mujeres obtienen permiso para subir de nuevo al puente. La mayoría de ellas están agotadas por el mal de mar y no se levantan del jergón. Sus caras pálidas destacan en la luz crepuscular. Pétronille sigue a Geneviève hasta lo alto de la escalerilla y allí se olvida de ellas. Allí arriba el viento seca el sudor, levanta las faldas, alisa la cara. Por un instante se siente limpia. A proa y a popa, los castillos rompen la regularidad de la borda; los dos puentes elevados dominan el principal. Y más allá, el océano, más azul y turbulento que en Lorient, dibuja un círculo oscuro e infinito alrededor de ella, como si *La Baleine* se hubiera convertido en el centro de ese mundo acuático. Pétronille se pregunta si el marinero de voz suave la reconoce desde donde está.

—Paseemos un poco —le propone Geneviève cogiéndola del brazo.

Pétronille se agarra al pasamanos y siente que los músculos de sus piernas se tensan a medida que la pendiente de la borda se acentúa. Al llegar a proa, se inclina sobre ella con precaución: el barco surca el agua como una pala que se hunde en la tierra mientras el mar repiquetea contra el casco. Pétronille desvía la mirada. El horizonte y el vacío circundante le dan vértigo. En lo alto de los mástiles, los hombres sólo son sombras móviles detrás de las velas. En el puente —desenrollando cabos, tirando de cables, cargando la pipa resguardados del viento—, parecen contarse por decenas. Tienen la piel de la cara atezada; las camisas y el pelo, descoloridos. Pétronille teme ver a su marinero entre ellos. Teme que no esté.

—Aprovechemos esto mientras podamos —oye decir a Geneviève —. Cuando las monjas se repongan, no podremos volver a subir solas.

Pétronille sabe que su amiga tiene razón. Vuelven a bajar al puente principal y pasan ante la puerta de la sala de oficiales. En el castillo de popa, alguien grita «¡Un cuarto a estribor!». Junto al bote, el piloto juega con un disco de metal. Las saluda agitando la mano contra el azul del cielo, como para acariciarlo. Luego vuelve otra vez a su instrumento, y Pétronille se acoda en la borda, a la derecha de Geneviève. El sol de otoño le calienta la cara; el viento le aplasta el vestido contra los muslos.

—Señoritas...

Al ver a los dos hombres, Pétronille se lleva una decepción. Uno viste sotana y el otro un calzón que apenas puede retener su barriga.

—Permitan que me presente —empieza a decir el más rollizo sacudiéndose el polvo de la casaca—. Oficial Des Étaux, cirujano de *La Baleine*. Me acompaña el padre Jean Richard. —El cura las mira sin decir palabra, pero el oficial añade—: Me he enterado de que algunas de sus compañeras estaban indispuestas. ¿Cómo se encuentran?

—Mejor —responde Geneviève.

Pétronille le oye añadir que ya imagina que está demasiado ocupado como para perder tiempo con débiles criaturas como ellas. No está segura de que Des Étaux perciba la ironía del comentario. No oye su respuesta. Mira el mástil, detrás del oficial, junto al que hay dos marineros arrodillados en medio del cordaje. Sólo uno le sonríe. Ella desvía la mirada y niega con la cabeza tan ligeramente como puede. Cuando lo mira de nuevo, el marinero le hace un gesto, pero no de saludo; sus movimientos son más complejos que un simple «buenos días». Al principio a Pétronille le cuesta seguirlos: extiende la mano y dibuja un arco en el cielo, y luego señala el suelo a sus pies. Se pone tan serio al repetir la misma serie de ademanes que Pétronille no puede evitar reírse.

—No sabía que la falta de aire y espacio, de las medidas de higiene más elementales, debería decir, pudieran ser motivo de risa —la reconviene el padre Richard.

El marinero ha retomado su sitio en el ballet de la tripulación. Geneviève mira a Pétronille y se inclina hacia el cura. El oficial entorna los ojos.

—Le ruego que nos disculpe —dice Geneviève—. A veces mi amiga se siente un poco confusa.

Pétronille se vuelve hacia Geneviève. Sabe que sólo trata de protegerla, pero no soporta la expresión de lástima con que la miran los dos hombres, la misma que vio de niña tantas veces. El médico carraspea.

—En fin, señoritas. —Pronuncia cada sílaba lentamente, con cautela—. Estoy seguro de que tendremos ocasión de volver a vernos durante las próximas semanas.

El padre Richard la mira insistentemente antes de seguir los pasos del cirujano.

Pétronille se siente cansada e irritada. Oye que Geneviève la llama. Le gustaría no tener que bajar al entrepuente y que su amiga la cogiera otra vez del brazo con la misma seguridad que al principio de su paseo. Al pasar frente al marinero agachado junto al palo, asiente discretamente. Mañana, aquí, a la misma hora.

Cuando Pétronille tenía trece años, su padre contrató a un nuevo jardinero. Paul casi le doblaba la edad. Siempre llevaba las manos sucias, con las palmas ennegrecidas por la tierra. Tenía la cara pequeña y la boca tan cerca de la nariz que Pétronille siempre se preguntaba si podría hurgarse las fosas nasales con la lengua. Él acabó confesando que podía de sobra.

Se conocieron una tarde que entraba en casa por el sendero principal. Había estado paseando un par de horas. Salía sola a menudo; por el camino cogía nidos que le arañaban las manos, insectos muertos y capullos de flores, que amontonaba en su habitación. Sus «desapariciones» enfurecían a su madre. Aquella

tarde de primavera, volvía a casa con una rama de rosal. Estaba pensando dónde lo pondría cuando oyó una voz:

—Usted mata a esas plantas...

Era un hombre sentado junto a un macizo de flores. Señalaba el tallo que llevaba Pétronille.

A ella no le gustaban los desconocidos, y menos los que se le acercaban. Pero aquél no se movió; se limitó a añadir:

—Deje que se lo muestre.

Cortó una peonía y arañó el minúsculo capullo con una uña corta. Pétronille se acercó mientras el hombre rasgaba la frágil envoltura de la flor y dejaba al descubierto sus pétalos encogidos.

—¿Lo ve?

Ella no dijo nada. El hombre no le hizo ninguna pregunta. Pétronille se alejó, pero, mientras subía los peldaños de la escalinata, se dio la vuelta varias veces.

No volvió a esconder plantas detrás de su tocador. Al día siguiente, fue a buscar a Paul y lo observó mientras podaba la madreselva y le daba la forma que había imaginado.

El día de su cita con el marinero, Pétronille no puede subir al puente. Ni el siguiente, ni el domingo, cuando el ayudante de cocina sirve vino para celebrar el día del Señor. El tiempo ha empeorado. El viento y el agua zarandean el barco, las olas rompen contra el casco y a veces los golpes son tan violentos que el océano parece haberse vuelto de piedra o madera. Tras cuatro días de mala mar, hay que sacrificar una vaca que se ha roto una pata. Al anochecer, Pétronille oye la lluvia rebotando en el toldo con el que los marineros han

cubierto el bote y los víveres y la carga golpeando las tablas que inmovilizan el lastre. Está preocupada, pero no por la tempestad. Después de su paseo por el puente, Geneviève le dijo que se había percatado de su intercambio de miradas con el marinero.

—Ten cuidado —le advirtió, y, tras pedirle disculpas por lo que les había dicho al cirujano y el cura, añadió—: Siempre eres muy discreta; deberías dejar que tus silencios hablen por ti.

Pero a ella no le apetece hacerlo. Quiere obedecer a su intuición, que rara vez la guía hacia los demás. No es como Geneviève, que siempre piensa antes de actuar. En cuanto amaina el temporal, abre la escotilla. Los grumetes suben y bajan la escalerilla tan a menudo que nadie se fija en ella. Entre los mástiles, un sol plateado hace brillar los charcos. Las sombras del castillo y las velas flotan a su alrededor. Duda por un instante. Con Geneviève, podía decirse que los hombres las observaban a las dos. Sola, ya no hay duda. Sólo tienen ojos para ella.

Intenta concentrarse en lo que sabe. Bajo sus pies, las mujeres se humedecen los labios agrietados en los cuencos. Sor Gertrude les lleva una olla de caldo. Seguramente Geneviève la está buscando.

—No sabía si me había comprendido.

Pétronille da un respingo. No había oído acercarse al marinero. Entiende que es sincero. Está cerca de ella; tiene la nariz más ancha de lo que recordaba. Pero reconoce su forma de hablar, sus gestos, hasta que se vuelven insignificantes, como una palabra repetida demasiadas veces. Pétronille ríe, más abiertamente que ante Des Étaux y el padre Richard.

—Ya no estoy segura de haberlo comprendido —responde.

—Ahora ya no importa.

Está agarrado a la borda. Pétronille teme que deslice la mano hacia la suya, pero él no hace el menor movimiento. Cuando vuelve a hablar, su voz ha enronquecido. Le pregunta cómo se llama y se presenta: Baptiste Dubier.

—¿Dónde se han metido sus compañeras, señorita Béranger?

—Ahí mismo.

Pétronille señala el suelo con el dedo, y los dos se miran los pies.

—Usted no parece indispuesta...

—Me sorprende tanto como a usted.

—¿Es su primer viaje por mar?

—Sí. ¿También el suyo?

Pétronille baja la cabeza. Su pregunta es ridícula. Él sonríe.

—No, ni mucho menos. Aunque, en cierto modo, tiene razón. Es la primera vez que viajo al Misisipi. —Hace una pausa—. Tenemos eso en común.

—¿Adónde ha viajado?

—Al norte y el este —responde Baptiste—. A Canadá y China.

Pétronille vuelve a ver el atlas de su padre: el mundo, tan enorme y al mismo tiempo tan pequeño como para caber en dos páginas. No recuerda si esos dos países descansaban sobre su palma derecha o sobre la izquierda.

—Los barcos en los que ha viajado, ¿eran más grandes que éste?

—Eran distintos.

—¿Había mujeres a bordo?

Pétronille no puede creerse lo que le ha preguntado. Pero él ríe y sacude la cabeza.

—Las mujeres traen mala suerte en los barcos.

Y los hombres, en tierra firme, se dice Pétronille.

—¿Por qué?

Se siente cómoda hablando con él. Baptiste no hace ningún comentario sobre su cara, ni ningún cumplido sobre sus ojos o su pelo. Le cuenta historias de chicas que provocaron la ira de los dioses y de marineros hechizados por el canto de las sirenas. Le muestra lo que es una verga, un obenque, un flechaste; le dice el número exacto de marineros necesarios para hacer girar el cabrestante y levar el ancla. Le describe las alas traslúcidas de los peces voladores y le promete que pronto los verá; le explica que santa Bárbara es la patrona de los artilleros y le pregunta si no le da miedo dormir tan cerca de los barriles de pólvora. Pétronille desconoce el origen de la palabra «polvorín», pero niega con la cabeza y dice:

—El sitio donde vivía se llama la Salpêtrière, por el salitre con que se fabrica la pólvora.

—Entonces, debe de saber más que yo sobre la pólvora de cañón.

Él mantiene viva la conversación, y Pétronille se lo agradece. Su forma de hablar la tranquiliza. Sus minuciosas y elaboradas descripciones la devuelven a las tardes con Paul en los jardines de Château-Thierry. Aparta esa idea de su mente y se concentra en Baptiste. El marinero grita a un hombre que le dice algo desde lo alto del mástil de mesana, y, antes de que se lo anuncie, Pétronille se da cuenta de que Baptiste tiene que irse.

No sabe cuánto tiempo ha estado allí con él. En el puente sólo hay marineros, a los que Baptiste llama «timoneles», «gavieros», «hombres de babor», «hombres de estribor»...

—¿Volverá? —le pregunta él.

A Pétronille le gustaría responder «Si puedo», explicarle que, cuando se recuperen, las monjas estarán más alerta, que, probablemente, a Geneviève no le parecerá bien que vuelva a verlo.

—Claro —contesta.

Si no hubiera conocido a Paul, habría seguido matando flores. No sabría que la cal cambia el color de las hortensias, o que las orugas procesionarias son capaces de devorar la lengua de un perro. Jamás habría ido a buscar un libro de botánica del siglo anterior a la biblioteca de su padre, ni lo habría leído hasta que las páginas amenazaran con desprenderse. Nunca habría hundido los dedos en la tierra esponjosa, ni paseado por el jardín a la italiana sabiendo exactamente qué pasaba bajo sus pies.

De no ser por Paul, no habría tenido un amigo. No sabría que cuando se está a gusto con alguien, los silencios —los mismos que sacaban de quicio a su madre— no importan. No habría tomado la palabra y le habría enumerado con voz entrecortada las especies que había descubierto en *De la nature, vertu et utilité des plantes*. Jamás habría descubierto que la gente no es mucho más difícil de entender que una lavanda sedienta, una buganvilla en flor o una mala hierba que hay que arrancar.

Subir al puente se vuelve cada vez más complicado. De nuevo en pie, las tres monjas parecen estar en todas partes: apoyando los jergones contra los mamparos, sirviendo sopa y sidra o, si los marineros han tenido suerte, marsopa asada. Después de veinticinco

días de navegación, las mujeres se tapan la nariz antes de beber agua, ahora turbia. Sus mantas nunca se secan. Pétronille tira su trozo de galleta el día en que Charlotte saca la lengua y escupe los gusanos que se agitan entre sus dientes. La noche siguiente, el segundo de a bordo le dice a Geneviève que queda prohibido encender fuego, incluso el de los faroles, como el que lleva en la mano. Pétronille le sopla la vela.

No entiende cómo las demás soportan el viaje. Ella no podría si no fuera por Baptiste. Cuando se lo confiesa, Baptiste, sin dejar de mirar la vela que está remendando, se pasa la mano por la nuca varias veces.

—Estoy seguro de que lo soportaría muy bien —responde el marinero, y deja caer el brazo, con la piel de gallina, como si tuviera frío.

Pétronille lo ve dos o tres veces por semana, tanto como puede. Cualquier excusa es buena. Ella finge que debe llevarle un mensaje al cocinero; él, simplemente, que baja a la cala para comprobar el lastre. Un día, cerca del dormitorio de los marineros, Pétronille lo ve frotándose los hombros con un jabón oscuro. Se vuelve rápidamente, con las mejillas ardiendo.

Le gusta escucharlo, aprender palabras nuevas: «guindaleza», «cable», «calafateo». Él se queja de los capitanes, le explica que es muy difícil reclutar marineros y que por eso es tan complicado dejarlo. Hablan del queso *mimolette* y los ratones, del escorbuto, que vuelve a abrir heridas que ya habían cicatrizado. El barco deja de ser un misterio. Ahora Pétronille piensa en *La Baleine* como si fuera una casa de tres plantas y ella se alojara en la segunda, el entrepuente. Bajo sus pies: la cala, llena de cajones y barriles, con

los pañoles del carpintero, el calafate y el velero. Sobre su cabeza: el puente principal, los dos castillos y el mar cegador, los camarotes de los oficiales y el capitán y también el de los marineros, que a Pétronille le gusta imaginar que están más cerca de donde ella duerme. El mar le da escalofríos. Al ver ondulaciones en la superficie del agua, piensa en criaturas veloces e invisibles, en el rastro de aquellos que ya no están.

Con Baptiste, no se siente ni amenazada ni intimidada. Él no se comporta como el chico de Orleans, con esas caricias que ella creía desear hasta que se dio cuenta de que hubiera preferido no conocerlo. Cuando Baptiste inclina la cabeza hacia un lado y el pelo castaño rojizo le cae sobre los ojos, sólo tiene oídos para ella. Paul también la escuchaba atentamente, pero con él no le hubiera importado llevar las manos sucias y el pelo lleno de piojos, que ahora descubre incluso entre los dedos de sus pies. En la rosaleda del castillo, nunca sintió las olas de calor que le recorren el vientre cuando Baptiste se le acerca y le señala una grieta en un mástil o una sombra en el agua. Ella espera todo lo posible antes de responderle que las ve.

Casi un mes después de su partida de Lorient, Pétronille está acuclillada en el rincón más oscuro del entrepuente cuando llega Geneviève. No son las únicas que humedecen trozos de arpillera en recipientes llenos de agua de lluvia y se frotan la entrepierna con ese tejido áspero. Charlotte y su amiga comparten cubo. Étiennette saluda a Geneviève, pero la niña, a la que Pétronille ha oído cantar con una voz que contrasta con su delgadez, no abre la boca. Geneviève se sube la falda hasta las rodillas. Hace días que no le pregunta por Baptiste.

—No haces caso de mis advertencias —le susurra.

En la penumbra, Pétronille sólo ve su silueta, sus pechos pesados, sus rizos, sus piernas dobladas.

—Sí, te escucho —le asegura, y mira a Charlotte y Étiennette, que se alejan. Sus facciones aparecen fugazmente bajo la mortecina claridad de las portas.

—Si te hiciera daño, me hablarías de él —dice Geneviève.

—Baptiste es diferente. Nunca se comportaría así.

—¿Me lo dirías?

—Sí —responde Pétronille mientras, con el balanceo del barco, el agua le alcanza los pies.

—¿Nunca te has preguntado por qué las monjas no te impiden verlo?

Lo ha hecho, pero ha preferido pensar que estaban desbordadas, que tres carabinas jamás bastarían para vigilar a noventa mujeres, que la vida en el mar tiene sus propias reglas.

—Creo saber el motivo —continúa Geneviève tras apartar el cubo —. Piénsalo: ¿no sería estupendo que pudiéramos encontrar marido incluso antes de llegar a Luisiana?

Pétronille se encoge de hombros. No soporta las preguntas retóricas.

—Un marido que pudiera instalarse también allí, quiero decir — añade su amiga—. ¿Ya ha sacado el tema?

Baptiste nunca ha hablado de matrimonio. Ha mencionado contratos interminables que ningún capitán está dispuesto a romper: aún tendrá que pasar otros cuatro años en el mar. Ese día Pétronille prefirió hablar de otra cosa. Era una de las primeras veces que se encontraban en el puente, y ese tema parecía fuera de lugar. Se da

cuenta de que ha sido una idiota. Debería haberse sentido concernida.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿A ti qué más te da?

Geneviève se acerca y apoya la espalda en la madera.

—Sé prudente. Sabes tan bien como yo que los niños no esperan a la boda. No estoy segura de poder repetir lo que hice en Lorient.

Pétronille cierra los ojos. Está molesta con Geneviève, que acaba de convocar al chico, la posada, el dolor.

—Sólo quiero ayudarte.

—Pues no necesito ayuda —murmura Pétronille.

Durante unos instantes no oye más que el cavernoso rugir del mar. Al levantarse, Geneviève choca con un cubo, y Pétronille nota el agua deslizándose bajo su falda, ya húmeda. Cuando su amiga vuelve a hablar lo hace con hartazgo.

—Créeme. Aún puedes cambiar de opinión.

Al principio sus padres no criticaron sus nuevos hábitos: antes de que llegara Paul, nunca se había mostrado tan locuaz. Ahora traía ramos de flores y se sentaba al lado de su padre con el herbario. Su madre, por su parte, cada vez ponía más empeño en retenerla a su lado, e intentaba despertar su interés por la moda del «vestido volante», el maquillaje y la etiqueta. Eso no impedía que ellos dos se vieran, pero, en cuanto Pétronille entraba por la puerta, su madre la llamaba a su gabinete. Una dama no se pasa el día fuera, le repetía, una dama no se mezcla con jardineros.

Todo cambió el último día de julio. En el castillo, los postigos estaban cerrados; la seda de las otomanas quemaba al tacto; las

criadas se habían refugiado en el lavadero. Era una de esas tardes en que la luna asoma temprano. A Pétronille le apetecía estar sola. Quería comprobar si las anémonas que había plantado con Paul aguantaban el calor. Los pétalos violeta se inclinaban sobre el agua; los peces mordisqueaban sus reflejos. Sumergió los pies en el estanque y los dejó mecerse en el agua fresca; luego se subió la falda por encima de los tobillos para que se secaran.

Pasaron las horas como pasan en verano. Hizo un collar de margaritas, clavando el tallo en el polen, y un cinturón de flores que le quedaba perfecto. Lo acabó a la sombra de los árboles, en el bosque al oeste del estanque. Al levantarse, vio a Paul sentado en la orilla. Cuando se dejó caer a su lado, él se sobresaltó. Quiso saber dónde se había metido; la había estado esperando para llevarla de vuelta a casa. A ella no le gustó que usara la palabra «llevarla»: parecía que hablara de un niño, o de un perro. Un grito la interrumpió.

Su madre estaba en la orilla opuesta, entre el mayordomo y una vieja criada. La miraban con los ojos desorbitados. Le costó comprender que miraban sus pies descalzos, el vestido de algodón remangado, y a Paul, demasiado cerca de ella, ahora ya de pie y apartándose. Pétronille tardó unos segundos en darse cuenta de que los estaban acusando de hacer algo que ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Mientras va en busca de Baptiste, cae en la cuenta de que no se ha parado a pensar qué será de ellos cuando acabe el viaje. Ella

siempre ha confiado sólo en el presente. Con Baptiste, sólo quiere lo que comparten allí, ahora.

En el pasillo que lleva a la despensa, se cruza con sor Gertrude. La monja es tan menuda que para mirarla a los ojos tiene que alzar la barbilla, pero en ese corredor estrecho parece inmensa y perfectamente capaz de ordenarle que dé media vuelta y regrese con las demás.

—No hace falta que corra, señorita Béranger —le dice—. La cena no se servirá hasta las seis.

—La señorita Menu tiene náuseas. Iba a buscar algo que la alivie.

En la penumbra, la luz rebota donde puede: en los pómulos de la monja; en su frente, salpicada de rociones; en la articulación de su dedo, que agita hacia el techo.

—Los barcos son más pequeños de lo que parece. Tienen eso en común con los conventos.

Pétronille apoya la mano en la pared, como hacía cuando aún le costaba mantener el equilibrio. Es extrañamente consciente del peso de su cuerpo, de toda la masa de agua que se agita bajo *La Baleine.*

—Somos tres para vigilarlas —prosigue la monja—. Hoy mismo, sor Louise y sor Bergère me comentaban lo difícil que es tener intimidad a bordo con semejante tripulación. Viéndola a usted, no tengo más remedio que darles la razón. —Sor Gertrude se cruza de brazos—. Como puede imaginar, no soy la única que hace reinar el orden.

Pétronille espera, inmóvil. El corsé se le pega a la espalda.

—Si la señorita Menu se encuentra mal, debería usted apresurarse —añade la monja antes de alejarse.

Pétronille la sigue con la mirada. El barco es pequeño. Pero sólo porque la monja no sabe dónde mirar. Hay muchos sitios escondidos que sólo conoce ella. Como los que le señala Baptiste en el puente, pero también allí, en el interior de *La Baleine*, en la despensa, donde lo encuentra de cuclillas, con las manos metidas en un saco de lona. Al verla, parece sorprendido.

—¿Qué hace? —le pregunta Pétronille.

—El ayudante de cocina necesitaba ayuda con los víveres.

Ella se aparta para dejar pasar a un grumete.

—¿De verdad?

Se acerca a Baptiste, que se coloca delante del saco para que ella no lo vea. Pétronille se detiene, cohibida.

—Mañana lo comprenderá —dice él.

—¿A qué se refiere?

—Por favor, Pétronille...

Hasta ahora siempre la había llamado «señorita» o «señorita Béranger». Oírlo pronunciar su nombre la deja sin respiración. Vuelve a verse en el estanque de Château-Thierry, recuerda el escalofrío que la recorría justo antes de que el agua le llegara al ombligo. Con el hijo del posadero sintió lo mismo, pero sabe que, si Baptiste se inclinara hacia ella, la sensación no desaparecería, como en Orleans.

—¿No va a decirme nada más? —murmura.

La luz de la única vela encendida envuelve el rostro de Baptiste en un resplandor anaranjado, mientras que su pelo casi rojo y la manga de su camisa se tornan del color de la cera de abeja. El resto de su cuerpo queda sumido en la oscuridad.

—Le gustará —asegura él—. Estoy convencido.

Se echa el saco a la espalda. Pétronille le coge la mano. Ni siquiera se ha asegurado de que estén solos. Los dedos de Baptiste, calientes, ásperos, le acarician la palma. Pétronille siente un tímido latido, pero ignora si procede del pulgar de Baptiste o del suyo. Él la atrae hacia sí y Pétronille se estremece, pero no reacciona igual que cuando era niña y el menor contacto la dejaba paralizada, temblando y con un zumbido en los oídos. Hoy es ella la que da el primer paso.

Cuando sus labios encuentran los de Baptiste —primero frescos y salados, como el molusco que probó un día con la punta de la lengua, pero luego totalmente distintos—, Pétronille se siente caer hacia dentro. Cierra los ojos mientras él le recorre el cuello con los labios, la besa detrás de la oreja, le acaricia el pecho y las costillas, y debe de haberse apoyado en él con todo su peso, porque, cuando Baptiste se yergue de repente, ella está a punto de perder el equilibrio.

—Enseguida —dice él.

Pero no se dirige a Pétronille, que comprende que debe de haber alguien cerca a quien ella no ha oído llegar. Se imagina a Sor Gertrude en el umbral de la despensa. Se ajusta el corsé y trata de recuperar el aliento.

—¿No me vas a explicar de qué se trata? —le susurra.

Baptiste ya ha vuelto a coger el saco y se dispone a salir.

—Mañana es un gran día —responde, y ella adivina su sonrisa—. Pero a mí nadie me estropeó la sorpresa cuando me llegó el turno. Te prometo que no te decepcionará. —Se pasa la mano por barba clara que le asoma en las mejillas—. Nos veremos después de comer.

Pétronille se sienta en el suelo. Le trae sin cuidado que la vean allí. Está tan cerca de los barriles que el olor a vinagre la marea. El corazón le golpea la caja torácica. Allí, ahora, todo parece posible. El contrato entre Baptiste y el capitán de *La Baleine* podría rescindirse. Quizá quiere pedirle matrimonio. Mientras no lo comente con nadie, los indicios —mañana, el saco, su nombre, sus besos— tendrán el significado que ella quiera.

Después del incidente con Paul, su madre decidió que Pétronille no podía seguir en el castillo. De nada sirvió repetirle que se equivocaba y que entre ellos nunca había pasado nada. Pétronille no pudo convencerla. Se resignó. El mundo se volvió otra vez oscuro y lejano, y Pétronille se sumió de nuevo en el silencio del que creía haber escapado.

Meses más tarde, en su habitación de la Casa de Corrección, comprendió el verdadero motivo por el que había tenido que abandonar Château-Thierry. No por un error que hubiera cometido, o un deber al que hubiera faltado, sino por todo lo que nunca sería a ojos de su madre.

Al día siguiente ha refrescado. Se acumulan nubarrones en el horizonte. Hoy Pétronille apenas mira la superficie rizada del mar. Está decepcionada. No es la única que ha salido. Por primera vez, desde el inicio de la travesía, se ha convocado a todas las mujeres en el puente. La orden no procede de las monjas, sino del segundo de a bordo.

Ya es casi la una. Detrás de Charlotte y Étiennette, Pétronille sólo distingue el palo mayor, hacia el que se dirige todo el mundo. La atmósfera ha cambiado, incluso parece que haya menos marineros a bordo. Los que alcanza a ver Pétronille se han afeitado y visten camisas increíblemente blancas, como si sólo llevaran una semana navegando en lugar de seis. Alrededor de ella, las mujeres hablan alzando la voz mientras buscan con la mirada un delfín, otro barco, un trozo de horizonte que no sea mar. Desde la primera fila Geneviève le hace señas, pero Pétronille deja que le responda Étiennette.

—¿Crees que tienen que anunciar algo? —le pregunta Charlotte.

—Tal vez —responde ella.

No le importa por qué las han llamado al puente. Lo único que sabe es que la sorpresa de Baptiste no era sólo para ella y tendrá que compartirla. Piensa en lo que le dijo ayer, en cómo la besó en la despensa. Fue una tonta al creer que le pediría matrimonio. Baptiste no tiene la menor idea de lo que a ella le pasa por la cabeza.

Las primeras gotas de lluvia la cogen desprevenida; se lleva la mano a la capota, como si eso pudiera protegerla. Pero la tela no está mojada, lo que llueve es sólido, un granizo verde: habas secas, que pisa sin querer al intentar evitar las que le caen encima. Cuando acaba el chaparrón, alza los ojos al cielo.

En lo más alto del mástil, un hombre delgado con un saco de lona al hombro se inclina hacia la multitud. Pétronille tarda unos segundos en reconocer a Baptiste, que baja con movimientos lentos y seguros apoyando los pies en los flechastes del obenque. Va disfrazado: polainas hasta las rodillas, la chaqueta entallada de los postillones y un látigo que hace restallar contra el cielo, tan cerca de

sus botas que Pétronille contiene la respiración rezando para que no se le enreden. Las mujeres ríen. Charlotte contempla el espectáculo boquiabierta. Los marineros empiezan a cantar, y Pétronille se une al coro sin dudarlo. Étiennette observa los movimientos de Baptiste con una sonrisa divertida.

—Es elegante —dice.

—Sí —murmura Pétronille.

Ahora que él ha saltado al puente, le gustaría acercarse al mástil. De pronto, le invade la cólera, pero no contra él sino contra sí misma. Se abre paso entre los presentes haciendo caso omiso de las burlas de las mujeres —«¡Cuidado, que viene la Manchada!»— hasta Geneviève, en la primera fila. Pétronille espera que le haga algún comentario, pero su amiga se limita a decir:

—Me preguntaba dónde te habías metido.

Baptiste les da la espalda. No importa. Desde donde está, Pétronille no se pierde detalle: la carta que lleva en la mano, la tienda instalada al pie del palo mayor y al capitán avanzando hacia él. Baptiste se ha transformado en actor, se ha vuelto inaccesible. Un intenso deseo se apodera de ella. Cuando Baptiste toma la palabra, Pétronille se sonroja.

—Habéis penetrado en nuestro reino —declara él.

El oficial despliega el papel que le tiende Baptiste.

Geneviève, de pie a su derecha, le susurra que la seriedad de la tripulación le parece ridícula y a la vez enternecedora.

—El rey del Trópico exige que los viajeros que nunca hayan cruzado el Trópico de Cáncer paguen su tributo —añade.

Alrededor de Pétronille, algunas chicas bajan la voz; otras ríen nerviosamente. Una de ellas señala la tienda y al capitán, que cruza

el castillo de popa ataviado con gruesas pieles y una larga barba de hilazas. Lo sigue una horda de marineros. Jóvenes tritones escoltan a otro marinero de aspecto extrañamente femenino, con las mejillas imberbes y un corsé apretando su torso delgado. Desfilan hasta el pie del mástil.

Pétronille no es la primera en recibir el bautismo del rey del Trópico. En la tienda, observa la cruz, las cartas de navegación, las puntas secas esparcidas por el altar improvisado... No se burla del atuendo del capitán, como las chicas que esperan su turno. Probablemente, es uno de los pocos momentos alegres que habrá durante la travesía, pero la celebración le es indiferente. Sólo tiene ojos para Baptiste, que se ha quedado fuera, junto al mástil. Su ropa, tan parecida a la que llevaría en tierra firme y, al mismo tiempo, tan diferente a la que Pétronille ha conocido en Francia, la desconcierta y la tranquiliza. Al verlo vestido así, Pétronille casi puede creerse que Baptiste no volverá a hacerse a la mar, que pronto desembarcarán juntos. Y, de momento, es todo lo que quiere ver: una tarde nubosa de noviembre, habas cayendo del cielo y *La Baleine* navegando por un reino imaginario.

4

Charlotte

Atlántico, noviembre de 1720

En el puente de *La Baleine*, Charlotte apoya la espalda en la amurada y escucha el incesante oleaje con un nudo en el estómago. No ve a Étiennette ni al pie del palo mayor ni cerca de la improvisada pila bautismal ante la que esperan las mujeres. Se seca las muñecas, todavía húmedas del agua bendita que el capitán le ha vertido en las manos. Oye las carcajadas de un grupo de marineros y se pega a la borda. Los hombres pasan a su lado sin prestarle la menor atención. Se repite que es idiota, que Étiennette está a punto de salir de la tienda del rey del Trópico. Se cruza de brazos; se nota las costillas.

En junio, cuando siguió a las otras chicas hasta las carretas, no conocía más que la Casa Cuna y el orfanato. Era la primera vez que salía de La Salpêtrière.

Seis meses más tarde, tras varias semanas en el mar, tiene un enjambre de piojos bajo la capota y la falda tiesa y llena de manchas de sal. Desde que *La Baleine* levó anclas, rara vez ha estado sola. Allí arriba, sin nadie cerca, el puente principal le parece inmenso, y el océano, un ente voraz. Se siente más pequeña que nunca.

Cinco chicas salen de la tienda entre risitas y con el pelo en la cara, revuelto por el viento. Hace un par de días la pelirroja alta se burló de ella; le dijo que ningún hombre querría casarse con una cría de doce años.

—Y con una espingarda como tú aún menos —le respondió Étiennette.

Charlotte estuvo a punto de abrazarla.

El grupo de mujeres rodea el palo mayor, pero su amiga no está entre ellas, sólo reconoce a Geneviève. Vuelve a sentarse. En ese momento, incluso preferiría su compañía antes que estar allí sola.

Se ve de nuevo en la comisaría de París el día que la conoció y le oyó pronunciar su nombre por primera vez. En julio, bastaron unas pocas sílabas para que esa desconocida se transformara en una criminal. Recordó lo que cuchicheaba la supervisora de la Casa Saint-Louis sobre la presa de la Grande Force, la protegida de la directora. Mientras avanzaban por los caminos de Francia, Charlotte se debatía entre el miedo y el respeto que le había inspirado Geneviève al principio y la cólera y la tristeza que no habían tardado en sustituirlos. Le dolía que Étiennette se mostrara tan fascinada por la recién llegada y que la directora hubiera decidido escribir en la lista el nombre de una abortadora en vez del suyo. No podía evitar preguntarse qué habría hecho su madre, la costurera, aquella extraña, si hubiera tenido que vérselas con una mujer como Geneviève.

—¿Por qué no te has reunido con las demás?

Étiennette está delante de ella. Ha adelgazado, y la suciedad ha oscurecido su pelo rubio. Charlotte respira más tranquila; deja de comerse las uñas. Al abandonar la Salpêtrière, había empezado a

mordérselas de nuevo. Coge la mano de Étiennette entre las suyas y la aprieta hasta que su amiga se suelta.

—¿Dónde te habías metido? —le pregunta Charlotte.

Étiennette señala la tienda con la barbilla. Tiene la misma expresión divertida que cuando se burlaba de las celadoras en la Salpêtrière.

Charlotte la sigue. En la sombra del castillo de proa, los marineros discuten delante de su dormitorio rodeados de botellas. Los dados terminan su carrera por el entarimado. Ya no le parecen tan amenazadores.

—Ha sido una ceremonia impresionante —dice.

Ha sentido un gran alivio al ver que lo único que iban a hacerles bajo la tienda improvisada —una vela colocada sobre cuatro estacas hechas por el carpintero de a bordo— era bautizarlas. No ha tenido que sentarse sobre un barril de agua, ni hacer promesas a la tripulación, ni arrojar monedas a tablas de madera. Esos rituales están reservados a los marineros que aún no han cruzado el Trópico de Cáncer.

—No es más que una excusa para divertirse —responde Étiennette.

—Mi favorito era el conductor. —El hombre que ha bajado del mástil con el látigo le recuerda al mozo de cuadra de la Salpêtrière, el que le dejaba acariciar las mulas de los establos—. ¿Dónde estará? —le pregunta a Étiennette.

—Encuentra a la Manchada y lo sabrás.

Charlotte baja la cabeza. Geneviève nunca anda lejos de la Manchada. Desde que la ayudó en la posada se pasan la vida juntas. A Charlotte no le gusta pensar en esos últimos días en Francia. En

Lorient, no pudo evitar compadecer a Pétronille: conoce de sobra el miedo al rechazo. No se lo desea a nadie, ni siquiera a Geneviève. Aún le parece estar oyendo a sor Gertrude cuando le dijo que a ella no le incumbía el pasado de las mujeres, que su cometido era protegerlas y llevarlas a buen puerto.

Ve al marinero, con el pelo casi tan rojo como el suyo, pero no a Pétronille. Hace más de un mes que observa las idas y venidas de la pareja. Una distracción como cualquier otra que sólo interrumpe por la noche, interminables, cuando el silbato del contramaestre anuncia la comida y durante los escasos minutos robados en el puente. Fuera, siempre aguarda una señal que indique que no están solas en el mar, que un día el Atlántico romperá en otra orilla y su travesía habrá acabado.

Irritada probablemente por ese falso bautismo, sor Gertrude guía con voz seca a las mujeres hacia el entrepuente. Azotadas por el viento, las velas restallan con fuerza y las jarcias estrían el cielo como un bozal. Las primeras veces que subía al puente, Charlotte se encaraba al océano con alivio. Una vez, incluso vio delfines jugando en la estela del barco. Le gustaría llevarse un poco de este mundo consigo.

—¿Sabes? Esa ceremonia me ha hecho reflexionar sobre nuestro viaje —dice Étiennette deteniéndose al pie del palo mayor, detrás de las demás chicas; con un gesto de cabeza señala la tienda, que tres grumetes están desmontando a empujones—. Es extraño, pero, ahora que estamos a medio camino, me doy cuenta de que esta travesía acabará.

A Charlotte la coge por sorpresa el tono grave de su amiga. En el mundo de Étiennette, lo malo nunca llega. En la Salpêtrière, siempre

salía de apuros con una pirueta, una falsa promesa, una sonrisa compungida. Charlotte espera que haga alguna broma y se ría de sí misma, pero, cuando vuelve a hablar, Étiennette parece preocupada.

—Pronto estaremos allí.

Allí. Todas parecen haberse puesto de acuerdo: si no la nombran, Luisiana no existe.

—¿Y si hay gente viviendo allí? —dice Charlotte—. Imagínate. Si les quitamos sus tierras, nos atacarán y tendremos que volver a casa —continúa, y casi pisa el hueco del primer peldaño de la escalerilla. Sobre su cabeza, el cielo se encoge y luego desaparece por completo—. ¿Qué haríamos entonces?

Étiennette desciende detrás de ella.

—Quizá sea la última oportunidad de averiguar dónde está mi hermana —murmura cuando llegan abajo.

Hace olor a comida agria y a Charlotte le dan náuseas. Desde que empezó el viaje, Étiennette apenas ha mencionado a Marceline, deportada a Luisiana el año anterior. En la posada de París, preguntó a las chicas de la Casa de Corrección, pero nadie conocía a su hermana, y las que afirmaban lo contrario mentían. Étiennette se desanimó rápido, y Charlotte pudo respirar tranquila, aunque por poco tiempo. Cuando Geneviève subió a su carreta, ella volvió a verse al margen, en la periferia del mundo de otra.

—Tengo una idea —dice Étiennette.

—¿Cuál?

Charlotte entorna los ojos en la penumbra del entrepuente. Distingue mesas largas, bancos corridos, ollas humeantes.

—Voy a empezar buscarla otra vez. Lo he hablado con Geneviève mientras esperábamos delante de la tienda —dice Étiennette.

Charlotte se muerde el labio inferior. Ahora entiende por qué ha tardado tanto. Intenta concentrarse en las palabras de su amiga:

—Geneviève tiene razón. Es imposible que ninguna mujer conozca a Marceline. Alguien tuvo que coincidir con ella, por fuerza. Fui una idiota desanimándome tan pronto.

No, en absoluto, le gustaría responder a Charlotte, ¿y por qué no te basto yo? Piensa en su madre, en cómo reaccionaría Étiennette si un día ella intentara encontrarla. Pero aparta esa idea de su mente; a lo mejor a su amiga le daría igual. Étiennette señala un mesa donde está Pétronille, que se arremanga la falda y, tras dudar un instante, pasa la pierna por encima del banco y se sienta al lado de Geneviève. Charlotte se muere por rascarse la cabeza, atrapar los piojos bajo las uñas y librarse de ellos para siempre.

Étiennette le rodea los hombros con el brazo. Charlotte aprecia el rubor de sus mejillas —debido al viento, a Marceline— incluso en el entrepuente. Nota los dedos de Étiennette rozándole la piel en un punto donde la manga del vestido cuelga de un hilo.

En su casa, la Salpêtrière, vivían miles de internas. No estaba emparentada con ninguna. En la Casa Cuna, a menudo se divertía imaginando cómo serían sus padres; si su padre tendría sus ojos grises, o su madre la cara pecosa como ella. A veces se inventaba tías y primas de pecho plano que, como ella, habían parecido niñas hasta traer un hijo al mundo. Le gustaba ese juego. Era como adivinar de quién eran las mejillas o la nariz de un bebé, pero en sentido inverso.

Las pocas veces que la directora visitaba el orfanato, Charlotte escrutaba su rostro. Buscaba pecas entre sus arrugas y se decía que los mechones que se le escapaban de la cofia habían tenido el color de la herrumbre en otros tiempos. Esperaba con ansia encontrarse con su mirada, lo que tarde o temprano acababa sucediendo, y, si tenía suerte, acompañada de una sonrisa. Cuando se empezó a rumorear que era la favorita de la directora, Charlotte no replicó. (No, le habría gustado decir, soy su hija secreta.) Pronto se dio cuenta de que había sido un gran error. Las otras chicas estaban celosas y la marginaron, convirtiéndola en la huérfana más solitaria de la Casa Saint-Louis. A los cinco años, dejó de creer que la directora era su madre. Si lo hubiera sido, lo habría confesado a las otras huérfanas. La habría salvado.

Con la llegada de Étiennette, todo cambió. Étiennette hablaba con Charlotte, a la que nadie dirigía la palabra; le traía sin cuidado lo que pensaran las demás. Ella había tenido el cariño de una hermana diez años mayor, Marceline, que vendía sal de contrabando por toda Francia y tenía un amante en Versalles, según los rumores, y que la había criado tras la muerte de sus padres. Étiennette no necesitaba la atención de la supervisora como las demás internas. Le bastaba con la de Charlotte.

El pasado abril, el día que la responsable de la Casa Saint-Louis reunió a las huérfanas seleccionadas para el viaje, Charlotte se acuclilló en el pasillo, junto a la puerta del dormitorio, y contuvo la respiración cuando la directora preguntó a una de las chicas si deseaba viajar al Misisipi. Pero estaba demasiado lejos para oír la respuesta; apoyó la barbilla en las rodillas y cerró los ojos. Normalmente, era a ella a quien elegían entre todas las demás.

Esa misma mañana, más tarde, Charlotte siguió a Étiennette hasta la parte posterior del edificio de las Ancianas, cerca de las celdas de las locas. Allí los lamentos de las perturbadas camuflaban el rumor de sus voces. Étiennette repetía que no sabía en qué estaba pensando la directora, que el nombre de Charlotte debería haber figurado en la lista. Pero en ningún momento dijo que renunciaría a Luisiana o que se quedaría si ella no iba. En su lugar le contó que allí, al Misisipi, era adonde habían deportado a Marceline. Los estridentes gritos de las prisioneras de pronto se volvieron estremecedores. Sin su amiga, la Salpêtrière se convertiría en lo que siempre había sido: una prisión, grande como una ciudad, llena de pobres, enfermos y huérfanos. Charlotte habría hecho lo indecible para que no la abandonaran una vez más.

Charlotte y Étiennette tienen un juego a bordo. Se lo inventó Étiennette la primera vez que subieron al puente y se encontró un caracolillo nacarado. En sus manos, la concha se transformó en pendiente e inauguró lo que Charlotte bautizó como su «ajuar marino». A lo largo del último mes, le han añadido de todo excepto camisones, faldas y corsés. Charlotte ha escrito una canción que enumera cada uno de sus tesoros. Algas secas, media estrella de mar descolorida, dos tarros con restos de aceite, seis trozos de cordel, una petaca para tabaco elaborada con la garganta de un pájaro y una esquina de vela que un día se anuda en la cabeza, como un pirata, hasta que recuerda lo que les contó la Manchada sobre los piratas ingleses, que roban polvo de oro y queman barcos, y que sus navíos están poseídos por el diablo y las almas de los

marineros a los que han ahorcado en playas desiertas, y se quita el trozo de vela de inmediato.

Ha pasado una semana desde la ceremonia del Trópico de Cáncer. Charlotte observa a unas chicas apoyadas en la puerta de la santabárbara. Cuando la Manchada les explicó lo que se guardaba en el pequeño pañol, Étiennette se echó a reír.

—Mujeres y pólvora de cañón. Más vale guardar todas las cosas peligrosas en el mismo sitio —dijo.

Desde entonces Charlotte prefiere sentarse cerca de las portas, por donde a veces entra un poco de claridad. Una luz oblicua, mortecina, pero luz, al fin y al cabo, y que ahora cae sobre su último hallazgo, una pluma azul grisácea. Étiennette le pone un cordel.

—¿Puedes ayudarme? —le pregunta sosteniendo las dos puntas de su collar improvisado delante del cuello.

Charlotte se encoge de hombros. La pluma le parece muy poca cosa. Desde la ceremonia, está taciturna. Étiennette ha ido a hablar con Geneviève dos veces antes de acostarse. La primera le propuso que la acompañara; la segunda se limitó a decirle que no tardaría. En ambas ocasiones, Étiennette volvió con un aire tan misterioso que Charlotte deseó ser otra persona.

Se oyen unos gritos cuando Étiennette le tiende el collar y a Charlotte se le escapa de las manos. No lo recoge, se queda quieta. Tarda un segundo en comprender que ese hombre no grita de dolor, sino que repite una misma palabra, una palabra que al principio Charlotte confunde con «hiedra» pero que se trasforma en «tierra».

El puente ya está abarrotado. El viento le arranca lágrimas mientras sigue a las demás y se pone de puntillas. Los concesionarios suben la escalerilla y se apresuran a subir al castillo

de proa tras el capitán y los oficiales. Al mirar hacia arriba, Charlotte ve el catalejo del vigía entre dos velas, pero tropieza con los cordajes y, al darse la vuelta, advierte que Étiennette se ha quedado junto a la escotilla. Intenta sin éxito volver sobre sus pasos y resistirse a la gente que la empuja hacia el mar.

—¡Mirad! ¡Allí! —exclama un grumete.

Al principio, la franja de tierra le parece extraña. Con el paso de las semanas, se ha acostumbrado a los tonos azules y ha olvidado lo agradables que resultan los colores cálidos. El amarillo, el marrón y el verde de la costa son como una canción familiar que creía haber olvidado, pero que en realidad ha guardado en su memoria. Las mujeres la empujan hacia la escalerilla del castillo, y no tiene más remedio que agarrarse a las manos que le tienden y subir al puente de proa. Cuando consigue acodarse en la borda, se dice que no la moverán de allí. Étiennette se reunirá con ella y bajarán juntas a la playa. Mira por encima de su hombro para ver si su amiga ha conseguido avanzar, pero se topa con los ojos azul pálido de Geneviève y, cuando ésta pronuncia su nombre, sólo ve el hueco entre sus dientes.

Étiennette se vuelve a mirar hacia la orilla. Las nubes, las colinas y los diminutos barcos se entremezclan y sus colores se confunden.

—Hacía días que no te veía —oye decir a Geneviève.

Charlotte vuelve a sentir el vertiginoso malestar que no la dejaba dormir cuando hacían noche en las posadas francesas. Cuando Geneviève está cerca, siempre tiene la sensación de quedarse en un segundo plano. No debe bajar la guardia.

—Hay más barcos en el puerto —comenta.

—¿Por qué no viniste con Étiennette anoche? —le pregunta Geneviève.

Charlotte no se imagina dejando *La Baleine* con esa mujer.

—Tengo que encontrarla antes de que desembarquemos.

—No creo que esto sea Luisiana —responde Geneviève.

—¿Cómo dices?

—¿No te parece que las monjas nos habrían avisado?

—No veo por qué.

—Me temo que la primera impresión será importante —responde Geneviève sacudiéndose el mugriento vestido.

En el puente principal, frente a la escalerilla, el palo mayor divide a la multitud en dos grupos. Cerca de la borda, Étiennette charla con la Manchada.

—Quería decirte... —murmura Geneviève siguiendo la mirada de Charlotte—. Pétronille te está muy agradecida por no haber dicho nada en Lorient. —Hace una pausa y añade—: Y yo también.

—¿De qué hablan? —pregunta Charlotte.

Geneviève sigue con la mirada su dedo, que señala a las dos mujeres, que continúan enfrascadas en su conversación entre el bote y los camarotes de los oficiales.

—Bueno, se me ocurrió que quizá Pétronille sabría algo sobre la hermana de Étiennette. Vivió mucho más tiempo que yo en la Salpêtrière.

Charlotte desearía no tener ganas de llorar. Le gustaría habérselo sugerido ella a Étiennette y que nadie supiera nada sobre Marceline. Se vuelve hacia la borda y mira fijamente la franja de tierra que se agranda ante ella, sus playas opalinas, sus colinas boscosas, las siluetas, pequeñas como granos de trigo, que se agitan a bordo de

los barcos y el espigón del puerto a lo lejos. Le gustaría haber llegado. Luego se acuerda de todo lo que perderá al desembarcar.

El año que conoció a Étiennette en la Casa Saint-Louis, Charlotte ya no pensaba que la directora fuera su madre. En lugar de eso, hablaba del pañuelo bordado que le había dado su apellido. Para no tener que explicar que la pieza de tela se había perdido, a menudo le contaba a Étiennette un sueño que había tenido y que solía llamar «recuerdo».

En el sueño, ella es muy pequeña. Reina el silencio y el frío quema la piel. Hay dos mujeres en la habitación. Una lleva el descolorido uniforme de las «tías»; la otra, una capota azul con encajes. Esta mujer no tiene cara. Tampoco tiene voz, aunque debe de haberla oído cantar, porque algunas melodías la conmueven profundamente. La mujer sólo tiene olor, que envuelve a Charlotte cuando la levantan y su cabeza se posa sobre un cuello caliente. Un olor a mantequilla fresca, a leche seca, a flores mojadas. Y con ese olor llega la sensación, la certeza, de que no está sola, de que todo irá bien.

Años después, estando acostadas, Étiennette la rodea con los brazos por primera vez. Hacía una semana que Charlotte dormía sola; Catherine, la chica con quien compartía cama, se había ido. Nadie le había dicho adónde, pero a Charlotte le gustaba imaginar que una mujer había descubierto quién era ella realmente —su hija, su hermana, su sobrina, una de esas palabras tan extrañas para las niñas de la Casa Saint-Louis— y se la había llevado lejos de la Salpêtrière. Catherine nunca se acurrucaba contra ella, salvo alguna

de aquellas mañana de invierno en que hacía tanto frío que se despertaban con los dientes castañeteando. Pero la noche que la abrazó Étiennette ya era verano.

Charlotte tenía cinco años; Étiennette, nueve. Había un cuello cálido sobre el que dormirse, y en la cena habían servido mantequilla, o quizá durante el día alguien había cortado mimosas o tulipanes, las flores que antaño había olido en brazos de una mujer con una capota de encaje. En cualquier caso, Charlotte decidió que no volvería a dejar que alguien se le escapara.

Geneviève tenía razón: sor Gertrude ha anunciado que *La Baleine* fondeará unos días en Santo Domingo. A medida que el barco se acerca a la isla, los murmullos de la orilla se vuelven más precisos, y Charlotte percibe los gritos, los mugidos, los restallidos de las jarcias, el rumor del viento en los árboles. Un olor a cerdo asado invade el puente mientras un grupo de marineros se prepara para bajar el bote. En el puerto, las mujeres venden pescado a voces, una mula se niega a avanzar, un grupo de hombres trajina en el muelle. Charlotte nunca ha visto a gente con la piel tan oscura. Los observa: hacen rodar toneles en los almacenes o llevan ganado hacia los campos y la espesura. El viento se ha calmado de golpe. El mundo parece extrañamente estático bajo las velas flojas, como desanimadas. Tarda unos minutos en abrirse paso entre la gente apelotonada en proa y ver a Étiennette, apoyada contra la borda del castillo de popa. Geneviève ha desaparecido. Charlotte se muerde los labios, siente haber sido tan brusca con ella. En la estrecha

sombra del mástil, Étiennette se seca las sienes relucientes de sudor con la capota.

Charlotte espanta un mosquito enorme y se acuclilla a su lado. Se da cuenta de que, negándole su ayuda, sólo consigue alejarla. Pero la nota tensa y no se atreve a hablar.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta al fin.

—Nada.

Esperaba saber de inmediato lo que le ha dicho la Manchada. Étiennette, por lo visto sin darse cuenta de lo mucho que la herían sus palabras, nunca le ha ahorrado ningún detalle de la historia de Marceline. Pero, de repente, que la mantenga al margen aún le parece peor.

—¿Qué te ha dicho?

—Ya te he contestado. Nada, porque no sabe nada.

La cara de Étiennette no refleja la menor emoción, y la impasibilidad de esas facciones tan familiares alarma a Charlotte. Étiennette pasa la cabeza entre las columnitas de madera de la borda. Cuando Charlotte la imita, se rasca las mejillas con la pintura descascarillada. A lo lejos se ven cabañas de madera, un almacén con las puertas abiertas de par en par, troncos de árboles con racimos de hojas secas y ocres que nunca ha visto en París.

—A lo mejor sor Gertrude podría ayudarte —sugiere.

El sol le achicharra la cabeza, la luz le inunda las manos. Nota los dedos de Étiennette rozando los suyos.

—Si hay alguien que puede saber algo es ella —continúa, y gira la cabeza hasta que sus ojos se encuentran con los de Étiennette, de nuevo despiertos—. Sabía lo de Geneviève. Nos conoce a todas.

—Tienes razón. No sé cómo no lo he pensado antes.

—Se me acaba de ocurrir.

Los rayos de sol cabrillean en el agua límpida. Un banco de minúsculas medusas violeta se desliza junto al casco y luego desaparece.

—¿Te imaginas que nos quedáramos atascadas aquí?

—Nos podría atrapar un delfín.

Étiennette empieza a hacer muecas.

—Si pusiera esta cara, no se atrevería a atacarnos.

Charlotte ríe.

—Y nos quedaríamos aquí para siempre.

—Ya se me ocurriría alguna forma de soltarnos —responde Étiennette—. Y luego iríamos a hablar con sor Gertrude.

Charlotte intenta asentir con la cabeza, pero las astillas de las columnitas le arañan las mejillas.

La Baleine ha entrado en el mar Caribe. Ahora el agua es tan azul que parece saturada de sol y menos peligrosa que el grisáceo oleaje del Atlántico. Bajo la superficie, Charlotte entrevé las siluetas de criaturas que desaparecen incluso antes de que pueda nombrarlas. Delfín, marsopa, tiburón. Étiennette se tumba boca arriba. Desde hace unos días está distraída, pero cariñosa.

Después de la escala en Santo Domingo, la comida también ha cambiado. Las verduras se sirven de forma prioritaria a los miembros de la tripulación que llevan meses navegando. Tres días después de la partida, Charlotte ve a la Manchada llevando guisantes frescos a ese marinero con el que parece estar tan a gusto. Pensó que algunas chicas habían recibido una naranja sólo porque se les caía el

pelo, pero luego Charlotte se dio cuenta de que tienen las encías en carne viva y densos triángulos de sangre entre los dientes. Dos de ellas aún no han vuelto de la enfermería. Las monjas repiten que el médico está haciendo todo lo que puede por ellas.

Charlotte no se atreve a preguntarle a Étiennette cuándo irá a hablar con sor Gertrude. Ya ha dicho bastante. Quiere disfrutar de esos días de paz, hacer inventario de su ajuar marino, taparse la nariz y sentir que la mano de su amiga se cierra sobre sus dedos cuando la sopa de tortuga aterriza en la mesa. Prueba una de las nuevas galletas, más finas y pálidas que las anteriores, que le ofrece Étiennette.

Una noche de diciembre, Étiennette se acerca a ella y le ahueca el hatillo, que utiliza como almohada. El jergón que comparten está muy estropeado; apenas es más grueso que las mantas de la Casa Saint-Louis.

—¿Y si no tiene nada que contarme? —pregunta.

—Pronto lo sabrás. No hay prisa. —La mece el monótono cabeceo del barco—. No hay prisa —repite.

En la Salpêtrière, Charlotte aprendió a coser y cantar. En el taller de Sainte-Claire trabajaba hasta que tenía las yemas de los dedos acribilladas de pinchazos. Esperaba que sus manos recordaran el oficio de su madre, pero de eso nada: durante las clases de bordado, sus dedos vagaban torpemente por la tela. En misa, sin embargo, la cosa cambiaba. En cuanto entonaba el estribillo, las chicas se volvían a mirarla y las tías se hacían lenguas de lo que llamaban su «encantador *mezzo*». Charlotte no sabía de quién le

venía. Cuando cantaba, no pensaba en nada. Acabó por decirse que su voz no le pertenecía a nadie más que a ella.

Étiennette tenía tan pocas dotes para el canto como para la costura. A su llegada a la Casa Saint-Louis, Charlotte le advirtió que no se alejara del orfanato. No porque estuviera prohibido —a veces ella misma se atrevía a bajar a las cocinas, donde una criada joven solía darle queso o una ciruela dura como una piedra—, sino porque había aprendido que era mejor evitar determinados patios de la Salpêtrière.

Por eso intentó convencer a Étiennette de que no fuera a los pabellones de las locas, pero esa mañana su amiga no se detuvo hasta llegar al edificio de las epilépticas. Las prisioneras rapadas estaban sentadas fuera; las cadenas eran tan cortas que sus brazos se tocaban. Una tenía una cicatriz que le cruzaba la cara; le partía la ceja con una línea clara. Fue ella quien asustó a Étiennette con sus insultos.

Pero Charlotte estaba demasiado lejos para cogerle la mano. Apoyada en el edificio Sainte-Laure, la pequeña observaba a las criadas que arrojaban paja limpia en las cabañas. Sabía que en la Salpêtrière a veces había que mirar a otro lado, y ahora su amiga también lo había aprendido.

Étiennette quiere quedarse junto a las portas, así que Charlotte decide subir al puente con Pétronille. Por una vez le apetece seguir a otra. Desde la escala en Santo Domingo, ya no le parece imposible hacer nuevas amistades. Con Pétronille no se siente vulnerable ni amenazada. Ella nunca ha intentado ocupar su lugar. Y conoce el

barco mejor que ninguna otra chica. Su paso confiado tranquiliza a Charlotte, que se da cuenta de que prefiere llamarla por su nombre y no «la Manchada».

—Cuidado —le advierte Pétronille al verla resbalar con unos excrementos de pájaro—. Así —añade agarrándose a los pasamanos que flanquean la escalerilla.

Charlotte la imita. Sospecha que su excursión no es más que una excusa para encontrarse con el marinero pelirrojo, pero a Pétronille no parece importarle que la acompañe. De todas formas, cuando llegan al puente principal y ve el cielo, el mar, las extensiones de arena blanca que rompen la superficie del agua, siente tal alivio que se olvida de todo lo demás. Y ahora ya no necesita sujetarse el pelo cada vez que el viento se lo alborota: justo antes de abrir la escotilla, Pétronille le ha regalado un pasador. Cuando vuelvan a bajar, lo añadirá a su ajuar marino.

Hay un barco fondeado a unos cuantos cables de distancia, como en Santo Domingo, y un grupo de comerciantes se acerca en una pequeña chalupa. Se parecen a los que les vendieron víveres en la isla. Los marineros izan cajas de cocos y barriles de licor. En el castillo de proa, un par de chicas ríen viéndolos descargar la mercancía. Charlotte reconoce a una, Thérèse, por las flores rojas que lleva cosidas en su capota de lino. No sabe cómo se llama su amiga, pero, incluso desde donde se encuentra, se nota que están contentas de estar fuera. Últimamente les permiten subir al puente más a menudo. Después de más de dos meses de viaje, a las monjas les cuesta negarles unos minutos al aire libre. Charlotte señala un islote más pequeño que *La Baleine*.

—¿Crees que estará habitado? —le pregunta a Pétronille.

Su compañera niega con la cabeza.

—No, pero puede que los cazadores de tortugas hayan hecho una parada.

Una tenue columna de humo se eleva entre las palmeras, ese árbol cuyo nombre Charlotte acaba de aprender. A ella también le gustaría conocer a un marinero, alguien capaz de explicarle todos los secretos de *La Baleine* y de estas costas desconocidas. Pétronille sigue contemplando el archipiélago.

—¿No te recuerda ese islote al granero de la Salpêtrière? —pregunta—. Quiero decir, esa extensión de arena de allí, ¿no tiene la forma exacta del ala sur del edificio principal?

Charlotte se echa a reír al caer en la cuenta de que, en Francia, vivía a sólo unas calles de Pétronille. Si no hubieran partido, jamás se habrían encontrado.

—No, es demasiado cuadrada, se parece al dormitorio de Sainte-Thérèse —responde—. ¿Aquélla, quizá?

Una jarcia cae al suelo. Un hombre imponente se separa del grupo de comerciantes y avanza hacia el capitán. El sol se refleja en su reloj de plata y deslumbra a Charlotte, que aparta la vista. Pétronille le dice que ese islote le recuerda a la Casa de las Jubiladas; no, mejor aún, a una palmera que hubiera echado raíces en el fondo del océano, y de pronto Charlotte se pregunta qué pasaría si las islas flotaran a la deriva. Se imagina sola, separada de las demás chicas, y le da un escalofrío.

—¿Qué opinas de aquélla? —le pregunta Pétronille.

El capitán sigue hablando con el hombre del reloj de plata. Su voz es baja, insistente. Los demás comerciantes se han dispersado. Cerca de la escotilla, Charlotte ve a sor Gertrude y, debajo, en la

escalerilla, a Étiennette. La está mirando fijamente cuando un sonido sordo atraviesa el aire. El tiempo se detiene; el puente se inmoviliza. Por la empuñadura de la pistola, galopan caballos de marfil.

Antes de que el arma se alce de nuevo, Charlotte alcanza a ver al hombre que la empuña, en el que no se había fijado hasta ese momento, con su nariz aguileña y su barba adornada con perlas. A su derecha, el comerciante del reloj de plata clava el cañón de su fusil en la casaca del capitán y lo obliga a avanzar. Sus secuaces están apostados al pie de cada mástil y repartidos por los castillos de proa y popa. Apuntan a la tripulación con sus mosquetes y bloquean el acceso a los camarotes de los marineros y a los pequeños cañones de *La Baleine*.

El cielo y el mar empiezan a girar mientras Charlotte recuerda lo que les contó Pétronille sobre los piratas y sus parches, sobre ese ojo permanentemente sumido en la negrura, capaz de horadar la oscuridad de las calas para guiarlos hasta el botín.

Agarra de la muñeca a Pétronille, pero un grumete empuja a su amiga, que se suelta segundos antes de que ella choque con un marinero que lleva una herida abierta en la sien. Luego debe de haber tropezado con un cabo, porque de pronto se ve en el suelo, con las rodillas doloridas y la cara rasguñada. Los sables chocan con un estrépito metálico; las balas agujerean las velas. Una le cae cerca y rueda bajo el bote, fuera de la vista, y Charlotte la sigue, arrastrándose tan deprisa como puede, mientras el suelo vibra con los pasos de los marineros. Alguien grita que no se muevan, pero ella resiste la tentación de comprobar que nadie la persigue. Al meterse bajo el casco de la embarcación, se golpea la cabeza en la madera y la quilla tira de su vestido como si quisiera desgarrarlo. Se

acurruca contra los calces; el olor a algas, ron y madera húmeda le provoca náuseas. Desde allí ve pantorrillas, pies y, si pega la mejilla al entablado, algunas caras y brazos destrozados por el látigo. Es consciente de que si uno de los atacantes se arrodillara la descubriría al instante.

Entre las detonaciones oye amenazas de muerte, la voz de un pirata que habla de oro, cerillas y carne quemada. Su acento es tan cerrado que Charlotte no entiende la mitad de las frases. Trata de recuperar el aliento y orientarse. Tiene los muslos calientes, mojados, pegados entre sí. Se imagina el barco visto desde el cielo: el castillo de proa y el camarote de los marineros, a su izquierda; el castillo de popa, a su derecha. Entre ellos, el palo mayor y la escotilla. Y, paralelo a la borda, el bote, con ella debajo.

Sabe lo que debería haber hecho: trepar a la embarcación, tenderse entre los remos y tirar de la lona hasta que el cielo desapareciera. Da un respingo al siguiente disparo, esta vez tan cercano que se tapa las orejas con las manos y hace una mueca al sentir un dolor lacerante en un dedo. Tiene el pulgar desgarrado, de un intenso color rojo. Cuando el olor a pólvora penetra bajo el casco del bote, Charlotte retrocede hacia la borda para alejarse todo lo posible del pandemónium de cubierta. Sus dedos chocan con un objeto liso y húmedo. No es el pasador de Pétronille, sino la bala que la ha guiado bajo el bote. La coge sin saber de quién es la sangre que la cubre.

El clamor del combate cesa y vuelve el silencio. Charlotte permanece inmóvil. Su propia respiración le parece ensordecedora. Tiene una

extraña conciencia de todo lo que fluye, palpita y late en el interior de su cuerpo, la sangre, la saliva, el corazón, y quiere detenerlo, aunque le aterroriza pensarlo. Intenta concentrarse en una canción, en una melodía reconfortante, pero no se le ocurre ninguna. Casi se le escapa un grito cuando toca un charco de agua salada con el dedo herido y da un respingo de escozor. El pasador que le ha dado Pétronille se le ha desprendido del pelo y se le clava en el pecho. Unas botas martillean el entarimado. Se encoge todo lo que puede y piensa en los bebés de la Casa Cuna, acurrucados unos contra otros. Piensa en Étiennette, que debe de estar a salvo, que seguramente ha conseguido bajar la escalerilla a tiempo.

Las sombras desaparecen, los pasos se alejan. El dedo ya no le sangra. Empieza a contar hasta ochenta sin apartar los ojos del puente bañado por el sol. Teme ver aparecer de nuevo las siluetas si se interrumpe. Así que hace trampa y salta de cincuenta y cuatro a sesenta. Con mucho cuidado, torciendo el cuello, apoya la sien en el entarimado. Adivina un cielo totalmente azul. Junto al palo mayor, los piratas empujan a los marineros de *La Baleine* hacia el castillo de proa clavándoles los fusiles en la camisa. Uno de ellos se divierte pinchando a los grumetes en el calzón con la punta de la espada. Charlotte los oye cruzar el puente; sus gritos de protesta se apagan cuando los piratas cierran con llave la puerta del camarote de la tripulación. Se tumba boca abajo y levanta la cabeza hacia la proa del bote en el instante en que uno de los piratas se guarda la llave en el bolsillo. El pánico la invade; sin los marineros para defender el barco, *La Baleine* está perdida.

En ese momento aparece una pierna. El hombre está tan cerca del bote que la ballena escupiendo agua que lleva tatuada en la pierna

peluda, por encima de la bota de cuero, queda a la altura de los ojos de Charlotte. El sudor le resbala por los párpados y las manos. El hombre habla en un idioma desconocido. Parece eufórico. Su pie se aleja, desaparece, y en su lugar, más lejos, Charlotte ve unas faldas que reconoce de inmediato. Recuerda a Thérèse y su amiga riendo apoyadas en la borda, lejos de la escotilla.

Las chicas empiezan a debatirse, y Charlotte cierra los ojos. De pronto se nota la lengua tan hinchada que le cuesta horrores tragar saliva. Oye más ruidos de pasos, el tintineo de un cinturón o un machete, luego unos alaridos. Daría lo que fuera por poder acallarlos. Se aguanta las ganas de taparse los oídos por si oye la voz de Étiennette: para saber si ha conseguido refugiarse en el entrepuente, tiene que estar atenta.

No sabe cuánto tiempo permanece inmóvil. Cuando el último termina, Charlotte cuenta hasta trescientos. Las chicas también se han callado, pero no significa que ya no sufran; simplemente han comprendido que no se salvarán por mucho que supliquen. Unos metros más allá, rueda un objeto por el puente. El pirata del tatuaje hace una pregunta en su idioma incomprensible. Le contesta el capitán, pero Charlotte no consigue oírlo.

Abre los ojos porque intuye lo que va a pasar, lo que ya está pasando, cuando oye al menos una docena de pares de botas resonando en el entarimado de camino a la escotilla. Sus últimas esperanzas de que se salven Étiennette, Pétronille y Geneviève se desvanecen en el acto. Esta vez los hombres no atacarán a dos mujeres sino a noventa, y sus aullidos crecerán bajo ella como si le brotaran del pecho. Se dice que será la siguiente. Se lleva la mano al pecho y nota el pasador de Pétronille.

Alza la cabeza hacia el dormitorio de la tripulación. La puerta está cerrada con llave, pero los dos centinelas, impacientes, como los demás, por bajar al entrepuente, han abandonado su puesto. Charlotte sabe que no tiene mucho tiempo. Está aterrorizada. Vuelve a verse avanzando furtivamente por el sendero del jardín de la directora, en mayo. Nunca había pasado tanto miedo como ese día; miedo a que la oyeran, miedo a no convencer a la señorita Pancatelin de que añadiera su nombre a la lista. Y, sin embargo, hoy está allí. Empieza a arrastrarse hacia la proa del bote.

Sólo la separan una decena de pasos del camarote de la tripulación. Siente que el sol, aplastante, podría clavarla al entablado. Los hombres presentes en el puente le dan la espalda. La mayoría son piratas, pero también hay algunos oficiales de *La Baleine*, atados y mutilados. Todos miran la trampilla que lleva al entrepuente. Al ver los cuerpos detrás del palo mayor, sus camisas empapadas de sangre, le viene una arcada. Traga con dificultad, tiene que darse prisa, no hay tiempo. Dos piratas se acercan a la escotilla.

Charlotte echa a correr. Imagina que es uno de aquellos peces —ágiles, rápidos, apenas visibles— que vio en el puerto de Lorient. El pasador le araña la palma de la mano; el dedo ya no le duele. En un instante se encuentra en la penumbra del castillo de proa, frente a la puerta.

Espera a oír un grito y que le agarren del vestido. Pero no pasa nada. La cerradura está fría y dura. Los dedos le tiemblan y necesita tres intentos para conseguir introducir el pasador bajo la manilla. Empuja con fuerza, el mecanismo se resiste, cede a la presión y vuelve a resistirse.

Oye un ruido sordo, los batientes de la escotilla golpeando la cubierta, ese sonido que tanto la aliviaba después de una racha de mal tiempo. Echa un vistazo a su espalda y se arrepiente de inmediato. No puede perder un segundo; debe ignorar la otra escena que está captando toda la atención de los hombres en cubierta: sor Gertrude, en lo alto de la escalerilla, amenazándolos con una pistola.

Al principio Charlotte cree que están llorando. Pero, cuando el clamor aumenta, comprende que los piratas se carcajean de la monja armada. Son risotadas frenéticas, incrédulas e incontenibles que parecen decir: «¿De verdad crees que nos asustas, mujer?» Charlotte oye gemir a sor Gertrude y vuelve a girar el pasador en la cerradura.

Cuando la puerta se abre, casi se cae de bruces. Dentro, la tripulación la mira fijamente. Los marineros, cegados por la luz, entornan los ojos. Charlotte está tan cerca del primero que puede tocarle los hombros. Los hombres se precipitan al puente mientras un grumete apenas mayor que ella la arrastra hacia una pila de mantas. Charlotte se pasa la lengua por los labios y nota el sabor de las lágrimas y los mocos. Fuera, los disparos se mezclan con el estrépito de las velas al desplomarse. El ruido del agua llena cada silencio.

Charlotte se deja caer entre dos hamacas y aparta un juego de dados. Se suena en una camisa que apesta a tabaco y la hace estornudar. Se acurruca en un rincón. Cierra los ojos y se imagina que está sentada en el suelo de otro dormitorio, en la Salpêtrière, antes de que llegue la celadora, esperando a que haya vía libre.

Las estridentes voces de las mujeres llenan el entrepuente y la aturden. El aire está impregnado de olor a miedo; una vaharada acre que la golpea cuando, sostenida por sor Gertrude, llega al pie de la escalerilla. Étiennette la coge de la mano antes de que sus ojos se hayan acostumbrado a la penumbra y, por un instante, Charlotte no sabe si se dispone a abofetearla o a abrazarla. Su amiga se limita a rodearle los hombros con el brazo cautelosamente. Le habla en voz muy baja, le dice «Ven, sígueme», y la lleva hacia el jergón que comparten cerca de las portas.

Se tumban una al lado de la otra. Étiennette le acaricia la venda del dedo herido.

—Quizá Pétronille pueda curártelo —sugiere.

—¿Cómo está? ¿Dónde está?

—Allí, recostada en el mamparo de la santabárbara. Ha bajado justo antes de que sor Bergère cerrara la escotilla.

Charlotte vuelve a sentir los dedos de Pétronille escapándosele de la mano, el terror retorciéndole las entrañas. Procura respirar con calma. Pétronille está a salvo y ella también. Sigue la mirada de Étiennette. Ve a Pétronille ante la puerta del polvorín; a su derecha están Thérèse y su amiga, acurrucadas una contra la otra. Las dos aceptan las mantas y la comida que les tienden. La capota con flores de Thérèse ha desaparecido. Charlotte baja los ojos.

—Pétronille tenía miedo de que los piratas enrolaran a su marinero a la fuerza —le explica Étiennette—. Pero no paraba de decir que no se nos llevarían. Los hombres temen los enfrentamientos que las mujeres pueden provocar a bordo de un barco.

—Son capaces de cosas peores —responde Charlotte apartándose un mechón de pelo de la cara, pero no quiere hablar de los piratas ni

pensar en lo sucedido en el puente—. ¿Qué has averiguado?

—¿Qué quieres decir?

—Te he visto con sor Gertrude justo antes...

Por una vez, no le importa hablar de Marceline. Pero Étiennette niega con la cabeza, como diciendo: «No, nada importante.» Parece muy triste.

—«Incluso en el caso de que supiera algo sobre su hermana, ¿de qué le serviría?»

Charlotte tarda unos instantes en comprender que está citando a la monja. Un velo oscuro, una amargura nueva, cubre las finas facciones de su amiga. Charlotte le coge la mano.

—Lo siento.

Las palabras de sor Gertrude no la alivian como esperaba. «Todo lo que dejamos atrás desaparece para siempre», parecen decir. Charlotte se da cuenta de que ya lo sabía.

Debajo de ellas, en algún lugar de la bodega, los gatos gruñen y bufan. Intenta mover los dedos de las manos y los pies, pero siente el cuerpo tan entumecido y pesado que, con unos gramos más, quizá acabe reuniéndose con los felinos en el fondo de la cala.

—Sor Gertrude dice que te lo debemos todo a ti —le susurra Étiennette.

—¿Cómo?

La oye repetir la frase y siente una punzada de orgullo en el pecho. En la Salpêtrière, era un pecado. No reconoce a la chica del puente, la que ha abandonado la seguridad del bote y arriesgado su vida para liberar a los marineros.

—¿De dónde ha sacado la pistola? —le pregunta a Étiennette.

—Dicen que se la dio un policía en Lorient. Pero Pétronille jura que, después de la escala en Santo Domingo, la vio saliendo de la santabárbara. —Se encoge de hombros—. Vete a saber.

—¿Y se ha enfrentado a ellos sola?

—Sí.

—Qué valiente.

—Tú también.

Charlotte cierra los ojos. Se adormece con el chapoteo del agua; está exhausta, atontada. ¿Valiente? Oírlo la reconforta, aunque, en cierto modo, siente que no lo merece. Se pregunta cómo habría reaccionado Étiennette en el puente, y si se puede hablar de valor cuando no hay elección. Pero se para a pensarlo y se da cuenta de que ella la tenía: podía haber esperado a que fueran a buscarla o jugarse el todo por el todo.

El caso es que, fuera o no valentía, ha sido capaz de salvar la vida. Ahí arriba no ha necesitado a nadie. Piensa en la directora; le gustaría poder tranquilizarla, decirle que tomó la decisión correcta. Confía en que, de alguna manera, la señorita Pancatelin ya lo sepa.

En algún lugar del casco, un ratón araña la madera. Charlotte oye el ritmo pausado de su respiración, los saltos de un pez bajo la porta y luego la voz de Geneviève preguntándole cómo se encuentra.

—Bien —responde—. Estoy bien.

No sabe si las demás la oyen. Siente que su cuerpo se funde con el entablado y se desliza con el barco, como un nenúfar en la superficie del estanque del Jardín del Marais, un islote solitario, lo que ella y las demás chicas serán pronto, les guste o no, una vez que lleguen a Luisiana.

SEGUNDA PARTE

—¡Tierra! ¡Tierra!

La palabra resuena entre los restallidos de las velas, los gritos de los timoneles y el rumor de las olas. Es imposible no oírla. Algunas chicas están tentadas de unir su voz a la del vigía; temen que la costa desaparezca si se calla. Intercambian miradas inquietas: un continente no debería parecer tan frágil ni tan estrecho. Sólo ven una mísera franja de arena en la superficie del agua. Las mujeres miran la costa con rabia e incredulidad. Han hecho todo este viaje para acabar en una isla desierta.

El viento levanta rociones y por unos segundos respiran mar en vez de aire. Cuando pisan tierra firme, todo les da vueltas. Intentan mantener el equilibrio mientras se frotan los párpados, quemados por la sal. Están rodeadas de agua; la isla bien podría ser otro barco. Entornan los ojos por las rachas de viento. Arbustos encorvados por los temporales, cangrejos que corren a esconderse en los charcos. Ellas aún no lo saben, pero no son las primeras francesas que desembarcan allí: hace un año, después de una travesía infernal, dos grupos de prisioneras de la Salpêtrière fueron abandonadas la Île aux Vaisseaux sin víveres. Al final, algunas sobrevivieron y llegaron al continente. No queda rastro de su paso por la isla, pero las chicas de *La Baleine* sienten escalofríos. Aquel lugar es tan aterrador como la Salpêtrière.

Ven a una veintena de hombres escuálidos y, detrás de ellos, unas embarcaciones alargadas. Las monjas no se molestan en explicarles

que aún no han llegado a su destino y que aquellos marineros las escoltarán hasta Biloxi.

Tras largas horas de navegación, las mujeres avistan por primera vez el continente; asoma entre la bruma azul que hace unos instantes parecía soldar el cielo y el agua. En las piraguas, se hace el silencio. Luisiana, plana e inmóvil, como todo lo que se encuentra lejos, no las impresiona demasiado. Las señales de vida, borradas por la distancia; las nubes, con sus juegos de sombras sobre la tierra; los árboles, tan vagos como dibujos de niño. Las mujeres lo observan todo como si estudiaran el rostro de una desconocida. Hacía meses que esperaban ese momento, y ahora que están allí les asaltan las dudas, se sienten incómodas, un poco tristes. ¿Qué les queda por esperar, ahora que el viaje ha terminado?

5

Geneviève

Biloxi, febrero de 1721

Geneviève se arrodilla al borde del arroyo con las otras chicas y sumerge de nuevo el cubo que acaba de vaciar en uno de los calderos en los que flota la ropa, delante del barracón. La rudimentaria construcción en la que se instalaron con las monjas a su llegada a Luisiana, hace seis semanas, no tiene nada que envidiar a la Casa de Corrección: un dormitorio inmenso lleno de corrientes de aire, vigas entre las que el sol y la luna se cuelan demasiado a menudo y jergones de paja que deben recomponer antes de acostarse. La madera se ha hinchado por el temporal del día anterior y la humedad tardará días en evaporarse. Pese a todo, el barracón se ha convertido en un islote, un refugio que las protege mal que bien de esta naturaleza exuberante. Geneviève mete las manos en el agua helada conteniendo la respiración. Luisiana le impone una vez más sus paisajes insondables: sus árboles plumosos, su barro rojo, su tierra blanda y aguanosa. Nunca los apreciará del todo; cada día de ese primer mes y medio que lleva en la colonia no ha hecho más que reforzar esa convicción.

Al amanecer, cuando el cielo empieza a clarear, las nutrias pasan corriendo entre la hierba alta. Geneviève se ha acabado acostumbrando a los sonidos. A este lado del Atlántico, todo es desconocido, todo la obliga a mantenerse en guardia. Daría lo que fuera por volver a disfrutar de unos pocos placeres sencillos, familiares, y allí y ahora, de la tibieza del jergón que comparte con Pétronille. Vuelve al cubo, a los dedos violáceos, a sus obligaciones. Esa mañana no es como las otras. Hace una hora, antes de los laudes, Pétronille se ha levantado con una energía que no le han visto en semanas. Hoy es su última oportunidad de volver a ver a Baptiste.

Geneviève levanta el segundo cubo y equilibra la improvisada pértiga sobre sus hombros. Cierra la boca para evitar tragarse los moscardones que se lanzan sobre su cara. A su izquierda, el arroyo desaparece entre los árboles, abandona el jardín empapado y sus enormes flores para internarse en el bosque de pinos. Detrás de la pared ciega del barracón, Pétronille debe de estar recogiendo la ropa desparramada entre las camas. Geneviève sabe que les queda poco tiempo. Pronto, todas se habrán casado, como hizo Étiennette a principios de mes, y se irán con sus maridos a Biloxi, la ciudad más cercana, donde la gente se muere.

Mañana Geneviève contraerá matrimonio con Pierre Durand, su pretendiente canadiense. Ella no esperaba que le pidiera la mano tan pronto, en su segunda visita, y sus palabras le parecieron casi cómicas. O quizá se sintió cohibida y, acostumbrada a defenderse, se le escapó una risita. Su pretendiente ya había dado media vuelta. Las monjas dieron su visto bueno de inmediato. Desde entonces, ha

pensado poco en él. Toda su atención estaba puesta en Baptiste y Pétronille; en la enfermedad, que no mata sólo en Biloxi.

Sor Bergère entra en la cabaña construida para las mujeres que guardan cama. No es la misma enfermedad que se llevó a las dos pasajeras de *La Baleine*. Ésta te amarillea los ojos, te llena el estómago y la garganta de bilis negra y convierte la luz en veneno. El mes pasado se coló en casi todas las casas de Biloxi. Hubo tantas muertes que se pospusieron las bodas. Los curas estaban demasiado ocupados asistiendo a los moribundos.

Geneviève espera a que el peso se equilibre sobre sus hombros. En Francia, el Sena le helaba los dedos y le entumecía los brazos para enseñarle a tener paciencia. La idea de actuar el día de colada se le ocurrió a ella. Hacer la colada la devuelve a París y a Amélie. Esta mañana, al coger su pala improvisada, casi podía ver el barco lavadero, la última tormenta ahogándose en el río. El agua de Luisiana no es más amable que la de la capital.

A su alrededor, las mujeres recogen leña para el fuego. Cerca de la puerta del barracón ve a Pétronille, que se dirige hacia los calderos cargada con un rebujo de faldas y blusas. Lo único que le levanta el ánimo es pensar que quizá Baptiste vive en Biloxi, con la tripulación de *La Baleine*, a la espera de que su barco emprenda el viaje de regreso a Francia: nunca se casará con ella, pero puede que aún no haya desaparecido definitivamente.

Pétronille se ha pasado las dos últimas semanas repitiendo que la tripulación de *La Baleine* está alojada a menos de una legua del barracón. Se lo oyó decir a sor Bergère por casualidad. Geneviève también quiere creerlo. Su despedida de Amélie fue tan traumática que aún siente su dolor en el cuerpo, en el corazón, en la comisura

de los labios. Vive la esperanza de Pétronille como si fuera suya, como una señal de que, pese a aquel barracón miserable y a los estragos de la enfermedad, Luisiana tiene más que ofrecerles que Francia.

Geneviève esquiva un montículo de tierra y sus hormigas rojas y sigue andando hacia el caldero de Charlotte. Desde la boda de Étiennette, la pequeña ha cambiado, como si la tristeza le hubiera pulido y suavizado el carácter. Se rumorea que Étiennette y su marido partirán pronto hacia otro asentamiento del norte, a orillas del río Yazoo. Charlotte tiene tantas posibilidades de volver a ver a su amiga como Étiennette de encontrar a su hermana en Luisiana.

Bajo las gruesas burbujas del caldero, las blusas giran como grandes peces blancos. Lo que queda de sus ajuares se remoja, flota y gotea bajo la luz rosácea del alba. Charlotte remueve las prendas sin mirarlas mientras Geneviève vuelca el agua de sus cubos sobre ellas. El plan que han organizado para Pétronille es tan sencillo que parece infalible. Baptiste, advertido por la nota que le llevó la ayudante del médico, se reunirá con ella en la cerca mientras Geneviève y Charlotte realizan una maniobra de distracción.

Pétronille avanza con paso vacilante por el peso de la ropa. Los primeros rayos de sol bañan su pelo de reflejos rojos y violáceos. Ha adelgazado; la preocupación le tensa las facciones. Geneviève la libera de la pila de ropa sucia.

—Es la hora. Deberías irte ya —le dice procurando mantener un tono neutro.

Pétronille, con la frente y los ojos brillantes, se lleva una mano temblorosa a la mejilla.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Geneviève.

Su amiga mira el sendero que lleva a la cerca, esa ridícula barrera que pretende separar el barracón de aquellos bosques infinitos.

—Nada —responde, y se aleja antes de que Geneviève pueda hacerle más preguntas.

Los zuecos resbalan en la hierba húmeda, y camina insegura aunque ya no va cargada. A Geneviève le gustaría acompañarla, pero debe actuar enseguida o las monjas descubrirán a Pétronille. Junto al arroyo, sor Gertrude vigila a las chicas con la cabeza agachada. Sor Louise ata a una rama la cuerda para colgar las prendas limpias.

Ha llegado el momento. Al sacar la primera blusa del caldero, Geneviève roza con los dedos la mano de Charlotte y las dos se miran. Geneviève baja los brazos cerca del fuego. La sangre le hormiguea en las palmas de las manos. Cuando deja caer la blusa, las llamas la envuelven rápidamente con el ansia de un animal celoso, pero no es la única prenda que se le escapa fuera del caldero, también un corsé, unas medias y una falda. Las prendas se retuercen entre las llamas, más avivadas de lo que esperaba Geneviève, hasta que una chispa salta sobre una chica morena y prende en su vestido. Sus alaridos hacen que las otras mujeres se precipiten hacia ella.

Charlotte no se mueve. Ha soltado el palo con el que removía el agua.

—¿Qué has hecho? —le susurra a su compañera.

—No te preocupes —responde Geneviève, y al instante odia el sonido ronco de su propia voz.

El incendio empieza a apagarse mientras el sol asciende en una bruma amarillenta. Una nube de humo se adensa sobre la herida,

que ha caído encima de un arbusto de flores azules, y las monjas se afanan a su alrededor. Geneviève se vuelve hacia el barracón; si las hermanas van en busca del médico encontrarán a Pétronille y a Baptiste.

Al final del sendero, el corral está desierto. La brisa juega con las hojas de los árboles y las plumas de las gallinas. Geneviève se imagina un silencio espantoso si los pájaros dejaran de cantar. Corre hasta la cerca y sacude la puerta, que se resiste a sus ansiosas manos. Tiene la garganta tan seca que le cuesta tragar. Con el rabillo del ojo izquierdo percibe una forma blanca. La capota de Pétronille colgando de unas ortigas.

Su amiga está tumbada al pie de un pajar. Tiene un escarabajo enorme en la muñeca. El sol se filtra entre las ramas; los manzanos y los robles arrojan sus largas sombras sobre la hierba húmeda y sobre Pétronille, que respira pausadamente, con la frente caliente y sudorosa.

Antes de correr en busca de ayuda, Geneviève va hasta la cerca. La lluvia del día anterior ha oscurecido la pista de tierra batida. Mira el sendero y los cipreses, que se lo tragan en la primera curva. No hay huellas ni marcas de ruedas de carro en el suelo de barro. Baptiste no ha acudido.

La noche del accidente, cuando a Geneviève y Charlotte les permiten volver al barracón, Pétronille ya ha sido trasladada a la cabaña de las enfermas. Las mujeres sólo hablan de la chica del vestido quemado que se ha salvado gracias al agua del arroyo. Sor Gertrude había sido tajante: la señorita Béranger debía descansar, y Geneviève y

Charlotte serían castigadas por su torpeza y negligencia. Han ayunado y rezado las avemarías prescritas, pero sólo han pasado unas horas en aislamiento. Las monjas no han actuado así por indulgencia: con incendio o sin él, Geneviève y Charlotte están prometidas. Sus pretendientes no sabrán nada del incidente. Mañana estarán casadas.

La última noche de Geneviève en el barracón reina una oscuridad tan negra y densa como la que contemplaba por las portas de *La Baleine*. A bordo del barco, la luna se convertía en un inmenso faro blanco que anunciaba un falso puerto, pero luego se ocultaba, mezquina y codiciosa, y dejaba el mar y el cielo a merced de las tinieblas del Atlántico. En el entrepuente, Geneviève luchaba contra la ansiedad que amenazaba con tragársela.

Ahora está tranquila pero alerta. Desde su cama, espera a que se alejen los pasos del guardia. Se palpa el vestido para comprobar que sigue llevando las habas secas. Esa tarde las ha envuelto en un trozo de tela gastada y amarillenta, de aire masculino, que bien podría haber pertenecido a Baptiste. Quizá la llevaba en el bolsillo el día de noviembre en que el barco cruzó el Trópico de Cáncer.

Cuando las monjas descubran las habas en la mano de Pétronille, las cocinarán o las tirarán, aunque a lo mejor estarán demasiado ocupadas intentando bajarle la fiebre para prestarles atención. Geneviève no permitirá que su amiga esté totalmente indefensa el día que vuelva en sí.

Fuera, junto a la puerta, el olor a orina le irrita la nariz. A veces tiene la sensación de que los muros de la Grande Force la han seguido hasta allí, al otro lado del océano. Los orinales están alineados cerca del sendero, lo más lejos posible del locutorio a cielo

abierto por el que se pasean los hombres todas las tardes, salvo los domingos, desde mediados de enero.

Sus ojos se habitúan a la oscuridad; las estrellas delatan el movimiento de las nubes. Distingue una figura menuda y al instante reconoce a Charlotte. Por su aspecto infantil cuesta imaginar el valor que demostró a bordo de *La Baleine*. La valentía de la pequeña le infunde esperanzas; puede que en Luisiana las mujeres sean capaces de todo. Pero Geneviève también conoce el precio de esa temeridad. El día de su llegada a la Île aux Vaisseaux, Charlotte estaba tumbada en su jergón con los restos de lo que ella llamaba su «ajuar marino» esparcidos a sus pies. Le habían prohibido llevarse nada; luego sor Gertrude cedió. «El pasador. —Suspiró—. Nada más.»

Mañana, primero de marzo, irán juntas a la iglesia. A Charlotte aún le cuesta pronunciar correctamente el nombre de su marido.

—Si vas a verla, podrían descubrirte las monjas —le advierte la pequeña volviéndose hacia la cabaña de las enfermas.

Geneviève está a punto de replicar que si Étiennette se encontrara enferma también acudiría junto a su cama. Pero Étiennette dejó el barracón hace semanas, y Charlotte ha cambiado desde entonces. Geneviève se ha acostumbrado a esta nueva Charlotte, callada y a veces sonriente, que incluso aceptó la proposición de las monjas de guiar el coro en las vísperas. Una señal esperanzadora. Desde el ataque de los piratas, no la había oído cantar una sola vez. Esta mañana sus manos se han tocado entre el agua borboteante y la ropa hirviente y, por un instante, Charlotte la ha mirado como en otros tiempos miraba a Étiennette.

—Sabes que de todas formas iré —le susurra.

Charlotte se encoge de hombros y se aleja. Los nervios vuelven al galope. Al otro lado del jardín, en la cabaña, la claridad de una vela lucha contra la oscuridad. Geneviève no se imagina a las enfermas encendiendo una vela. Se detiene un instante esperando oír la voz de sor Gertrude. Sólo le responde el grave y melancólico canto de las ranas.

Dentro, el olor de las enfermas satura el aire. De pronto, el incendio de la mañana y las esperanzas de los últimos días le resultan ideas absurdas. Es increíble que ya haya pasado un mes desde que desembarcaron en la Île aux Vaisseaux, cuando Pétronille desafió a sor Gertrude y no dejó de hacer señas a Baptiste hasta que la empujaron hacia las piraguas. Geneviève aún puede verla allí sentada, en la embarcación, sin prestar la menor atención a esos hombres que habían remado dos leguas y media desde Biloxi para recibir a unas mujeres en cuya existencia seguramente no se habían atrevido a creer. El agua estaba tan cerca que parecía imposible que ninguna pudiera caer.

Pétronille tiene las manos pálidas y surcadas de venas azuladas bajo la piel. Su boca parece una llaga junto al blanco de la mancha de nacimiento. No tenía miedo de la enfermedad. No hablaba de ella, como si sólo pudiera afectarles a los demás. Geneviève siente haber dado tanta importancia al reencuentro con Baptiste; se pregunta si no debería haberlo sospechado, si no podría haber protegido a Pétronille.

Hace unos días oyó decir a las monjas que el señor Bienville, el gobernador de Biloxi, estaba desesperado. La enfermedad y la hambruna se estaban llevando a los mejores trabajadores; artesanos que aportaban sus conocimientos a la colonia y a los que la

Compañía pagaba generosamente con tabaco o dinero, e incluso a veces les costeaba las herramientas. Sin ellos, Luisiana se hundirá. Sin las mujeres, se extinguirá con esta generación.

La luz de la vela acentúa la tez amarillenta de la enferma que ocupa la otra mitad del colchón. Desde que la fiebre se abatió sobre el barracón, hace cinco semanas, sólo han perdido a cuatro chicas. El médico curó a una, y Geneviève no ha perdido la esperanza de que Pétronille se salve.

—Pétronille... —murmura acuclillándose junto al colchón.

Su amiga abre los ojos. Al principio parece desorientada, pero luego le sonríe.

—¿Ya ha llegado Baptiste?

—Aún no.

La mosca de su mano se frota los ojos como si fuera un gato que se acicala.

—Me lo contarás todo —le dice Geneviève.

—¿Mañana?

—Cuando volvamos a vernos.

Fuera se oyen unas pisadas en el barro, un sonido líquido entre los lamentos de los búhos.

—Escucha, cuando salgas de aquí, busca a la señora Durand —susurra Geneviève.

Le gustaría que su amiga repitiera el que será su apellido a partir de mañana, pero se le cierran los ojos. Geneviève desliza el paquetito con las habas bajo la manta, junto a las costillas puntiagudas de Pétronille. De pronto da un respingo al oír el ruido de las hojas de palma atadas a modo de puerta.

—Debería estar acostada.

Las ojeras de sor Gertrude parecen manchas de vino. Desde el abordaje de los piratas, tiene una expresión más sombría; la calma y la seguridad que mostraba en Francia se han desvanecido. Ayer, al ver su reacción de pánico con la chica quemada, Geneviève se sintió culpable. Sor Gertrude ya ha sufrido bastante.

—Quería despedirme de la señorita Béranger.

—Sería mejor que la dejase dormir.

Geneviève no puede replicar. Antes de salir, hace un gesto con la mano a Pétronille, que la mira con la misma cara de asombro que en Lorient, cuando ella le repetía que no habría bebé y que podría viajar. Pero Pétronille negaba con la cabeza, y Geneviève entendió perfectamente lo que quería decir: por un momento, había creído que el dolor no cesaría nunca. «No, siempre acaba yéndose», le aseguró ella.

Geneviève decidió que ciertos recuerdos eran demasiado dolorosos para acompañarla a Luisiana. En Biloxi, tendría una casa pequeña pero sólida, y su puerta se abriría al mar. Podría ver qué tiempo hacía desde la cama. Las ranas no le saltarían a los pies, como en el barracón. En Francia no poseía nada, excepto lo que le había dado Amélie y los recuerdos de la sedería de Provenza. Sin duda la colonia era lo bastante grande para ofrecerle un puñado de habitaciones. No tendría que pedir permiso a nadie para deshacerse de una escudilla vieja. Colgaría una calabaza hueca bajo el alero de su casa para que anidaran las golondrinas. Las protegería de los linces.

El día de su boda, Geneviève se levanta a primera hora de la mañana. En días así, las monjas se muestran más indulgentes; se

abstienen de reprender a las chicas entusiastas. Como las mujeres no asisten a la ceremonia, las últimas horas con la novia son importantes. Geneviève ha peinado a desconocidas y ayudado a zurcir vestidos, las mismas atenciones que hoy recibe ella. Ya entonces había sentido que pronto esos gestos dejarían de pertenecerle y que un día las mejillas a las que aplicarían colorete serían las suyas.

Las únicas que permanecen indiferentes a los preparativos son Thérèse y Jeanne. Rara vez se mezclan con las demás y siempre hablan entre sí en voz baja. Después del ataque, Geneviève se sintió dividida entre el deseo de ayudar y la certeza de que por mucho que hiciera nunca sería bastante. Les preguntaba si tenían hambre, frío, sed. «Gracias, ya tenemos una manta» o «No, ya no sangramos», respondía Thérèse por las dos con voz cristalina. Pero sus ojos decían lo que ellas no iban a admitir: «Estamos destrozadas.»

En el dormitorio, Geneviève las saluda con un gesto y Jeanne le contesta asintiendo con la cabeza. Poco después de llegar a Biloxi, Pétronille le confesó que aquellas dos mujeres le daban miedo. «Tonterías, nos necesitan», replicó Geneviève. Sin embargo, a veces, al pasar por su lado, ella también se siente amenazada. Sabía perfectamente lo que había querido decir Pétronille, porque ella también lo había pensado: «Ese día, en el puente, podría haber sido yo.»

Le queda una hora antes de partir. En el jardín, Geneviève está de espaldas a la cabaña, al guardia apostado en la puerta y a Pétronille, en el interior. Coge un puñado de magnolias para su ajuar. En París, un día de invierno, Amélie le trajo un pañuelo de seda que había encontrado en el gabinete de la señora. El tejido era suave, lustroso,

y estaba embrujado: le bastaba con acariciarlo para volver a Provenza, a aquella habitación oscura donde el sol imprimía formas fantásticas en las bobinas de seda. El pañuelo se deslizó por sus pechos con tal levedad que no se dio cuenta de que había desaparecido hasta notar los labios de Amélie en su lugar.

—¿Pudiste despedirte de ella?

Los pétalos están húmedos. Charlotte camina con los pies mojados, balanceando el hatillo sobre las zarzas. La pequeña jamás admitiría que le da miedo dejar el barracón; quizá se lo habría confesado a Étiennette, aunque Geneviève no está tan segura. Desde que decidió mantenerse al margen de la pareja, las cosas mejoraron entre ellas. A bordo de *La Baleine*, Charlotte actuaba con Étiennette —solícita, paciente, preocupada por agradar— igual que ella se había comportado con Amélie.

—Por supuesto —le responde.

—Creí que te habían mandado a aislamiento.

—¿Por qué?

—Oí a sor Gertrude.

—Y pensabas que me había castigado —concluye Geneviève negando con la cabeza—. Sor Gertrude no querría que mi vestido estuviera sucio el día de mi boda. De nuestras bodas —matiza.

Charlotte baja la mirada. Geneviève se arrepiente en el acto de haber mencionado a sus maridos. Pero la pequeña, heroína o no, a veces le parece tan ingenua que no puede evitar chincharla, a ver si espabila un poco. Corta uno de los tallos.

—¿Qué harás con ellas?

—Les arrancaré los pétalos —responde Geneviève.

Pétronille no lo aprobaría, pero no está allí. Le enseña a esparcir las flores entre la ropa y a frotar con ellas la tela del hatillo hasta tener las manos calientes. Cierra su hatillo con un cordel para que no escape el aroma de las magnolias y le dice a Charlotte que no lo abra hasta que llegue el momento.

Geneviève siempre culpa de todo a las tres monjas que las han traído a esta colonia infecta y las tratan como a esos toneles de aguardiente que vio rodar por el muelle de Lorient. No les preocupa la salud ni la felicidad de las chicas. Sólo les importan sus vientres, los maridos a los que deberán satisfacer, los hijos que aún no conocen.

Pero a veces Geneviève no puede evitar ver a sor Gertrude como lo que realmente es: una de las tres desventuradas responsables de la seguridad de noventa mujeres.

Poco después de llegar a Biloxi, el gobernador convocó a sor Gertrude. Cuando regresó su cara era un espejo; reflejaba emociones tan familiares que Geneviève no había podido sostenerle la mirada. Necesitó varios días para distinguir lo verdadero de lo falso. Se acusaba a la monja de haber permitido a las mujeres subir al puente: cierto. El señor Bienville pensaba que había intentado salvarlas: falso. Sor Gertrude tendría que pagar una multa de cien libras: falso. Sería devuelta a Francia lo antes posible, en cuanto *La Baleine* estuviera lista para hacerse al mar: cierto. Viviría toda la vida con el recuerdo de lo que había visto en el puente ese día: la piel violácea de las mujeres bajo un sol resplandeciente, los peces voladores debatiéndose sobre el entarimado cubierto de sangre,

Charlotte acurrucada junto a una hamaca en el dormitorio de la tripulación. Cierto.

El cura de *La Baleine* se estira la sotana. La capilla no parece un lugar de culto; es exactamente como la ciudad, mejor dicho, el villorrio: miserable. Unos cuantos bancos, un altar improvisado y, detrás, una burda representación de Cristo Crucificado, una figura azulada flotando en un marco de madera. El padre Richard parece mucho más cómodo allí que a bordo del barco el día que Pétronille reía mirando los misteriosos gestos de un marinero. Ahora que su amiga está enferma, Geneviève recuerda con melancolía el mar verde y aquella tarde ventosa en la que aún todo parecía posible.

A su derecha, Charlotte cruza las piernas y se disculpa al golpear el pie de la tercera novia, que no para de rebuscar en su hatillo. Geneviève ha recogido su ropa en pocos minutos. Nunca volverá al barracón, pero algún día volverá a ver a Pétronille.

—Señoritas. —Sor Gertrude llega jadeando un poco, como si acabara de hacer un esfuerzo—. Se acercarán al altar una tras otra; allí las estarán esperando sus maridos —les explica—. No olviden su ajuar. Sería lamentable que sólo se llevaran lo puesto.

La monja habla deprisa, como de costumbre, y luego se queda callada. La mira durante unos segundos, pero Geneviève no sabría decir si inquieta o aliviada. Detrás de ella se abren las puertas.

De los tres hombres que avanzan por el pasillo central, Pierre Durand es el más bajo. Durante sus visitas parecía ausente, como si lo hubieran arrastrado al barracón en contra de su voluntad. Su voz es más grave que la de los otros pretendientes; una de esas octavas

bajas que imponen respeto a los perros y los niños, que asusta o adormece a los bebés. Tiene la espalda ancha, el mentón bien dibujado y un pelo castaño claro que seguramente se vuelve rubio en verano. A Geneviève no le da miedo. Siempre ha sabido que dejar la Salpêtrière tenía un precio.

Apenas recordará nada de la ceremonia con los años. Al contrario que Étiennette, nunca había soñado con ramos de flores, dotes y amonestaciones. Cuando estaba en París jamás pensó en que un día tendría que casarse, pero nunca habría imaginado que una boda podría celebrarse con un par de oraciones y un par de promesas; esas velas oscilando bajo el aliento del cura; el eco de su propia voz, distante, diciendo «sí». El olor a incienso y sudor; luego, el de su marido. Su piel recién afeitada pinchándole en la mejilla; su mano áspera agarrando la suya. De su abrigo de cuero emana un olor animal que la devuelve de inmediato a las curtidurías de las orillas del Bièvre. Cuando Charlotte avanza hacia el altar, Geneviève ya ha cogido el hatillo. Entre sus dedos, las magnolias huelen a ramo marchito. Su marido empuja la puerta de la capilla, y Geneviève lo sigue a través de esa ciudad tan desconocida como el extraño que camina a su lado.

Su casa de Biloxi es de madera de ciprés, con los intersticios cubiertos de musgo español. Geneviève se considera afortunada: la mayoría de las viviendas parecen simples cabañas. Desde su ventana no ve el océano, sino un patio lleno de malas hierbas con una piragua volcada contra la que se acurrucan las gallinas, que a veces salen de su sombra todas a la vez. Es una de las pocas casas

encaladas, y, después de la penumbra del barracón, el sol parece más audaz. En la cocina hay una olla, cuchillos, al menos dos sartenes y manchas de grasa que nunca se irán. En el dormitorio, el colchón ha desaparecido bajo un montón de pieles: mantas rojizas y moteadas que de lejos parecen perros dormidos.

Pierre nunca ha estado en París. Procede de Nueva Francia, una región del norte en la que viven todo tipo de marmotas y roedores, cuyos pelajes cubren ahora su cama. Cuando Geneviève le pide que le hable de su tierra natal, él se echa a reír.

—En el Quebec, la gente es mucho más resistente. No se crió entre sedas y algodones como vosotros, los franceses.

A Geneviève le gustaría decirle que sus pieles son mucho mejores que las viejas sábanas bajo las que ella se acurrucaba en Provenza y que la seda nunca era para ella. En lugar de eso, sonríe.

Esos primeros días, lo hace a menudo. Sonríe a su marido y para sí misma. Quiere creer que en Luisiana puede ser feliz. Sabe que ha tenido suerte. Otras chicas se han casado con ex convictos acusados de robo o cosas peores, hombres menesterosos que deben luchar para comer, que no tienen nada que ofrecerle a una mujer cuyos hijos crecerán medio desnudos y con los dientes destrozados por las raíces que habrán arrancado de la tierra. Geneviève no puede evitar compadecerlas. Conoce el círculo perverso de la pobreza, que aniquiló a su familia concienzudamente. Se dice que, después de todo, en Francia también ella es una criminal.

Piensa a menudo en Pétronille, en las frases entrecortadas que brotaban de sus labios amarillentos, en cómo se las arreglará para volver a verla. Se repite que debe ser paciente. Sola en casa, empuja los escasos muebles para barrer el suelo, espantando

insectos inmensos que le dan escalofríos. La puerta del jardín se abre al bosque y sus animales, que sólo existen a través de aullidos, rugidos, del sonido de patas y garras que agitan esa espesura extraordinariamente densa. No quiere imaginar lo que podría surgir de ella.

A veces, por la noche, Pierre le elogia los ramos de flores silvestres puestos en jarras astilladas. De cuclillas, ante la chimenea, mira su mesa de trabajo y su silueta inclinada mientras el caldo de tuétanos se enfría entre sus manos manchadas de tinta. Cuando llega la hora de acostarse, las pieles vuelven a la vida sobre sus cuerpos. Geneviève no rechaza a su marido. Al principio, los besos eran inexistentes; luego, eran todo dientes; ahora Pierre busca sus labios con más suavidad. Ya no es ansioso y torpe como esas primeras noches, cuando Geneviève se sentía arrollada por la violencia de ese continente, la negrura oleaginosa de sus bosques, la aplastante soledad de esos pocos centenares de hombres que vagan por las orillas de sus ríos. Geneviève separa las piernas, pone las manos en su ancha espalda y lo guía a su interior. Él siempre termina en silencio y Geneviève debe fijarse en su respiración y en el peso de su vientre para saber cuándo ha llegado el momento de apartarse. Luego, Pierre se refugia en el otro lado de la cama y la deja sola con la noche, que en Luisiana no sabe callar.

Tres semanas después de la boda, le llegan noticias del barracón. En la sala de estar, su marido sirve sidra a su socio y a un piloto. Sus voces denotan preocupación; hace media hora que hablan de las embarcaciones necesarias para llevar a decenas de trabajadores a

las concesiones de la Compañía. *La Baleine* también transportaba peones destinados a trabajar las tierras de la señora de Chaumont y otros grandes propietarios en Pascagoula. Siguen llegando concesionarios de Europa. Desembarcan en la Île des Vaisseaux, deambulan por la deslumbrante arena de Biloxi, se aventuran por los cañaverales de los pantanos y duermen bajo los pinos. No pueden trabajar. Esperan.

Geneviève ha reconocido al piloto, un hombre de semblante sonriente: el marido de Charlotte. Reza para que la pequeña no pusiera problemas la noche de bodas. Recuerda la primera vez que le vino la regla, al poco de llegar a Luisiana, y esos calambres que le transfiguraban la cara. Espera que no sufriera tanto la primera noche con su marido. Debería haberle aconsejado que se estuviera quieta y se concentrara en su respiración. Pero en París a ella nunca le explicaron nada.

Mete una última vez la mano en las entrañas del ave y luego se rasca las uñas sucias. Al otro lado de la pared, ha subido el volumen. Los artesanos de Biloxi están exhaustos, se alimentan de ostras para no morir de hambre, les quitan las ranas a las serpientes para pescar; se necesitan piraguas, urgentemente, para transportar a todos los que están esperando. No sólo hombres blancos: los primeros esclavos africanos acaban de desembarcar del *Duc de Maine* y *L'Africain* provenientes de un lugar llamado Ouidah. Hay más de quinientos hombres, mujeres y niños inmovilizados en Biloxi, condenados a morir después de haber sobrevivido a una travesía infernal. Hasta la escala de *La Baleine* en Santo Domingo, Geneviève nunca había visto gente con la piel negra.

—Deberías darnos las gracias —dice con su voz cantarina el socio de su marido, el hombre de los bosques, uno de esos tramperos que arrancan pieles sanguinolentas en la espesura—. Si no te hubiéramos llevado al barracón, aún estarías comiendo carne seca.

—Necesitaba tiempo —responde Pierre.

—Si aún lo necesitas, estaré encantado de sustituirte.

—No hace falta. Quedan un montón de chicas.

—Hasta que se terminen.

Alguien escupe.

—Me apuesto lo que sea a que estarán todas casadas antes de que acabe la primavera.

—Si la fiebre amarilla no se las lleva antes.

—Es funesta.

—Querrá decir «mortal». Acaban de enterrar a otra chica.

—No temo por tu mujer —dice el socio—. Parece fuerte como una canadiense.

—Pero nunca será como las nuestras —replica su marido en voz baja.

Geneviève deja el cuchillo al lado del ave. El corazón le late tan fuerte que siente que podrían oírlo. Como siempre que le dan ganas de llorar, se obliga a recordar la gélida celda de la que podría no haber salido nunca. Pero, en este momento, pensarlo no la consuela. Ya lidió con esa sensación de vacío cuando tenía once años, en el infernal hedor de las curtidurías. Entonces París le parecía tan alejado del hogar de su infancia como ahora Luisiana de la metrópoli. Después de Lorient, del ataque de los piratas y la espera, no puede perder a Pétronille, su única amiga verdadera. Los dos hombres se marchan. Se seca las lágrimas con el delantal.

Esa noche, después de taparle la espalda desnuda con la manta, Geneviève acaricia con suavidad el cuello de su marido, que apoya la mejilla entre sus pechos. Ella contempla sus cabellos rubios y la piel de su cráneo, tan lisa y tensa como el vientre de una embarazada, y respira hondo antes de hablar.

—Mañana pensaba visitar a la señora Charpillon.

Le cuesta relacionar la imagen de Charlotte en la iglesia con la de la mujer a la que ahora llama «señora».

Nota la rodilla de Pierre contra el muslo. Él los tapa a los dos. Cuando Geneviève sopla la vela, le roza el bigote con los labios.

—Haz lo que quieras. —En la oscuridad, su mano encuentra la de Geneviève—. Pero vuelve antes de que anochezca.

Charlotte sabrá algo más sobre Pétronille. Geneviève habría podido arreglárselas para encontrarse con ella en el mercado, donde a veces venden algunos víveres, pero Pierre le explicó que Charpillon no dejaba salir sola a su mujer por miedo a que le pasara algo. Por lo visto, Pierre no comparte sus temores.

Acosada por los mosquitos, Geneviève avanza por una calle miserable entre cabañas que hacen de casa. Camina acompañada de la mirada mineral y oblicua de las cabras y los ojos anhelantes de los niños que acompañan a sus escuálidos animales. Sobre su cabeza, los rabihorcados vuelan hacia el mar e incendian el cielo de mediodía con sus buches rojos.

Es una de las primeras veces que camina sola desde que salió de la Grande Force. Es una sensación excitante y aterradora. En París sólo echaba algún que otro vistazo por encima del hombro. Estaba

tan familiarizada con las calles que, cuando llegaba al patio de la marquesa, ya no recordaba haber pasado por delante de la botica, los rapes destripados, el *brie* reblandecido y los huevos morenos de las Halles. Estaba tan segura de que llegaría a su destino como de que a la mañana siguiente volvería a haber ropa sucia esperándola. Aquí nunca está segura de nada.

La casa de Charlotte es más pequeña y con vigas de madera más basta que la suya. Hasta la manilla de la puerta parece frágil. Geneviève sabe que si Charpillon, un simple piloto, estuvo en su casa fue sólo por el servicio que podía prestar a Pierre. Al verla, Charlotte se queda inmóvil en el umbral. Ha adelgazado y el vestido gris le da un aspecto serio. Pero sus gestos, su forma de apoyar la mejilla en el marco de la puerta, son los de una niña.

—¿Quién es?

Charlotte no ha despegado los labios. La voz viene de detrás de ella, y Geneviève reconoce al instante el tono curioso y ávido de Étiennette. Charlotte suelta la puerta con tanta brusquedad que casi le golpea el pie.

—Vamos, entra —dice al fin.

En el estrecho pasillo, Geneviève piensa en proponerle volver más tarde, cuando no sobre. No entiende por qué Étiennette sigue en Biloxi en lugar de estar con su marido en Fort Saint-Pierre, a orillas del río Yazoo, pero puede imaginarse la alegría de Charlotte ante ese reencuentro inesperado. Ella las ha interrumpido y privado de ese momento de intimidad tan anhelado.

Pero Geneviève intenta sacarle partido a la situación: como Étiennette vive en Biloxi desde hace meses, seguro que está bien

informada. En el cuarto de estar, Étiennette le estampa dos ruidosos besos y vuelve a sentarse en el taburete.

—¡Un día lleno de sorpresas, vaya que sí! —exclama sonriente.

Tiene las mejillas rollizas y lleva un vestido nuevo. Geneviève se pregunta con quién se habrá casado. La jarrita y el pan de la mesa probablemente los ha traído ella. El paño azul que protege la hogaza no encaja con la triste morada de Charlotte.

—Primero, mi marido entra en razón y me permite salir al fin —continúa Étiennette—. Y luego, llaman a la puerta de Charlotte y eres tú.

—No sabía que seguías en Biloxi.

—El señor Feuger no me ha llevado tan lejos como estaba previsto —responde Étiennette—. No he visto el famoso Yazoo, sólo este puñado de calles. —Ríe, se coloca bien la pañoleta y añade—: Los hombres son unos mentirosos. Es normal que Charlotte no lo haya sospechado, pero creía que tú eras menos ingenua.

—Temía llevarme una decepción —interviene Charlotte.

Étiennette le rodea la cintura con el brazo y la atrae hacia ella. La pequeña se queda quieta con la jarrita en la mano.

—Esta vez no te la habrías llevado —responde Étiennette soltándola.

Extiende un jarabe oscuro y espeso sobre el pan. Geneviève reconoce el endulzante que se extrae de la corteza de esos árboles que Pierre aprecia tanto. Cuando le tiende un plato, Geneviève la mira sorprendida. No esperaba que le perdonaran tan rápido su visita intempestiva.

—¿Sabes algo de nuestras compañeras del barracón? —le pregunta.

—No.

—Yo, sí —tercia Étiennette doblando el paño azul distraídamente. Su desenvoltura es desconcertante, casi exasperante—. El socio de mi marido busca esposa. Ayer estuvo hablando de eso con el señor Feuger.

—¿Y qué contó? —pregunta Geneviève.

—Parece que ha muerto otra chica.

Geneviève aparta el plato; el azúcar le da náuseas.

—¿Quién? —quiere saber.

—Pétronille se puso enferma poco antes de que nos fuéramos —dice Charlotte extendiendo el jarabe con el dorso de una cuchara.

Habla sin levantar los ojos de la rebanada, con la miga casi toda negra. Luego le explica a Étiennette que Geneviève vio a Pétronille por última vez hace un mes y que desde entonces no han tenido noticias suyas.

—¿Sabes tú algo más? —le pregunta.

—No dijo nada de una mancha de nacimiento.

Geneviève se seca el sudor de la cara. Étiennette no se interrumpe: le habría gustado ir al entierro, pero el señor Feuger no le deja ir a ningún sitio. Una criada india va al mercado y se encarga de las comidas.

—Una criada —dice Charlotte—. ¡Qué lujo!

—¿Lujo? —exclama Étiennette, y deja escapar una risita aguda—. Querida, cómo se nota que vives aquí desde hace poco. Aprenderás rápido. De hecho —dice volviéndose hacia Geneviève—, me sorprende que tu marido te deje ir y venir después de lo que pasó.

A Geneviève no le gusta su mirada de lástima. La mujer que tiene delante no se parece en nada a la chica que conoció en París.

—¿A qué te refieres?

—El señor Feuger me ha contado la historia de su primera mujer. La canadiense que llegó aquí con tu marido.

De pronto, la humedad es sofocante y la miga intragable. Fuera, un pájaro entona la misma nota monocorde.

—Creo que debería irme —dice Geneviève.

—Murió este invierno —continúa Étiennette—. De la misma enfermedad.

—Étiennette —interviene Charlotte.

—¿Qué pasa? He pensado que le gustaría saberlo. Mírala, seguro que prefiere estar enterada. En cuanto a tu marido, todo el mundo sabe que visita las cabañas de la playa y que...

Esta vez la interrumpe Geneviève, que le pregunta por las embarcaciones, los concesionarios y sus misteriosos destinos. Las mejillas de Charlotte recuperan el color poco a poco. Étiennette les habla de Fort Rosalie, de las enormes plantaciones, los tabacales, donde trabajan cientos de hombres, los caballos.

—¿Ya habéis montado a caballo?

Las dos mujeres niegan con la cabeza. Nunca han montado a caballo y Étiennette lo sabe perfectamente. Geneviève está harta de sus comentarios maliciosos.

—No parece que Fort Rosalie te desagrade —dice sacudiéndose las migas de la falda—. ¿Estás segura de que tu marido no piensa llevarte allí?

Por primera vez, Étiennette se muestra desconcertada.

—Claro. Si no, ya estaríamos de camino; habríamos comprado una piragua —responde vacilante.

—Bueno, por lo visto escasean —dice Geneviève.

—Me lo habría dicho —repite Étiennette—. Jamás abandonaría su puesto de jefe del almacén y...

Charlotte le coge la mano.

—Lo sabrías —le dice.

Étiennette aprieta los dedos de su amiga. Echa un vistazo fuera, hacia el tejado del único almacén de la Compañía. El temporal viene del mar, el cielo parece herido.

—A mi vecina ya no le baja la leche; su bebé no me deja pegar ojo en toda la noche. En la playa he visto a hombres pegarse por un trozo de pan. —Las mira—. Estos dos meses aquí se me han hecho eternos. Y vosotras estabais allí, todas juntas.

Charlotte tiene la mano de Étiennette bajo la suya. Geneviève tira de los lazos de su capota hasta que se le hunden en la piel del cuello.

—Pero, entonces, ¿quién nos habría contado los secretos de Biloxi? —dice haciendo un esfuerzo por sonreír.

Esa noche, sopla un viento caliente y las callejuelas de Biloxi apestan a excrementos, agua estancada y flores marchitas. Geneviève tiene dos imágenes en la cabeza: Pétronille, curada, durmiendo en la cama que compartían en el barracón, y la primera mujer de su marido, yaciendo en un manto de lodo amarillo y savia de pinos. Por ahora, prefiere obviar la tímida complicidad de Charlotte y el comportamiento de Étiennette, aunque no puede evitar pensar en el vago comentario de Étiennette sobre la chica que acaba de morir.

—¡Maldita sea!

Pierre, con la chaqueta empapada, suelta juramentos en el patio. Geneviève cierra la puerta de entrada al salir mientras su marido vacía otro cubo sobre la piragua.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunta.

—Si no te importa...

Geneviève avanza hacia él y las gallinas se apartan a su paso cloqueando débilmente. Pierre coge uno de los últimos cubos.

—Habrá que ir a por más agua —dice.

—¿Qué haces?

—La madera de ciprés se quiebra si no se remoja de vez en cuando. Y puedes hundirte.

Geneviève se pregunta si le ha llegado el turno —«los hombres son unos mentirosos»— y esta noche su marido le anunciará otro viaje interminable, esta vez por el río Saint-Louis. Nunca sabrá si Pétronille ha sobrevivido.

—No vamos a irnos de Biloxi, ¿verdad?

—No, se la vendo a un oficial que conocí ayer. Si esperan a que el gobernador les proporcione piraguas, no llegarán a Fort Rosalie hasta el año que viene. —Le tiende un cubo—. Hay que repartirla de forma uniforme. Así. Un poco más, moja el banco. Eso es.

El cubo pesa lo suyo, pero no más que los que Geneviève solía verter en las tinas del barco lavadero.

—Hoy has visto a la señora Charpillon —dice Pierre.

—Y a otra amiga. Una de nuestras compañeras nos ha dejado.

Pierre agacha la cabeza. Cuando vuelve a hablar, su tono la sorprende.

—No quiero que te acerques a ese sitio. Esa enfermedad se propaga más deprisa que... —Señala el agua que se escurre por la

embarcación y empapa la madera—. Te prohíbo que corras el menor riesgo. ¿Entendido?

La hierba es violeta, el cielo rosa y Geneviève apenas puede ver nada: las gallinas se han convertido en simples sombras y la cara de su marido en un esbozo borroso. Por primera vez siente que Pierre se preocupa por ella.

—Entendido.

Pierre asiente sin soltar el asa del cubo.

—Entra —dice, y le pone la otra mano en el hombro—. Iré al pozo.

Geneviève deja que la ayude a llevar los cubos. No le dice que puede hacerlo sola.

A finales de mayo hace un calor sofocante en Biloxi. Pierre ha vendido la embarcación, y las gallinas deambulan por la franja de tierra pelada, única señal de que un día allí hubo algo. En menos de dos semanas, varios trabajadores y sus familias saldrán en piragua rumbo a las concesiones.

El patio se ha convertido en un infierno de luz cruda y aire pegajoso. Geneviève se levanta antes de que amanezca para cocinar, ordeñar la vaca que compró Pierre con el dinero de la piragua y cambiar jarras de leche por patatas con aroma a avellana con las que prepara sabrosos purés. Desde hace unas semanas, su marido se muestra más cariñoso. Por la noche se quedan hablando hasta tarde mientras la grasa de la carne asada se espesa en el fondo de sus escudillas, blanca y viscosa. Geneviève no se atreve a mencionar a Pétronille. Con Pierre, actúa con cautela, no porque tema su

reacción sino porque se ha dado cuenta de que rara vez reconsidera sus decisiones.

No lo compara con Amélie. Sería absurdo.

Le habla de la isla de Montreal, de los bosques azules e infinitos que rodean las ensenadas, del barco que se descubrió en un glaciar con todos sus pasajeros congelados, con las mejillas cerosas y los cuerpos rígidos, tan estáticos como los árboles que los rodean. Cuando evoca esos recuerdos, Pierre mira al techo de forma peculiar, como si tuviera la escena delante de sus ojos en ese preciso momento, junto a ellos. Sus padres, nacidos en Quebec, son auténticos norteños, y su hermana mayor, Laure, bajará pronto a instalarse en el territorio de Illinois. Nunca menciona a su primera mujer, y Geneviève se lo agradece.

Le habla de los iroqueses. Rara vez utiliza la palabra «indio», pero, si lo hace ella, le pregunta a qué tribu se refiere, y Geneviève debe admitir que no lo sabe. Él le sonríe y retoma la historia donde la había dejado. Cuando le cuenta que sus mujeres les cortan los dedos a los colonos y los tramperos, Geneviève se dice que quizá es el precio que deben pagar por haber penetrado en los bosques de Canadá.

—En todo caso, es lo que se cuenta —concluye Pierre mientras se rasca una picadura de mosquito en la muñeca—. A nadie le preocupa lo que están pasando los iroqueses.

En casa de Charlotte, Étiennette sólo hablaba de la barbarie de los indios, de sacerdotes atados a los árboles con el torso embadurnado con jarabe de arce y cubierto de insectos hambrientos. Alzaba la voz, con el ánimo enardecido. Geneviève se daba cuenta de que Étiennette no pensaba en las tribus diezmadas ni en los colonos

torturados; narraba esas historias como si fueran cuentos. Los relatos de Pierre le producen un efecto totalmente distinto. Pese a su lejanía, parecen contener una advertencia, una verdad profunda.

—Pero, mejor, háblame de Francia —le pide su marido—. Dudo que estos temas apasionen a nadie allí.

Geneviève sabe que su vida en París no le gustará, así que elige las historias con cuidado y recupera recuerdos tan antiguos que le parecen ajenos. Provenza es una bruma malva nimbada de luz que quiere guardarse para ella. Empieza por la llegada de su familia a París el invierno de 1709. Le habla del viento glacial, los sabañones, las botellas de licor estallando, los cadáveres congelados en las calles, soldados al suelo helado, y Pierre asiente con una expresión cómplice. Las iglesias convertidas en dormitorios colectivos, los pobres que se apelotonaban ante el Hôtel-Dieu con la esperanza de pasar la noche dentro.

—Mi padre y yo tuvimos esa suerte —dice Geneviève.

Pierre respeta lo que calla, no le pregunta qué fue de su madre, sus hermanos y su hermana.

—¿Qué hizo para sobrevivir? —quiere saber.

—Lo que pudo.

—¿Y tú?

A Geneviève no le apetece nada hablarle de los meses que pasó en las curtidurías o los años que vivió en casa de la marquesa. Así que se ciñe a 1709, agosto esta vez, a los soldados que se envió a morir por el trono de España y a las cosechas abandonadas y echadas a perder por el frío. El Sena se desbordó; el caudal se volvió impracticable. Sin embargo, su padre sonreía por primera vez en meses: el rey había anunciado el inicio de obras públicas. La

promesa de muchas horas de trabajo por un sueldo miserable fue suficiente para que su padre partiera de inmediato. Ella tenía once años. Recuerda el clima de insurrección en las calles abarrotadas, la ira de los miles de parisinos que esperaban encontrar trabajo, pese a que no había bastantes herramientas ni terrenos que nivelar para semejante muchedumbre.

—Luego, todo se aceleró —dice—. Se pidieron refuerzos, y llegaron las tropas de Versalles, que abrieron fuego sobre la multitud.

Pierre le da un sorbo a la sidra y por un instante Geneviève se arrepiente de haberse dejado llevar. Apila las escudillas.

—Si no llegan pronto nuevas embarcaciones, aquí tampoco tendremos suficientes soldados ni municiones para mantener el orden entre los concesionarios —dice Pierre.

—Los barcos no deberían tardar. Esta hambruna no puede ser peor que la que viví después de llegar a París.

Pierre parece a punto de decir algo, pero se encoge de hombros y se levanta. Geneviève oye gemir la cama bajo su peso. Rasca el fondo negro de la olla mientras se pregunta cuántas historias tendrá que contar hasta que reúna el valor suficiente para pronunciar el nombre de Pétronille, hasta que acepte que también esa historia podría tener un final.

En junio, el día después de Pentecostés, Pierre entra en la cocina. Entre toses, Geneviève agita una sartén delante de la chimenea. Ha descubierto que si por la mañana y al atardecer humea la casa los mosquitos desaparecen. Las gotas de sudor le resbalan entre la

espalda y el corsé. Aún no son las nueve, pero el calor ya está apretando la puerta.

—Ven, Charpillon y su mujer nos esperan —le dice Pierre—. Las piraguas están listas. He pensado que te gustaría venir.

Geneviève no ha visitado a Charlotte desde abril. Tampoco ha vuelto a la playa que la vio desembarcar en el continente.

—Dame un momento —responde.

Fuera, Charpillon y su marido hablan en voz baja. A su lado, una urraca picotea un melocotón y Charlotte la observa hurgar en la pulpa amarilla. El espectáculo parece repugnarle y fascinarla al mismo tiempo. Bajo las pecas, está pálida. Al oír los pasos de Geneviève, la urraca echa a volar con el pico reluciente de jugo. Los hombres se ponen en marcha sin interrumpir la conversación.

—No sabía si vendrías —dice Charlotte.

No parece especialmente contenta de verla, pero tampoco disgustada. Geneviève le pregunta cómo se encuentra. La chica se encoge de hombros.

—Tengo náuseas.

Está más delgada que nunca. Tiene los brazos cruzados, y el vientre aún plano. La calle huele a vinagre de mora y, en los matorrales, los inmensos lagartos se paralizan a su paso. A la sombra de unas ramas retorcidas, un niño con las rodillas desolladas arroja cenizas sobre unas patatas. Una mujer le grita que pare, que nunca se secarán. El niño se detiene y luego vacía con rabia el resto de la bolsa.

—Pronto te sentirás mejor —dice Geneviève.

—Si tú lo dices...

Geneviève esperaba encontrar algo de la niña con la que convivió en el barracón, pero no parece quedar ni una pizca de ella. Charlotte está de nuevo a la defensiva, vuelve a tener la actitud que mostraba en compañía de Étiennette, a la que seguramente ha visto bastante durante las últimas semanas. La primavera de Geneviève ha sido diferente, húmeda, solitaria, melancólica. Hoy no tiene ganas de ser paciente con Charlotte, que ha estado acompañada, que no se ha interesado por ella, que siempre dicta las condiciones de su relación.

—¿Qué te he hecho? —le pregunta.

Charlotte parece desconcertada. Una expresión de pánico atraviesa su cara.

—Nada —murmura.

Es valiente para enfrentarse a unos piratas, pero incapaz de responder a una simple pregunta. Geneviève aviva el paso. En una esquina, tres hombres queman cañas. Cuando, consumidos por las llamas, los tallos verdes revientan con un estampido, Charlotte pega un respingo.

—¿Sabes qué ha sido de Pétronille? —le pregunta.

Por un momento Geneviève se plantea mentir. Murió hace meses, vi cómo la llevaban a la fosa común, detrás de la playa. Charlotte también perdería a una amiga. Así sufrirían las dos.

—No.

Cerca de la guarnición, unos hombres escuálidos cambian melones demasiado maduros por puñados de harina de maíz. Trabajadores agotados por el calor y los meses de espera dormitan en la entrada de las cabañas, tal vez soñando con el maíz azul, las minas de plomo y los bueyes salvajes que les prometieron en París. El barro cruje

como pan duro bajo sus pies. Charlotte coge de la muñeca a Geneviève.

—Escucha, he oído que sor Gertrude partió a Francia hace un mes —dice—. Que solamente quedan cuatro chicas en el barracón. Que, si hubiéramos sido el doble, nos habríamos casado todas. Que *La Baleine* lleva pieles y otra mercancía que ya no recuerdo a La Rochelle. —Hace una pausa—. Ya está. Es todo lo que sé. Lo siento por Pétronille.

Por la calle que lleva al mar, aparecen unas chicas con los corsés aflojados, como en las callejas de París. Unos hombres de aspecto derrotado, con barba de días y las mejillas chupadas, las miran furtivamente, como si tuvieran que tomar una decisión. Bajo un árbol, dos chicos de la edad de Charlotte se enzarzan en una discusión. La gente se pelea día y noche en Biloxi, por cualquier cosa, un trozo de pan, un sitio a la sombra, un poco de cariño.

—Bebe zumo de limón con el estómago vacío —dice al fin Geneviève—. No tendrás tantas náuseas los primeros meses.

—Lo probaré.

Geneviève sortea un gargajo. Valora el esfuerzo de Charlotte y el gesto que ha tenido con ella, pero eso no ha atenuado su hartazgo. Está cansada de intentar interpretar las caras de su alrededor.

—¡Señoras! —grita Charpillon haciéndoles señas para que se apresuren.

Geneviève ve ya a los curiosos congregados en la playa y, más allá, las piraguas, que se balancean como pájaros enormes en el agua. Las olas rompen los reflejos del cielo nublado; los huevos de tortuga crujen bajo los pies; el olor a moluscos y sudor se le agarra a la garganta. Viendo a los hombres arrastrar baúles por la arena y

las piraguas hundirse bajo el peso de los viajeros, Geneviève vuelve a verse hace seis meses, con el agua azotándole los muslos, Pétronille escurriéndose el vestido en la orilla, el gentío formando un corro alrededor de ellas.

—Intentemos llegar a la duna —propone Pierre.

Detrás de ella, Charpillon le explica a Charlotte que hoy parten hacia Fort Rosalie cuatro familias y cuarenta concesionarios. Geneviève no ha visto tanta gente desde que dejó el barracón. Ahora querría estar rodeada de las mismas mujeres a las que tantas veces quiso perder de vista en Francia y a bordo de *La Baleine*.

Sus pies tropiezan con raíces pequeñas pero duras, y se agarra con fuerza a la mano de Pierre. Respirando olor a sal y ajo, a toronjil y cabellos sucios, se abre paso a duras penas. La gente se aparta de golpe y un rocío la salpica y le irrita los ojos. En la orilla, donde mueren las olas, unos muchachos de piel cobriza se encorvan bajo el peso de los muebles que pronto remontarán el río. Siente una presión en el brazo. Es Charlotte, jadeando, señalando con el dedo.

—Mira —le dice.

Al principio sólo ve sombras. El sol la deslumbra, el agua lanza destellos plateados. Luego las siluetas se vuelven nítidas. La espuma se deshace bajo los pies de los viajeros que se disponen a embarcar. Uno de ellos, una mujer, se mete tímidamente en el agua: Pétronille, tan silenciosa y concentrada como esa mañana de otoño en el muelle de Lorient, cuando avanzaba por la pasarela con las manos apoyadas en los hombros de Geneviève para partir juntas hacia aquellas tierras que un día tendrían que aprender a amar.

6

Pétronille

Fort Rosalie/Natchez, agosto de 1721

Este viaje no tiene fin. Es lo que se repetía Pétronille en el río Saint-Louis, hace ya más de dos meses, a bordo de la piragua que la arrastraba cada vez más lejos de la costa. Encogida en la estrecha embarcación, no tenía más remedio que apretar las rodillas contra el pecho. Envidiaba a los concesionarios; los movimientos cortos y repetitivos de sus brazos, la capacidad de contener los embates de la corriente con sus remos. Ella no podía hacer nada. La habían subido a bordo y le habían ordenado que se estuviera quieta, primero su marido y luego los demás.

Por lo visto, la llevaban a un lugar que tenía dos nombres, le había explicado el señor Ducros: Fort Rosalie, el francés, en honor de la segunda mujer del conde de Pontchartrain, y Natchez, que compartían con la tribu local. Al principio de la travesía, el señor Ducros hizo amistad con el señor Cléry, un ingeniero que vivía en el fuerte y que hablaba sin parar de los soldados que habían liberado de la prisión de Biloxi a un oficial acusado injustamente y de su sueño de ver las ciudades fortaleza del señor de Vauban asomando sobre los bosques de Luisiana. A bordo de *La Baleine*, Pétronille

podía pasarse horas escuchando a Baptiste. Le pedía que le explicara para qué servía un ancla de aguardiente, aunque ya lo sabía todo sobre ese recipiente concebido para resistir el balanceo del barco. Justo después del ataque de los piratas, Baptiste se lo había acercado a los labios asegurándole que un trago le levantaría el ánimo.

Porque convenía tenerlo alto, sobre todo durante las borrascas. Un día el viento azotaba las piraguas con tal fuerza que los remeros tuvieron que refugiarse en la orilla de aquella región llamada el «Pequeño Desierto» antes de reemprender el viaje hacia Bâton Rouge. Al atardecer, Pétronille veía a los hombres descargar los baúles y los barriles de pólvora, ir a buscar leña y luego montar guardia junto a las embarcaciones y las armas. Se durmió pensando en todo lo que los amenazaba: panteras, cocodrilos, guerreros indios, soldados ingleses. Dentro de la tienda, envuelta en una de esas mantas que nunca se secaban, oía a su marido farfullar en sueños. Aún sentía latente en sus venas la enfermedad que la había postrado en cama tantos días. Acabemos de una vez, pensaba.

Cambió de opinión la tarde en que los atacó el oso. Habían recorrido seis leguas desde el amanecer, los hombres estaban contentos y confiaban en vencer la corriente y mantener ese ritmo hasta Natchez. Cantaban en honor a Neptuno y sus voces estentóreas se mezclaban con el chapoteo de los remos. Empezaba a oscurecer. El señor Ducros estaba enzarzado en una conversación con el señor Cléry. Pétronille vio el oso antes que ellos. El animal nadaba en la trayectoria de las piraguas espantando garzas a su paso. El agua se agitaba a su alrededor como un pesado manto. De lejos su cabeza se veía compacta, triangular, y el pelo apelmazado y

liso. Pétronille se acordó del que había visto en un teatro cerca de París, un oso gigantesco que se ha-bía erguido sobre las patas traseras. Le faltaban varios colmillos, y sus fauces eran un abismo.

Lo que vino a continuación todavía le aterroriza al recordarlo. El capitán ordenó a los concesionarios que acelerasen y pusieran rumbo hacia el animal. El oso estaba nadando hacia la orilla con la cabeza sobre el agua y sin mirar a los viajeros. Desde la proa, el capitán disparó. El ruido fue brutal, incomprensible. El oso se dio la vuelta. Le sangraba la oreja; sus músculos se movían debajo del agua.

Pétronille no sabe si gritó primero ella u otra persona: el oso arañó el casco con las zarpas y se agarró a la proa con las patas delanteras. Los hombres se agolparon contra la cala de la piragua. Pétronille notó la mano de su marido aplastando la suya mientras el señor Cléry la empujaba a un lado. La piragua se mecía peligrosamente bajo el peso del animal. Se echó en el fondo. Su cuerpo formaba un ángulo absurdo que le impedía respirar. No podía ni imaginar el dolor de ser despedazada; su cabeza se negaba a aceptar ese final. Encogida bajo los bancos de la piragua, se repetía: ¿quién puede ser tan estúpido para atacar a un oso?

El animal paso por encima de ellos. Le dislocó el hombro a un remero, y faltó poco para que le pisara la cabeza a otro. Luego se fue por donde había venido.

Ahora, tumbada en su cama, Pétronille sigue aferrándose a ese recuerdo cuando los días en Fort Rosalie le parecen interminables. Si un oso amenazara con aplastarle el cráneo, ¿para qué, por quién rezaría? Para nada. Para que el animal fuera rápido. Para que su bebé se salvara. Pero ese día, en el río, aún no estaba embarazada.

Todavía no se ha hecho a la idea de que dentro de unos meses será madre.

Se abre la puerta de golpe. Cuando llegaron a Natchez, Renée, la criada, aún se tomaba la molestia de llamar con los nudillos. Incluso le ahuecaba las almohadas y le hacía preguntas sobre su viaje a Luisiana. Le contaba cosas de los voluntarios congregados en la fortaleza de Saint-Martin-de-Ré, presumía de las condiciones negociadas con el reclutador de la Compañía —nunca recordaba si se trataba de la Compañía de Luisiana, de las Indias o del Occidente —: un billete de ida por el que recibiría cien libras de tabaco al año y medicamentos pagados por la Compañía. Hablaba a menudo de su «documento», como llamaba ella a su contrato, y le gustaba repetir que la eximía de ser enviada a los campos, aunque nadie había sugerido tal cosa jamás.

—¿Cómo se siente la señora esta mañana?

Renée, peinada a la buena de Dios, la mira con insistencia. Antes de desaparecer, siempre se interesa por su salud.

—Bien, gracias.

Sabe el aspecto que tiene: está pálida, consumida, agotada a pesar de las horas de reposo. Pero la respuesta que le dé a la criada es importante. La cuchichearán en la cocina y llegará a oídos de su marido. Renée asiente y desaparece con la bandeja. Pétronille vuelve a desplomarse sobre los almohadones. Uno tiene un agujero y las plumas salen volando. En la habitación, debe de correr aire, por poco que sea.

El embarazo le ha dado una buena excusa para quedarse en la cama. Sabe que se está encerrando en sí misma, como en Château-Thierry antes de que llegara Paul, como durante los primeros meses

en la Salpêtrière, como las primeras semanas de la travesía, hasta que conoció a Geneviève. Esa sensación familiar, aunque deprimente, la tranquiliza. Conoce el sordo silencio de la habitación, el runrún de sus pensamientos, la soledad que la protege de las desilusiones.

Se casó en mayo, en cuanto sor Gertrude la consideró capaz de soportar la ceremonia. Esa mañana, sor Bergère le pellizcó en las mejillas con tanta fuerza que Pétronille creyó que le haría sangre. Las monjas sobrestimaron sus fuerzas: las piernas apenas la sostenían delante del altar. Su marido veía su fragilidad como un signo de nobleza, de su delicada constitución, de la pureza de sus orígenes, algo casi imposible de encontrar en aquellas tierras y que había que cuidar. «¿Qué habría sido de mi querida princesa si no me hubiera casado con ella?», solía preguntarle él. Pétronille se encogía de hombros. Estaría con otro hombre, más o menos como tú, que me habría llevado a Mobile, o al nuevo asentamiento cercano al delta, ese sitio que llaman Nueva Orleans, devastado por una tormenta el año pasado. El lugar es lo de menos. Nunca volverá a ver a Baptiste, a Geneviève ni a Charlotte. Es como si hubiera perdido su sitio en el mundo, tanto el Nuevo como el Viejo.

En Biloxi, el señor Ducros le repetía que no se preocupara, que no tardarían en abandonar aquella ciudad miserable y a su maldito gobernador, Bienville, que dejaba que los soldados se pudrieran en la cárcel durante meses y se negaba a proporcionar víveres y zapatos a los suboficiales. Pronto la llevaría a Fort Rosalie, un sitio tan grande que uno podía perderse. A Pétronille, que ya estaba bastante desorientada, la idea la horrorizaba. Habría dado lo que fuera por reencontrarse con Geneviève y Charlotte. Pero no sabía

por dónde empezar: solía despertarse exhausta, demasiado débil incluso para vestirse. Había días buenos y días malos. Cuando podía pensar con claridad, no soportaba su impotencia. Se daba cuenta de que pronto habría perdido a sus amigas para siempre, si no las había perdido ya, y se le encogía el corazón. Pensaba en la voz de Geneviève y en la risa de Charlotte, y se preguntaba hasta cuándo sería capaz de recordarlas. Los sonidos son lo primero que se olvida.

Los días malos no sentía nada.

Cuando estaba enferma, era feliz. En la cabaña próxima al barracón, sentía que pasaba las horas con Baptiste. Cada vez que le subía la fiebre, él aparecía junto a su cama, jugueteando con las habas secas que Pétronille había encontrado entre la sábana y el camisón. Vaciaba cubos que ella no recordaba haber llenado, le secaba la frente o le palpaba la muñeca. A veces estaba acompañado por una mujer morena. Ella llegaba cargada de plantas. Un día Pétronille le preguntó a Baptiste si sabía el nombre de la raíz que la mujer le había hecho masticar. Él negó con la cabeza. La mujer rebuscaba en su cesta repitiendo: «Doctor, no tengo bastante.» Pétronille quería explicarle que Baptiste no era médico, sino marinero, pero la lengua le pesaba demasiado para formar una sola palabra.

El pasado es más bonito que la verdad. Baptiste nunca fue a verla a la cabaña y no se presentó en la puerta de la cerca el día de la colada. La fiebre inventaba su cara, imitaba el sonido de su voz. En cuanto al motivo de su ausencia esa mañana de febrero en que se suponía que volverían a verse, Pétronille sólo podía especular. Estaba atrapado en los barracones de la tripulación y no pudo esquivar a su capitán. Su mente jugaba con ella, le daba una explicación distinta

cada vez. Baptiste había vuelto a zarpar rumbo a Francia; había muerto; nunca había sabido la fecha de su reencuentro porque la ayudante del médico no le había transmitido el mensaje. En Biloxi, a Pétronille la aterraba la idea de tener que enfrentarse al único motivo que no podría soportar: que Baptiste no había acudido a la cita porque ya no la amaba.

Ahora que todo ha quedado atrás, todavía encuentra momentos de paz en Fort Rosalie. De buena mañana, a la hora en que la habitación parece resplandecer, antes de que los mosquitos empiecen a zumbar y oiga salir hacia los tabacales a los esclavos africanos del vecino. Hacia mediodía, cuando el sol dibuja una línea deslumbrante en medio de su cama. Al anochecer, cuando la oscuridad la rodea y sabe que ya no la molestarán hasta la mañana siguiente.

Los últimos días a bordo de *La Baleine* fueron un calvario. Pétronille creyó que no acabarían nunca. No podía imaginar su vida una vez que hubieran echado el ancla; esa soledad le parecía tan absurda como pensar que un día la tierra asomaría entre el cielo y el mar. Con el ataque de los piratas, había atisbado lo que sería de ella sin Baptiste. En el fragor de la lucha, lo creyó gravemente herido, obligado a unirse a las filas de los bandidos, y se preguntó si conseguiría salvar a Charlotte, a la que ella le había soltado la mano. Cuando suplicó a sor Gertrude que le permitiera subir de nuevo al puente, la monja le puso la mano en el hombro y, con expresión apesadumbrada, le dijo que ya era demasiado tarde.

Recuperó a Charlotte y Baptiste, pero ningún otro de sus deseos se cumplió. Baptiste no se casaría con ella. A los oficiales de *La Baleine* les traía sin cuidado que se hubiera enfrentado a los piratas con valentía: defender el barco era su deber. Después del ataque, la disciplina se reforzó: la tripulación debía estar preparada para otro posible abordaje. El contrato de Baptiste lo obligaba a trabajar otros cuatro años más para el capitán, que lo llamó al orden: «No vuelva a acercarse a ella. Limítese a hacer aquello para lo que se enroló.»

Después Pétronille casi deseó que los días pasaran más deprisa. Había habido demasiadas últimas veces. La última vez que se encontró con Baptiste en la despensa, que sintió su dedo encallecido acariciándole la piel, irritada por la sal. La última vez que él la agarró de la cadera y que ella lo sintió entre sus muslos. Sus labios, su forma de cogerle el brazo o la cicatriz del omoplato eran otros de sus asideros cuando el suelo desaparecía bajo sus pies. Las últimas veces empezaron a parecer primeras. Eran momentos únicos, pasados, perdidos.

Bajo el porche, el sol de Natchez le quema la piel. La tarde avanza, pero la luz canicular es implacable. Le gustaría estar lejos, imaginar otro sitio, como le divertía hacer de niña. Entonces era capaz de irse con la mente adonde ella quisiera, lejos de los invitados de su madre y del presente; a la cama, para buscar con la mejilla un lugar fresco en el almohadón; al jardín, con un esqueje de fresal en la mano; a las páginas de su herbario, cuyos pétalos acariciaba delicadamente para que no se deshicieran.

—Te estaba buscando, y resulta que estás aquí —dice su marido.

¿Y adónde iba a ir? Esta tarde no está inspirada. Mira a Ducros. Su marido suele decir obviedades, lo que facilita la conversación. Embutido en su casaca roja, se le ve sudando a mares, con ese aire aburrido que rara vez lo abandona. Aunque esta tarde también parece preocupado. Antes de ofrecerle el brazo, echa un último vistazo a su reloj de bolsillo.

—¿Te alegras de volver a ver al señor Cléry? —le pregunta.

La ayuda a subir al carruaje. El habitáculo huele como un baúl viejo, pero al menos tienen un vehículo.

—El señor Cléry es tu amigo —le recuerda Pétronille.

—Tú también viajaste con él.

El día del ataque del oso, Cléry la empujó con tanta fuerza que durante un instante terrible creyó que no podría esconderse.

—Desde luego —responde.

Entre los naranjos aparecen campos. Al llegar a Fort Rosalie, el señor Ducros se esforzó en disimular su decepción: la floreciente industria tabaquera de la que tanto le habían hablado estaba en mantillas. Natchez era inmenso, pero en medio de aquella naturaleza desbordante —que intimidaba y, al mismo tiempo, atraía a Pétronille — esa vastedad evidenciaba la escasez de edificios. El señor Ducros agitaba la mano hacia la espesura y repetía que haría talar aquellos árboles, que en aquella tierra se plantaría tabaco. Se puso manos a la obra de inmediato.

Las piraguas habían tardado tanto en ir a recogerlos a Biloxi que su casa ya estaba construida cuando llegaron a Fort Rosalie. Pétronille sólo reconoce el límite de su propiedad por los arbustos violeta que le mostró un día el señor Ducros.

—Más allá se alza el Gran Poblado de los natchez —le dijo entonces.

Pétronille no sabía qué aspecto tenía un poblado autóctono. Sigue sin saberlo. Tampoco ha visto nunca los barracones para esclavos que se han construido en su finca. Todavía están vacíos, pero su marido está obsesionado con comprar africanos sometidos a servidumbre, algo que ella ha renunciado a comprender. Hace un mes vio a una muchacha negra volviendo de los campos de la plantación vecina. Llevaba en brazos a un niño de dos o tres años y caminaba con pasos lentos, cautelosos, hundiendo los pies ensangrentados en el barro rojo.

El señor Ducros no quiso oír hablar de ella y se enfadó cuando Pétronille insistió. La idea de que se pueda comprar a alguien le resulta inconcebible. En Château-Thierry siempre había visto a los campesinos recoger la cosecha. Recuerda sus cuerpos deformados por el trabajo, esas mejillas demacradas en las que se enterraban los años. Los niños morían como gatitos y sus hermanos mayores parecían ancianos. Pero, aunque el rey aplastaba con impuestos a esas familias, al menos ganaban algún dinero. Lo de aquí es otra cosa. Las libras pasan de una bolsa a otra, pero sólo una vez: de la bolsa del comprador a la del tratante de esclavos. Después de haber visto a la muchacha herida, Pétronille confía en que el sueño de su marido no se cumpla jamás.

Las empalizadas se alzan en lo alto de una colina sobre el río Saint-Louis. Desde el camino no se ve el agua y el fuerte parece suspendido sobre un océano verde, hirsuto, poblado de pájaros. Luego vienen más campos, salpicados de figuras encorvadas de agricultores franceses en sus modestas parcelas o de esclavos

africanos que trabajan las tierras de la concesión Sainte-Catherine; un huerto con tomates inmensos, tan grandes que parece que estén más cerca; un muchacho azotando la hierba con un palo mientras escolta un grupo de valiosas vacas. Pétronille tan sólo ha acompañado al señor Ducros al almacén una vez, para buscar una brújula y aprovisionarse de tinta. Hoy el hombre que los atendió entonces observa la carretera desde el mismo taburete con la mirada perdida mientras el humo de su pipa se disipa en el aire del atardecer.

Como siempre que cede a los deseos de su marido y acepta salir, Pétronille no sabe si se alegrará de estar fuera o si echará de menos su cama. La única orden que querría darle al conductor es que la lleve de vuelta a Biloxi.

Seguro que la mujer del ingeniero acostumbra a hacer este tipo de cosas. En la puerta de su casa, la señora Cléry los hace entrar con prisas, como si fueran dos niños.

—Confío en que no vengan a ver a mi marido —dice guiándolos hasta un pequeño porche, en el otro extremo de la vivienda—. Ha vuelto a desaparecer. Estará pescando o dibujando. Lo sabrán enseguida viendo cómo trae la ropa. —Les señala dos sillas y una botella de licor—. Al menos tenemos algo para hacer más leve la espera. Creo que la última vez que cenó con el señor Cléry le gustó mucho este brandy, señor Ducros.

Pétronille acepta la copa caliente que le ofrece su anfitriona. Ha perdido la costumbre de conversar. Las ideas se atropellan en su cabeza, pero las palabras acuden demasiado tarde. La señora Cléry no se parece en nada a su marido. Menuda, tajante, con opinión para todo. Casi no tiene barbilla.

—Con tantos recursos —dice el señor Ducros—, no debe preocuparle la ausencia de su marido.

La señora Cléry alza la cabeza.

—En absoluto.

La interrumpe la voz de un hombre que los saluda con la mano. La hierba alta le llega por las rodillas.

—¡No deberían haberme esperado! —les grita.

—¡Tranquilo, hemos empezado sin ti! —le contesta su mujer.

No hay respuesta, pero la figura va creciendo poco a poco. Un conejo huye delante de ella. El señor Ducros sale al encuentro de su anfitrión, que ya está lo bastante cerca para que Pétronille lo reconozca. Cléry ha adelgazado, se le ha oscurecido la piel y lleva la camisa remangada. La señora Cléry se inclina hacia Pétronille con los labios fruncidos. Le crece una pestaña en lo alto del párpado izquierdo.

—Bueno, ¿qué? ¿Pesca o dibujo?

Pétronille mira la ropa del ingeniero. Tiene las rodillas manchadas de barro, pero no ve nada que pueda ayudarla a adivinar.

—No sabría decirle —admite.

La señora Cléry se echa a reír.

—Buena respuesta. Vuelve siempre tan sucio que yo tampoco tengo la menor idea. Puede que haga alguna otra cosa —añade en tono cómplice, aunque Pétronille no está segura de entender qué insinúa—. Celebro que esta vez usted haya podido venir.

El mes pasado Pétronille declinó dos invitaciones, pero en el tono de su anfitriona no hay sarcasmo.

—Yo también —responde.

—Hace ocho meses, cuando llegamos aquí, no veía a nadie, salvo a la esposa del comandante —le explica la señora Cléry—. Una criatura insulsa, que sólo se anima ante la crueldad. Una mujer muy previsible, en cualquier caso. —Levanta la botella de brandy y Petronille le tiende su copa—. Pero acabas acostumbrándote a la soledad. Aunque en estas tierras se vive de forma diferente, ¿no cree?

Pétronille asiente con el corazón encogido. Los hombres charlan acodados en la barandilla. Los últimos rayos de sol se sumergen en el licor y el reflejo de la luz en la copa la ciega por unos segundos.

—Al llegar aquí me llevé una gran decepción —continúa su anfitriona.

Pétronille da un sorbo; el alcohol le quema la garganta. Nunca ha oído a nadie hablar así de Fort Rosalie.

—Ese inspector de finanzas es un tremendo mentiroso. El único oro que puede ofrecer este continente está a más de cien leguas al norte de la desembocadura del Arkansas, en el fondo de un arroyo.

—El señor Law no se inventó nada —interviene Cléry sentándose al lado de su mujer—. Incluso existe un procedimiento para recoger el metal. Una técnica muy curiosa —dice asintiendo con mucha convicción, pero no añade nada.

La señora Cléry se vuelve hacia Pétronille, como si sólo se dirigiera a ella.

—Primero hay que construir una especie de red con un metro cuadrado de tela de Limburgo. Después, se coloca en ella una piedra no muy pesada, como de medio kilo. Se sumerge la tela en el agua, donde no sea muy profundo, no más de un pie, se deja allí veinticuatro horas y luego se saca del riachuelo y se pone a secar al

sol. A continuación, se golpea con un dedo el centro de la red, con cuidado para no romperla. Así se recoge el equivalente a un huevo de polvo de oro.

—Eso es, eso es —confirma su marido, que aplasta un mosquito y reanuda la conversación con Ducros.

La brisa juega con las ramas de los árboles, las cigarras hacen vibrar el aire todavía caliente con su canto.

—El río Arkansas, ¿no está cerca de ese mar del oeste del que tanto se habla? —pregunta Pétronille.

De todas las historias de Baptiste, su favorita era ésa, la primera que le contó sobre Luisiana, aquel territorio tan inmenso que ocultaba un mar interior.

—¿Quién sabe? —dice la señora Cléry—. Podría estar en cualquier parte, ¿no?

Les traen melón, les sirven cangrejos, el sol se pone. Pétronille sigue hablando con su anfitriona de esas aguas legendarias al oeste de la colonia. Ducros las observa con el rabillo de ojo, pero Pétronille no le presta la menor atención. Por primera vez, Fort Rosalie le parece concreto, tangible, a su alcance. El pueblo existe en relación a los lugares de los que le habló Baptiste: sitios que no sólo conoce él, que viven en un imaginario común. La hierba, casi azul, ya no le parece tan lejana.

En el espejo del tocador, Renée parece sorprendida. Pétronille nunca le ha pedido que la ayude a vestirse. Poco después de las diez, acompañará a la señora Cléry a la única sastrería de Natchez.

—Dentro de uno o dos meses, este vestido le apretará demasiado, y necesitará un corsé más amplio —le comentó ayer Renée mirándole el vientre.

Pétronille no la contradijo. Puede que al final no se pase todo el embarazo en camisón.

—No te apures —le dice a Renée—. Con algo sencillo bastará.

Nunca habría imaginado que un día usaría el tono de su madre, la voz autoritaria que resuena en sus recuerdos de la infancia. Pétronille observa su imagen. Por primera vez en meses, siente curiosidad por su aspecto, por ver lo que ha perdido y lo que aún podría cambiar.

Hace dos semanas, cuando volvieron a verse, la señora Cléry insistió en que la llamara Marie. Su nueva amiga lleva casi un año viviendo con su marido en Fort Rosalie: sus historias confieren una nueva profundidad al paisaje. De pronto, las arboledas, los campos, la gente cobran sentido, como en Château-Thierry, donde Paul le leía en los jardines, como a bordo de *La Baleine*, cuando Baptiste le hablaba del océano, las velas y el viento. Pétronille descubre que ciertos poblados indígenas son proingleses; ahora, al pasar por delante del fuerte, consigue ver más allá de las empalizadas. Hace seis años la colina no era más que una colina. Luego, los soldados franceses se instalaron en ella, se negaron a fumar la pipa de la paz y rompieron la alianza de sus predecesores con los natchez. Cuatro colonos fueron asesinados en represalia, y el teniente Bienville, hoy gobernador, los vengó duramente. Según lo estipulado en el tratado de paz, los natchez se vieron obligados a suministrar la madera necesaria para construir el fuerte. Pétronille se pregunta qué les dieron los franceses a cambio. Seguramente nada.

Ha tenido que pasar tiempo para que Marie le cuente cosas de su vida en Francia. Por fin, el sábado pasado, apenas con un hilo de voz, le habló del cinturón de hierro que llevaban atado durante la travesía, de la gélida cala de un barco llamado *La Mutine* y del frío que pasaron vestidas con una simple camisa. Le contó que apenas les daban comida, que había varias decenas de hombres a bordo y que algunos ni siquiera se molestaban en quitarles las cadenas cuando abusaban de ellas. Murieron tantas mujeres en alta mar que Marie creyó que no llegaría viva al Misisipi. Y esa incerteza siguió después de llegar a la Île aux Vaisseaux: desprovistas de víveres, decenas de mujeres perdieron la vida a unas leguas del continente, olvidadas o ignoradas por las autoridades. Marie fue una de las supervivientes.

Pétronille estuvo a punto de mencionar el abordaje de los piratas, pero lo pensó mejor: en su caso los bandidos no habían conseguido bajar al entrepuente de *La Baleine*. ¿Qué habían hecho Marie y aquellas mujeres para que las torturasen de esa forma? Cuando se atrevió a preguntárselo, Marie rió con amargura.

—Entré en una tienda de lujo de la rue Saint-Honoré y me acusaron de robo. Una cinta de seda, según el propietario. —Miró a Pétronille, parecía furiosa—. Toda la culpa es de la maldita directora de la Salpêtrière. Ese año hubo unas redadas terribles en París, y ella secuestraba a mujeres. Supongo que la policía necesitaba gente para la colonia de forma tan desesperada que los oficiales estaban dispuestos a todo.

Pero su historia no es la peor: le habían hablado de una joven panadera a la que deportaron sólo porque había vuelto tarde de un baile, de una criada acusada de seducir a su señor, que la había

violado, y de una chica encerrada con el argumento de que había «manchado la reputación de sus hermanos».

Pétronille se quedó callada. No habría podido conocer a ninguna de esas pasajeras. Pero se acordó de las preguntas de Étiennette a bordo de *La Baleine*: de su hermana, enviada al Misisipi. Tras unos segundos intentando recordar su nombre, le preguntó a Marie si conocía a una tal Marceline Janson. El rostro de su amiga se ensombreció.

—Murió en el barco, poco después de que zarpáramos de Le Havre —respondió.

Pétronille no ha vuelto a hacer ninguna referencia a los años de Marie en París. Y Marie sólo ha sacado el tema una vez más, cuando le habló de los planes de su marido en Luisiana. Cléry desprecia a los ingenieros que sólo vienen a pasar una temporada; que se alojan en una posada de Mobile y luego se vuelven a París. Él ha decidido quedarse y construir las futuras ciudades de aquellas tierras vírgenes. Desembarcó en Biloxi, soltero, poco después que ella.

—Convertirme en la mujer que él quería que fuera no resultó tan difícil —le explicó Marie—. Una chica de Montereau que había aprendido el oficio de modista en París y había decidido probar suerte en Luisiana, igual que él. —Y, sonriendo con tristeza, concluyó —: Se lo creyó, y yo casi conseguí convencerme de que era verdad. Pero aquí las telas escasean, y las mujeres a las que vestir, todavía más.

Marie sube al carruaje vestida con ropa que Pétronille creía reservado a las jovencitas; ni se inmuta ante la mirada sorprendida del sastre. Viéndola rebuscar en los baúles, Pétronille no puede evitar pensar en la cinta imaginaria que la trajo aquí. Se pregunta

qué les ocurriría si las acusaran de robo. Pero no hay otra colonia lejana; ya están en el fin del mundo.

Mientras el sastre le toma las medidas detrás de una cortina, Pétronille oye hablar a su amiga sobre las pieles de zorro, más gruesas que en Francia, con unos reflejos plateados que dejarían maravilladas a las damas del Cours-la-Reine. Le enseña un cuadrado de lino azul.

—Para tu vestido. ¿Qué te parece?

—Precioso —responde Pétronille.

Marie sonríe y vuelve a desaparecer. La aprendiza le acerca la cinta métrica a las caderas. Deprisa, piensa Pétronille, que ahora no soporta que le toquen el vientre.

—Me temo que no hay suficiente para un vestido —dice el sastre.

—¿Has oído, Marie? —pregunta Pétronille.

La aprendiza canta otra medida. Al otro lado de la cortina, la puerta se abre, y Marie saluda a alguien. Pétronille no oye que le respondan. Los chirridos de las tapas de los baúles cesan.

—¿Marie?

Una corriente de aire que trae olor a fresas y estiércol agita la cortina, colgada demasiado alto para que Pétronille pueda mirar por encima. Marie murmura algo y el cliente le responde tan bajo que es imposible entender una sola palabra. Luego, Pétronille reconoce la forma rápida, seca, con la que el señor Ducros pronuncia la palabra «mujer» cuando les habla de ella a los criados. Su marido está allí, en la tienda, y la ignora.

—Perdone, señora —le dice la aprendiza—. ¿Podría usted...?

Pétronille extiende el brazo y la cinta se desliza de su hombro a su muñeca mientras ella traga saliva con dificultad.

—¿Señor Ducros? —pregunta.

La puerta de la tienda se cierra. Aparece Marie. Tiene la expresión de alguien que acaba de parar de reír.

—¿Cómo me has llamado? —le pregunta.

—Creía que mi marido estaba aquí.

—¿Ducros, en la sastrería?

A Pétronille no le parece una idea tan descabellada, pero en boca de Marie suena ridícula.

—Me ha parecido oírlo —dice, menos segura.

Marie intenta palmearle el hombro sin soltar la pieza de lino, pero su mano sólo agita el aire.

—Claro, el señor Mézières también tiene voz nasal —responde—. Pero dudo que lo conozcas. Cuando se incorporó a la guarnición, todavía estabas en cama.

Durante el trayecto de vuelta, Pétronille se dice que le preguntará a su marido. Al caer la noche, ha cambiado de opinión. La cortina le parece más gruesa; la tienda, más ruidosa, y Marie, todo lo sincera que debe ser una amiga.

Las náuseas han cesado. Su vientre tiene la firmeza de una fruta sin madurar, una dureza que le repugna y la fascina. Su cuerpo se ha vuelto asombrosamente maleable. Pétronille se pregunta si su mente también sería capaz de cambiar, si podría transformarse, adaptarse a la vida que debe llevar en Fort Rosalie. No reconoce sus pechos; se cansa por nada. Son los mismos síntomas que en Lorient, pero su inquietud, ella misma, es diferente. Se pregunta quién se esconde detrás de esta piel que hace unos meses le pertenecía sólo a ella.

Su marido no ha vuelto a molestarla desde que la comadrona confirmó el embarazo, pero, una semana después de la visita al sastre, llama a la puerta de su habitación. Pétronille no sabe qué hora es; sólo sabe que los insectos siguen zumbando, que aún zumbarán un poco más antes de que empiece la estación de los huracanes. En Luisiana, incluso las tormentas tienen un nombre diferente, una furia que preferiría no conocer jamás.

—¡Adelante! —responde.

El señor Ducros cierra la puerta al entrar. Está furioso y se le nota. Acaba de recibir una carta del señor de Laguehay, el ayudante de los directores con los que trabaja desde hace años. Se conocieron en Francia, donde Laguehay estaba reclutando hombres que quisieran explotar las tierras que había comprado la Compañía. En esa época, la colonia aún parecía tener un futuro prometedor. John Law, el futuro inspector general de Finanzas, hoy caído en desgracia, todavía convencía a cientos de inversores para que apostaran por aquellas lejanas tierras; aún no había causado el mayor desastre financiero de principios de siglo. Antes el señor Ducros llamaba a Laguehay «su amigo», «su socio»; ahora lo considera un imbécil.

Al menos ésa es la palabra que ha empleado. Pétronille duda que su marido le hubiese contestado, en caso de preguntarle qué le preocupaba. Esa tarde, no obstante, el señor Ducros se lo ha contado a Marie: le ha explicado que la Compañía le debe un año de servicio, que la calidad del tabaco no es la prometida, que el hombre al mando de la concesión de Sainte-Catherine haría bien en tratar a los indios con más respeto. Marie se ha reído en su cara.

—Todo el mundo sabe que Guenot es un idiota —le ha contestado —. Y usted critica el tabaco, pero bien que lo fuma. Mire estas

moreras: si alguien decidiera criar gusanos de seda en Luisiana, ganaría una fortuna.

El señor Ducros la escuchaba sin replicar. Las pullas de Marie parecen divertirlo.

Se sienta en el borde de la cama, de espaldas a Pétronille. Ella está acostumbrada a que él la avise de sus visitas, a que levante la sábana con un movimiento brusco, como si quisiera acabar cuanto antes. Guarda un recuerdo terrible de la noche de bodas, peor que de aquella con el chico de Orleans. A la mañana siguiente, en la casa de Biloxi, aún sentía a Ducros dentro de ella, en los brazos, las caderas, las nalgas, en todos los sitios que sus manos habían tocado. Se sentía sucia, como si esos tocamientos se hubieran adherido a su piel. No conseguía liberarse de él.

Buscó soluciones de compromiso. Pero el dolor volvía, tozudo, lancinante. Nacía en el fondo de su sexo, se extendía por su vientre y sembraba nuevos dolores. Él intentó hacerlo de otra manera, renunció a las partes de su cuerpo que ella le negaba (los sitios que Baptiste amaba, aunque el señor Ducros nunca sabría por qué la barbilla o la clavícula de su mujer le estaban prohibidas). Pétronille no podía resignarse a que las manos de su marido ensuciaran el recuerdo de los momentos que había pasado con Baptiste. Sin embargo, era inevitable, y ella no se lo perdonaba.

Ha encontrado otras formas de estar con Baptiste sin ayuda de nadie. En la habitación de Fort Rosalie, acostumbra a acariciarse durante el sopor del mediodía, a esa hora en que el estómago está lleno, la mente espesa y el sol calienta más. Desliza los dedos entre los muslos, recorre los rincones a los que su marido no tiene derecho. El interior de la muñeca, la punta de un pezón, el pliegue

entre los pechos y las costillas. Un mediodía, al mes de haber llegado, el señor Ducros entró sin llamar y la interrumpió; luego, entre sus piernas, parecía sorprendido. Ese día Pétronille no sintió tanto dolor. Desde entonces, cuando terminan de comer, él suele preguntarle si está cansada. Pétronille sabe que, si responde que no, deberá estar preparada.

—¿Qué ocurre? —acaba preguntándole.

Su marido sacude la cabeza, pero no se mueve.

—Nada —responde.

Pétronille envidia el modo en que él vive sus emociones, sin cuestionárselas jamás. Las suyas no admiten ambivalencia, siempre parecen perfectamente legítimas. A veces, la testarudez de su marido la conmueve, pero hoy está agotada. Pone la mano del señor Ducros en su muslo.

—Ahí —dice sintiendo que su carne se redondea bajo la presión de sus dedos.

Esa noche es distinta. Nunca se ha acostado con él estando embarazada. Se debate entre las ganas de escabullirse y la certeza de que no lo conseguirá. Su marido parece más ansioso que de costumbre. La coge de la nuca —un punto que ella no ha intentado proteger porque él nunca se ha interesado por él—, pero se muestra prudente con su vientre. Le pide que se ponga de rodillas.

Pasa la noche con ella, de forma excepcional. Al amanecer, Pétronille, acostumbrada a dormir en medio, se lo encuentra ovillado en el borde de la cama, a punto de caerse al suelo.

Apenas recuerda la mañana de febrero en que se suponía que volvería a ver a Baptiste. Las camisas manchadas de sangre, las medias tiesas de sudor, las enaguas con los bajos del color de la mantequilla. Los escalofríos que le helaban la espalda antes de morir en sus riñones. La mirada gris de Charlotte entre el humo del caldero. Geneviève cogiéndole el montón de ropa sucia y susurrándole «vamos, vete». La preocupación que ensombrecía su cara mientras remetía la lengua entre sus incisivos delanteros. El barro, agarrándose a sus talones, como para impedirle avanzar.

No conserva más que una imagen. Está delante de la puerta de la cerca, sin aliento. El estrecho corral parece más grande, lo bastante para dar cabida a toda la tripulación de *La Baleine*, aunque ella no pide tanto, sólo quiere ver a un marinero. Pero no hay nadie. La madera, blanda y húmeda, se comba cuando la toca. La cabeza le da vueltas. Apoya la frente en la puerta y entorna los ojos. El mundo se convierte en un poste astillado, en un camino abierto por los hombres y luego abandonado a las mujeres y los pájaros de Luisiana. En el sendero que la ha llevado allí, sólo hay un pelícano. Burlón, se contonea sobre el barro y sacude en el aire húmedo la fina bolsa vacía de su buche.

Primero de octubre. Marie se apoya en el marco de la puerta de entrada y se cruza de brazos. El sol, extenuado por los meses de verano, tiñe de rojo su vestido blanco. Le repite que la india que ha de traer el remedio recomendado por la criada de su vecina no tardará. Pétronille le ha asegurado que ya no le dolía la espalda, pero Marie no ha querido escucharla. Pétronille no ha podido

explicarle que hoy el dolor se ha mudado a otro sitio, lejos de sus riñones.

—¡Aquí está! —exclama Marie.

Pétronille se levanta para ver a la muchacha regordeta y de piel oscura que avanza hacia ellas con paso quedo. Tiene unos diez años, los labios finos y las mejillas redondas. Lleva los pechos al aire y una falda hecha con un tejido que Pétronille no conoce. Sujeta con las dos manos una jarra de tierra cocida. Su expresión es tranquila, como el agua de un lago.

—¡Acércate, acércate! —le dice Marie.

Al oír su voz, la chica se detiene. La pluma que adorna sus cabellos negros se mueve al capricho del viento. Cuando Marie da un paso en su dirección, ella retrocede.

—Espera —le pide Pétronille a Marie.

La muchacha la mira. Deja el remedio en la hierba sin quitarles el ojo de encima en ningún momento. En su hombro izquierdo, un sol tatuado sigue los movimientos de su brazo. Vuelve a erguirse, se rasca la nariz y se queda allí unos instantes. Luego se aleja con andares ágiles. Su silueta desaparece tras las velludas ramas de los árboles que bordean la carretera, como si el camino no existiera, como si fuera innecesario.

—Tiene un nombre interminable —dice Marie volviéndose hacia Pétronille—. Oodoo'wah no sé qué. Pero por lo visto todo Fort Rosalie conoce a Brazo Tatuado, su tía. En fin, la cuestión es que la criada me aseguró que eso —dice señalando la jarra— te dejará como nueva.

Pétronille mira el bosque, de nuevo impenetrable. Ya no recuerda la brecha por donde ha desaparecido la chica. El ungüento que

Marie deja en la mesa es la única prueba de su visita. Pétronille se inclina sobre la pasta verde, que también sobrevuela una mosca. No duda que la medicina de los natchez esté más avanzada que la de los franceses (un oficial de la guarnición dice que se cura la fiebre con unas cuantas pipas de tabaco, un plato de leche cuajada y unos vasos de burdeos).

El olor le revuelve el estómago. Las plantas no calmarán el dolor que la martiriza desde que se ha despertado. La emoción densa que le oprime el pecho. Hace un año, *La Baleine* levaba el ancla, ella veía desaparecer Francia al lado de Geneviève y, gracias a un tobillo enredado en un cabo, conocía a Baptiste, al que de entrada no encontró demasiado guapo. Todo eso ahora le parece otra vida.

—¿Te encuentras mal? —le pregunta Marie—. ¿Sigue fastidiándote esa maldita enfermedad?

—¿Qué enfermedad?

—La fiebre, la de Biloxi.

—¡Ah! ¡No, no!

—Entonces, ¿qué ocurre?

Si Marie no hubiera insistido, Pétronille no le habría hablado de Baptiste. Le habría hecho preguntas sobre el ungüento de la chica india y puesto como excusa el cansancio para regresar a casa. Pero su amiga le había contado con todo detalle su detención y su terrible travesía. Confiaba en ella.

—Hace exactamente un año, conocí a un hombre —dice Pétronille.

Marie se ha puesto tensa. Corta una porción de tarta de caqui y se lleva la cucharilla a la boca acompañándola con la otra mano para recoger las migas. Se toma su tiempo para masticar.

—¿Cómo se llamaba?

—Baptiste Dubier.

—¿Dónde lo conociste?

—A bordo del barco que me trajo aquí.

—Y lo quieres...

Pétronille no sabe si se lo pregunta o lo afirma. Decir en voz alta el nombre de Baptiste legitima su tristeza. Desde que dejó Lorient, no ha llorado delante de nadie, aparte de Geneviève.

—Vamos, vamos —dice Marie cambiando de postura en la silla pero sin hacer ningún gesto para reconfortarla—. El amor no debería ser fuente de dolor, sino de alegría. —Se inclina hacia ella sobre la mesa y baja la voz—: Deberíamos salir a dar un paseo a caballo. —Y, como Pétronille no responde, añade—: En Château-Thierry te enseñarían a montar, ¿no?

Pétronille asiente. Recuerda la primera vez que entró en las cuadras, a los doce años: sujetó las riendas con tanta fuerza que le sangraron las palmas. El siguiente verano recorría sola la propiedad a caballo casi todos los días. Hoy esa sensación de libertad parece pertenecer a otra persona.

—Pero ¿no será peligroso aquí?

—No iremos lejos —la tranquiliza Marie—. De mi casa a la tuya. ¿No te gustaría conocer los alrededores?

—Sí, por supuesto.

—Dentro de unas semanas, ya no podrás.

No puede luchar contra su entusiasmo. Da igual las excusas que ponga, Marie siempre tiene respuesta para todo, da igual que se trate de la cosecha, los natchez o las concesiones de la Compañía. Fort Rosalie habla a través de ella.

—¿Cuándo te gustaría salir? —pregunta Pétronille.

—¿Pasado mañana?

Esa noche Pétronille está nerviosa. Durante la cena, su marido parece exasperado. Lo observa vaciar el vaso de cerveza y hundir el cuchillo en el paté de corzo. Fuera, una ristra de nubes finas se desliza por el cielo ya oscuro. Las últimas sombras se estiran en el comedor. Ducros apenas le ha dirigido la palabra. Es absurdo, pero Pétronille no puede evitar pensar que quizá se ha enterado del plan de Marie.

—¿Qué pasa? —acaba preguntándole.

—Mi carta.

Pétronille respira aliviada.

—¿Qué carta?

—La que he escrito a ese iluminado de la Compañía.

Pétronille tarda unos segundos en recordar de quién se trata. Luego su nombre le viene a la cabeza: Laguehay, el ayudante de los directores, que les debe dinero. Su marido no había vuelto a mencionarlo desde que recibió su carta hace unas semanas.

—¿Y bien?

—Tardará en pagarnos. No he podido mandar la carta hoy. No le llegará hasta dentro de unos meses.

—Pero ya estás acostumbrado a esos retrasos...

Lo ha dicho con suavidad, en un tono que imagina reconfortante. De pronto, le gustaría que sus palabras tuvieran tanto peso como las de Marie. Su marido no parece escucharla.

—Por suerte, *La Baleine* no debería tardar en llegar a La Rochelle —añade el señor Ducros.

Pétronille no entiende el significado de esa frase, ni la relación que tiene con las preocupaciones económicas de su marido, ni por qué *La Baleine* sigue en el mar cuando ya hace ocho meses que puso rumbo a Francia. Ducros le da unas palmaditas en la mano.

—Mis facturas para la Compañía —le explica—. En mayo, conseguí convencer al capitán para que las llevara.

—¿En mayo? ¿No zarpó el pasado invierno, *La Baleine*?

—La tripulación dejó sus barracones en febrero —la corrige, sin que al parecer le importe por qué motivo le hace esa pregunta su mujer, enferma por aquel entonces—. Pero el barco no dejó el fondeadero hasta mediados de mayo.

Pétronille se recuerda en primavera, con la fiebre, pero las imágenes se alteran, su significado cambia. Ella está en cama y *La Baleine* y Baptiste siguen en Luisiana.

—Pero tienes razón —continúa su marido—. Habría sido mejor que partiera antes. Si Laguehay hubiera recibido mi carta, no me habría escrito semejantes estupideces.

—¿Dónde pasó la tripulación todo ese tiempo?

—No sabía que te interesaran tanto estas historias de barcos —dice su marido riendo—. En la Île aux Vaisseaux, donde estaban acondicionando el barco para el viaje de regreso.

Pétronille no responde. Se oye a sí misma murmurando que está agotada. Luego, se obliga a andar. Tiene los muslos empapados de sudor y espasmos en el estómago. En el dormitorio, se sienta en el suelo, apoya la nuca en el borde de la cama y se queda mirando el alféizar de la ventana, como si las dos ideas que la obsesionan estuvieran grabadas en la madera: cuando ella se estaba casando en

Biloxi, Baptiste aún se encontraba en Luisiana; en febrero, no pudo reunirse con ella porque estaba trabajando en la Île aux Vaisseaux.

Esa noche se da cuenta de otra cosa. La fecha en que zarpó *La Baleine* no tiene ninguna importancia; Baptiste no faltó a la cita porque no la quisiera. Recuerda haberlo saludado por última vez en la playa de esa isla ventosa y no entiende cómo ha tardado tanto en percatarse de lo que ahora le parece evidente. Su relación acabó ese miércoles de enero en que *La Baleine* llegó a Luisiana. Al comprender que quizá él todavía la quiere, acepta al fin lo que siempre ha sabido: ella pertenece a la colonia, mientras que Baptiste nunca formará parte de ella.

La deslumbrante claridad de la luna se cuela por debajo de la cortina. Un animal pasa corriendo junto a la ventana. Pétronille piensa en Geneviève y Charlotte, en cómo habían distraído a las monjas durante la colada y le habían regalado la esperanza que necesitaba en aquel momento.

Los caballos son del señor Cléry y la ruta la ha pensado Marie: irán de su casa a la de Pétronille y luego regresarán por el mismo camino. Así tendrán unas horas para pasear y volverán a la hora de comer.

La mañana de la excursión, el señor Ducros ha recuperado la calma. Ha conseguido encomendar su correo a otro capitán. Al enterarse de que Pétronille va a pasar la mañana con Marie, se ha encogido de hombros.

—Yo iré a ver a los hermanos Bernège —le ha explicado—. Voy a comprarles gusanos de seda.

Pétronille ha asentido. Un solo comentario de Marie sobre las moreras y su marido ya quiere transformar la granja en sedería. Pero hoy su prontitud en seguir los consejos de su amiga la deja indiferente.

Como siempre, el señor Cléry se pasará la mañana encerrado en su despacho trabajando en los planos de los asentamientos franceses que realiza para la Compañía de Indias. Cuando Pétronille ha querido saber qué mentira iban a decirles a los mozos de cuadra, Marie se ha sorprendido.

—Ninguna. Les ordenaré que ensillen los caballos. ¿Qué más deberíamos decirles?

Pétronille no lo sabe. La idea de no tener que justificarse es embriagadora.

No le cuenta lo que descubrió ayer. No quiere que nadie le diga que no son más que suposiciones. Luisiana no puede darle nada mejor que esta verdad, y ella no pide más.

Fuera, las nubes desfilan sobre los ciruelos y los lilos. El sendero de los Cléry le parece distinto, la distancia entre la casa y la cuadra infinita.

Marie lleva una chaqueta azul marino que le llega a medio muslo y una falda a juego.

—Me has dado la excusa perfecta para estrenar el conjunto que me hice para esto —dice.

Pétronille no puede evitar pensar que ella no ha propuesto el paseo, que no es la responsable de lo que se disponen a hacer. Pero las palabras de Marie la emocionan. No recuerda cuándo fue la última vez que alguien actuó gracias a ella.

Los dos mozos de cuadra, hijos de un agricultor del sudoeste de Francia, se ponen en pie al verlas llegar. Uno agarra de la brida a una yegua baya que avanza mordiendo el bocado. En el segundo pesebre, un caballo robusto se frota con furia los ollares contra las tablas. Pétronille tiene motivos de sobra para estar asustada, pero de momento sólo teme haber olvidado cómo montar.

—Tonterías —dice Marie apoyando el pie en los dedos entrelazados del mozo para subirse a la silla—. Algunas cosas no se olvidan nunca.

Al auparse al caballo con la ayuda del otro chico, Pétronille comprueba que Marie tiene razón. El animal, el más vigoroso de los dos, se agita bajo su peso. Los movimientos de su montura, el ángulo de su rodilla, apoyada en el cuerno de la silla, la forma en que reparte la falda a su alrededor, todas esas sensaciones le parecen tan extrañamente familiares que por un instante no sabe dónde está. Junta las riendas en la mano derecha y se reúne con Marie en el sendero. Los músculos del animal se mueven bajo su muslo. Nunca ha visto el campo desde tan alto, nunca ha sentido tanta confianza desde que está en Natchez. Se acaricia el vientre. Todo irá bien. Lleva de paseo a su bebé.

Se dirigen hacia el bosque de cipreses que se extiende entre el fuerte y la cala de Sainte-Catherine. Las flores tienen pétalos retorcidos, colores agresivos. Pétronille no sabe cómo se llaman, y Paul tampoco podría ayudarla. Puede que alguna alivie el dolor de espalda. Esa de ahí, la de la corola blanca, quizá cure la fiebre. ¿Y quién sabe para qué sirven aquellas flores azules de pétalos puntiagudos? Pétronille hinca el talón en el costado caliente del caballo; el cuerno le frota la pierna doblada.

Poco después ya no oye más que pájaros. Rara vez se dejan ver; no son más que canto y ruido de alas. Uno de ellos trina con más fuerza que el resto, y le recuerda el lamento de un gato herido. Las hojas tiemblan bajo las alas de las palomas torcaces, que su marido asegura poder abatir por decenas con un solo disparo de pistola. Marie no quería seguir el camino que serpentea entre las granjas, el que toman cuando van en carruaje. Serían demasiado visibles. Cogen el sendero que recorre habitualmente el señor Cléry para visitar al señor Ducros. En el mapa que le enseñó a Marie la semana pasada, está trazado en rosa.

—Es todo recto —le ha asegurado a Pétronille.

La vereda tuerce una primera vez. Una segunda. En algunos sitios se borra por completo. Pétronille pierde de vista las casas. El bosque, sus troncos, que se repiten hasta el infinito, las ramas frondosas, el olor a tierra húmeda y madera mohosa la aturden. Bajo los cascos de los caballos, acosados por las moscas, las cañas crujen al romperse. Luego la senda reaparece tímidamente.

—Pronto veremos el río —anuncia Marie con voz alegre.

La brisa trae el murmullo del agua, suave pero insistente. Poco a poco, le llegan otros ruidos. Los gritos jubilosos de un niño, de una multitud de niños. Pétronille no conoce su idioma, pero percibe a la perfección su entusiasmo. Tras la siguiente curva, los ve: un grupo de seis o siete niños indígenas, algunos de apenas cinco años. En la otra orilla, hay un anciano sentado en una roca. Las mira fijamente, como si las hubiera oído llegar. Pétronille no se atreve a moverse; su caballo hace un gesto extraño, y la fusta de Marie se alza sobre la grupa de la yegua.

Detrás del hombre se divisa un poblado, medio oculto tras una barrera de arbustos. Sobre una plaza central, con decenas de cabañas, se alzan dos montículos. Una mujeres con la espalda y los pechos cubiertos de tatuajes muelen maíz. Una chiquilla extiende un líquido que parece aceite de oso por los brazos de un niño, cuyo delgado cuerpo brilla al sol. Unos jovencitos de trece o catorce años apuntan con sus arcos a una paca de heno que cuelga de una estaca. El agua ahoga el sonido de sus voces: los niños han echado un vistazo al anciano y luego han reanudado sus juegos.

El hombre y Pétronille se miran. Sólo es un instante: la fusta no se ha estado quieta y ha golpeado dos veces los costados de la yegua. Los dos caballos galopan por la orilla del río, lejos de los bañistas y el poblado. La expresión incrédula del anciano la ha impresionado; la aparición de dos mujeres blancas probablemente sea más amenazadora para él que la suya y la de los niños para ellas.

Cuando al fin tiran de las riendas, los caballos no están dispuestos a parar. Sus cascos aplastan las hojas secas, patinan en el lodo. Marie respira ruidosamente. Su sombrerito ha desaparecido y el pelo le cae sobre los hombros. Pétronille nunca la había visto así.

—¡Estábamos en el Gran Poblado de los natchez! —dice casi gritando.

—Creía que eran nuestros aliados.

—Lo son —responde Marie—. Pero no tendríamos que haber venido aquí. Deberíamos habernos desviado hacia el este.

—No sabes dónde estamos...

—¿Crees que nos perseguirán?

Pétronille piensa en los niños quedándose quietos y luego volviendo a saltar al agua.

—No tengo la menor idea —admite.

Entre las ramas de los árboles, el cielo está tan despejado que le parece imposible que estén perdidas. Le duele la cabeza y tiene las manos llenas de picaduras de mosquito.

—Si seguimos el río, llegaremos a la concesión de Sainte--Catherine —dice Marie.

¿Y después? Pétronille no quiere preguntárselo. Galopar no le ha producido ninguna alegría. Se siente frágil, le gustaría decirle al bebé que lo lamenta, pero eso no solucionaría nada. Debe llevarlo de vuelta a casa. Marie se lanza al trote. Pétronille la llama, le pide que afloje. Su amiga la mira con exasperación, pero frena a la yegua. Avanzan lentamente junto al río. De vez en cuando, Pétronille cree oír ruido de pasos a su espalda. Pero no es más que un corzo, una rata de campo, una urraca. El mundo le parece inmenso.

Al llegar a los primeros tabacales, Marie suelta un gritito y empieza a trotar por el sendero que bordea la propiedad. Pétronille la sigue de lejos. Sainte-Catherine es la plantación más grande de Fort Rosalie después de Terre Blanche. Entre las lustrosas hojas, las observan hombres y mujeres negros. Pétronille procura no mirarse las manos arañadas, las uñas rotas, el sudor que se acumula en los pliegues de su piel. El olor de la savia del tabaco espesa el aire. En un cesto colocado a la sombra de las plantas, un bebé se frota las mejillas con los puñitos. Un hombre con la camisa desgarrada le hace una pregunta que ella no comprende. Sigue adelante. No sabe qué otra cosa puede hacer.

Marie continúa avanzando entre el bosque y los campos. Cuando Pétronille la alcanza, sus caballos agitan los ollares, como si supieran algo que ellas ignoran. A lo lejos, un bosquecillo de moreras oculta

la casa del capataz. Breves pero violentas rachas de viento doblan los arpendes de plantas de tabaco. Una mujer negra espera quieta y erguida a que cesen las ráfagas.

Pétronille alza la mirada y divisa a un grupo de hombres natchez en el lindero del bosque. Desde el sendero, sus lejanas siluetas parecen diminutas y oscuras, manchas creadas por el sol, y las curvas de sus plumas y sus arcos se funden con la sombra de sus cabellos y sus manos. Pétronille los mira, con las riendas flojas y la mente en ebullición. Se apodera de ella un deseo violento; el ansia de marcharse lejos, donde nadie pueda obligarla a volver a estas tierras que no ha elegido.

Lo que han aprendido cuando los soldados alertados por los mozos de cuadra y el señor Cléry las encuentran es que el peligro nunca está donde uno lo espera. No se esconde en el agua de un río en el que se bañan niños. Se oculta entre las plantas de tabaco de un colono odiado por los natchez, uno que odian con tanta virulencia que su jefe, el Gran Sol, sólo trata con él por mediación de sus hombres más despreciables para no empañar la reputación de sus mejores guerreros. El peligro reside en el hecho de que te consideren un aliado del señor Guenot, subdirector de la plantación Sainte-Catherine. Pétronille ya había oído hablar de él. Su marido lo pone a menudo como ejemplo cuando habla de los franceses que maltratan a los natchez, que los llaman «esclavos con plumas» y se burlan de sus pipas de la paz. Este mediodía Pétronille y Marie han atravesado su concesión.

Los soldados las escoltan hasta la casa del señor Ducros, la más cercana. Pétronille nunca lo ha visto en ese estado. La cólera de su voz le hace pensar en la atmósfera de un día de verano, cuando el calor hace temblar el horizonte. Su marido despotrica contra Marie con tanta dureza que Pétronille reza para que no se vuelva contra ella. Su deseo se cumple: no le dirige la palabra.

Cuando su amiga se marcha a casa, Pétronille se sienta en la cama y se quita la ropa manchada de barro. No ha querido llamar a Renée; prefiere rascar ella misma las salpicaduras, que parecen encoladas a la tela. A Pétronille le gustaría borrarlo todo. Se siente abrumada por el peso de su ignorancia, de todo lo que oculta esta tierra, de los secretos que se esconden en sus bosques y sus ríos, y que desaparecen de la vista en cuanto uno se adentra en ellos. Esta mañana, en la plantación, ha creído comprender lo que ocurre. En Luisiana, algunos intentan inventarse una vida nueva lejos de su país; otros se esfuerzan en defender lo que les pertenece; y los terceros añoran la tierra de donde los arrancaron.

Trata de pensar. Debe de haberse equivocado; hasta una criatura, hasta su hijo, se daría cuenta.

Y luego está lo que sabe, lo que ha visto hoy. Después de tomarse un cuenco de caldo con Marie, después de ir a beber sidra a la cocina, Pétronille esperaba oír caballos, los del señor Cléry viniendo a buscar a su mujer. En efecto, ha visto un carruaje: no era el del ingeniero, sino el de su marido, que se detenía en el sendero.

Se disponía a llevar a casa a Marie. Pétronille ha corrido a la puerta, su amiga ni siquiera se había despedido de ella, pero se ha quedado paralizada en el umbral. Marie estaba apoyada en el señor Ducros, la cara contra el cuello de su chaleco, la chaqueta azul

marino arrugada, sus siluetas medio ocultas entre las ramas de un enorme pacanero. Cuando Marie ha levantado la cabeza, sus ojos se han encontrado con los de Pétronille. Ninguna de las dos se ha movido. Ninguna fusta volverá a hacerlas galopar hacia ese futuro sobre el que no sabían nada.

A la mañana siguiente, Renée le anuncia la visita de la señora Cléry. Pétronille ha dormido tan profundamente que se ha despertado abotargada y con el estómago un poco revuelto. No sabe si está en las mejores condiciones para oír las explicaciones de Marie. Ayer por la mañana se sintió tan próxima a ella como un día lo estuvo a Geneviève y Charlotte. Y unas horas después la sorprendía en los brazos de su marido. Son dos sentimientos irreconciliables: la aventura que compartieron y su traición.

Marie se ha puesto el vestido amarillo que llevaba el día que se conocieron. Parece dudar si sentarse en su sillón habitual. Detrás de ella, la puerta ha quedado abierta al jardín.

—Imagino que te trae sin cuidado en qué circunstancias empezó todo —comienza diciendo.

Pétronille le indica que se siente. Le vienen a la cabeza imágenes del pasado verano: ella, encerrada en su habitación; su marido, fuera, salvo cuando estaba en su cama; y el señor Cléry, de viaje en Pascagoula. No necesita explicaciones.

—Lo siento en el alma —murmura Marie.

En el exterior, los carpinteros que se supone están construyendo la sedería de su marido se insultan mientras toman medidas del

campo. El viento agita las plantas de citronela y acedera como si quisiera obtener algo de ellas.

—Ayer parecía más preocupado por ti que por su propio hijo —dice Pétronille.

Esas muestras de preocupación mal dirigidas la hirieron, pero lo que de verdad le duele es la traición de su amiga, no la de su marido.

—Tienes razón —admite Marie, y se mira los pies—. Lo amo profundamente, ¿sabes? —afirma volviendo a alzar la cabeza.

La frase suena falsa. En otro mundo, en un mundo en el que Pétronille quisiera a su marido, esas palabras lo barrerían todo, relegarían a Marie a los primeros meses de su vida en Natchez. En éste, no. En éste, obliga a Pétronille a mirar de nuevo hacia las ramas del pacanero. Esta vez ya no ve a su amiga y su marido, sino a dos amantes, y reconoce el modo en que Baptiste, que no ha dejado de amarla, la atraía hacia él.

—Lo sé —dice Pétronille.

—No te pido que me perdones. —Marie acaricia el ante de sus guantes, un regalo de boda, y la piel cambia de color con sus movimientos—. El día en que nos conocimos, esperaba que me parecieras aburrida —reconoce—. Todo habría sido más sencillo.

—¿Y no te parezco insulsa, cruel y terriblemente previsible?

Marie sonríe.

—¿Previsible? No esperaba que aceptaras salir a cabalgar conmigo.

—Tampoco yo esperaba que me lo propusieras.

—Entonces, la aburrida soy yo, después de todo.

—Aburrida, no, cruel.

Pétronille recuesta la cabeza en los cojines y se pone la mano en el vientre. Dentro de ella, el niño está tranquilo. ¿Qué quedará de todo esto en primavera, una vez que haya nacido? Estrechará a su hijo o hija entre sus brazos y le susurrará: imagina a dos amazonas, imagina una mañana de octubre. Las dos mujeres cabalgan por la orilla de un río en el que nadan unos niños, algunos apenas unos años mayores que tú. Se bañan como lo harías tú, porque sus madres no saben qué criaturas viven bajo el agua, ni nunca lo sabrán. Pero ese día no importa. No hay ningún peligro. Los niños siguen bañándose y las mujeres cabalgando.

7

Charlotte

Nueva Orleans, abril de 1723

A Charlotte le gustaría gritar, pero despertaría al bebé. Se maldice por haberse puesto tanta ropa encima en pleno abril: se está ahogando con la atmósfera sofocante de la habitación. Sentada junto a la ventana, mira al recién nacido, acurrucado contra Étiennette. El señor Feuger, tras disculparse con una voz atronadora que ha sobresaltado a su hijo, ha vuelto a sus ocupaciones. Hugo no se parece en nada a su hermano mayor, que nació rollizo, fuerte, con buenos pulmones. Tiene la cara arrugada, la frente amarillenta. La punta de la lengua le asoma entre los labios. Parece desafiar a las mujeres, con su sueño perfecto; ni siquiera le tiemblan los párpados, con sus parloteos. Todas las chicas que rodean la cama, Marthe y las gemelas Léonie y Sophie, hicieron la travesía a bordo de *La Baleine* y hace poco que han llegado a Nueva Orleans siguiendo a sus maridos. Charlotte debería mostrarse tan embelesada como ellas; hacer comentarios sobre su cuerpo diminuto, sus brazos regordetes, su nariz respingona, sus uñas pálidas. Las manos y las piernas de su bebé también habrían sido enternecedoras. Él también se habría desgañitado para que lo alimentaran, como Hugo. Charlotte nunca

supo si su hijo era niño o niña. El día que lo perdió sólo había sangre.

Aquella mañana, hace año y medio, aún vivía en Biloxi, en la cabaña que había construido su marido cerca del pantano. Louis estaba guiando a un grupo de concesionarios por la zona. Cuando volvió, no hizo falta que Charlotte le explicara lo que había pasado. Mejor: el capellán le había prohibido decir que su hijo había muerto, pero ella no habría sabido expresarlo de otro modo. El sacerdote había sido claro: no bautizaría a un feto.

—Charlotte —le dice Léonie.

Tan sólo es dos años mayor que ella, pero vestida así parece tener veinte en lugar de casi diecisiete. Sentada junto a Étiennette, su hermana, Sophie, acaricia un perro mientras afirma que fajar a los recién nacidos es una barbaridad.

—Ya me lo contarás cuando tu hijo tenga un pie zopo —replica Étiennette sin molestarse en bajar la voz.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Léonie a Charlotte.

Charlotte hace un gesto hacia la ventana. Con los aguaceros de los últimos días, la cuneta se ha desbordado: el agua sucia corre por las calles de Nueva Orleans.

—Esta tarde apenas hemos hablado —señala Léonie.

Enfrente, un zapatero examina un par de zuecos bajo el tímido sol. Sobre las tablas de un tejado, una ardilla se acicala haciendo acrobacias con una pata extendida.

—Necesitaba tomar el aire —dice Charlotte.

Hugo hace pucheros en los brazos de Étiennette. Sus quejidos se transforman en estridentes alaridos que llenan la habitación y angustian a Charlotte. Nunca ha sabido qué pasó con su bebé. Se

acuerda de la mujer que se lo llevó de la habitación y de la masa viscosa que le resbalaba entre los muslos. Al tratar de cubrirse las piernas con el camisón, la mano que se llevó al vientre estaba tan ensangrentada que parecía negra. Sus recuerdos acaban ahí.

Cuando despertó, Étiennette estaba con ella. Su presencia era reconfortante y a la vez insoportable. Su amiga estaba embarazada de seis meses, mofletuda, radiante. Por primera vez, Charlotte constató con sorpresa que habría preferido que la visitara Geneviève, aunque hiciera desaparecer bebés. Pero, en su primer otoño en Luisiana, Geneviève había cambiado Biloxi por la tierra de los illinois, una región del norte aún más alejada de la costa que el sitio en el que vive Pétronille desde hace casi dos años.

Durante las siguientes semanas, Étiennette le habló de todo menos de su aborto espontáneo, una expresión horrible que a Charlotte le costaba asociar con lo que había vivido. Ella había perdido a su hijo. Esa frase tenía sentido, dejaba claro que el bebé había existido. El aborto era una mentira; de espontáneo, no tenía más que el nombre.

Hace un año que Charlotte intenta quedarse embarazada; mientras tanto, Étiennette ha tenido su segundo varón. Cuando nació el primero, Aurélien, Charlotte tardó tres semanas en venir a verlo. El bebé lloriqueaba, daba patadas al aire, agitaba los puños. A Charlotte le entraban ganas de llorar con sólo verlo. El pasado domingo, al enterarse de que su amiga estaba de parto, se prometió que la visitaría antes.

—Ha hecho bien en sentarse aquí —dice una voz aguda.

Charlotte alza la cabeza. Léonie ha vuelto junto a Étiennette, pero la ha sustituido Marthe, que acerca una silla a la ventana arrastrando

con ella una esquina de la alfombra. Tiene un busto descomunal y un tipo desgarbado. Charlotte sabe que se apellida Valade y poco más. La tiene vista de *La Baleine*; luego, coincidió con ella en casa de Étiennette, en Biloxi. Es la primera vez que se encuentran en Nueva Orleans, aunque ya hace tres meses que ambas se mudaron aquí.

—Deberíamos dejarla respirar un poco —opina Marthe.

—No es fácil resistirse a un niño tan encantador.

La cara de Marthe se ilumina.

—Yo iba a decir lo mismo —asegura.

Charlotte preferiría estar sola. Confía en que, si guarda silencio el tiempo suficiente, la amiga de Étiennette dejará de jugar con su anillo, que le aprieta, y se irá.

—Su marido trabaja como piloto, ¿verdad?

Charlotte asiente. El señor Valade es comerciante y mucho más rico que Louis, pero se supone que ella no lo sabe. Hace el esfuerzo de preguntárselo.

—No tengo la menor idea de qué vende —explica Marthe—, sólo sé que acaban de llamarlo a Natchez. No para de viajar. Aunque, sin duda, no tanto como el señor Charpillon —se apresura a añadir.

—Pasa más tiempo en los ríos que en casa.

—Debe de pasar usted mucha angustia —dice Marthe—. Estas aguas son traicioneras.

—Su marido trata con los indios todos los días. Supongo que también es peligroso.

Marthe baja la voz.

—¿Sabe lo de los enfrentamientos en Natchez? —pregunta con los ojos desorbitados.

—Por supuesto. Todo el mundo habla de eso.

Marthe parece sobrecogida. Con esos ojos saltones, le recuerda una vaca. Hace un esfuerzo.

—Una amiga mía vive allí —le explica—. Estaba preocupada por ella.

—¿Cómo se llama? ¿Viajaba con nosotras?

—Béranger. Pétronille. La chica con el antojo blanco en la mejilla —precisa a regañadientes.

—¡Ah, sí! Qué criatura tan extraña. No le ha pasado nada, espero.

—No, está perfectamente.

La guerra del otoño anterior duró poco. Si el conflicto se hubiera agravado, Pétronille habría podido resultar herida y Louis habría tenido que ir a luchar. Su marido le había explicado que la guarnición de Fort Rosalie, bajo las órdenes de un solo capitán, no contaba más que con una veintena de soldados, atrincherados detrás de empalizadas podridas: ¿por qué cuidar los pilotes si hacía años que reinaba la paz? La situación dio un vuelco en octubre, más de un año después de que Pétronille se hubiera mudado allí. Un sargento se enfadó con un natchez que no le había entregado los sacos de maíz prometidos. Los franceses asesinaron a varios hombres de la tribu, pero el suboficial no recibió ningún castigo.

—Esa laxitud enfureció a los natchez —añadió Louis.

La violencia iba en aumento y Charlotte estaba cada vez más preocupada por Pétronille. A finales de octubre, el subdirector de la concesión Sainte-Catherine fue herido en una clavícula a su regreso del fuerte. La insolencia de Guenot y su desprecio por los natchez eran de dominio público. Sobrevivió a los cinco disparos de milagro, pero los guerreros no habían acabado con él: los hombres del

poblado de la Manzana Blanca atacaron la concesión durante toda una semana. Charlotte se preguntaba a menudo si estaría lejos la casa de Pétronille y si su amiga oiría el tiroteo de Sainte-Catherine.

—La guerra podría haber sido mucho peor —repetía Louis, y Charlotte compartía esa opinión.

A finales de octubre de 1722, Serpiente Tatuada, el jefe guerrero del Gran Poblado, consiguió un acuerdo entre los franceses y los natchez de los poblados beligerantes. Una vez restablecida la paz, la delegación indígena incluso llevó la pipa de la paz al gobernador Bienville, en Nueva Orleans. Para Charlotte, aquello era un detalle secundario, pero Louis estaba fascinado, no se cansaba de hablar de las prendas de reconciliación de los natchez: las pieles de ciervo, las camisas, los cuchillos, el bermellón, las telas. Charlotte lo escuchaba distraídamente mientras se imaginaba a su amiga en Fort Rosalie, perdida en su mundo, susurrándole a su pequeño que ya no había nada que temer. Porque hasta Pétronille había sido madre.

—Tengo que irme —dice Marthe—. ¿Usted se queda un poco más?

La luz del atardecer proyecta sombras movedizas en el suelo. Un rebaño de vacas baja la calle; sus colas azotan las ruedas de una carreta.

—Probablemente no —responde Charlotte.

Étiennette no le saca los ojos de encima desde el momento en que se levanta. Las gemelas llaman a sus perros, que echan a correr por el pasillo rascando el entarimado con las uñas. Étiennette dice adiós a Léonie desde la cama. En París y en Biloxi, a su amiga la traía sin cuidado de dónde procedían las otras chicas, si las había criado un sastre o un vendedor ambulante. Desde que se casó, se comporta diferente. Las mujeres con peor suerte, las que tuvieron

que unirse a campesinos sin un céntimo, soldados expulsados del ejército o criminales supuestamente arrepentidos, nunca están entre las invitadas de Étiennette. Esta nueva actitud hace que Charlotte se sienta incómoda. Durante la travesía del Atlántico, todas eran iguales. En Biloxi, sus maridos cambiaron la percepción que tenían de sí mismas, lo que tenían derecho a desear y a esperar de la vida.

Después de casarse con Feuger, Étiennette ha renunciado a encontrar a su hermana. Un día de primavera le pidió a su marido que la ayudara a obtener información sobre Marceline. Feuger acudió a las autoridades, pero volvió con las manos vacías. Una tempestad, o quizá un incendio, había destruido los certificados de matrimonio de los años anteriores. En cualquier caso, no quedaba nada, y sin aquellos documentos era imposible encontrar a una mujer en Luisiana. Charlotte se preguntaba si el señor Feuger tenía razón, si bastaba con que desaparecieran esos papeles para que su existencia y la de todas aquellas mujeres se borrara para siempre.

Desde aquella mañana, Étiennette no ha vuelto a mencionar a Marceline. Charlotte confía en que haya llegado a la conclusión de que el certificado de matrimonio no habría cambiado gran cosa, que Luisiana es tan inmensa, tan peligrosa, que lo mejor que pueden hacer es centrarse en aquellos y aquellas que tienen a su lado. A veces se pregunta si Étiennette sería su amiga de no haberse conocido en la Salpêtrière. Luego, se siente culpable por pensar cosas así: cuando los víveres son tan escasos que sólo la gente cercana al gobernador tiene acceso a las reservas de los almacenes, Étiennette siempre la ayuda.

—Aquí estás —se limita a decir cuando Charlotte se sienta en el borde de la cama.

El bebé, envuelto en pañales de lino, abre y cierra los ojos, de un azul lechoso. Marthe se va. La nodriza se lleva al niño. Charlotte se queda. Cuando están las dos solas, su amiga se comporta de otro modo. Su brusquedad habitual se transforma en torpeza, su voz se suaviza, sus gestos —la forma de pasarse la mano por la cara cuando está fatigada, como si quisiera borrar el cansancio de sus facciones— vuelven a serle familiares. A veces, Charlotte se imagina su propia mano acariciando la frente de Étiennette, siguiendo la arista de su nariz, rozando sus labios, y entonces, con las mejillas encendidas, procura concentrarse en un candelero, un medallón, un baúl. Bastante castigo ha recibido ya por esos pensamientos: su vientre, una bolsa vacía y helada donde mueren los bebés.

—Te he visto hablando con Marthe —dice Étiennette incorporándose.

—Es encantadora.

Su amiga se echa a reír.

—No sabes mentir —responde—. Conmigo, no.

—De acuerdo —admite Charlotte—. Marthe es lo que es.

—Sabía que sus remedios te interesarían. —Como Charlotte no dice nada, Étiennette continúa—: Oyéndola, cualquiera diría que su hijo salió de un cuenco de leche mezclada con peladuras de fruta. —Alza los ojos al cielo—. Bueno, pues si no ha sido de eso, ¿de qué habéis hablado?

—De Pétronille, de la guerra, qué más da. No ha mencionado a sus hijos ni una sola vez.

—Pues, dadas las circunstancias, pensaba que el tema saldría de forma natural —responde Étiennette.

Charlotte desvía la mirada. Se avergüenza de su vientre. Se imagina lo que las demás piensan de ella, de su cuerpo roto.

—De esas cosas, sólo hablo contigo —dice con voz más seria de lo que le gustaría.

—Quizá deberías confiarte a otras —responde Étiennette—. A las que podrían ayudarte.

¿Habría podido hacer algo Geneviève? Sabía más sobre bebés que las demás mujeres de *La Baleine*, pero en París y en Lorient sus conocimientos se habían revelado letales. Geneviève está demasiado lejos, se fue hace demasiado tiempo. Charlotte no tiene las ideas claras. Al oír las campanadas de la iglesia de Saint-Louis, da un respingo. El edificio de la plaza de Les Armes no es más que una simple casa donde se celebran misas, bautismos y bodas, y sus paredes de madera no tardan en ahogar el sonido de la campana improvisada. Charlotte no sabe qué hora es.

—Debería volver a casa —dice.

Étiennette se recoge un mechón detrás de la oreja derecha y le coge la mano.

—Me alegra que esta vez hayas venido.

Charlotte asiente, se concede unos segundos antes de soltar los dedos de su amiga y, aunque no tiene ningunas ganas de hacerlo, se levanta al fin.

No siempre consigue resistirse. A veces, por la noche, no puede evitar remontarse a dos años atrás y volver al barracón, a la cama que compartía con Étiennette, al cuello de su amiga, tan cercano que sus cabellos temblaban con su respiración. En Biloxi hacía frío y,

cuando sus pesadillas pobladas de piratas la despertaban, se decía que no había nada malo en buscar un poco de calor donde podía. En la Salpêtrière había dormido con Étiennette muchos años, pero una noche comprendió que había muchos tipos de consuelo. Recuerda la fecha exacta: el 16 de enero de 1721. Por la mañana, se había despertado con el bajo vientre agarrotado por los calambres, el camisón cubierto de manchas marrones y sangre seca bajo las uñas. Mientras se lavaba los muslos, había oído a una chica exclamar: «¡La niña ya es una de las nuestras!»

Esa noche de invierno, Charlotte dormitaba. Todo le parecía lento, oscuro, posible. La paja bajo su cabeza, la manta de lana, que le irritaba la pantorrilla, las piernas de Étiennette, sus labios rozando la nuca de su amiga, posándose en ella un instante. La fragilidad de esos minutos era perfecta, desastrosa. Étiennette se despertó; no se dice «no» tan claramente en sueños.

En Nueva Orleans, el corazón de Charlotte se acelera cada vez que la visita. Los dos últimos años han transformado el cuerpo de Étiennette: se ha redondeado, endurecido, ha ganado seguridad. Siempre está ocupándose de sus hijos. A veces parece ausente, como si una parte de ella nunca se separara completamente de ellos. Está pendiente de Aurélien aunque esté en la otra punta de la habitación. Le da galletas rebosantes de mantequilla que el pequeño rumia sin descanso. Despeina a besos su pelo de bebé.

Charlotte le ofrece a Louis lo que puede. Tiene la sensación de haberse quedado atascada en el tiempo, de estar de nuevo en Biloxi, mortificada por su comportamiento y por la reacción de Étiennette. El afecto que siente por su marido no es nada comparado con el que

se cree capaz de sentir. Querría tanto a su bebé... Con un amor libre de culpa que ni siquiera puede imaginar.

Louis debería haber regresado la semana en que Étiennette dio a luz. Charlotte está acostumbrada a los retrasos, al silencio, a la incertidumbre, pero su marido nunca había estado lejos tanto tiempo. Hace casi un mes ya. Esta vez no navega por el Anglois, un río al sur de Nueva Orleans, sino en el norte, más allá del lago Pontchartrain. Acompaña a una patrulla recién llegada de Francia. Cuando Charlotte le preguntó cómo iba a poder guiar a esos soldados por un territorio que nunca había pisado, él se echó a reír.

—Deberías verlos —respondió—. No sobrevivirían ni dos días sin mí.

Charlotte sabe que Louis es más feliz en el agua. Procede de la isla de Oléron, cerca de la costa de La Rochelle. A los tres años, una lubina gigantesca le dio un golpe tan fuerte que casi perdió el conocimiento.

—Está claro que en esa época no daba la talla —le confesó un día, poco después de su aborto—. Y me parece que piensas que sigo sin darla.

Sonriendo, ella le repitió que no dijera tonterías —Louis necesita que lo tranquilice constantemente—, que no podría haber encontrado un hombre mejor.

Llegaron a Nueva Orleans hace tres meses, en noviembre. Al ver la ciudad por primera vez, Charlotte no podía creer que un huracán la hubiera barrido cuatro meses antes. Por lo visto, la iglesia, la rectoría y las cabañas habían quedado destruidas, y las aguas del

pantano de Saint-Jacques habían amenazado con tragarse los barriles de pólvora, izados a un palomar *in extremis*. En Biloxi, el viento y el agua se lo habían llevado todo a su paso. Charlotte se alegró de dejar atrás aquel paisaje devastado. Para su sorpresa, los habitantes de Nueva Orleans se esfuerzan en relativizar el temporal de septiembre de 1722. Sí, hizo estragos durante días, pero no causó muchas muertes. Las edificaciones no estaban hechas para durar, y además su emplazamiento no se correspondía con los planos de la ciudad, así que habrían tenido que demolerlas y volverlas a construir igualmente.

En Biloxi, la experiencia de Charlotte había sido diferente. La tempestad había reducido a escombros las casas e inundado totalmente la ciudad. Los cadáveres flotaban a lo largo de los nuevos cursos de agua; los gritos de aquellos que lo habían perdido todo resonaban en la playa. Charlotte se enteró de que varias chicas de *La Baleine* habían muerto. Gracias a Dios, Pétronille y Geneviève ya habían dejado la costa. No obstante, a pesar de lo que se dice en la capital, el impacto del huracán sobre la colonia es evidente. Al oeste de Nueva Orleans, las exuberantes riberas que Feuger llama «el huerto de la capital» quedaron devastadas, y la cosecha se perdió. Los colonos alemanes que cultivan esas tierras fértiles intentan bajar los precios. Un puñado de habas nunca ha sido tan caro, un huevo puede costar hasta dieciséis sueldos, el buey ahumado se ha convertido en un producto de lujo. Hace poco, siguiendo órdenes del gobernador, Louis tuvo que levantar una empalizada alrededor de su terreno. Se supone que los protegerá del próximo temporal. Apenas pudieron pagar la madera, pero no podían permitirse recibir sanciones del gobierno real.

El puñado de arpendes que les concedieron está al norte de Nueva Orleans. Los límites de la parcela se aprecian mejor sobre el papel. Charlotte no sabe si los cipreses que bordean el huerto les pertenecen y duda que alguien lo sepa. Viven en los lindes de la ciudad, donde hasta hace poco el bosque invadía la calle. Tuvieron suerte: cuando llegaron, los trabajadores de la Compañía ya habían desbrozado parte del terreno. Si querían que la parcela fuera suya, Louis debía terminar la tarea, y ella lo ayudó como pudo. Amontonó las cañas cortadas, arrancó las malas hierbas y despejó el suelo, cubierto de lianas y raíces. Le mordió un lince y, sin que la viera Louis, salvó los pajarillos de un nido. En Nueva Orleans tenía la espalda molida y las manos llenas de ampollas. Sin embargo, por primera vez en dos años, los bosques de Luisiana le ofrecían una cara diferente, herida. La espesura se resistía, pero, poco a poco, ese muro impenetrable que la desafiaba en Biloxi, retrocedía. Los vecinos —los mismos carpinteros, techadores y albañiles que habían reconstruido una ciudad en pocos meses— los ayudaron a cortar los árboles y los juncales para construir su casa. La pista de tierra acaba de recibir el nombre de rue de Bourbon.

El río está al otro lado de la ciudad, pero la brisa trae el olor acre hasta aquí. Fue gracias al delta que el gobernador se decantó por Nueva Orleans como capital de Luisiana. Los barcos ya no necesitarían fondear en la Île aux Vaisseaux; llevarían a los pasajeros, los animales y la carga directamente al continente. El río que atraviesa la colonia se convertiría en el canal de agua con el que tanto había soñado el gobierno real. Cuando se tomó la decisión, Louis no disimuló su decepción. La mitad del año Nueva Orleans era un cenagal encharcado por el que, a falta de pocilgas, los cerdos

deambulaban a su antojo. Aquellos parisinos no conocían los bancos de arena de la desembocadura del Saint-Louis, no sabían lo difícil que era maniobrar para entrar en el río.

—Aun así, mejor Nueva Orleans que Mobile —concluyó.

Pero Biloxi, donde vivían, nunca sería el corazón urbano de aquella tierra de pantanos.

Charlotte apenas recuerda el viaje hacia el oeste. Había sentido un enorme alivio al enterarse de que el marido de Étiennette también había decidido instalarse en Nueva Orleans. Después del huracán, no fue el único. A bordo de las piraguas, Charlotte reconoció a muchas de las mujeres de *La Baleine*. Hacía frío en el agua y casi todas llevaban alguna criatura apretada contra el pecho.

Una semana después de visitar a Étiennette, Charlotte decide ir a la oficina del intendente para ver si saben algo de Louis. Últimamente duerme mal. Tiene pesadillas tan vívidas como las que la atormentaban después del abordaje de los piratas —hombres sin rostro, el bote desaparecido, el puente plano y vacío como el mar—, pero las que la despiertan ahora son de una violencia distinta, insidiosa, amarga: Louis se ha marchado, y con él cualquier esperanza de ser madre. Étiennette ha desaparecido, como Pétronille y Geneviève. En torno a la casa, reina un silencio ensordecedor: los pájaros también la han abandonado.

Charlotte se pone su vestido más elegante. Los encajes de la manga derecha están estropeados, pero los esconde bajo la capa. Duda que la reciban: las únicas mujeres a las que ha visto pasar ante el monasterio de los capuchinos y entrar en la casa de los

directores iban acompañadas. Pero Louis se ha marchado para servir a la colonia. Guía a los soldados hacia los puestos avanzados del norte, ayuda a reforzar los frágiles asentamientos franceses. Confía en que hagan una excepción con ella.

Para ser finales de abril, hace bastante fresco. Los jazmines, ya en flor, alegran las calles grises y marrones, que acaban de ser bautizadas. Dobla la esquina de la rue d'Orléans y se aparta para dejar pasar a un carretero que vuelve de los almacenes cercanos al pantano de Saint-Jean. Al oír que la llaman, se pone la capucha.

—¡Señora Charpillon! —repite la misma voz.

La mujer también lleva una capa, aunque la lana parece más nueva. Charlotte tarda unos segundos en reconocer los mofletes de Marthe y su sonrisa bobalicona pero afable.

—Ya me parecía a mí que era usted —dice posando una mano vacilante en el brazo de Charlotte—. ¿Va a casa de Étiennette?

—No, hoy no. —La visitó ayer, y su amiga volvió a insistirle en que hablara con Marthe—. Voy a ver al intendente.

Marthe la acompaña por la rue d'Orléans. Un grupo de trabajadores alemanes descargan sus mercancías delante de un terreno cubierto de malas hierbas. Cerca del parapeto, corre un arroyo de agua marrón que arrastra purines, grandes hojas de árbol y cáscaras de huevo. La estación lluviosa empezó el mes pasado y Charlotte se ha resignado a vivir con la ropa húmeda hasta finales de junio.

—¿Para qué? —le pregunta Marthe.

—Puede que ellos sepan dónde está mi marido. —Charlotte no quiere darle lástima, así que se apresura a cambiar de tema para

evitar sus preguntas—. Étiennette dice que sabe usted mucho sobre niños.

La cara de Marthe se descompone.

—¿Les ha pasado algo a sus hijos?

—Nada —responde Charlotte bajando la voz—. Quería decir «sobre cómo tener niños».

Marthe guarda silencio.

—Hace más de un año que lo intento —añade.

Frente a su local, un peluquero desempolva una melena enorme, y las crines de caballo irritan las mejillas de Charlotte. Aprieta el paso, Marthe la sigue.

—Antes, ¿le ocurrió algo?

La única que sabe lo de su aborto es Étiennette. Mientras convalecía, Charlotte pensó mucho en Geneviève, más de lo que habría querido. Tras dejar Biloxi, se sentía extrañamente desarraigada. Pensaba constantemente en el día de junio en que Pétronille se marchó a Fort Rosalie y Geneviève le recomendó beber zumo de limón para calmar las náuseas. Si hubiera estado en la costa, en la casa junto al pantano, Geneviève habría sabido qué hacer. Luego cambió de opinión: Geneviève no se dedicaba a salvar bebés.

Los remedios de Marthe requieren mucho más que exprimir una simple fruta. Se necesita leche, miel y pelo. Le aconseja que trence un cinturón de pelo de cabra, lo empape con leche de burra y lo lleve en la cama cuando esté con su marido. Que beba agua con miel antes de acostarse y espere a sentir una punzada cerca del ombligo, que será la señal de que está embarazada. Que se fije en

la forma de su vientre: si se abomba hacia la derecha, será varón; si lo hace a la izquierda, niña.

—Mi suegra me enseñó todo eso —le explica Marthe—. No conseguía darle descendencia a su marido.

—¿Y lo logró?

—Sí —responde Marthe—. Y todos lo hemos lamentado.

Se detienen en la plaza de Les Armes, entre la cárcel y el cuerpo de guardia, recién terminado, de donde salen tres hombres con tambores colgados a la espalda y cuernos llenos de pólvora en la mano. Dentro, preguntan por el capitán del regimiento suizo.

—Le traeré todo lo que necesite —dice Marthe.

Charlotte le promete que lo probará. No tiene nada que perder. Las instrucciones de Marthe son tan detalladas y los ingredientes tan fáciles de conseguir que casi parece que el remedio puede funcionar. Si Louis vuelve. Cruza la plaza, esquiva un asno diminuto guiado por un niño apenas más alto que el animal y pasa por delante de unas mujeres que venden hortalizas todavía verdes. Desde allí divisa el río, las aguas que se llevan a Louis y vuelven a traerlo a su lado. Se sabe de memoria la anécdota que su marido siempre contaba de recién llegados: el octubre anterior, cuando *La Loire* y *Les Deux Frères* saludaron a Nueva Orleans con una salva de dieciséis cañonazos, la joven capital, carente de todo, sólo pudo responder al saludo de los dos barcos con un único disparo.

Le permiten ver al intendente sin poner el menor obstáculo. Pero allí no cuentan nada que no sepa ya. Los hombres habían partido hacia la costa de Pascagoula. Deberían haber vuelto hace ocho días. Una mujer joven como ella, ¿no debería estar en casa con sus hijos?

Charlotte sólo intentó hablar con Étiennette de esa noche de enero en el barracón una vez. A principios del otoño de 1721, se lo pudo permitir. Estando embarazada, se sentía protegida. Gracias a su bebé, ya no habría más secretos en la oscuridad, más labios buscando el calor de una nuca. Pronto ya sólo serían dos amigas, dos madres. Aquella mañana de septiembre, Charlotte quería poner punto final. Quería oírle decir a Étiennette que la perdonaba. Pero el fuego se apagó, una criada llamó a la puerta, y el bebé de Étiennette empezó a patalear. Su amiga se distrajo. Le pidió que repitiera lo que había dicho.

—No, nada —murmuró ella.

No se atrevió a hablar.

Su cuerpo la castiga todos los meses por sus pensamientos, por aquello. Cuando le viene la regla sufre un dolor indescriptible, como si unos cuchillos hurgaran en su bajo vientre y se lo desgarraran. Los calambres la dejan hecha un pelele. Anulan su mente, le destrozan el estómago. No la alivia ninguna postura. Se arrodilla junto a un cubo, se acuclilla sobre un orinal. Escupe bilis y vuelve a la cama tambaleándose. Cada mes le da la misma lección: ese dolor sordo y persistente no se irá jamás.

No puede creer que su sufrimiento sea inútil.

Louis llega dos semanas después de la visita al intendente. Los primeros días de mayo no han cesado las lluvias torrenciales, y los arroyos de la ciudad bajan rebosantes. Cuando Louis aparece, Charlotte está intentando interrumpir el monólogo de su vecino,

Pinet, un armero francés deportado de Senegambia por motivos que prefiere ignorar.

—Los fugitivos anoche pasaron muy cerca —repite jadeando—. ¿Está herida? ¿Los oyó?

Charlotte le dice que no, aunque a veces la despiertan ruidos por la noche. Quizá sean indígenas esclavizados que se han fugado y vagan por los bosques matando ganado y robando a los colonos. Pero no está dispuesta a dejarse contagiar por su terror. A bordo de *La Baleine*, aprendió que el miedo si cala en ti ya no te suelta. La mujer africana de Pinet los mira desde la puerta de su casa. A un tiro de piedra, Louis avanza por la calle embarrada.

Charlotte aparta a su vecino y, sin disculparse, agita el brazo en dirección a su marido. Estos reencuentros siempre hacen que se sienta un poco incómoda, como si tuviera que empezar otra vez de cero y conocer de nuevo al extraño con el que se casó. Él le sonríe, y ella se acerca.

—Déjame adivinar: te estaba dando la tabarra con sus estupideces —dice Louis indicando a Pinet, que se vuelve a casa con las manos en los bolsillos.

—Ojalá un día se olvide de nosotros —responde Charlotte.

La puerta de los vecinos vuelve a cerrarse. La chaqueta de Louise está descolorida y, como el resto de su ropa, impregnada de un intenso olor a lodo que le durará varios días. Lleva la camisa mal abotonada; nunca presta atención a esos detalles. Charlotte apoya la mejilla en su pecho.

—Estarías preocupada —le dice él.

—Sólo un poco.

—¿De veras? Yo apenas puedo respirar.

Charlotte retrocede, lo examina. Lleva la cara tan sucia que aún resalta más el azul de sus ojos. Un corte le recorre el codo, pero la herida parece limpia. En Biloxi, volvió de su primera misión con quemaduras en la cara y los brazos, con la espalda cubierta de ampollas y delirando de fiebre. Ese año, Charlotte temió por su vida, pero él no parecía alarmado. Se miraba las llagas de las manos y le hablaba de la muda de las serpientes.

La sigue dentro y lanza las botas cerca de la única cómoda, a pesar de que Charlotte le ha dicho mil veces que las deje contra la pared del fondo. Ella las pone a secar fuera.

—Ese lago está maldito —masculla Louis—. Deberíamos haber vuelto hace tres semanas. —Se sienta cerca de la chimenea y se masajea el tobillo—. Esos ríos son tan peligrosos como el océano.

Le explica que, en el trayecto de regreso, cuando estaban a punto de llegar a la costa, los fuertes vientos del norte los obligaron a dar media vuelta y hacer alto en la isla Redonda. El mal tiempo los tuvo inmovilizados quince días, alimentándose de ostras y linces.

—Nos habríamos sentido afortunados con unas cuantas bayas —dice—. Encontramos agua el día siguiente a nuestra llegada. De no ser por eso, habrías tenido buenas razones para preocuparte.

—Las tenía.

Él le sonríe y deja el pie en el suelo. Lleva las manos negras de mugre, pero Charlotte se sienta en sus rodillas y deja que hunda la cara en su cuello. Cuando lo conoció, estaba aterrorizada, aunque tenía un poco de curiosidad. Fue un alivio saber que sólo era cinco años mayor que ella, no diez, o quince. Antes de conocerlo, apenas había tratado con hombres, salvo en las cuadras de la Salpêtrière, con uno de los mozos, que le daba la fruta que ella daba a los

animales. No conocía la sensación de una mejilla afeitada contra la suya ni la urgencia del deseo de otro. Había oído historias terribles sobre noches de boda contadas a media voz. Lo sucedido durante el ataque de los piratas había acabado de aterrorizarla. La noche de bodas, recuerda su sorpresa al descubrir lo que ocultaba la ropa de su marido. Louis se mostró paciente, pero la penetró y ella volvió la cabeza sobre la almohada porque no quiso que la viera llorar. Se consoló pensando en su regla: cada mes sufría dolores tan atroces que era imposible que él le hiciera más daño.

No esperaba que aquel dolor se atenuara con el tiempo, sin embargo así ha sido: algunas noches resultan incluso agradables, o casi, a no ser que Louis esté borracho o tenga prisa. Después, siempre la estrecha contra su cuerpo. Charlotte nunca se duerme con tanta facilidad como esas noches.

Su marido no es perfecto, pero podría ser mucho peor.

Cuando vuelve, la casa siempre parece más grande. Por la mañana suele encontrarlo sentado con las piernas cruzadas cerca de la chimenea reparando sus redes de pesca. Cuando él está de viaje, Charlotte rebaña directamente el fondo de la cacerola, ni siquiera se molesta en servirse en un cuenco, y pasa la mayor parte del tiempo en el huerto, luchando contra la maleza, que amenaza con reconquistar lo que le pertenecía. A veces canturrea canciones de sus años en la Salpêtrière, las canciones infantiles que les enseñaban las tías, o alguna balada que oyó a bordo de *La Baleine*. Así se siente menos sola: puede que alguien, en algún sitio, la oiga.

Nunca se aventura más allá del tabique del fondo de la casa, donde Louis se sienta a veces para leer. Después de casarse con él, descubrió con sorpresa que a Louis, un hombre que prefería el agua

a la tierra firme, le gustaba sumergirse en una novela de Challe al volver de un viaje. Había aprendido a leer en la isla de Oléron, gracias a su tío, amante de la poesía, los vientos y las mareas. Pero, en el pequeño cuarto que da al bosque, Charlotte no se fija en los libros de Louis. No ve más que la cuna en la que se amontonan los anzuelos y los cebos. Fue él quien insistió en cogerla cuando se marcharon de Biloxi. Le aseguró que en Nueva Orleans tendrían hijos, porque los bebés sólo estaban esperando a que se instalaran definitivamente. Que no había que preocuparse, que ella aún no había cumplido los quince años y tenía tiempo de sobra. Es verdad. Ella sólo tiene eso, tiempo.

Sin embargo, a veces tiene la sensación de que le falta. Louis se dispone a irse de nuevo, esta vez, al sur de la capital, al nuevo puerto de La Balize. Lo han elegido para sustituir al piloto costero, que ha caído enfermo; guiará los barcos que intentan salvar los peligrosos bancos de arena de la desembocadura del Saint-Louis, una maniobra arriesgada pero imprescindible para llegar a Nueva Orleans. Unas leguas más adelante, el bosque vuelve a cerrarse sobre el agua, y es imposible navegar a vela. Hay que tirar de los barcos con cabrestantes. Charlotte sabe que pueden tardar seis semanas en remontar el río.

Le pregunta cuándo volverá a verlo. Él se encoge de hombros; todo depende de la salud del piloto. No han tenido más que unas noches juntos, pero trata de no culparlo por ello. Si se quedara más tiempo en casa, la despensa estaría vacía, e incluso ella podría morirse de hambre, como su vecina de Biloxi. Esa miseria, que en la Salpêtrière, con sus comidas insípidas pero fijas, parecía

inconcebible, ahora Charlotte la conoce bien. A veces se dice que Louis es demasiado bueno para quedarse a su lado.

Durante esas dos semanas en su compañía, le da una oportunidad al remedio de Marthe. No se trata del cinturón de pelo de cabra, sino de unos polvos que tiene que deslizar debajo del colchón. El olor, nauseabundo, se disipa pronto. Charlotte se pregunta de dónde habrá sacado Marthe el cuerno de ciervo; el origen de la boñiga de vaca es menos misterioso.

Louis se va, y ella hace lo que mejor se le da. Esperar.

Vuelve a ver a Étiennette. En casa de su amiga, el tiempo pasa de forma más tangible. Hugo tiene casi un mes y medio, y ya no se despierta por la noche: un milagro. Aurélien rió por primera vez el invierno pasado cuando un hombre se cayó de una de las piraguas que llegaban a Nueva Orleans. Lo pescaron media legua más adelante. A finales de mayo, el pequeño se tambalea entre Charlotte y Étiennette con los ojos clavados en su madre, como si su atención fuera lo único que lo mantiene en pie. Charlotte lo odia y lo quiere con locura. Debería haberle venido la regla a principios de semana. Su vientre sigue mudo. Lleva cuatro días de retraso.

Luego una, dos semanas. Llueve tan fuerte que la ciudad podría sumergirse con los pantanos, hundirse en el limo de los cañaverales, desaparecer en la densa espuma de la que apenas han empezado a extraerla. El nerviosismo que se apoderaba de Charlotte cada vez que el agua de los pantanos y los ríos sube y amenaza con arramblar con los muelles, los cobertizos y los arrozales, ese terror a que su mundo desapareciera bajo las aguas, ha cesado. Corre el rumor de que el gobernador ha prohibido que una muchedumbre desesperada embarcase en *Le Dromadaire*, *La Loire* y *Les Deux*

Frères para huir de la colonia. Ahora ya no le cuesta hacer oídos sordos a esos rumores. Podría estar embarazada, y esa idea barre sus miedos; de pronto, la capital le parece lo bastante sólida para sobrevivir a otra primavera. En el huerto, el sol vuelve a brillar, seca el techo del granero vecino y trae de vuelta a Louis. Durante la cena, Charlotte no puede contenerse. No ha confiado sus sospechas a nadie, ni siquiera a Étiennette o Marthe; pero se lo cuenta todo a su marido esa misma noche.

—¿Lo ves? —dice él—. No tenías por qué angustiarte.

Charlotte quiere creerlo con todas sus fuerzas.

Los aguaceros se ensañan con la capital; empieza un verano húmedo. Las vendedoras ambulantes pronostican más inundaciones y los granjeros están preocupados por la cosecha, pero nada de eso preocupa a Charlotte. Se seca de los charcos de agua junto a la chimenea, tiende los trapos empapados y visita a Étiennette sin reservas. Mientras cruza la ciudad, pensar que quizá no está del todo sola le da valor. Pronto ya no tendrá que envidiar a su amiga.

En junio, un día tormentoso, la encuentra en el huerto de su casa, en la rue de Chartres. El cielo se está encapotando, pero el calor sigue siendo sofocante. Los abejorros zumban nerviosos entre las flores blancas de los fresales. La viña está llena de mirlos. Étiennette teje a la sombra de una higuera con Hugo dormido a su lado. Están sentadas tan cerca que los brazos de sus sillones se tocan.

Charlotte la observa mientras tira de la madeja y empieza otra fila. La oye hablar de la fiesta que quiere organizar a mediados de agosto, fiesta que no podría celebrarse si el señor Feuger no fuera el supervisor de las reservas de los almacenes. Étiennette se interrumpe y la mira con atención.

—¿Charlotte? —dice.

—Me preguntabas si habría que invitar al cirujano.

—Te preguntaba si te gustaría cantar. ¿Qué te pasa?

—Nunca he cantado en público sin acompañamiento.

—Habrá músicos. Pero dejemos eso ahora. ¿Qué ha pasado?

—Nada —dice Charlotte.

Hugo se agita, y Étiennette lo levanta. El bebé arquea la espalda y golpea los pechos de su madre con los pies como si pataleara en el aire. Étiennette afloja el cordón, que desaparece entre los pliegues del cuello de su hijo.

—¿Qué es eso?

Étiennette le muestra el colgante, que parece un guijarro blanco.

—Un diente de potro —le explica—. Para que no le duelan tanto los suyos, según Marthe.

—¿Cuánto tiempo tiene que llevarlo?

—¿Desde cuándo te tomas en serio esos remedios?

—Desde que funcionan.

Étiennette suelta el cordón y se la queda mirando.

—¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora?

—No lo sé —responde Charlotte.

Lo sabe de sobra. Sus esperanzas, dichas en voz alta, se vuelven reales, frágiles.

—Yo no estuve segura del todo hasta que noté que Hugo se movía. No pareces enferma.

—No he tenido la regla.

La cara de Étiennette se suaviza. De pronto, se parece a la chica a la que Charlotte acogió en la Salpêtrière un día de agosto.

—Cuídate —le aconseja—. No andes tanto. La próxima vez, iré a verte yo. —Lo piensa mejor—. Mandaré un carruaje a buscarte.

Charlotte asiente. Deja que Étiennette le dé unas palmaditas en la rodilla, e ignora los estremecimientos que le recorren la pierna. Su amiga aparta la mano. Charlotte se mira el vientre. Juraría que ha aumentado.

Las demás nunca han sido tan atentas con ella como ese verano. Cuando se quedó embarazada en Biloxi, acababan de casarse. Estaban empezando a conocer a sus maridos; eran más tímidas, menos solícitas que ahora. Han necesitado tiempo y una nueva ciudad para reinventar la solidaridad que nació a bordo de *La Baleine*.

En junio y julio, algunas incluso la visitan. Le llevan flores y estampas de santa Margarita, y bisbisean oraciones a la Virgen que nunca había oído. Le sugieren que aprenda a tocar un instrumento, la flauta o el arpa, como si eso fuera posible en una colonia donde incluso la comida escasea a menudo. Le insisten en que cante a diario y, sobre todo, en que no se enfade.

—La salud de tu hijo depende de estos primeros meses —le advierten—. Desconfía de los antojos. Rodéate de cosas bonitas y evita cualquier espectáculo desagradable.

Charlotte obedece sin rechistar. Ya es mediados de julio: el Hôtel-Dieu, en construcción desde hace meses, abre al fin sus puertas. Louis le cuenta que los enfermos acuden por centenares, aunque el hospital sólo cuenta con ochenta camas. Parece preocupado; ha oído a un carpintero de carros y un ebanista hablar de deserción.

Charlotte lo tranquiliza. Todo se arreglará, se quedarán, no tienen más remedio. El bebé pronto estará aquí.

La tercera semana de julio Louis se marcha, pero la separación le parece menos dura que de costumbre. Volverá dentro de un mes; mientras tanto, no estará sola. Las mujeres seguirán visitándola.

No hablan tanto de su vientre como de la importancia de lo que ve. La primera vez que tratan el tema, a Charlotte le cuesta mantener la seriedad. Pero las chicas no se inmutan. Aluden a una vida anterior secreta, la que Charlotte comparte con su hijo. Le recuerdan todo lo que ella le transmite: el mundo que la rodea, transformado en emociones, en vibraciones, le guste a ella o no. Charlotte no puede controlar su vientre, pero sí elegir lo que mira y lo que no quiere volver a ver jamás. Es una responsabilidad abrumadora. Por la noche da vueltas y más vueltas en la cama, demasiado grande sin Louis. ¿También son imágenes sus pensamientos? ¿Se puede borrar aquello con lo que se ha soñado? Étiennette, cambiando de postura en el jergón, su cara, deteniéndose muy cerca de la suya, sus labios, apartándose en una sonrisa, la separación entre sus dientes, el azul de sus ojos, claro como un cielo de junio casi transparente. En el sueño, cuando la chica le pregunta «¿Duermes?», la voz que oye Charlotte es la de Geneviève.

Abre los ojos. Le falta el aire y el corazón le golpea el pecho. Fuera, el cielo se aclara en un amanecer gris y amarillo que se filtra entre las tablas de la pared. Tiene los muslos húmedos. Sigue echada, inmóvil, hasta que sale el sol. Se pasa un paño por la entrepierna, parte leña menuda, unta con mantequilla un trozo de pan duro. Ahuyenta los retazos del sueño que le vienen a la cabeza.

En cuanto hay suficiente luz, mira a su alrededor: un huevo moteado, el reflejo de un pájaro en los iris verdes del gato, unas gotas de lluvia apresadas en una telaraña. Elige con cuidado, mira el mundo como si temiera romperlo.

Cuando se pregunta qué contemplaría su madre estando embarazada, sólo ve una capota con encajes azules, cunas convertidas en barcos flotando en un dormitorio helado y echando el ancla para quedarse en él. Deja a un lado la desesperación de aquella mujer, el horror blanco y duro de ese invierno implacable del que tanto ha oído hablar. La única experiencia que compartirá en toda su vida con quien la trajo al mundo es el embarazo. Su madre es un misterio y seguirá siéndolo. Ella lo sabrá todo sobre su hijo.

Mientras se dirige a casa de Étiennette, nota un pinchazo débil en el fondo del vientre. La calesa traquetea, sus ruedas brincan en las rodadas llenas de agua. Se avecina otra tormenta, y al aire de julio, invariablemente pesado, le trae sin cuidado el trote de los caballos.

Cuando empiezan los calambres, está sentada a la mesa con las demás: Étiennette, Marthe, Léonie y su hermana gemela. Esta vez, es imposible ignorarlos: gruesas agujas hacen punto con la piel de su bajo vientre, uñas aceradas se clavan en esas venas invisibles. La dejan sin respiración.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Étiennette al ver que no quiere que le sirvan.

—No tengo hambre —murmura.

—Está lívida —observa Léonie.

—Debería tumbarse.

—Ayudadme a acostarla.

Charlotte siente que unos brazos la levantan, la sacan del comedor y la llevan por el pasillo. Cierra los ojos: el mundo y el dolor no pueden coexistir. El colchón de plumas se hunde bajo su cabeza, y alguien le desliza una almohada bajo la nuca y le sube el embozo.

—Id a comer, queridas —oye decir a Étiennette—. Enseguida estoy con vosotras.

Marthe responde algo, pero Étiennette la hace callar repitiendo que vuelvan al comedor. La puerta se cierra. El cuerpo de Charlotte late al ritmo de las contracciones. La sangre le sube a las mejillas. Dobla las rodillas, acerca los muslos al pecho; la mera idea de estirar las piernas, de tensar el vientre, le provoca náuseas. Los calambres, pacientes, feroces, se acentúan: a la primera dentellada, con su eco sordo, la sucede de inmediato una nueva oleada de dolor, en una cruel toma del testigo. Una sola idea, aterradora, le atraviesa la mente: este dolor no es excepcional, Charlotte lo conoce bien.

Étiennette le pasa un paño húmedo por la frente. No dice una palabra. En el barracón de Biloxi, Charlotte le explicó que, una vez que empezaba el ataque, no había que tocarla ni hablarle. Su amiga no ha olvidado la advertencia.

Una hora después, Charlotte sangra. Étiennette le da palmaditas en la mano. Bajo sus piernas, la textura de la sábana ha cambiado, el colchón está tan húmedo como su piel. Vuelve a cerrar los ojos.

Ha debido de quedarse dormida. Una luz azulada ha invadido la habitación, y los últimos rayos del sol tornasolan la pelliza extendida al pie de la cama. Charlotte no vuelve en sí de inmediato, y cuando lo consigue lamenta haberlo logrado tan pronto. Los calambres han cesado. Tiene el vientre firme, sensible, exhausto. Un cinturón de

dolor le ciñe los riñones. Étiennette, Marthe y las gemelas cuchichean junto a la cómoda.

—Pobrecilla.

—Dos abortos, quién lo habría...

—Se está despertando.

Charlotte se incorpora ayudándose con las dos manos. Levanta consigo la sábana, salpicada de coágulos tan oscuros que parecen planos, sin volumen. No son como los que vio el día que perdió a su bebé.

—No mires —le dice Marthe.

—Déjala tranquila —la interrumpe Étiennette.

Lo que escruta Charlotte no es un niño, nunca lo ha sido. Reconoce de inmediato la sangre menstrual, espesa, viscosa, familiar. No les explica a las otras lo que Étiennette y ella han comprendido en el acto. Se sube el embozo hasta la barbilla y estira lentamente las piernas. Mira la ventana abierta. Las golondrinas aparecen como si fueran las primeras estrellas. Charlotte cuenta una, dos, cinco... Luego, decenas de sombras negras surcan el cielo.

Sangra durante una semana. Étiennette afirma, sin mucha convicción, que no se trata de la regla. Pero la mañana del octavo día, al encontrar el camisón limpio, Charlotte sabe que su amiga se equivoca. Su vientre está muerto; la tristeza y la impotencia la paralizan.

Durante la semana siguiente, sólo sale una vez. Ha oído que quizá llegue un cargamento de los campos de los alemanes, aunque hace semanas que no ha aparecido un barco. La escasez de verduras es

tan acuciante que a los pocos granjeros en situación de venderlas se las robarían antes de poder llegar al mercado. Así que Charlotte va directamente al dique, en la desembocadura del Saint-Louis. No es ni mucho menos la única que espera la piragua. Los pocos puerros y chalotas que consigue comprar podrían tener que alimentarla durante semanas. En misa, cuando vuelve a hacerse el silencio, no recuerda una sola palabra del capellán. Fuera, se abre paso por la plaza de Les Armes, más abarrotada aún que de costumbre. Las garcetas miran a los curiosos con sus ojos de reptil. Detrás de los tenderetes, los pescadores han dejado de pregonar sus capturas, rodaballos y cangrejos. El miedo y la excitación son palpables. Charlotte se dirige al cuerpo de guardia, pero se detiene de inmediato al ver el estrado de madera.

En el centro, hay un chico de pie. Tiene su misma edad, tal vez uno o dos años más, pero es más bajo que ella y está tan delgado que la ropa le cuelga como una túnica. Tiene la tez rojiza, quemada por el sol o el aguardiente. Está vuelto hacia la muchedumbre, pero con los ojos vacíos, inmóviles. Charlotte nunca ha visto a nadie tan tranquilo frente al peligro. Hace una semana ella se habría apresurado a abandonar el lugar, habría evitado a toda costa la violencia que no tardará en cebarse en él. Marthe le había contado la historia de una condesa que había traído al mundo a una niña con una malformación después de presenciar una ejecución estando embarazada. Pero ella no espera ningún bebé. Quedándose allí, no le hace daño a nadie, sólo a sí misma.

Oye la lista de acusaciones: el reo ya era un criminal en Francia, lo habían deportado desde La Rochelle, así que no es de extrañar que

robara y matara la vaca de un terrateniente. Pasará tres años en presidio y lo azotarán durante tres días.

A Charlotte le tiemblan las piernas, pero se obliga a no moverse de allí. El dolor del condenado tiene un principio y un fin, mientras que el suyo parece interminable. Oye llover los latigazos hasta hacerlos suyos. Cuando lo arrastran hacia la prisión, tiene la espalda hecha un amasijo de carne y sangre. Las heridas parecen algas viscosas; se curarán, pero las cicatrices no se borrarán jamás.

Después de ese día, Charlotte se queda en casa. No quiere ver a nadie. Al anochecer, el olor del delta, dulzón, líquido, llena la casa. A veces oye a Baguette, tambor oficial de la guarnición de la ciudad, practicando en la casa de al lado. Entre aguacero y aguacero, Charlotte se refugia en el huerto, entre las empalizadas empapadas, roídas por las nutrias. Empieza a cantar, pero lo deja enseguida. Hasta su voz parece enterrada en su garganta. Se sienta fuera y, con las mejillas embadurnadas de citronela para ahuyentar a los mosquitos, se queda allí lo más tarde que puede. Las noches de verano hay una luna que se parece un poco al sol: grande y rojiza. Charlotte pasa las horas viéndola palidecer, como si se cansara.

Le gustaría que Louis estuviera allí. Es la única persona con la que podría compartir su decepción. Étiennette tiene demasiadas distracciones para escucharla. Pétronille desapareció en un bosque lejano, cerca de un fuerte con nombre de mujer. Y Geneviève no cuenta: en París enseñaba a otras chicas lo que el cuerpo de Charlotte ejecuta a la perfección.

Cuatro días después del final de su periodo, llaman a la puerta. Aparta los tallos de judías con el dorso de la mano y aguza el oído.

Louis no tiene previsto volver hasta la tercera semana de agosto. Al abrir, encuentra a Marthe con los ojos clavados en un hormiguero.

—Quise venir antes —le dice siguiéndola dentro—, pero Étiennette me repitió que preferías estar sola.

—Es verdad. —Charlotte echa la verdura en la olla, y el agua se calma de inmediato—. ¿Qué quieres?

—Saber cómo te encuentras —responde Marthe sentándose en una silla—. Yo también he estado reflexionando sobre lo que te pasó.

—Pero si ni siquiera sabes qué fue.

Marthe pone cara de sorpresa. Sacude la cabeza.

—He pensado otra cosa.

Charlotte se inclina sobre el fuego. Está cansada de remedios extravagantes. No quiere volver a oír majaderías, como echarse sal sobre un pecho para saber si se espera una niña, y apostaría lo que fuera a que mezclar vino con testículos de liebre secos nunca ha ayudado a nadie a traer al mundo a un varón.

—Puede que la causa de todo esto sea tu marido —dice Marthe.

Charlotte se vuelve hacia ella.

—No —responde.

Louis es bueno, está lejos, quizá podrían hacer el amor más a menudo. Pero la única responsable es ella, que echó a perder el breve milagro de su único embarazo. Nunca se le ha pasado por la cabeza que la culpa sea de él. Con otra mujer, sería padre desde hace tiempo.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —replica Marthe.

Charlotte se encoge de hombros. Durante los últimos dieciocho meses, la debilidad de su cuerpo se ha vuelto tan familiar que ha

acabado por definirla. Algo dentro de ella le dice que debe defender y proteger a esa esposa incompetente, a esa chica incapaz de cumplir la misión que le confiaron. La señorita Pancatelin, la directora de la Salpêtrière, no tendría que haberle hecho caso. Luego aparece Marthe sugiriendo que aún podría ser madre, que tal vez no sea la culpable.

—¿Cómo podría saberlo? —no puede evitar preguntarle Charlotte.

Marthe le dedica una sonrisa triste.

—Me temo que ya lo sabes.

La fiesta de Étiennette se celebrará dos días después de la Asunción. Nunca ha invitado a tanta gente a su casa de la rue de Chartres, y en una colonia donde los víveres escasean tan a menudo, semejante velada parece un disparate, pero la escasez no afecta por igual a todos, y menos al señor Feuger. Las abundantes lluvias de los últimos meses han echado a perder parte de las cosechas: ayer, en el mercado, Charlotte no se podía creer los precios. Compró lo que pudo y procuró no pensar en el próximo invierno. Se prometió que a Louis no le faltaría de nada.

Es un alivio que él no pueda asistir a la fiesta, aunque le avergüenza pensarlo. Si Étiennette le presta algo de ropa, será más fácil ocultar el trabajo de su marido, su olor a pescado y su escaso sueldo, que apenas consigue poner el pan en la mesa y vestirla de lino. No quiere que Louis la acompañe. En la fiesta habrá otros hombres. Recuerda la conversación que oyó desde la esquina de un pasillo en casa de Étiennette. El señor Feuger y sus socios hablaban de monjas y prostitutas y hacían comentarios sobre el escote de la

gemela más alta. Charlotte se pregunta si alguna vez hablan de ella. No se saca de la cabeza el consejo de Marthe.

El 15 de agosto asiste a la misa de la Asunción. Los efluvios del incienso le hacen cosquillas en la nariz. Se ha retirado una hilera de bancos para que cupieran todos los fieles. Tener la iglesia abarrotada debería tranquilizar a los capuchinos, que, según Louis, están desesperados por la poca fe de los colonos. Pronto, Charlotte no será mejor que ellos. Ese día reza con fervor. No pide perdón por sus sentimientos hacia Étiennette, ni por su vientre maldito, sino por el pecado que quizá está a punto de cometer. Pero la Virgen no tiene misericordia con las adúlteras.

El día de la fiesta, el cielo está nublado y Charlotte se levanta con migraña. Se arregla en casa de Étiennette, que le deja un vestido de seda azul con bordados que al instante teme estropear. Con la cara embadurnada de maquillaje, su amiga le tiende el carmín, las peinetas, una brocha, y luego empuja hacia ella una cajita con grabados.

—¡Vamos, coge una mosca!

Aunque parezcan simples insectos, Charlotte sabe que esos falsos lunares de tafetán negro son mucho más complejos de lo que sugiere su nombre. Tienen un lenguaje propio, sobre el que Charlotte no sabía nada en la Salpêtrière. Un trocito de tafetán pegado con goma en medio de la mejilla, como el que lleva su amiga, indica un temperamento galante. Una mosca sobre el labio superior es un signo de coquetería. Charlotte coge una y se mira en el espejito fijado al interior de la tapa. Los polvos blancos apenas disimulan sus pecas. Se coloca el trocito de tafetán en la sien, cerca

de la ceja, y muestra a Étiennette su otro perfil. Su falso lunar, colocado junto a la comisura del ojo, indica un carácter apasionado.

Una criada se ocupa de su pelo. Los bruscos movimientos de la chica tiran de su cuero cabelludo, pero Charlotte no se queja. Abajo, están moviendo los últimos muebles para que se pueda bailar. Se oye al único pastelero de Nueva Orleans echando pestes de los niños. Los músicos afinan sus instrumentos. Se supone que ella cantará al principio, aunque confía en que a Étiennette se le haya olvidado. La cocinera grita a un pinche que se dé prisa. Fuera, se cierran las puertas de un carruaje. Étiennette se aparta de la ventana y se mira en el espejo por última vez.

—Ya están aquí —dice.

Los recién llegados son el lugarteniente real y su mujer, ambos esbeltos y taciturnos. El resto de los invitados los sigue de cerca. Marthe y su marido, otros cinco hombres de negocios, dos viajeros, algunos empleados de la Compañía, que han venido con sus mujeres, miembros del gabinete del gobernador, un capitán, tres oficiales solteros. Sus conversaciones ahogan la música. En las mesas, las avispas se pasean por la carne, las fresas rezuman jugosas y la cera se endurece en los manteles. Las mujeres remueven el aire con los abanicos y diseminan un olor a licor y polvo para peluca con aroma a naranja. Los tontillos de sus vestidos son tan anchos que una invitada ha escondido en el suyo un perro diminuto, que no para de gañir tras las varillas de costilla de ballena hasta que lo liberan. El señor Feuger apenas deja la esquina en la que charla con sus compatriotas canadienses. Étiennette está en todas partes. Presenta sus hijos a señoras extasiadas, se los

devuelve a la nodriza, sirve vino a una pareja que ya tiene las mejillas encendidas, coge del hombro a Charlotte.

—¿Qué llevas ahí? —le susurra mirándole la sien.

La mosca le arde en la piel. Su estómago suelta un gruñido, ahogado al instante por el guirigay del salón; no ha podido probar bocado en toda la tarde. Lanza una mirada a Marthe, que baja los ojos y los clava en su bolsito de crin.

—¿No es usted la encantadora *mezzo* a la que ya he tenido el placer de oír? —pregunta un hombre detrás de ellas.

La cabeza del oficial sobresale entre la muchedumbre. Es un amigo del señor Feuger con el que Charlotte coincidió un par de veces en casa de Étiennette, en Biloxi. Tiene una sonrisa cálida, cuello de toro y los ojos húmedos a la luz de las velas. Le besa la mano. Charlotte tiene la boca seca; Étiennette no le quita el ojo de encima.

—Hace bien en guardarse la voz —añade el invitado, que le guiña el ojo y señala a la asistencia con un gesto de la barbilla—. La están esperando.

La música ha cesado. Una criada cambia las velas que ya se han consumido. Con los dedos en el arco, uno de los violinistas la sigue con la mirada.

—Quítatela —le susurra Étiennette.

Pero ya es demasiado tarde para deshacerse del trocito de tafetán. Los invitados le abren paso. En lo alto del pequeño estrado, los músicos apartan sus instrumentos y la saludan discretamente. Los rostros se desdibujan. Charlotte intuye junto a su ojo izquierdo el relieve oscuro de la mosca, visible para todo el mundo. Piensa en Louis, navegando en aguas lejanas, en todo lo que no sabe.

—Quería cantar «Que les oiseaux de ce bocage», ¿verdad? —le pregunta el clavecinista, que se contorsiona en su asiento hasta quedar frente a ella.

—Sí, por favor. De D'Ambruis.

El músico asiente. Poco a poco se hace el silencio, aunque no sea total. Charlotte se mira las uñas, cortas, las flores bordadas de su vestido, que no es suyo. Suenan las primeras notas y, luego, los violines se unen al clavecín. Charlotte espera al segundo compás. Cuando empieza a cantar, lo hace en un tono tan grave que parece imposible que consiga alcanzar la octava correcta. Sube prudentemente con los ojos fijos en el techo, lejos del público. Le gustaría que su voz desviara la mirada de la gente del mensaje que lleva escrito en la sien.

Y lo logra mientras dura la canción. Sobre el escenario, sabe colocar los hombros para favorecer la respiración y sus manos en el sitio donde no la estorbarán. Los músculos de su abdomen siguen el ritmo de su respiración. Su vientre quizá se niegue a darle hijos, pero nunca la ha traicionado mientras canta. Por una vez, puede confiar en su cuerpo, que sabe transformar el aire en sonido, en palabras, en música. No ha cantado así desde hace mucho tiempo, y está un poco mareada.

Los aplausos suenan antes de que haya acabado. La música se desvanece gradualmente; los músicos se yerguen detrás de sus instrumentos. Alguien pide otra pieza, pero Charlotte sacude la cabeza. No quiere estar en el estrado, expuesta a las miradas.

Se abre paso entre la gente sonriendo a quienes la felicitan. Los pasteles se han estropeado, las pipas sueltan humo, los polvos ceden ante el sudor. Cuando se toca la sien húmeda, el falso lunar

ha desaparecido. Avanza hacia la oscuridad, que adivina tras la puerta entreabierta, respirando un poco mejor a cada paso.

Fuera, las cigarras no dan tregua al silencio. El huerto es noche, higos, estrellas. Charlotte se detiene bajo el jazmín. Su corazón se ha calmado al fin.

—Has estado muy bien.

Étiennette se arregla el vestido, que le ha costado hacer pasar por la puerta. La luna le ilumina la espalda y le oscurece las facciones.

—Me lo he quitado —dice Charlotte tocándose la comisura del ojo.

—El calor se ha deshecho de él por ti. O la música, tanto da. —Étiennette espanta un mosquito con la mano—. ¿Por qué te lo has puesto ahí?

—No lo entenderías.

—¿El qué? ¿Que estés dispuesta a engañar a tu marido? No, tienes razón, seguramente, no. —Étiennette echa un vistazo a las ventanas entreabiertas, a las siluetas que se mueven entre las velas. Una mujer ríe tan fuerte que acaba tosiendo—. Yo preferiría que me compadecieran a que me despreciaran.

—Puede que no necesite tu compasión. Puede que el problema no sea yo.

—¿Es otra de las brillantes ideas de Marthe?

Charlotte parpadea en la luz cerosa y se encoge de hombros. Está agotada. Quiere irse a casa. Da unos pasos por el césped; resbala con los higos caídos.

—Sólo intento protegerte —continúa Étiennette—. Eres mucho más fuerte que todo eso. —Le pasa el brazo por debajo del suyo, como hacía de niña en la Salpêtrière—. Si no, aún seguirías

susurrando tonterías, como cuando llegamos a Biloxi. ¿Te acuerdas de lo que hiciste esa noche?

Las palabras de Étiennette le caen como un mazazo en el pecho, en el vientre, no perdonan ninguna parte de su cuerpo. Escruta el rostro de su amiga buscando una expresión familiar, algo que pueda cerrar la brecha que se ha abierto entre ellas. Pero Étiennette sonríe, y la distancia se agranda. Charlotte mira un lecho de flores negras infestado de luciérnagas. Hasta ahora, todo lo que quedaba de aquella noche de enero era la respuesta de su amiga: si Étiennette no se hubiera expresado con tanta claridad, ella podría haberlo soñado. Pero no, no se ha inventado lo que siente cada vez que la visita, las palpitaciones entre los muslos, la sangre que le arde en las mejillas, la flojera de las piernas. Para Étiennette, nada de eso existe. Los sentimientos de Charlotte pertenecen al pasado, a una mente trastornada.

Qué débil te parecería si supieras cuánto te quiero, se dice Charlotte. Pero no puede perder una y otra vez; necesita creer que un día cambiará. Se vuelve hacia Étiennette, que sigue sonriendo. La luz de la luna crea extrañas sombras en su rostro.

—No, no me acuerdo de nada.

8

Geneviève

Territorio de los illinois, mayo de 1726

La hija de Geneviève no deja de balbucear en el camino del cementerio de Prairie du Rocher. Mélanie intenta preguntar si su padre no tendrá miedo a la oscuridad bajo esa tapa de roble. Desde la muerte de Pierre, hace ya tres días, Geneviève tampoco ha parado de hacerse preguntas, pero ahora ya no le preocupa la organización del entierro ni saber si habría podido salvar a su marido, sino lo que ocurrirá después, cuando esté enterrado y ellas hayan vuelto a la casa que Pierre le ha dejado en herencia a Mélanie. Envidia la tristeza sencilla e inconsolable de su hija. Ayer, al ver el ataúd por primera vez, la pequeña rompió a llorar, y ella, para calmarla, le contó una historia. Le dijo que una vez bajo tierra el ataúd volvería a transformarse en roble. Las tablas se convertirían en raíces y de ellas brotaría un árbol invisible cuyas ramas formarían unas escaleras altas y retorcidas que ascenderían hasta las nubes.

Geneviève no ha tardado en darse cuenta de que debería haberse callado. En la tierra de los illinois, no faltan robles. Al salir de la iglesia, Mélanie, señalando sus troncos imponentes, le suplicaba que

la ayudase a subirse a ellos. Dentro de un mes cumplirá cuatro años. No seguirá creyéndose esa fábula mucho tiempo.

Con el velo, Geneviève debe esforzarse para no tropezar. La luz atraviesa el tejido con dificultad: la cara redonda de su hija está cubierta de dibujos negros, y la mañana de mayo, teñida de una claridad grisácea. Cuando la niña empieza a agitar los brazos, Geneviève sabe perfectamente a quién hace señas: a su cuñada, su marido y sus cinco hijos. Al final de la misa, Laure le ha puesto una mano maternal en el hombro y le ha colocado bien el velito que le compraron su marido y ella, junto con el resto de su ropa de luto. La dote de Geneviève no le permite pagar ni siquiera unas prendas tan austeras, pero la idea de estar a merced de su cuñada la exaspera. Le gustaría no tener que pedirle nada. En cambio, Laure está encantada: tiene treinta y cuatro años, pero le gusta tratar a Geneviève como si le llevara veinte en vez de seis. A Geneviève no le molesta reconocer que la hermana de Pierre, nacida y criada en Canadá, está mejor preparada para vivir en el territorio de los illinois. Estos bosques insondables le son familiares, conoce bien los inviernos glaciales que azotan el sur del lago Michigan hasta la confluencia de los ríos Kakaskia y Saint-Louis, donde se alzan el fuerte de Chartres y Prairie du Rocher y donde Geneviève vive desde hace cinco años.

Pero Laure nunca ha surcado el océano ni atravesado pantanos; nunca ha visto una morera ni olido un campo de lavanda. Jamás conocerá otra cosa que estas fértiles praderas en las que prosperan los cereales y a las que consiguió hacer venir a Pierre en julio de 1721. Que su adorado hermano accediera a instalarse tan cerca de ella es una victoria que todavía celebra.

Geneviève se detiene al fin junto a un grupo de árboles. Allí sólo hay un puñado de tumbas; la mayoría, marcadas por simples cruces torcidas por el viento. El sacerdote les ruega que se acerquen, aunque Geneviève no recuerda haberlo visto caminar junto a ellos.

—Admítelo, en el Sur habría sido imposible un entierro digno de ese nombre —murmura Laure a su derecha.

Geneviève mira la fosa y deja a Mélanie en el suelo. Su cuñada se ha pasado los últimos cinco años recordándole las innumerables ventajas que ofrece el territorio de los illinois. Aquí no hay huracanes ni pan de maíz, sino un cielo azul, buena harina de trigo y una tierra lo bastante seca para que la menor crecida no desentierre los cadáveres.

—Vuestro invierno tampoco habría permitido un entierro así —responde Geneviève.

—Veo que ni siquiera en estas circunstancias puedes morderte la lengua.

Geneviève no ha llorado una sola vez desde que Pierre cayó enfermo, después de haber estado en el poblado de los illinois. Volvió al anochecer, con un ojo hinchado y una herida larga y profunda en la mano. Cuando le abrió la puerta, Geneviève no podía imaginar que Pierre estaría muerto antes de terminar la semana porque la infección se le propagaría del pulgar al brazo y del hombro al corazón. Esa noche, su marido hizo oídos sordos a sus preguntas. Le contó que había jugado una partida de *lacrosse* con los illinois, y ella no pudo disimular su enfado: creyera lo que creyese, él no era como esos hombres, ni lo sería nunca. Acabaría por hacerse daño de verdad. Estaba harta de que desapareciera durante días.

Esa noche les dio tiempo a enfadarse y reconciliarse. La gangrena no se había manifestado, y Geneviève aún no buscaba protegerlo.

Pierre siempre se mostraba increíblemente sensible al dolor de los demás —la uña encarnada que hizo sufrir a Mélanie durante días, el codo dislocado del hijo del vecino—, pero, cuando estaba con los illinois, lo que le pudiera pasar a él lo traía sin cuidado. Le fascinaba su cultura. Durante los primeros meses en la Alta Luisiana, se había esforzado en aprender su lengua y familiarizarse con sus costumbres, lo que le había dado fama en Prairie du Rocher. Primero, como comerciante, y más tarde, a medida que perdía el interés por los negocios y el dinero, como guía e intérprete. Ese año, desde que los illinois habían vuelto de sus campamentos de invierno, Pierre pasaba la mayor parte de su tiempo con ellos. Antes del accidente, incluso planeaba salir a cazar con un grupo de guerreros y quedarse con ellos cinco semanas. Siempre se inventaba alguna excusa para ir a sus poblados y retrasar todo lo posible la vuelta a casa. Geneviève no tenía ningún sitio al que ir. Las excursiones de su marido no hacían más que recordarle lo pequeño que era su mundo, la libertad que nunca conocería, ni siquiera después de haber cruzado un océano.

El entierro se le ha hecho eterno. Ha visto a los hombres bajando el ataúd a la fosa y oído los rezos del cura, aunque éste hablaba en voz tan baja que apenas entendía lo que decía. Cuando se ha callado, el silencio no ha sido total: los pájaros seguían cantando. Geneviève se ha obligado a echar un vistazo a la tierra removida, al rectángulo irregular excavado en ella. No conseguía relacionar el rostro deforme

de Pierre con la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Veía a los hombres cubiertos de sudor, oía los sollozos de Laure y de su familia. Ella no sentía nada. Las cosas eran exactamente lo que eran, y carecían de sentido. El ataúd, una simple caja de madera cubierta de puñados de tierra. La modesta asistencia, parientes que se reúnen un día soleado. Ella, una mujer en medio de la hierba alta.

Le parecía imposible que Pierre se encontrara bajo sus pies. Debía de estar en algún otro sitio, en las praderas, en uno de esos campos de fresas donde los tábanos acosan a los bisontes y los ciervos.

Después del entierro, en casa, Geneviève reconforta a Mélanie con una bebida caliente. Sumerge una cucharada de jarabe de arce en un cuenco de leche hirviendo y, advirtiéndole que tenga cuidado, contempla a su hija, que apoya los labios en el borde con cara triste y se quema la punta de la lengua. La niña bebe sin apartar los ojos de ella, como si temiera que se fuera. Luego, cuando Mélanie se acuesta y ella se sienta delante de la chimenea, las cosas ya no son simplemente lo que son. Cada objeto, cada mueble la hiere a su manera. En este sillón en el que está, solía esperarlo. Ese plato agrietado era su favorito, aunque ella no entendía por qué. El arco apoyado en la chimenea le recuerda las horas que él pasó tallando la madera mientras le repetía a Mélanie que no era un juguete. Deja caer la cabeza en el respaldo y cierra los ojos. Pierre nunca más le acariciará los rizos, nunca volverá a tocar el hueco entre sus dientes, nunca jurará que reconocería su sonrisa entre mil. No volverá a acompañar a Mélanie fuera para que le dé las buenas noches a la luna. Geneviève sólo ha conocido Luisiana con él, o casi.

Trata de recordar lo que él le contó sobre las costumbres funerarias de los illinois. Imagina cazuelas y hachas pasando de

mano en mano; a los miembros de la familia del difunto intercambiando regalos con sus allegados; guerreros desnudos representando escenas de batalla y cortando cabelleras de enemigos invisibles en honor de un jefe muerto. Imagina a mujeres llorando en sus chozas, quisieran o no a su marido.

Ha tardado meses en aclimatarse a la tierra de los illinois. Durante su primer verano en Luisiana, vio partir a Pétronille como si eso sólo les ocurriera a las demás, como si su periplo hubiera acabado en el momento exacto en que se casó con Pierre. Esa mañana, en la playa, Geneviève estaba tan aliviada al ver viva a su amiga que no comprendió que su partida sería otro duelo.

Unas semanas más tarde, Pierre ya preparaba su propio viaje. Le contaba cosas de su hermana y su cuñado, que se habían trasladado de Canadá a la Alta Luisiana. Para Geneviève fue una sorpresa enterarse de que su marido tenía una hermana con la que además no tardarían en reunirse. En su mundo no había sitio para padres, madres ni hermanos. Le habían dicho que venía sola a Luisiana: su familia empezaría allí.

Pierre se refería a la tierra de los illinois como una región mucho más hospitalaria que Biloxi o Mobile. Le hablaba de las ventajas de las parcelas que se concedían allí, infinitamente más fértiles que esos arpendes de terreno pantanoso de los que nunca se obtendría nada. Le repetía que allí el calor sería soportable y el frío menos implacable que en Quebec. Además, el mando de esa región se le había encomendado a un canadiense, Pierre Dugué de Boisbriand,

gobernador del territorio de los illinois, toda una garantía, según Pierre.

La confianza de Geneviève menguaba con cada anécdota. Aquellas historias le recordaban los rumores que corrían en la Salpêtrière, donde sólo se cantaban alabanzas sobre estas tierras, consideradas un lugar extraordinario donde se cumplirían todos sus sueños. Pero aquellos ocho meses en Biloxi sólo le habían confirmado lo que ya sospechaba. Ella nunca podría reinventarse en aquel nuevo continente.

Cuando llegó el momento de subir a la piragua, hizo lo único que podía hacer. Se adaptó, una vez más.

Desde el entierro, no puede dormir. Tumbada en medio de la cama, Mélanie respira ruidosamente. Geneviève mira el techo, oye los murmullos de ese bosque dotado de voz, de esa noche llena de animales a los que ha acabado acostumbrándose. Echa de menos a Pierre, pero lo que la mantiene desvelada no es la tristeza sino el rencor. En cierta forma, comprende por qué le ha dejado la casa a Mélanie: quería que la propiedad fuera de su hija, no de los posibles vástagos de un segundo matrimonio. Pero nunca habría imaginado que pudiera dejarla en una situación tan precaria, como una viuda provista de una dote que apenas basta para sobrevivir unas semanas.

Viuda. La palabra todavía le suena extraña. Cuando acabe el periodo de luto, tendrá casi treinta años. No puede evitar hacer cuentas: un año y seis semanas vestida de negro, tres comidas diarias para dos personas, un invierno en el territorio de los illinois.

Vuelve a ver a su padre, en París, aporreando la puerta de la iglesia con las manos entumecidas por el frío. La miseria mató a su familia. No se llevará a su hija.

Al llegar allí, Geneviève nunca pensó que un día le faltaría el dinero. Pierre tenía ahorros y no era un manirroto. Hablaba poco, pero de forma clara y concisa, y los illinois apreciaban su sobriedad. Había construido una casa sólida, utilizado madera de cedro para el tejado y traído de sus poblados recetas para cocinar el maíz y secar las calabazas tan meticulosamente que se podían comer durante un año. Le había presentado a su familia, lo que sería una suerte inmensa si Laure fuera de otra manera. Siempre ha sabido lo que su cuñada piensa de ella: es una forastera, una francesa con un pasado oscuro y, por tanto, sospechoso, una sorpresa desagradable llegada del Sur cuando Pierre aún lloraba la muerte de su mujer canadiense. A nadie, aparte de a Laure, le había escandalizado verlo casarse tan pronto. Los viudos no estaban obligados a nada. Para su cuñada, Geneviève nunca estaría a la altura de aquella primera esposa, a la que Laure había tomado bajo su protección mucho antes de que su hermano pidiera su mano.

Geneviève no formaría parte de la familia. Y ahora que Pierre no está y que sus bienes pertenecen a Mélanie, aún menos.

Su hija no sabe nada de todo esto. Con los ojos entornados, juega con los cabellos que se le han caído durante la noche. El sol ya está alto y la habitación inundada de luz.

Una hora después, Laure llama a la puerta. La acompañan sus dos hijos más bulliciosos, un chico y una chica de siete y ocho años que podrían ser gemelos. Geneviève los ha oído llegar: siempre cantan himnos religiosos por los senderos de Prairie du Rocher. En el

huerto, Laure desdobla un paño lleno de galletas. Para ella, Geneviève siempre tiene la despensa vacía.

—¿Quieres, tesoro? —le pregunta a Mélanie.

—Acaba de desayunar —la informa Geneviève.

Su cuñada hace como quien oye llover. Le tiende una galleta a su sobrina.

—¿Cómo está? —pregunta mirándola, como si la niña fuera sorda.

Geneviève sacude las migas del vestido de su hija.

—¿Cómo estás? —le dice.

La niña mira a una y a otra como si la respuesta estuviera en sus caras.

—Echo de menos a papá.

—¡Claro! —exclama Laure, y la sienta en sus rodillas.

Geneviève tiene que morderse el labio inferior para no intervenir.

—Sería mucho más feliz si tuviera hermanos y hermanas.

Es uno de los temas de conversación favoritos de Laure, una forma de afirmar su superioridad sobre Geneviève en tanto que madre de cinco hijos. Unos meses después del nacimiento de Mélanie, Laure empezó a interrogarla sobre aquel segundo bebé que no llegaba.

—¿Todavía nada? —preguntaba, consternada.

Por Pierre, su adorado hermanito, seguro que no era.

Pronto las preguntas dieron paso a miradas inquisitivas: en aquel matrimonio, en aquella mujer, había algo que no funcionaba.

Geneviève tampoco se explicaba esa tardanza. Se había hecho ilusiones más de una vez: retrasos en la regla, una semana con náuseas. Pero, al final, nada. El embarazo de Mélanie había sido una sorpresa. Después de lo que su cuerpo había soportado en París, no

sabía si un día podría ser madre. Su aborto —y la ayuda que había prestado a otras chicas en casa de la señora y a Pétronille, durante el viaje— era uno de los secretos que había conseguido ocultar.

Pero su cuñada no necesita saber la verdad para considerarla una amenaza.

—Temía que estuvieras demasiado abatida para ocuparte de ella —dice.

Luego, deja a Mélanie en el suelo, le da unos toquecitos con el pañuelo en los labios manchados de miel y empieza a pasar revista a las viudas que se han vuelto locas. Una prima lejana, que se negaba a comer y se desmayaba en cuanto pronunciaban el nombre de su marido. Una mujer de Trois-Rivières, que se pasaba el día sollozando y se había reído de su confesor. Una chica de Quebec, que había guardado el corazón de su marido en un aparador y se quedaba arrodillada ante él siete horas al día.

—Pero dudo que a ti te pase algo así —concluye Laure.

—¿Preferirías que me burlara de nuestro párroco y me pasara el día llorando?

Laure parpadea y señala a la niña con un rápido movimiento de barbilla.

—Nada de eso la alimentará.

—Trabajaré.

—¿Estando de luto?

—Si no puedo comer, no veo cómo podré llorar a mi marido.

Su cuñada pone cara de pena. Se levanta y se acuclilla junto a Mélanie.

—Cuándo tu madre tenga que ausentarse, ¿te gustaría estar con tus primos?

Mélanie mira a Geneviève con los ojos azules muy abiertos y expresión preocupada.

—¿Adónde vas?

—A ningún sitio —responde Geneviève con un nudo en la garganta—. Ven.

Le coge la mano y siente sus dedos calientes, pringados de mantequilla, apretando los suyos. Laure ya ha abierto la puerta de la cerca.

—¡Si cambias de opinión, avísame! Cinco niños o seis, ¿qué diferencia hay?

En el Sur, Geneviève jamás se habría encontrado en esta situación. Le habría pedido a Étiennette, o incluso a Charlotte, que se ocupara de Mélanie. Sabe que hace cuatro años, cuando Nueva Orleans fue elegida capital, muchas familias se mudaron allí desde Biloxi, y a veces imagina a Charlotte y Étiennette en ese villorrio. Ella paró allí de camino a Prairie du Rocher; en esa época, sus míseras cabañas se hundían en el barro y los cerdos retozaban al sol en medio de calles que no merecían llamarse así. Pero se dice que la han reconstruido y que ahora es una auténtica ciudad. Geneviève se imagina yendo allí con Mélanie e instalándose en una casita cerca del delta.

Mira a su alrededor: la rue de Cahokia y el fuerte de Chartres, con sus maltrechas empalizadas, sitiadas por el agua cada vez que el río Saint-Louis se desborda. Puede soñar todo lo que quiera; morirá allí, como su marido.

Las viudas deben llorar, pero dentro de un orden. Aunque tienen motivos para estar contentas —ahora, liberadas del pecado de la carne, pueden entregarse en exclusiva a Cristo—, tampoco deben parecerlo. Deben evitar al sexo opuesto y, sobre todo, no aprovechar lo que aprendieron con sus maridos para seducir a otros hombres. Las que no se vuelven a casar, ¡unas santas!, se convertirán en ejemplos de modestia, compasión y castidad.

Quince días después del entierro, Geneviève asiente al oír esas palabras en boca del cura, la mujer del vecino y la hermana del carnicero, que ha venido a traerle unas costillas de cerdo. Sólo quieren su bien. Pero Geneviève sabe que no tardarán en olvidarse de ella. En una semana, estos favores se habrán acabado, ya no le traerán nada, ni pollos desplumados, ni corazones de lechuga, ni huevos manchados de tierra. Seguirán diciéndole lo que debe hacer, pero sus palabras no le darán de comer.

Ya ha vendido la yegua y, si no le queda otro remedio, siempre se puede deshacer de las flechas, las pieles y las prendas de lana de bisonte de Pierre. Pero preferiría esperar al invierno. De momento, buscará un trabajo, el que sea. La idea de volver a trabajar hace que se sienta en el centro de su propia vida. Está de nuevo en Provenza, en París, encorvada entre Amélie y las lavanderas, cerca de la ciudad, que se refleja en el río. Puede que la chica capaz de trabajar doce horas diarias no haya desaparecido del todo.

Cuando empieza a buscar, topa con miradas de incomodidad. La panadera busca un aprendiz, pero más joven. El tintorero la oye hablar de las curtidurías de la orilla del Bièvre, pero acaba diciéndole que las pieles de Luisiana no se parecen en nada a las que ella manejaba en Francia. Geneviève comprende: una joven viuda

debería quedarse en casa, rezar y educar a sus hijos en la fe cristiana.

Al final, la solución llega de la mano de Laure, aunque Geneviève habría preferido que se la ofreciera cualquier otra persona. Cuando hace un mes que busca trabajo, su cuñado ha ido a llevar una decena de toneles a casa del señor de Monreuil, gobernador de Prairie du Rocher, donde ha oído decir que la cocinera necesita ayuda. Como es lógico, ha pensado en ella de inmediato. Al menos, es lo que dice su cuñada.

—Mi ofrecimiento sigue en pie —añade antes de irse—. Déjame a Mélanie cuando quieras.

Geneviève se lleva a su hija a casa del gobernador. En Luisiana, nunca había visto unas cocinas tan grandes; la boca de la chimenea es tan alta como ella. Al entrar en la despensa, al principio teme no conseguir aclararse con aquella acumulación de tarros de mermelada, conservas de fruta y hierbas aromáticas. Los olores a comida la agreden. Ya no estaba acostumbrada a esa abundancia, que, al principio, la hace salivar, pero acaba revolviéndole el estómago. La jefa de cocina, asombrosamente delgada, es una mujer de genio vivo que rara vez dice más de tres palabras seguidas.

—¿Tranquila y obediente? —le pregunta clavando los ojos en Mélanie.

—Desde luego —responde Geneviève, y la cocinera señala un banco junto a la puerta.

Durante las semanas siguientes, es allí, entre dos sacos de harina, donde Geneviève encuentra a Mélanie dormida después de pasarse

horas jugando en los patios de la granja con los hijos de los otros criados.

Ahora, cuando las visita Laure, Mélanie le recita la lista de sus nuevos amigos, y Geneviève no puede disimular su sonrisa. Una decena de compañeros de juegos no tiene nada que envidiar a unos cuantos hermanos y hermanas. Cuando su cuñada le pregunta si no es peligroso dejarlos vagabundear de ese modo, Geneviève le responde que los niños nunca están solos. Laure frunce el ceño.

—Esto acabará mal.

En el mundo de su cuñada, nada acaba bien.

Geneviève no ha visto ni al gobernador ni a su mujer. Los cuencos de caldo de chirivía y los platos de carne de bisonte salen de la cocina impecables y regresan medio llenos. Geneviève se mete las sobras en el delantal y se las lleva a casa.

Las otras mujeres se muestran reservadas con ella. Al principio, miran su ropa negra. Una le pregunta cómo se llamaba su marido y niega con la cabeza. Geneviève no acaba de saber si es que nunca ha oído hablar de Pierre o si lamenta su fallecimiento.

—¿El hombre que sabía hablar la lengua de los illinois? —le pregunta una aprendiza de pastelera, y añade que su tío lo ponía a menudo como ejemplo, aunque no dice de qué.

La chica vuelve al trabajo, corrige la posición de los dedos de Geneviève en el mango del cuchillo para que no se corte y, luego, mira a Mélanie, entretenida en el banco con unas figuritas de pasta. Le da unos trocitos de tomillo para que le haga la boca, la nariz y los ojos.

A finales de junio, la jefa de cocina anuncia la llegada de unos visitantes canadienses, invitados de mucha categoría, amigos del

gobernador del territorio de los illinois, e incluso del gobernador de Luisiana, el señor Dugué de Boisbriand. Solteros a los que habrá que entretener. Menciona banquetes, partidas de caza y bailes, que para ellos, los criados, no significan más que trabajo: presentarse al amanecer, desplumar la volatería, limpiar enormes barbos que aún huelen a río, abrir jarras de aceite de oso, sacar las mejores botellas de la bodega...

—Parece que llegarán la semana que viene, mucho antes de lo previsto —advierte la cocinera, y añade—: Malditos vientos del lago Michigan.

Malditos vientos del lago Michigan, se repite Geneviève durante los siguientes días. Los músculos le duelen tanto como a bordo del barco lavadero, en París. El olor a comida ya no la abandona; impregna su pelo y su ropa y se le pega a la piel. Cuando por fin se tumba, al anochecer, siente el cansancio descendiendo en cascada por su espalda. Mélanie, acurrucada junto a ella, le pregunta si ya es hora de irse.

Al final de la semana de preparativos, su hija no la espera junto a la puerta. Geneviève se ha pasado la tarde amasando pan, y parece que el sol no vaya a ponerse nunca. No siente los antebrazos y las manos le tiemblan. No se preocupa al ver el banco vacío: a veces los niños ayudan a la hermana del herrero a encerrar las aves de corral al anochecer. Pero la chica está sola, atareada delante del gallinero. Detrás de las tablas de madera, las gallinas cacarean suavemente.

—¿Has visto a los niños esta tarde? —le pregunta Geneviève.

—Han preferido el río al corral —responde la mujer encogiéndose de hombros.

El aire fresco del crepúsculo le araña la garganta. Cuando llega el buen tiempo, también les gusta seguir a las lavanderas hasta el río Kakaskia. Geneviève ha sido muy clara con su hija: no puede ir con ellos, las corrientes son muy peligrosas, y las mujeres están demasiado ocupadas para vigilar a tantos críos. La mayor de la pandilla —Rosie, una chiquilla de doce años que empezará a trabajar en la cocina el mes que viene— le prometió que le llevaría a Mélanie si decidían alejarse del patio. Pero hoy no ha sido un día particularmente caluroso, y nadie ha venido a avisarla de nada.

Geneviève toma el sendero que lleva al río. Agacha la cabeza bajo las ramas de los ciruelos mientras sus frutos, todavía duros, ruedan bajo sus pies. El azul crepuscular de los árboles se cierra sobre ella. Se dice que es una idiota y una irresponsable; resucita esa vocecilla maliciosa que no había oído desde que dejó París. ¿Por qué no le ha prohibido salir de la cocina, sencillamente? Porque una niña de cuatro años no puede pasarse el día en un banco, porque ella está viuda, porque es su madre. Debería habérsela confiado a Laure. Reconoce que ha actuado de forma irracional, consciente de que la niña habría estado mejor con su tía que sola por ahí.

En cuanto oye el río, las lavanderas aparecen en el sendero.

—¿Habéis visto a mi hija?

Las mujeres intercambian miradas de perplejidad. Geneviève les describe a Mélanie de una forma tan confusa que no entiende ni ella.

—¿La pequeña del pelo rizado? —pregunta una chica joven.

Geneviève se aparta de la frente un mechón ensortijado, aunque no tanto como el de su hija. Asiente. Los niños la miran con

curiosidad. Reconoce a varios, pero ni Mélanie ni Rosie, la mayor de todos, se encuentran entre ellos.

—Hace un momento estaba con nosotros —dice una chica de labios gruesos—. Jugando conmigo en el agua. Estábamos a punto de irnos, pero se ha quedado lavándose las manos.

Ese detalle vale por mil descripciones. Geneviève imagina a Mélanie sumergiendo las manos en el río mientras las libélulas se deslizan por la superficie como si se tratara de un espejo y fuera imposible hundirse en él.

—¿Dónde está Rosie?

—En casa, enferma.

Geneviève intenta abrirse paso entre las lavanderas, que no se mueven porque no comprenden la urgencia de la situación.

—¡Espéranos! —exclama alguien detrás de ella.

—Estaba convencida de que la niña nos seguía.

—Yo también. Habría jurado que iba detrás de mí.

Las lavanderas hablan demasiado alto. Sus palabras le llegan despojadas de significado. Los guijarros y la hierba seca crujen bajo sus pies. Aparta una rama: en la otra orilla, la luz del atardecer tiñe el agua de rosa. Parece tranquila, casi apetecible, pero Geneviève conoce sus peligrosas corrientes y la violencia con la que chocan con las del río Saint-Louis. Ve pisadas en la arena. A su derecha, en el sitio que le indican las mujeres, la orilla desaparece poco a poco bajo una vegetación densa, opaca. Los árboles se inclinan hacia el agua, sus troncos encorvados forman un pasillo obstruido por la madera a la deriva, los arbustos y las raíces. Al fondo, justo antes de la siguiente curva, Geneviève distingue una figura, tan metida entre las cañas que podría ser un gran pájaro que protege su nido.

Mélanie la llama primero. Los hipidos le entrecortan la voz.

—No te muevas —le dice Geneviève, aunque sabe que su hija no puede hacerlo—. Llego enseguida.

Pero es demasiado alta para deslizarse entre las ramas bajo las que Mélanie ha debido de pasar sin dificultad. Apenas consigue avanzar unos pasos; las zarzas se le clavan en las manos y le rasguñan la cara. Los zapatos le resbalan en el limo; las hojas le arañan las mejillas. Retrocede como puede.

—Deja que lo intente yo —dice una voz detrás de ella.

La chica de los labios carnosos, la que aseguraba que Mélanie la seguía, se arrodilla a su lado. Le susurra su nombre, Margot, y su sonrisa deja al descubierto un canino cariado.

—Ten cuidado —le dice Geneviève en lugar de limitarse a darle las gracias.

Pero la joven lavandera ya ha desaparecido engullida por el túnel de vegetación. A su paso, los juncos sueltan furiosos crujidos.

Geneviève no aparta los ojos del hueco entre las ramas, pero apenas ve: el cielo y el río se tiñen de tonos azules cada vez más amenazadores. En su cabeza, vuelve a sonar la vocecilla; la llama «asesina», le susurra los terribles insultos que un día profirió la señora, las palabras que Geneviève creía que llegaría a olvidar. Sin embargo, resuenan allí, en esta otra orilla, donde ya nadie vendrá a salvarla.

—Creo que las veo —dice una de las mujeres.

Los pies de Geneviève resbalan en el fango, un pez o una serpiente de agua le roza el tobillo, la capota se le engancha en las ramitas. El túnel se ha oscurecido, las formas y los movimientos se confunden en su interior. Luego aparece una mancha clara, el

vestido de la lavandera, que guía hacia tierra firme a una figura menuda. Geneviève siente que el pecho se le libera tan súbitamente que se queda sin respiración. El ruido que brota de su garganta es gutural, animal, un sonido del que no se sabía capaz.

—Ven aquí —dice.

—Se le había enganchado el vestido en las zarzas, he tenido que arrancar la tela para soltarla —explica la chica, con el delantal cubierto de lodo—. Siente mucho habernos asustado.

—Ven —repite Geneviève esforzándose en hablar con voz tranquila.

Mélanie se acurruca en sus brazos. Su hija le parece minúscula mientras siente el calor de su cuerpo contra el suyo. Se oye a sí misma susurrar frases hechas, palabras que, en otro mundo, quieren decir exactamente lo que significan. No pasa nada, estoy aquí, jamás volveré a abandonarte. Mélanie está callada. Sus dedos húmedos cogen la capota de Geneviève y le tapan la oreja.

—No te preocupes, mamá —le susurra—. Sólo quería subirme a un roble. Aquél, ¿lo ves?

El rumor se extiende rápidamente por la casa del gobernador. Pasa de una lavandera a otra por encima de la ropa sucia; se confunde con el imperturbable murmullo del río, con los mugidos de las vacas en los establos. Jóvenes criadas lo llevan del gallinero a las cocinas, lo susurran sobre las llamas que reavivan, lo dejan con una bandeja de galletas en una sala donde mujeres bien vestidas bisbisean esas mismas palabras con los labios pintados. El rumor toma formas diversas: Geneviève sabía que la niña había desaparecido, pero

estaba demasiado ocupada con su amante, el barbero, el herrador, el lacayo manco.

Una cosa es segura: su marido no querría que su hija viviera con esa criatura depravada, con esa madre desnaturalizada, con esa francesa que, como aseguran algunos, estuvo encarcelada por los crímenes que cometió en París.

Laure no pierde un minuto. Va a verla al día siguiente.

—Lo siento muchísimo —repite una y otra vez sacudiendo la cabeza—. Pero sabes tan bien como yo que Mélanie se merece algo mejor. ¿Qué diría Pierre? —exclama, y se interrumpe como para escuchar la respuesta de su hermano; cuando vuelve a hablar, su tono es neutro—. Podemos resolver esta situación de diferentes formas, y algunas son más agradables que otras. No hay por qué mezclar a los hombres en esto, ¿verdad?

Laure se refiere a su marido, a los representantes del gobernador, al notario que interpretó el testamento de Pierre y le explicó a Geneviève que podía seguir viviendo en la casa de su marido, aunque ahora la propietaria era su hija de cuatro años. Mira a su cuñada. Su atuendo es aún más austero que el suyo; su sonrisa, una sutil mezcla de lástima y triunfo.

—Sal de aquí —consigue decir Geneviève.

Laure vuelve a sacudir la cabeza y se levanta. Antes de irse, le sopla un beso a Mélanie.

Al marcharse al territorio de los illinois, Geneviève lo perdió todo: a sus amigas, la comunidad de mujeres con quien lo compartía todo. Luisiana sólo le ha dejado a Mélanie, que se echa el pelo hacia atrás

ante espejos imaginarios, que se agita tanto en sueños que se hace moretones, que habla sola mientras juega en el jardín, y ahora su cuñada amenaza con quitársela.

A veces, antes de dormirse, Geneviève imagina que sobrevuela aquel territorio infinito con su hija. Visto desde el cielo, el océano es una charca y los ríos de Luisiana, venas sinuosas que irrigan bosques azules. Sus árboles crecen poco a poco; Geneviève podría contar las casas, oír la campana de una iglesia y, prestando atención, el tímido canto de un pájaro. En sus ensoñaciones, el río la guiaría hasta lo que mejor conoce.

Jamás se marchará de Prairie du Rocher sin Mélanie.

No puede acallar esos rumores, del mismo modo que no puede trabajar y al mismo tiempo vigilar a su hija. Las figuritas de miga de pan no tardan en deshacerse. Mélanie acaba por olvidar las normas acordadas: no toques las cacerolas, no pruebes la tarta, deja de molestar a la pastelera. En las cocinas, una catástrofe se produce en un abrir y cerrar de ojos, sobre todo con un niño de por medio. Una semana después del incidente y dos días después de la llegada de los invitados canadienses, la jefa de cocina le pone la mano en el hombro.

—Te contraté a ti, no a tu hija. —Sus dedos dejan largas marcas de harina en el vestido negro de Geneviève—. Uno de los amigos del señor quiere una copa de coñac. Encárgate tú.

Coñac, ragú de conejo, costillas de cordero. Durante los días siguientes, Geneviève lleva al primer piso bandejas cada vez más pesadas. Comprende lo que nadie le dice: si quiere conservar su

trabajo, debe realizar sus tareas. Acaba con la paciencia de las demás mujeres.

—Es la última vez. —Suspiran cuando Geneviève les promete que estará de vuelta en cinco minutos, en tres, en uno...

Cuando ya no se atreve a pedirles ayuda, le limpia la nariz a Mélanie y le susurra que la siga discretamente y que se quede detrás de ella mientras llama a la puerta de esos señores. Un día, al salir del saloncito, uno de los invitados, un hombre rubio de nariz afilada y labios juveniles, sonríe a Mélanie y la saluda a ella con un movimiento de cabeza.

Laure no tardará en reaparecer con nuevas amenazas. Geneviève no tiene ni idea de qué le responderá. Debería trazar un plan, pero, por una vez, no se le ocurre nada. Deja a un lado sus problemas económicos; si le quitan a su hija, el dinero no le servirá de nada. La casa se convertirá en una cárcel por la que se colarán los rumores maliciosos del pueblo. Cuando le anuncia a la cocinera que se marcha, la mujer entrelaza los delgados dedos de ambas manos.

—Sabia decisión —le dice.

Son las palabras más amables que ha oído en semanas.

A la mañana siguiente la despiertan unos golpes sordos. Se levanta demasiado deprisa; por unos segundos, sólo oye sus latidos en los tímpanos. Coge el corsé, anuda la mitad de los lazos y se pone una falda.

—Vístete y espérame aquí —le dice a Mélanie.

—¿Puedo elegir el vestido?

Geneviève mira los dos vestidos de su hija, ambos negros.

—Claro que sí.

Se aguanta las ganas de abrazarla hasta hacerla rabiar. Pero sabe que sólo conseguiría preocuparla. Procura comportarse como si no pasara nada; se esconde el pelo, demasiado largo, bajo la capota y se ajusta el cuello del vestido negro para no dejar ver más piel de la cuenta. Va hacia la puerta; se siente abatida y exhausta.

Al abrirla, ve a tres hombres. El notario no está entre ellos. Laure, tampoco. Sólo un rostro le resulta vagamente familiar.

—Señora, reciba nuestras más sinceras condolencias y todas nuestras disculpas por esta visita repentina —empieza diciendo el más alto, un hombre de pelo moreno, cejas pobladas y profunda mirada—. Sabemos que se encuentra en una posición delicada para recibir invitados, pero esperábamos que hiciera una excepción. A los señores Melet y Beaulieu —dice, y echa un vistazo a sus acompañantes—, que nos honran con su presencia esta semana, les gustaría mucho ver los objetos que su marido intercambió con las tribus locales.

El señor Melet sonríe a Geneviève, que en ese momento se da cuenta de que es uno de los huéspedes canadienses del gobernador, el rubio con cara de niño con el que se cruzó en un pasillo.

—Por favor —responde apartándose—. Aunque temo que se lleven una decepción.

Hace tres meses que en su casa no entra un hombre y su presencia le recuerda otros tiempos. Son amigos del gobernador e intuye que son hombres poderosos. Pensarlo le resulta excitante y le intimida, pero es consciente de que no tienen ningún motivo para ayudarla. Los acompaña al salón, donde encuentran los objetos que fue acumulando su marido. Pierre solía comerciar con mercancías que le confiaban otros franceses, pero cuando no tenía nada

buscaba por la casa cosas que pudiera intercambiar con los illinois, pólvora, aguardiente, una manta de lana... Geneviève le paró los pies el día que quiso llevarse unos corsés. Ahora el arcón de Pierre sólo le recuerda su ausencia.

Beaulieu y el hombre moreno levantan la tapa. Sacan unas flechas. El tercer visitante, Melet, no presta ninguna atención al martín pescador disecado, el abigarrado carcaj o el tocado de cuernos de búfalo. No deja de mirar a Mélanie, apoyada en el marco de la puerta con el pulgar en la boca.

—¿No es la niña que vi en casa del gobernador?

A Geneviève no le da tiempo a responder. Mélanie cruza el salón señalando a Beaulieu, que sostiene el arco con el que siempre ha querido jugar.

—No debería cogerlo así —le advierte—. Puede estropearlo.

—Perdónela —interviene Geneviève, que intenta coger la mano de su hija, que la esconde detrás de la espalda.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta Beaulieu.

Sorprendida de que la escuchen, la pequeña levanta la cabeza.

—Pues que el cordel es muy fino, podría cortarse —dice con cautela.

Su tono, su postura, la expresión de su cara. En ese momento Mélanie se parece tanto a Pierre que Geneviève siente que le flaquean las piernas.

—¿Y eso? —pregunta Beaulieu señalando una jícara con la barbilla —. ¿Qué es?

—Una chichicoya —responde de inmediato la niña.

Le explica que está llena de bolitas de cristal y le cuenta historias de enfermedades y canciones. Sacude la calabaza y el ruido

sobresalta a Beaulieu.

El hombre moreno se ha acercado para oírla mejor. Geneviève se pregunta qué les diría a sus visitantes si consiguiera que le prestaran atención. Se lo ruego, intercedan por mí. Díganle al notario y a mi cuñada que no soy quien creen.

—Es muy despierta —comenta el señor Melet con la mano apoyada en el respaldo de la silla de Geneviève.

—A veces, demasiado —responde ella con voz ronca, como si no hubiera dicho una palabra en toda la mañana.

—Su marido debía de ser un hombre muy instruido. Creía que el único que hablaba la lengua de los illinois aquí era el señor Dugué de Boisbriand. Le preguntaré si conocía al señor...

—Durand —completa Geneviève, aunque duda que el actual gobernador de Luisiana se acuerde de Pierre.

Su marido y él sólo se vieron una vez, por casualidad, el día que Dugué de Boisbriand visitó a las niñas illinois que los jesuitas presumían de haber convertido. Dos años después, cuando Dugué sustituyó a Bienville en Nueva Orleans, Geneviève le preguntó a su marido cuánto tiempo le daba al gobernador antes de que también lo acusaran de administrar mal la colonia y lo hicieran volver a París. Pierre alzó los ojos al cielo y le pidió que tuviera un poco de fe en el futuro. Nada le gustaría más a ella, pero ¿qué culpa tenía si la habían decepcionado una y otra vez? Aun así, sabe que a veces no queda más remedio que confiar a ciegas en desconocidos.

—¿Visitarán ustedes Nueva Orleans? —le pregunta a Melet.

El hombre la mira con atención. Tiene los ojos de un tono castaño claro tirando a verde y la espalda ancha. Su mano se aparta del respaldo de la silla.

—La tierra de los illinois —dice—. Se parece tanto a Canadá que al llegar apenas pude disimular mi decepción. Esperaba un tiempo más templado, más seco. Sus sensaciones debieron de ser muy distintas, después de haber vivido en Biloxi.

Geneviève trata de mantener una expresión neutra. No ha mencionado Baja Luisiana en ningún momento; ignora qué más pueden saber sobre ella estos hombres. De pronto, sola con ellos en el salón, se siente tremendamente vulnerable.

—Desde luego, no puedo hablar de Canadá —se obliga a decir—, pero comparto su opinión sobre el territorio de los illinois.

El señor Melet se dispone a responder, pero el hombre moreno los interrumpe.

—Ya hemos molestado bastante —dice azorado.

Mélanie lo persigue parloteando sobre el Gran Bisonte y sobre unos corzos estrangulados. Geneviève se da cuenta de que estas historias son pura invención, disparates inventados por su hija. Los visitantes no se han percatado.

—Me parece que estos caballeros ya han tenido suficiente exotismo por hoy.

Beaulieu asiente, pero Melet sigue estudiando la calabaza.

—La verdad es que no. Con su permiso, me gustaría volver con el señor Soulant, que disfrutaría mucho descubriendo todo lo que hay en esta casa.

Los dos hombres intercambian una mirada.

—Será un placer —se apresura a responder Geneviève.

Mientras los ve alejarse, se imagina siguiéndolos con un hatillo a la espalda y Mélanie a su lado. Si esos hombres la escucharan, lo único que les pediría es que se la llevaran lejos de allí.

Cuando Melet vuelve a visitarla dos días después, lo hace solo. Lleva ropa de caza de color beis. Abre el arcón, pregunta el precio de una piel de nutria y la deja de inmediato, aunque Geneviève sabe que la cantidad que pide es muy baja. Rechaza todo lo que le ofrece para beber o comer. Le explica que ha sido nombrado consejero por uno de sus compatriotas, el gobernador de Luisiana en persona, y que el señor Dugué de Boisbriand lo espera en Nueva Orleans.

—Si un hombre nacido y criado en Quebec ha sido capaz de sobrevivir a ese temible clima, yo también debería serlo.

Ríe, a pesar de que ella guarda silencio, y su sonrisa revela unos hoyuelos insospechados, alegres, que suavizan su rostro. No vuelve a aludir al pasado de Geneviève, pero no deja de hacerle preguntas sobre Baja Luisiana. Ella le describe Biloxi con todo detalle, cuando lo que le gustaría es hablarle de Pétronille, del dolor infinito que sintió al verla partir, de su última visita a casa de Charlotte, una chiquilla de trece años embarazada y muerta de miedo, y de su bebé, cuyo nombre ignora. Este hombre no tardará en viajar al mismo litoral en el que ella vivió con sus amigas. Ahora lo tiene delante. Son dos hechos que parecen irreconciliables, casi mágicos.

—No quiero entretenerla más —concluye Melet.

Tras recoger la fusta, el sombrero y reajustarse las botas, se marcha sin decir si volverá.

Su cuñada va ataviada para la ocasión: la tela de su vestido es gruesa y de un negro impecable y se ha cubierto con una capota (una pesadilla, en un día de verano sofocante). Laure deja caer como si fueran lágrimas las gotas de sudor que le resbalan por las

mejillas. Se toma su tiempo para explicarle el motivo de su visita. Ha hablado con el notario, un hombre muy pragmático, que ha estado de acuerdo con ella enseguida: es evidente que el lugar de Mélanie está en casa de su tía, su tío y sus primos. Por supuesto, siempre se da prioridad a las madres como tutoras, a las madres responsables, entendámonos, pero el bienestar de la niña está por encima de todo, ¿verdad que sí? Evidentemente, Geneviève podrá visitarlos; ella no es ningún monstruo. Y el notario se encargará de todo, incluida la transmisión de la herencia a Mélanie. Geneviève conservará su dote, al menos hasta el año que viene. Pero Laure le juró a Pierre que se ocuparía de su hija. Las promesas que se hacen a los muertos son sagradas.

Tienes razón, piensa Geneviève, no hay que romper las promesas, pero a veces no nos queda otro remedio.

Al día siguiente, no espera a que el señor Melet vuelva a aparecer. Ayuda a Mélanie a ponerse un vestido limpio y regresa a las cocinas donde trabajaba, que le parecen extraordinariamente inmutables: las mujeres siguen espiándola por encima de sus ollas humeantes y la carne deja escapar un sonido húmedo bajo los cuchillos. En la aterciopelada oscuridad del pasillo, el olor a potaje se difumina y la mullida alfombra amortigua sus pasos. Mélanie respira ruidosamente y de vez en cuando tropieza, pero no hace ninguna pregunta. Geneviève reza para no cruzarse con nadie, para encontrar cuanto antes a ese hombre al que apenas conoce pero al que se dispone a pedir tanto.

Cuando está a punto de llamar a la puerta de su derecha, se abre otra a su espalda. Melet aparece en el umbral. Le parece más pequeño de lo que recordaba.

—Entre —se apresura a decirle apartándose.

Geneviève aprieta la mano de Mélanie para impedir que le tiemblen los dedos. Apenas se fija en lo que la rodea: el salón lleno de luz y de sombras, el sol sobre la seda de las otomanas. No ve nada más allá de ese instante.

—Me gustaría acompañarlo a Nueva Orleans —dice.

Él la mira más divertido que extrañado.

—¿Acompañarme? Y lo haría, ¿en calidad de...?

—Sé cocinar, sé lavar la ropa —responde Geneviève—. Haré todo lo que usted quiera.

Melet juega con un relojito que hace bailar los rayos de sol en las paredes.

—Mi mujer no cocina ni lava.

—¿Su mujer?

—Ha dicho que haría todo lo que yo quisiera, ¿no?

Geneviève nota que Mélanie le tira del vestido, pero el gesto de su hija viene de muy atrás. Permanece inmóvil. La imagen de la directora encorvada sobre el bastón en el calabozo de la Casa de Corrección mientras las ratas duermen bajo la luz grisácea acude a su mente. Vuelve a oír su inesperada oferta, todo lo que la anciana sabía sobre ella, todo lo que ignoraba. El barco que apareció en su celda ese día y que tenía previsto partir hacia la otra punta del mundo, donde ya nada tendría importancia.

—¿Qué se diría de semejante unión? —pregunta.

—Nada peor que lo que se cuenta ahora sobre usted.

Geneviève valora su sinceridad.

—¿Y por qué iba usted a casarse con una madre indigna, con una viuda decidida? —quiere saber.

Es consciente de que su hija la está mirando, pero, aun así, repite la pregunta. Nunca ha sabido por qué decidió salvarla la señorita Pancatelin.

—Por esas razones, precisamente.

—Eso no puede ser verdad.

—Y si le confesara que siempre he sentido curiosidad por las francesas, ¿me creería?

—No —responde Geneviève.

Melet se echa a reír. Mira a su alrededor, como si acabara de recordar dónde están. En casa del gobernador del territorio de los illinois, en el salón, con una niña muy despierta que no pierde ripio de lo que dicen. Fuera se oye ruido de pasos. Se alejan.

—¿Debo tomar eso por un sí? —pregunta Melet.

Geneviève contesta mirando hacia la ventana abierta detrás de él, hacia todo lo que aún no puede ver.

Melet le advierte que, aunque la corriente empujará sus embarcaciones hacia el sur, tardarán bastante en llegar a su destino. Casi trescientas cincuenta leguas, entre tres y cuatro semanas, le anuncia, y a ella le parece increíble que el viaje sea tan corto. Recuerda que a Pierre y a ella les costó meses llegar a Prairie du Rocher y sabe que es imposible prever cuánto tiempo los retendrán los ríos de Luisiana. Capearán tormentas, lucharán contra remolinos, encontrarán en su camino osos y castores; tendrán que detenerse para reparar los cascos dañados y esperar a que amainen los vientos adversos. El peligro la trae sin cuidado. Por primera vez en su vida, va adonde quiere ir. Para respirar más tranquila, le basta con pensar

en el océano. No será rehén de estas tierras indefinidamente, el río Saint-Louis la llevará hasta el delta. No se hace ilusiones; no espera volver a ver a Charlotte y Étiennette en Nueva Orleans. Pero, aunque sus amigas ya no estén allí, sin duda se reencontrará con algunas de las pasajeras de *La Baleine*. Alguien que recuerde la Salpêtrière, París, Lorient.

Nunca habría imaginado que un día Baja Luisiana le resultaría familiar. Espera que, una vez en el sur, su viudez no sea más que un rumor, un ruido lejano que se apaga pronto, el sonido confuso del agua contra las piedras de un río.

Melet se llama Pierre, una coincidencia que la desconcierta. Cuando se dirige a él, Geneviève pronuncia con cuidado las dos sílabas de su apellido y nunca olvida decir «señor». Se pregunta si será capaz de llamarlo de otro modo cuando sea su marido.

Aún tiene meses para decidirlo. No se casarán hasta que lleguen a Nueva Orleans y hayan esperado lo suficiente para asegurarse de que su anterior marido no es el padre del hijo que podría llevar en su seno. Aunque tiene la certeza de que no está embarazada, es mejor no llamar la atención, ni aquí ni en Baja Luisiana.

Durante la semana que precede a la partida, apenas ve a Melet. No sabe qué le habrá contado a su compañero para justificar su presencia. Durante una de sus escasas visitas, Geneviève se lo pregunta.

—No te preocupes por eso —la tranquiliza él cogiéndole la mano.

Es la primera vez que la toca; un extraño y excitante estremecimiento le recorre el brazo. Los dedos de Melet están tan fríos como su anillo de sello. Hasta ahora no se había fijado en lo afiladas que tiene las uñas.

Mélanie no muestra mucho interés por el hombre que se convertirá en su padrastro. Sólo está ilusionada por el viaje. Quiere saberlo todo sobre la gente del Sur y si allí también hace tanto frío en invierno. Se pregunta qué tamaño tendrán las arañas y qué color el cielo. Geneviève responde pacientemente; le habla de una tierra ocre y musgosa, de arroyos de agua verde donde se sumergen pájaros con patas enormes, de árboles con un follaje largo y rizado como su pelo. Ella también se sorprende de su entusiasmo. En la Luisiana que le describe a su hija, no hay mosquitos ni cocodrilos y comes hasta hartarte. Hay mucha fruta, incluso gusanos de seda. El calor no es más húmedo que el de Provenza cuando era pequeña. Detrás de esas palabras, resuena el eco de la voz de Pierre, los febriles cuchicheos de las chicas de la Salpêtrière, y se da cuenta de que su marido y sus antiguas compañeras le contaban esas historias para tranquilizarse también a ellos mismos.

Una criada, una mujer con la que por suerte nunca coincidió en casa del gobernador, la ayuda a preparar el equipaje. El señor Melet le ha rogado que se lleve todos los objetos de la tribu de los illinois. El arcón sale de su casa antes de que sus pertenencias estén preparadas. No esperaba tener esa sensación opresiva, ese vértigo, al ver a los hombres subirlo a la carreta. En su habitación empieza a llenar penosamente el baúl que le ha regalado su futuro marido. Nunca ha tenido nada que poner en un equipaje, salvo el vestido que llevaba el día que la detuvieron en casa de la señora y el ajuar que le proporcionaron antes de cruzar el Atlántico. Acaba metiendo su ropa en dos viejas alforjas de Pierre.

Antes de partir, va a ver a Laure. No le apetece, pero lo hace por Pierre, por sí misma, incluso puede que también por su cuñada. No

concibe marcharse sin despedirse. Los adioses son importantes: quizá sea el único poder que Geneviève ha ejercido sobre los lugares y las personas que ha tenido que dejar.

En el jardín de Laure, Mélanie juega con sus primos. Desde el salón, sus gritos son débiles, sus labios casi silenciosos. Al entrar, Laure la saluda con simple movimiento de la cabeza. No le ha dirigido la palabra desde que se enteró de que se iba.

—No me quedaré mucho —le asegura Geneviève.

—Ya lo puedes decir: nos dejas el sábado.

—O sea, mañana.

—Mañana —repite Laure con la barbilla levantada y la mirada perdida.

Geneviève observa los lánguidos movimientos del gato al pie de la mesa. Consigue encontrar los ojos de su cuñada.

—He venido a decirte que puedes usar la casa de Pierre como gustes hasta que vuelva Mélanie.

—Las dos sabemos que no regresará. —Laure se vuelve hacia la ventana. Debido a la distancia, las manos de los niños parecen acariciarle la cara—. Cuando decía que actuaba por su interés, no me creías, ¿verdad?

—No, efectivamente.

Laure asiente. Durante unos instantes parece ensimismada.

—¿Crees que ese hombre será bueno con ella?

Geneviève no lo sabe. Sólo lo averiguará yéndose.

—Yo estaré ahí —responde, y espera a que su cuñada se le ría en la cara.

Pero el semblante de Laure sigue serio.

—A Pierre no le habría gustado todo esto —concluye, y abandona el salón sin volverse.

Reaparece fuera, entre los visillos de la ventana, como si acabara de salir a un escenario, e interrumpe los juegos de los niños. Se acuclilla, y Mélanie se arroja a sus brazos. La cara de la niña se oculta en el vestido negro de su tía, y la de Laure, en el brazo regordete de la pequeña. En el suelo, el gato se revuelca sobre un rayo de sol, con total indiferencia. Geneviève oye un sonido ahogado, un sollozo, quizá una promesa o el grito de uno de los niños, a no ser que se trate de un ruido totalmente distinto, demasiado lejano para identificarlo.

El río Saint-Louis es gris, azul o marrón, aunque a menudo se ve de un color que no tiene nombre. Más que un color es un movimiento. Bajo las embarcaciones, las traicioneras corrientes arrastran masas de lodo. Las piraguas son mucho más anchas que las que la transportaron en 1721. Ella puede estirar las piernas e incluso hay suficiente espacio para que Mélanie permanezca sentada a su lado mirando hipnotizada los movimientos de los canadienses remando al unísono. Sabe que su hija espera con impaciencia la caída de la tarde. Al anochecer, sentados en torno al fuego, los viajeros hablan de los peligros de los rápidos y les relatan los peores portajes que han vivido: cuando los ríos se vuelven impracticables, no tienen más remedio que transportar las piraguas y su carga a hombros, a veces durante días. Geneviève interviene la noche en que uno de ellos le enseña a Mélanie un pie con cuatro dedos y le cuenta que el invierno anterior el pulgar se le congeló sobre una roca cubierta de

hielo y que, para separarlo, hubo que amputárselo. Geneviève nunca ha visto hombres tan fuertes como estos canadienses, que, cuando la ayudan a subir a bordo, hacen que se sienta tan liviana como Mélanie. Pero, si les pide que se callen, obedecen al instante mirándose apurados.

A bordo de su piragua también viajan una cocinera sorda, un chico de unos quince años, tres baúles y un perro de pelo hediondo que siempre parece a punto de caerse al agua. El señor Melet va en otra embarcación. Geneviève lo comprende perfectamente: ella está allí en calidad de viuda, no de prometida. Lo que no entiende son los cambios de humor de su futuro marido. Algunas noches, mientras los canadienses discuten sobre quién montará guardia junto a las armas, Geneviève reconoce al hombre curioso y sonriente que conoció en su antigua casa. Otras, parece tan distante que se pregunta si recuerda las promesas que le hizo.

Una noche, a las dos semanas de haber salido de Prairie du Rocher y tras un alto en el puesto avanzado del territorio chickasaw, Geneviève oye los cuchicheos de tres viajeros: puede que Dugué de Boisbriand, el gobernador de Luisana, no tarde en enfrentarse a las mismas acusaciones que su predecesor, y quizá incluso lo obliguen a volver a Francia, como a Bienville.

—Un canadiense al mando de Luisiana —comenta uno de los hombres—. No podía durar mucho.

Con dedos gruesos y hábiles, mueven los troncos. Sale una gran llama, que baja enseguida.

—Estoy segura de que sólo son rumores —interviene Geneviève acercando las manos al fuego.

Los hombres intercambian una mirada y sacuden la cabeza. El malestar de Geneviève aumenta. Melet debía incorporarse al consejo de Dugué de Boisbriand. ¿Qué pasará si el gobernador ha sido destituido cuando lleguen a Nueva Orleans? Procura no darle más vueltas. No quiere pensar en lo que esa decisión significaría para él, para ella y para Mélanie.

Al día siguiente, su futuro marido le enseña un mapa. Beaulieu no les quita el ojo de encima. Geneviève se sienta a cierta distancia de Melet y se inclina sobre el papel arrugado y la tinta descolorida. En medio del océano, cerca de un sol encerrado en un círculo cuyos rayos mueren sobre el continente, se ve una brújula. Las tierras están salpicadas de montañitas, representadas de tal forma que parecen olas. El río Saint-Louis es la única ruta que las atraviesa. La uña de Melet salta de un dibujo a otro, y Geneviève lo oye descifrar amasijos de letras que para ella no significan nada. El lago de los illinois, el Michigami, también llamado «lago Dauphin»; aguas que se pelean por un nombre, pues les han dado dos en lugar de uno. Palabras que nunca ha oído, sitios que nunca conocerá: la isla de la Tortuga, el territorio de los shawnee, Nuevo México y Nueva España. Como si bastara anteponer «nuevo» a un nombre para convertirse en el dueño de una región. Luego, uno que reconoce en cuanto Melet lo lee. Natchez, acurrucado entre el río Tonicas y los poblados de los houma. Geneviève pone el dedo en el papel y tapa todas sus letras.

—¿Pararemos allí?

—¿Dónde?

Aparta un poco la mano y se muerde el labio. Evita la mirada de Melet. Hace cinco años, le hizo la misma pregunta a Pierre.

Respondió que no, porque se reabastecerían en Yazoo.

—Probablemente —dice su prometido volviendo a plegar el mapa con cuidado.

Geneviève no menciona a Pétronille hasta llegar a Fort Rosalie. No quiere hacerse ilusiones. Se enteró de su apellido de casada por Pierre, que, en Biloxi, había oído hablar de la plantación del señor Ducros. Quizá no vuelva a ver a Pétronille, pero se imagina perfectamente lo que le diría: «Si te deja venir a verme, es señal de que tu futuro marido tiene buen corazón. Si se niega, témelo.» Pétronille lee mensajes en los pétalos de las flores y, frente al peligro, tiene la insolencia de una chiquilla. A su amiga, la opinión de los demás la trae sin cuidado; nunca ha renunciado a tener grandes sueños.

Cuando desembarcan en Natchez, el sol aún está alto, el cielo, encapotado, y las colinas, plateadas. El fuerte se alza sobre el río; el oscuro bosque absorbe sus sombras. Por una vez, el desembarco es fácil: las piraguas se deslizan sobre la arena como si fuera mantequilla. El pueblo se muestra poco a poco; una cabaña al borde de un sendero, una granja, dos... Las siguen otras. Los bosques retroceden para ceder el sitio a los cerdos y las ovejas, los campos y quienes los cultivan, campesinos franceses o esclavos africanos. En la berlina enviada por el gobernador, Geneviève apenas mira el paisaje. Mélanie ronca en sus rodillas. Geneviève observa a Melet, su mandíbula tensa, sus incipientes arrugas acentuadas por la preocupación. No es uno de sus días buenos, pero ella no dispone de otro.

—Una de mis antiguas compañeras de viaje —empieza diciendo, pero se interrumpe: las mejillas le arden—. La señora Ducros. Vive

aquí. Esperaba poder visitarla.

Melet echa un vistazo a través de la ventanilla y frunce el ceño, como si hubiera reconocido a alguien. Cuando se vuelve hacia ella, es el completo desconocido que siempre ha sido.

—Haz lo que te parezca —le responde sin la menor expresión en el rostro.

Geneviève abre la boca, pero vuelve a cerrarla. No siente ningún alivio. Tiene la sensación de que se ha vuelto transparente, de que podría olvidarse de ella, ignorarla por completo.

—Gracias —acierta a decir.

Una hora después, cuando sube a otro carruaje con Mélanie, aún no se ha librado de esa desagradable impresión. Un soldado cierra la portezuela detrás de ellas. Melet ha desaparecido en cuanto han llegado a casa del gobernador de Fort Rosalie. Le ha anunciado que la escoltarían a casa de la señora Ducros porque él tenía asuntos urgentes que resolver. Probablemente, asegurarse de que el puesto sigue esperándolo en Nueva Orleans y verificar los rumores de corrupción que circulan sobre Dugué de Boisbriand.

—Espero que tu reencuentro con tu amiga sea agradable —ha añadido.

En ese momento parecían palabras sinceras, un destello de bondad. Geneviève se agarra a ellas como a un clavo ardiendo.

Los caballos dejan la carretera principal. Las moreras invaden el campo, como en Provenza. Geneviève procura respirar con calma. Bajo sus pies, el carruaje oscila como hace cinco años las piraguas en la playa de Biloxi, la última vez que vio a Pétronille.

El vehículo se detiene. La casa es grande, hermosa: Pétronille tiene un techo sobre su cabeza, no le falta nada. Geneviève coge de

la mano a Mélanie y la ayuda a bajar del estribo. Las ventanas asoman entre una parra cuajada de racimos todavía verdes. Debajo, unas flores extrañas explotan en una multitud de ricos y salvajes colores difíciles de percibir por separado. El porche está desierto, salvo por el petirrojo que alza el vuelo cuando se acercan. Geneviève nota que Mélanie se pega a su falda.

—Mamá —le susurra la niña señalando la ventana más próxima—. Mira.

Geneviève no reconoce a Pétronille de inmediato. El sendero se refleja en el grueso cristal y se funde de tal forma con el interior de la casa que las hojas y el cielo vacilan sobre la cara de su amiga, sobre el antojo, apenas visible, que se lleva la mano a la boca como si hubiera visto a un fantasma. Luego la puerta se abre y aparece en el umbral. El mismo pelo negro, los ojos, menos verdes que en el recuerdo de Geneviève, su aire soñador, siempre un poco ausente.

—Creía que era Marie, que venía a verme —dice Pétronille.

Geneviève no sabe a quién se refiere. Contiene las ganas de estrecharla entre sus brazos al pensar que seguramente ella no quiera que la abracen de ese modo. Pero es Pétronille quien la atrae hacia sí; con delicadeza, como si Geneviève, en ese momento, fuera frágil. Sus manos la aprietan con no mucha más fuerza que la última vez que se vieron, en la cabaña de las enfermas, cuando Geneviève le susurró que buscara a la señora Durand en Biloxi. Dentro de unos meses, la señora Durand habrá dejado de existir, llevará otro apellido, será imposible encontrarla. Geneviève ha llegado a tiempo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Pétronille dando un paso atrás.

Geneviève mira a su alrededor. De pronto, no sabe qué decir.

—Hemos viajado con unos hombres enormes —tercia Mélanie—. Y el señor Melet.

Pétronille la mira incrédula.

—¿Quién es? —pregunta.

Por un instante, Geneviève no sabe si se refiere a su hija o al hombre que ha mencionado la niña.

—Ni idea —responde Mélanie.

Pétronille se echa a reír, demasiado fuerte para tan pocas palabras. Mélanie sonríe, orgullosa de su broma, que no pretendía serlo. Pétronille se vuelve hacia su madre.

—Pero tú sí lo sabes, ¿no? —le pregunta.

Geneviève se esfuerza en sonreír. El malestar que ha sentido con Melet vuelve a surgir. Se agarra a este instante, a la imagen que tiene delante: Pétronille, el aroma de los naranjos, la luz opalina. Mélanie se acuclilla en el porche y mira un lagarto que zigzaguea por el entablado.

—Voy a buscar a Émile —dice Pétronile—. Mi hijo. Hélène está durmiendo —añade.

Geneviève la sigue dentro. Allí es donde su amiga ha pasado todos estos años, donde han crecido sus hijos. Todavía no puede creerse que esté en Fort Rosalie, en casa de Pétronille. Los muebles son de buena calidad; dan ganas de acariciar la madera. Al ver el chal que descansa en el respaldo de una silla, se acuclilla junto a la mesa. El tejido se apodera de la luz de una forma única que reconoce de inmediato. En la habitación de al lado, un niño hace pucheros. Al tocar el chal, de una suavidad difícil de igualar, Geneviève piensa en el pelo de los bebés, en la piel del interior de los muslos de las mujeres, en guijarros pulidos por un río.

—Si hubieras visto al señor Ducros intentando producir su propia seda... —dice Pétronille a su espalda, divertida.

Lleva en brazos a un niño de tres o cuatro años, moreno y regordete, con la cara sonrosada y abotargada por el sueño. Geneviève le hace un gesto con la mano al pequeño y luego señala el chal.

—¿Lo confeccionó tu marido?

—Claro que no. Me lo compró. —Pétronille sonríe—. No tenía ni la paciencia ni la habilidad necesarias para desenrollar la seda de los capullos. No paraba de refunfuñar, decía que era un trabajo de mujer o de niño.

Geneviève recuerda los movimientos precisos de su madre, la delicadeza con la que manipulaba los gusanos y sus capullos. Por supuesto que es un trabajo de mujer, piensa.

En una hora es imposible resumir cinco años: las pequeñas alegrías, los momentos de desesperación, los estallidos de cólera que las han llevado hasta allí. Eligen las anécdotas con cuidado, unas veces más que otras. Hablan de sus maridos, de traición, de muerte y de perdón. Mencionan a sus hijos, pero poco. Mientras tanto, Mélanie y Émile se divierten ante sus ojos, y sus juegos dicen mucho de ellos: Mélanie es decidida e imaginativa; Émile, distraído pero intransigente.

—Por suerte, tiene un carácter tranquilo —comenta Pétronille, y le explica que durante los ataques de octubre de 1722 aún era un bebé.

Ella estaba meciendo a su hijo de seis meses en este mismo porche cuando los guerreros natchez desfilaron ante la casa. Estaba muerta de miedo pensando que, si el niño se echaba a llorar, atraería la atención de los hombres. Pero ellos ni siquiera los miraron. Ese día, los guerreros del poblado de la Manzana Blanca iban a por otro: se dirigían a la concesión del señor Guenot. Durante una semana, los oyó disparar hacia la plantación desde la colina. Rezaba para que a su familia no le pasara nada. Sus oraciones fueron escuchadas, pero no todo el mundo tuvo tanta suerte.

—Esa guerra no fue nada comparada con la del otoño siguiente —asegura.

—¿Cuántas ha habido? —le pregunta Geneviève procurando emplear un tono neutro: no quiere perturbar la desconcertante tranquilidad de su amiga.

Pétronille se encoge de hombros.

—Estos tres últimos años han sido tranquilos. —Guarda silencio unos instantes y prosigue—: Ya ni siquiera recuerdo el desencadenante de los últimos enfrentamientos.

Se para a pensar y luego le explica que, en otoño de 1723, un grupo de natchez mató cabezas de ganado que, como se supo más tarde, pastaban en las tierras de los colonos. O puede que eso ocurriera más adelante, cuando los soldados de Nueva Orleans llegaron a Fort Rosalie, seguidos por guerreros tonicas y después por misioneros de los poblados natchez aliados. Menciona los poblados Grigra y Jenzenaque, devastados por los soldados, pero no habla de batallas; se ciñe a las acciones emprendidas por el jefe de guerra natchez, Serpiente Tatuada, para conseguir la paz. A Geneviève le cuesta visualizar la escena: en el mundo de Pierre, nunca había el

menor conflicto con los illinois. Mientras oye el relato de Pétronille sólo puede pensar en hombres tocando tambores, como en los alrededores de Prairie du Rocher, y en los guerreros aliados de los franceses llevando esos brazaletes blancos que describe Pétronille.

—Émile ni siquiera se despertó —concluye.

Pero ahora su tono es inseguro. Se expresa de forma mecánica, evitando la mirada de Geneviève. Se refiere a la mujer de un sargento a la que los indios se llevaron a un barranco, donde ella mató a un guerrero con el cuchillo que se había escondido en la manga de la blusa, antes de que otro le cortara la cabellera. Pétronille se interrumpe y sacude la cabeza, horrorizada por su propio relato.

—Desde entonces, he aprendido mucho —asegura—. Justo un año antes de la primera guerra, salí a cabalgar con Marie y cruzamos la propiedad del señor Guenot, el subdirector responsable de todas esas atrocidades.

—¿Dabas paseos a caballo? —pregunta Geneviève, que no consigue ahuyentar la imagen de la mujer del sargento tratando de defenderse.

—Una idea estúpida —reconoce Pétronille—. Pero, ¿sabes qué? No me arrepiento.

Geneviève no dice nada. Una libélula roja levita sobre un arbusto de pulposas flores blancas. Eso es lo que las diferencia: Pétronille no se arrepiente de nada. Ni allí, en Natchez, ni a bordo de *La Baleine*, con Baptiste, ni en el barracón, donde lo habría arriesgado todo por volver a verlo.

—¿Qué pasará ahora? —pregunta Pétronille.

—No lo sé —admite Geneviève.

Espera que se le acelere la respiración, que se le encoja el corazón, que la angustia la ahogue. No ocurre nada. La brisa le seca el sudor del cuello y lanza la falda de Pétronille contra su vestido. Puede que su futuro sea insondable, pero no está fuera de su alcance. En ese preciso instante lo está creando, lo ve tomar forma, señalarle un camino claro, abierto por todo lo que ha emprendido y ha tenido que abandonar. Ese camino la ha llevado allí, hasta su mejor amiga, con su hija, a un sitio que no esperaba descubrir jamás. Su pasado ya lo conoce; la acompañará adondequiera que vaya, la devorará, si se deja manejar. Apoya el brazo en el respaldo y mira a Mélanie, que le quita un trozo de tela de las manos a Émile. En el sendero, el soldado se fuma una pipa sentado en una roca; el conductor se acerca ya con los caballos reacios a avanzar. La portezuela del carruaje, entreabierta, sólo la espera a ella para abrirse del todo.

TERCERA PARTE

Las mujeres tienen hijos. Algunas habrían preferido no tenerlos, pero todas sabían que un día su vientre se hincharía y dejarían de estar totalmente solas en Luisiana. Los niños se llaman Mélanie, Hugo, Émile. Pero sus nombres son lo de menos; como los de las mujeres, se olvidarán. Han nacido y crecido en la colonia; ahora son lo bastante mayores para hacer preguntas. Hubo un tiempo en que las mujeres también se las hacían. Como ellos, estaban descubriendo Luisiana; no sabían el nombre de las piraguas, si aquella criatura voladora era un insecto enorme o un pájaro diminuto, o por qué a veces el sol se ponía tan temprano.

Han tardado años en comprender lo que las rodeaba. Quieren ahorrarles a sus hijos los tropiezos, las desilusiones, la amarga sensación de que este continente no las quiere, como no las quería París o los pueblos que las vieron nacer.

Así que se apresuran a responderles: una piragua, un colibrí. El sol es un misterio para todo el mundo, tesoro mío.

Los niños tienen otras preguntas que las mujeres preferirían evitar. Nosotros vivimos en Luisiana, dicen, pero ¿quién es ese Luis? ¿Por qué vive el rey tan lejos de nosotros? ¿Cruzaremos el océano algún día?

No, responden las mujeres. Apartan los recuerdos de sus padres, del taburete cojo en el que se sentaban junto a la cabecera de su cama, de la chimenea, que a veces soltaba tanto humo que los labios sabían a ceniza. Se esfuerzan en olvidar todos los lugares que no volverán a ver. Acarician la cara de los niños, la piel perfecta de

sus mejillas. Se arrodillan a su lado y señalan el huerto, las colinas, el bosque, los pelícanos a la orilla del agua. Esperan que la voz no les tiemble, pero a veces las traiciona.

Mira, dicen. Nuestra vida está aquí.

Como si les respondieran, los pájaros alzan el vuelo con un estrépito de alas mojadas. Los niños se suben a las rodillas de sus madres. Juntos, los ven planear, trazar círculos sobre el río verde.

9

Charlotte

Nueva Orleans, noviembre de 1727

En la rue de Bourbon, las ruedas de los carruajes traquetean en el aire fresco de la mañana y los cascos de los caballos se hunden en el barro. El séptimo invierno de Charlotte en Luisiana es el más lluvioso: con cada temporal, el agua amenaza con inundar la casa, y a ella le cuesta calentar la voz antes de cantar. La ha apenado descubrir las gastadas páginas del puñado de libros que aún están amontonados en el salón, a pesar de que la lectura nunca ha sido lo suyo. En la Salpêtrière, su sitio no estaba en las aulas, con aquel grupo de escogidas de la Casa Saint-Louis que descifraban la Biblia en voz alta. Las tías y la señorita Pancatelin acordaron enseguida que el canto sería su única vocación. Ahora sólo puede conjeturar qué diría la directora de la Salpêtrière si supiera que ha decidido unirse a la comunidad de las hermanas ursulinas.

Antes de cerrar la puerta de casa, Charlotte echa un último vistazo a la habitación vacía y el baúl sobre el que estaban apilados los libros de Louis. A los tres meses de su muerte, decidió venderlos. Tardó semanas en hacerse a la idea de que nunca volvería a ver a su marido hojeando las gastadas páginas en la habitación del fondo.

Louis se fue, y con él sus esperanzas de convertirse en madre. Y no es que no haya renunciado a ello, o al menos lo haya intentado durante los cuatro últimos años que ha pasado en Luisiana. El verano en que Marthe le enumeraba los ingredientes de sus absurdos remedios le parece muy lejano; nunca ha vuelto a creer que estaba embarazada. Desde que Étiennette estuvo a punto de morir de parto, se ha preguntado muchas veces si ella habría sobrevivido a un embarazo.

Se disponía a salir para ir a ensayar con la coral de la iglesia de Saint-Louis cuando una criada irrumpió en su casa farfullando entre lágrimas que el médico estaba intentando salvar a su señora. Los otros cuatro partos de Étiennette habían sido tan rápidos que las comadronas la ponían como ejemplo ante otras madres. Charlotte no daba crédito. Estaba aterrorizada; le costaba respirar. Nunca volvió a sufrir tanto. Seis meses después un marinero le comunicó que una tempestad había destruido el barco de Louis. En el entierro de su marido se sentía culpable de que su tristeza estuviera a años luz de aquella angustia que había experimentado el día que Étiennette estuvo a punto de morir.

Ahora que se dispone a ingresar en el convento, le parece inútil ahondar en esos recuerdos, pensar en Étiennette, cuyo marido se enriqueció lo suficiente para abandonar esta costa maldita y comprar tierras en Canadá. Étiennette repetía que jamás lo entendería: Nueva Orleans cada vez estaba más cerca de convertirse en la ciudad con la que soñaban; en las calles incluso se cantaba una canción que comparaba la belleza de la capital con la de París.

—Simple propaganda —respondía el señor Feuger, decidido a marcharse.

A finales del pasado verano, Charlotte se despidió de su amiga. Oyó sus descripciones de árboles vertiginosos y bosques tan intrincados y traicioneros como telarañas. Étiennette la estrechó contra su pecho con fuerza y ella ocultó la cara en el cuello de su amiga y se abandonó a su abrazo. Ese día le dio igual mostrar sus sentimientos. Nunca volverían a verse.

Las hermanas ursulinas la devolverán al buen camino. Charlotte cree en esas religiosas, cuya llegada a Luisiana fue casi un milagro. Hace sólo unos meses, el gobernador y el superior general las daban por muertas. En mayo, nadie sabía dónde se encontraba su barco, que sin embargo había zarpado de Lorient en febrero. *La Gironde* acabó llegando a La Balize a finales de julio, con dos meses de retraso. Charlotte ha oído decir que las monjas se niegan a obedecer a ninguna autoridad. Estas últimas noches se ha dormido pensando en esa comunidad de hermanas, en esa familia de mujeres valerosas. Algunas veces, imagina su convento como una Salpêtrière más libre, más dulce, un sitio elegido por ella.

—¡Charlotte!

El señor Valade, el marido de Marthe, la mira desde una berlina detenida en la calle. Es la última persona con la que quiere hablar hoy; está segura de que no entiende que una viuda de diecinueve años no quiera volver a casarse. Pero la voz que la ha llamado es femenina, y en cuanto Charlotte deja su pequeño bolso en el suelo, la portezuela del carruaje se abre y aparece Marthe.

—¡Qué frío! —exclama—. No puedo permitir que vayas andando. ¡Sube!

Charlotte duda. La última vez que vio a Marthe fue hace un año en casa de Étiennette. Ese día de otoño de 1726, la conversación

giró en torno al nuevo gobernador, a la reputación de aquel hombre que llegaría en enero con su esposa y que se esperaba fuera mejor que Dugué de Boisbriand y Bienville, ambos acusados de llevar la colonia al desastre y requeridos en París para responder por su mala gestión. Étiennette puso fin a la charla sobre política rápidamente. Con los dedos relucientes de miel, las desafió a adivinar qué otra persona, mucho más importante que ese alto cargo nombrado por el rey, estaba a punto de llegar. Las gemelas y Marthe aceptaron el reto encantadas, pero sin éxito. En cuanto a Charlotte, que se negó a pronunciar el nombre que se le había ocurrido de inmediato, se quedó de piedra al oírle decir que Geneviève volvería del territorio de los illinois y no tardaría en casarse con un consejero del nuevo gobernador.

Con el corazón desbocado, Charlotte abrió la ventana mientras retazos de sus sueños se agolpaban en su cabeza. Estaba convencida de que si Geneviève, hermosa, decidida, segura de sí misma, regresaba a Baja Luisiana, volvería a aparecer en ellos.

—No quisiera molestar —le dice Charlotte a Marthe mirando la calle embarrada.

—Bueno, a ver, ¿adónde vamos?

El tono de Marthe es forzado, como si intentara revivir una complicidad perdida. Los caballos muerden el bocado y sacuden impacientes la cabeza. Charlotte deja el bolso en el banco.

—Al convento de las ursulinas —dice procurando emplear un tono neutro—. Pero pueden dejarme delante de...

—¡Tonterías! —exclama Marthe abriendo la portezuela para dar instrucciones al conductor—. No vamos a dejarte a medio camino con semejante tiempo, ¿verdad, Jean?

—De todas formas, me pregunto por qué visita a esas mujeres.

Marthe lo fulmina con la mirada.

—Cada cual se relaciona con quien le parece —lo amonesta—. Querida, debes de sentirte muy sola desde...

—No más que tú cuando tu marido se va a Fort Rosalie —replica Charlotte.

Marthe hace una mueca.

—¿Cuándo fue la última vez que viajó allí? —pregunta Charlotte mirando a Valade.

—Hace un mes.

—¿Tuvo una buena estancia en Natchez?

Valade asiente. Charlotte se pregunta si tendrá que conformarse con esa respuesta.

—El señor Ducros me ayudó a negociar la compra de diez barriles de aceite de oso —dice al fin Valade—. Su mujer ha dado a luz a una niña.

Charlotte intenta imaginarse a Pétronille con sus dos hijos, el bebé y su primogénito, que ahora tendrá cinco años. Seguramente, pensar en todas esas mujeres convertidas en madres nunca la dejará indiferente, pero siempre será menos doloroso que acordarse de Étiennette, que está a cientos de leguas de allí. Procura no darle vueltas al inesperado regreso de Geneviève, no ver en él una señal de que también Étiennette podría reaparecer algún día.

—Me alegra saber que la señora Ducros se encuentra bien —se limita a responder.

A medida que el carruaje se acerca al agua, las calles se animan. Ayer llegaron dos piraguas de la costa alemana, donde se cultiva la mayoría de las verduras de la colonia. Unas mujeres apilan cajas de

lúpulo y de habas; unas chicas venden nueces y calabazas. Se espera que las concesiones del Norte no tarden en enviar un cargamento de té.

—Deberías visitarnos uno de estos días —sugiere Marthe.

—Ya veremos.

—No sé qué diría el señor Charpillon si supiera que va usted a ver a esas monjas —observa el señor Valade.

—Me temo que nunca lo sabremos —responde Charlotte, y, con la boca seca, se vuelve hacia la ventanilla.

El carruaje rodea la plaza de Les Armes, pasa ante la iglesia de Saint-Louis —el edificio más ambicioso de la ciudad, construido en forma de cruz y terminado al fin— y reduce la velocidad ante la casa del intendente y las cámaras del consejo, el lugar donde se toman las decisiones importantes y adonde el marido de Geneviève va todos los días.

Los caballos avivan el paso a la orilla del río. Unos hombres negros restauran el gran espigón de quinientas toesas, tan ancho como una calle, que se extiende entre los muelles y el puerto, y el foso que debe proteger la ciudad de las inundaciones. Al otro lado del río, frente a Nueva Orleans, las cabañas de los africanos esclavizados por la Compañía de Indias asoman entre los árboles. Charlotte ha oído hablar de las rebeliones a bordo de los barcos que navegan de Senegambia a La Balize; varias veces ha visto a lo lejos a hombres, mujeres y niños desnudos, escuálidos, alineados delante de naves con el casco destrozado por las olas. Duda que el Código Negro del ex gobernador Bienville, aprobado hace tres años, haya mejorado sus condiciones de vida. Louis aseguraba que ese texto no impedía que los capataces obligaran a los esclavos a trabajar el domingo, ni

había atenuado en absoluto la brutalidad de los correctivos infligidos. Durante sus innumerables viajes, Louis había sido testigo de más de un castigo brutal.

—Estas calles me repugnan —murmura Marthe.

Nadie le responde. El carruaje traquetea por la orilla del río. Charlotte ve desfilar los tejares y el Hôtel-Dieu. Entre los edificios, surgen parcelas de follaje, trozos de bosque que resisten, pero que un buen día recibirán los hachazos de los africanos encargados de talar los árboles, la última idea del gobernador Périer para que el aire circule mejor, como le explicó Louis.

—Los fugitivos —murmura Marthe mirando por la ventanilla—. ¿No te dan miedo?

Charlotte piensa en su casa en el lindero del bosque y en la de noches que durmió sola.

—No —responde.

—Cada vez tendremos menos —comenta Valade.

—¿Por qué? —pregunta Charlotte.

—El gobernador ha tomado nuevas medidas. De ahora en adelante, se castigará a los propietarios cuyos esclavos consigan escapar —explica el marido de Marthe—. Al menos, es lo que se dice en Fort Rosalie. Los guerreros natchez tienen orden de capturar y devolver a los fugitivos, so pena de que su pueblo sea considerado nuestro enemigo.

Termina murmurando unas frases apenas audibles. Cuando Charlotte se dispone a rogarle que las repita, Marthe agita la mano hacia la ventanilla.

—¿Es aquí?

El edificio señala el final de la ciudad. Su chimenea tose un humo fino. Los pinos amenazan con derribar la cerca del jardín; sus raíces cubiertas de barro relucen en la luz gris.

—Cuídese, señora Charpillon —dice Valade.

Ha empleado un tono tan suave que Charlotte se enreda con las pieles al levantarse. Bolso en mano, echa a andar, con el aire helado quemándole las mejillas, y llama a la puerta.

Un día de la primavera pasada, Charlotte estaba de visita en casa de Étiennette cuando estalló una tormenta. Las nubes se fundieron en una masa de un negro amarillento, un color vil que absorbía los débiles rayos del sol. Los relámpagos proyectaban sobre los tejados formas plateadas que parecían árboles enfermos. La lluvia se desplomó de golpe sobre las calles desiertas de la capital, como si llevara horas cayendo.

—Tú te quedas aquí —decidió Étiennette—. Dormiremos juntas, como en la Salpêtrière.

Charlotte no pegó ojo en toda la noche. La idea de que pudiera moverse en sueños la aterraba. Agarrada al borde del colchón con una mano, apretaba las piernas cruzadas tratando de convencerse de que el calor y las contracciones musculares que sentía entre los muslos no tenían nada de extraordinario. Sobre todo, no quería dormirse, porque sabía exactamente lo que vería con los ojos cerrados.

Con la mirada clavada en el techo, estudió las vigas, los curiosos relieves de la madera. Escuchó la lluvia, que martilleaba las tejas con

tal fuerza que en vez de un diluvio podría haber sido un violento incendio.

En el convento viven once ursulinas y nueve internas nacidas en el Viejo Mundo. Charlotte es la décima. Hay otras cuatro mujeres, chicas negras o indígenas prisioneras que no se marcharán hasta que se hayan convertido. Y numerosas externas que sólo vienen durante el día, mujeres de orígenes diversos que asisten a misa de siete y se vuelven a su casa después de cenar, sobre las cinco y media. La información se la proporciona la madre Tranchepain en su despacho, una estancia poco más grande que una despensa, sentada ante un escritorio cubierto de cartas. Detrás de ella, el marco negro de un cuadro de la Pasión de Cristo dibuja una aureola sobre la cofia de la superiora.

—No estaremos mucho tiempo en esta casa de la Compañía —sigue diciendo—. El reverendo padre de Beaubois supervisa la construcción de nuestro convento, pero nuestra tarea no podía esperar. ¿Cuándo llegó usted a estas tierras?

Charlotte echa la cuenta y responde. En el despacho, bajo el tejado, hace frío, pero la madre Tranchepain parece acostumbrada.

—Como sin duda sabe, hija mía, nuestra presencia aquí es indispensable. Estas tierras jamás prosperarán si no presentamos batalla a los infieles. Las madres deben educar a sus hijos en la fe, o el vicio seguirá extendiéndose por estos pantanos.

Charlotte se revuelve en la incómoda silla. Quería mencionar a Étiennette en cuanto estuviera ante la madre superiora y explicarle el motivo de su presencia allí. Bastaría con que la madre

Tranchepain le hiciera una pregunta —«¿qué la ha traído a nuestro convento?»— para que ella le contara la verdad. Se confesaría, puede que incluso se curara. Pero la superiora no se interesa por ella; está demasiado preocupada por las dificultades del asentamiento de las ursulinas en Luisiana, además de ofendida por el comportamiento del gobernador de Périer, que incluso ha intentado hacerlas trabajar como hermanas de la caridad en el hospital, cuando su verdadera misión es enseñar a las mujeres y educarlas en la gloria del Señor.

—«Las auténticas y castas esposas del Hijo de Dios», como nos recuerdan las Constituciones de nuestra orden —dice, y hace una pausa—. Los rectores de esta ciudad no lo entienden. Así que debemos actuar como nosotras creamos oportuno. Ya se darán cuenta. Este puñado de salvajes y negras tiene mucho que aprender y, probablemente, otro tanto que olvidar. Cuento con usted para ayudarlas a encontrar el camino recto. Nuestras hermanas las guían; ellas la apoyarán. Pero su influencia es crucial. Estas chicas deben aprender las letras y las oraciones. Se bautizarán antes de Navidad.

A Charlotte se le han congelado las puntas de los dedos de las manos. La madre superiora parece convencida de que ella sabe leer, y Charlotte no quiere decepcionarla.

—Haré todo lo que pueda —acierta a decir.

—Muy bien. Sor Marie-Madeleine estará encantada de enseñarle nuestra humilde casa. Nos veremos en la comida.

En la escalera, una chica con la cara picada de viruela la mira con insistencia.

—¡Qué alegría tenerla aquí, señora!

Entre los velos, dos ojos risueños observan a Charlotte. Sor Marie-Madeleine es muy habladora. Le explica los planes del ingeniero real para su convento y le cuenta historias de chicas que viven a cinco o seis leguas de la capital y nunca han oído hablar de Dios. Le asegura que todas desean hacerse monjas y, bajando la voz, añade:

—No es lo que querría nuestro revendo padre de Beaubois, que preferiría verlas convertidas en madres cristianas, con el fin de afianzar la religión en estas tierras. Que es nuestro deseo más profundo. Pronto lo conocerá. Tiene la bondad de decirnos misa.

En la iglesia de Saint-Louis, Charlotte ha visto al superior general más de una vez, pero, para la monja, el mundo exterior ya no existe. Y pronto le ocurrirá a ella lo mismo.

—¿Dónde están sus hermanas? —le pregunta Charlotte, que aún no ha visto a nadie más, sólo una serie de puertas cerradas en la planta baja y, a través de una de las escasas ventanas, un huerto helado, un enorme patio cubierto de zarzas y hierba densa.

—Todas estamos muy ocupadas. Algunas enseñan, otras meditan. Sor Françoise está descongelando el agua de las gallinas. ¡Oh, y el gobernador de Périer nos regaló una vaca y una cerda la semana pasada! La generosidad de los habitantes de estas tierras es admirable. Mire, ahí está sor Cécile.

Fuera, Charlotte ve a una mujer menuda que, hacha en mano, parte troncos con movimientos seguros. Cortar leña: lo que se puso a hacer Étiennette sin dudarlo en el barracón de Biloxi. Charlotte preferiría que sor Marie-Madeleine la llevara a la capilla o al dormitorio común, en lugar dar rienda suelta a su lengua en esta casa tan silenciosa.

—Al parecer, canta usted en la iglesia de Saint-Louis —comenta la monja.

—Ha dicho que algunas hermanas enseñaban. ¿Podría asistir a una clase?

—¿Ahora?

Charlotte asiente. La monja mira su capa negra.

—Antes, busquemos un atuendo adecuado.

Charlotte se pregunta qué harán las ursulinas con su ropa de luto, en quién pensará ella a partir de ahora cuando se vista. Le gustaría que las guardaran, pero no dice nada. Sor Marie-Madeleine le explica que, si no fuera por la ayuda del gobernador de Périer, andarían escasas de todo, pero que quizá les quede un uniforme. En cuando a los zuecos, mandará una nota al almacén de la ciudad para que se los traigan.

—Supongo que por un día puede ir vestida así —acaba decidiendo —. Sígame.

Al final del pasillo, entran en una sala donde una criada pone cubiertos en cada una de las largas mesas. Charlotte cuenta cuatro arañas de madera y un lavamanos de cobre rojizo, vacío. Cruzan el refectorio. Antes de abrir la puerta del aula, sor Marie-Madeleine le susurra:

—Las salvajes y las negras estudian en otra sala. El catecismo.

Una quincena de mujeres observa a Charlotte. Tienen plumas y tinteros en sus improvisados pupitres, y en sus papeles bastos han aparecido letras titubeantes. Sin prestar la menor atención a las recién llegadas, la monja sigue dictando con la monotonía de un cuclillo. Charlotte mira a las chicas, que se vuelven de nuevo y se concentran en el dictado. Al cabo de un momento, advierte que una

de ellas sigue mirándola. Charlotte tarda unos segundos en reconocer a Geneviève. Durante unos instantes, su pecho y su vientre parecen haber dejado de pertenecerle. Se apoya en el respaldo de la silla más cercana, se sienta tan tranquilamente como puede y abre un devocionario como si no la hubiera visto.

Cuando las diez internas se levantan, la oscuridad es total y la luna sólo una presencia viscosa a través de la tela que tensan los bastidores de las ventanas. Allí las horas llevan el nombre de las oraciones, como en la Salpêtrière. Primero los maitines, cuya campana las despierta en mitad de la noche; luego, los laudes, al amanecer; seguidos de la prima, la tercia, la sexta; a mediodía, la nona; las vísperas, al atardecer, y las completas, antes de acostarse. Y otra vez los maitines. Las mujeres, somnolientas, se ponen los zuecos y se ciñen las faldas negras. Charlotte las oye sonarse, toser, escupir. Ayuda a vestirse a las dos chiquillas huérfanas que tiemblan de frío. Las abandonaron en el barro escarchado de Nueva Orleans y fueron confiadas a las ursulinas.

Enterarse de que Geneviève no vive en el convento ha sido un inmenso alivio. En el aula, al principio, sintió una alegría incontenible; luego, una mezcla de rabia y terror, y finalmente, un intenso malestar que la ha dejado muda. Son emociones incandescentes, demasiado nuevas, no la dejan pensar con claridad. Lo único que sabe es que el convento no marcará el nuevo comienzo que anhelaba. Se verá obligada a convivir con Geneviève entre tercia y vísperas, durante la mayor parte de las clases, en misa, en el refectorio... En todas partes, menos el dormitorio.

No entiende qué hace allí Geneviève, quien precisamente nunca pareció preocupada por Dios.

Desde que volvió a Baja Luisiana, sólo la ha visto una vez, el día que se casó con su segundo marido, un tal Melet, hace ya casi un año, el 5 de diciembre de 1726. Charlotte no estaba invitada a la ceremonia: la viuda de un piloto no pintaba nada en la boda de un consejero del gobernador. Pero era imposible no estar pendiente del enlace. En la ciudad, sólo se hablaba de las fiestas organizadas para la ocasión.

Geneviève y Melet habían llegado a Nueva Orleans a la vez que se nombraba a un nuevo gobernador: Étienne de Périer tomaba el relevo de Pierre Dugué de Boisbriand. El marido de Geneviève procedía de Trois-Rivières, en Canadá. No era noble, al contrario, pero, como le gustaba decir a Pierre, sabía moverse en terreno desconocido, seducir a las jóvenes administraciones de aquellas ciudades en formación y aliarse con los consejeros menos influyentes pero más estables, en lugar de apostar por los hombres poderosos, que siempre acababan cayendo.

Charlotte veía a Melet a menudo. Siempre llevaba un sombrero adornado con una pluma azul, que hacía prever un rostro más viejo bajo el ala.

En cuanto a Geneviève, nunca salía.

En el mercado, cerca del pantano de Saint-Jean, se oían rumores: el señor Melet era demasiado bueno para su mujer, que había vuelto a casarse cuando no hacía ni un año de la muerte de su primer marido. A saber qué había pasado allí, en el Norte. Pero el territorio de los illinois estaba demasiado lejos. En Luisiana, con sus inmensas

distancias, las historias se transformaban, igual que todos aquellos que se asentaban a la orilla de sus ríos.

El día de la boda, el pasado diciembre, el sombrero del señor Melet lucía una pluma de un rojo deslumbrante. Un viento helado la agitaba mientras la calesa cruzaba la plaza de Les Armes. Cuando el vehículo de los novios se detuvo, Charlotte la vio de inmediato. Geneviève iba sentada junto a su futuro marido con la espalda tan recta que el armiño de su abrigo no tocaba el respaldo del asiento. Incluso a esa distancia, daba la sensación de que se habían cogido de la mano por puro compromiso: la palma de Melet, curvada, apenas tocaba el puño cerrado de Geneviève.

Laudes. Al amanecer, Charlotte baja con las demás internas a la capilla, una sala sin pretensiones que podría servir de dormitorio o refectorio si se retirara el puñado de bancos. Fuera, el sol ya comparte el cielo con la luna. Sor Marie-Madeleine, muy despierta a pesar de la hora, las saluda con una sonrisa que acentúa las cicatrices alrededor de los labios. De pie junto al altar —una simple mesa cubierta con un paño—, la superiora hace una seña a las mujeres autóctonas y negras que acaban de entrar. Se mezclan con las demás internas sin rechistar. Charlotte oye un breve resoplido y ve que una de ellas, con los ojos de color ámbar, se seca las lágrimas.

Aparta la mirada. Sabe que no puede hacer nada por ella.

—Santa María, ruega por nosotros. Santa Madre de Dios, ruega por nosotros. Santa Virgen de las vírgenes...

En la capilla, Charlotte olvida dónde está. En la Salpêtrière, se acostumbró a la entonación cantarina del sur de Francia, a la voz de las bretonas, que arrastraba las palabras como si fueran agua. Aquí, en el convento, los acentos de las chicas la llevan a otros sitios. El rumor de la ciudad ha cesado; los gritos, los relinchos, las risas y los lloros han dado paso a un coro de mujeres, y sus voces se elevan en la sala desnuda, bañada por la claridad cobriza del amanecer. La superiora recita un himno a santa Úrsula, y Charlotte inclina la cabeza. Cuando internas y monjas empiezan a cantar, no reconoce la melodía. Se deja guiar, las acompaña sin pronunciar una sola palabra, mezcla las vibraciones de su pecho con las demás. No ha sentido tanta paz desde el día que *La Baleine* levó anclas, con Étiennette junto a ella y la costa francesa menguando a lo lejos. En lugar de pensar en el brazo de su amiga pegado al suyo, se concentra en el alivio que la invadió al ver que el horizonte se aplanaba y desaparecía, como si el continente hubiera caído por un acantilado. No más supervisoras ni tías; sólo el océano, hasta donde alcanzaba la vista.

Al notar una palmadita en el hombro, da un respingo y abre los ojos en el preciso instante en que Geneviève le susurra «buenos días». Charlotte echa un vistazo por encima de su hombro: las otras chicas se dirigen a la salida mientras la madre Tranchepain recoge los devocionarios. Pronto, en la capilla sólo quedarán ellas.

—Mi marido se iba a Mobile esta mañana y me ha traído antes —explica Geneviève sonriendo—. A no ser que se trate de otro ardid para convertirme en la devota perfecta. Pero mejor cuéntame qué haces tú aquí. ¿El señor Charpillon te deja al cuidado de las monjas durante la noche?

—Nos dejó a principios de otoño.

Está atrapada entre dos bancos. Había olvidado el azul de los ojos de Geneviève; una transparencia que el Atlántico y los ríos de la colonia no han conocido jamás.

—Lo siento mucho —dice Geneviève con voz más suave—. Pero, de todos modos, ¿no te lo pasarías mejor en la ciudad, fuera del convento?

—Señoras, por favor —las interrumpe sor Marie-Madeleine indicándoles la puerta.

Al salir, Charlotte nota el hombro de Geneviève rozándole el suyo. Vuelve a verse en Biloxi, embarazada, el día de la partida de Pétronille hacia Fort Rosalie. Esa mañana de verano, cruzó la ciudad con Geneviève, luchando contra sus sentimientos. Vuelve a oírla preguntar: «¿Se puede saber qué te he hecho?» Para Charlotte, la respuesta era evidente. Te interpusiste entre Étiennette y yo. Pero la simple idea le resultaba insoportable: la obligaba a admitir que había algo más que una amistad.

En el convento, se le ocurren nuevas respuestas: has impedido a otras mujeres convertirse en madres, cuando yo no he conseguido tener un hijo. Y ahora, me privas del último refugio que esperaba encontrar en Luisiana.

Por la mañana, la primera clase se imparte entre prima y tercia, después de la misa y antes del desayuno. En el aula, sor Renée dicta con los dedos crispados sobre el breviario. Charlotte observa a la pequeña huérfana sentada a su lado. Apenas tendrá siete años, pero llena la página de letras redondeadas, gráciles. Delante de ella,

Geneviève está inclinada sobre su pupitre. Su pluma gime. Al entrar, le ha confesado que prefiere las clases a las demás actividades del convento, pero que, si su marido le pregunta por su jornada, ella sólo le habla de oraciones y meditación. Charlotte no ha tocado el tintero. Las palabras —«devoción», «Virgen», «confesión», repetidas tantas veces que su significado se desvanece— se quedan suspendidas. Las letras son una cáscara fina pero pétrea, impenetrable.

Oye leer a Geneviève, la ve pasarle el libro a la niña. Los dedos de Perrine se deslizan de una línea a otra mientras mueve rápidamente los labios. Charlotte se tensa volviendo las gastadas páginas del libro.

—Continúe —dice sor Renée.

Las letras se mezclan. Charlotte no intenta concentrarse en la primera línea; se lanza de golpe sobre el párrafo entero y sus ojos recorren las decenas de signos tan deprisa como pueden. Las sienes le arden como al final de un ensayo, antes de cantar en la iglesia. Sola con su voz, Charlotte sabe disimular el trabajo y el esfuerzo que nadie quiere oír en una canción, pero esas líneas negras no le ofrecen ningún asidero.

Al alzar la cabeza, encuentra los ojos azules de Geneviève. Medio vuelta en el asiento, oculta a la vista de sor Renée. Geneviève empieza a articular las palabras silenciosamente, abriendo y cerrando la boca alrededor de las sílabas, el rosa de su lengua asomando por el pequeño hueco entre sus dientes delanteros. Charlotte lee en sus labios, ya no puede dejar de mirarlos.

Pronto descubre que no es la única a la que ayuda Geneviève. Cuando no falta mucho para que la campana anuncie la sexta, sale a pasear por el huerto. Se aleja del edificio y, a pesar del viento gélido, avanza por la hierba. Entre las oraciones, las clases y las comidas, lleva una vida muy sedentaria; muy diferente a la que se había acostumbrado con sus rutinas de esposa y, más tarde, de viuda. Huyendo del frío, las ocas y las gallinas se han refugiado en la paja del gallinero. Charlotte ve a Geneviève sentada en un banco con la chica indígena que lloraba en la capilla. Le señala objetos que luego ella nombra en francés separando las sílabas.

—Únete a nosotras —le propone a Charlotte—. Estamos repasando lo que hemos estudiado esta mañana.

La muchacha indígena se levanta. Tiene los pómulos prominentes, la mirada dura y una postura rígida. Se dirige hacia la casa sin volverse.

—No quería asustarla —se disculpa Charlotte.

—¿Asustarla, dices? Creo que, más que miedo, nos tiene odio.

Ayer Charlotte le preguntó a sor Marie-Madeleine cuándo habían llegado las mujeres indias y negras. La monja le explicó con orgullo que en agosto, cuando sólo llevaban unos días instaladas en la casa, unos funcionarios les trajeron a cuatro chicas indias. Una vez convertidas, volverán a sus comunidades, donde criarán a sus hijos en la fe cristiana. Sor Marie-Madeleine sonrió. Quién sabe, puede que algunas incluso se queden en el convento para hacer el noviciado y servir de ejemplo a sus sucesoras. En cuanto a las mujeres negras, que sólo están dos horas al día, regresan a casa de sus amos tras la clase de catecismo. La monja dijo que era para evitar que las infieles invadieran los hogares de los colonos.

—Puedo asegurarte que Sor'kor Sokon no siente ningún aprecio por ninguna de nosotras —añade Geneviève.

Charlotte no se atreve a pedirle que repita el nombre de la chica, que no ha entendido.

—¿Ni siquiera por ti?

—Puede que un poco, desde que la ayudo con las clases.

—¿No necesitas libros para eso?

Geneviève le indica con la mano la cerca desvencijada, las ramas muertas de los arándanos, un mapache que corre a esconderse detrás del cobertizo.

—El devocionario no es lo único que se puede silabear.

Charlotte se arrepiente de haberle hecho esa pregunta. Las hermanas les enseñan a leer y escribir con vistas a la misa de Navidad, que se celebrará dentro de veinte días. Prefiere no imaginar lo que pensarían de una externa que busca inspiración en un huerto helado para dar clases de francés. De entre los labios de Geneviève se escapan nubecillas de vaho.

—He escrito a Pétronille diciéndole que estás aquí —le explica, y hace una pausa para arrebujarse en la capa—. La semana pasada, cuando llegaste, me alegré de volver a verte.

Charlotte baja la cabeza. La conversación se le escapa de las manos. Busca otro tema.

—¿Por qué no te quedas en tu casa durante el día?

—¿Nunca te preguntó el señor Charpillon por qué dejaste Francia?

—No.

Geneviève esboza una sonrisa triste. La luz fría se refleja en sus ojos como en el agua.

—Melet tampoco me lo preguntó a mí —dice—, pero no le costó mucho conseguir la información que buscaba. Y decidió que él solo no conseguiría que purgara mis pecados. El pasado verano fue el primero que pidió ayuda a las hermanas.

—Sin embargo, vuelves con él todas las noches.

Geneviève arranca un hilo que le colgaba de la manga.

—Preferiría no hacerlo.

A Charlotte le gustaría preguntarle por los años que pasó en el territorio de los illinois, por la niña que mencionaron las gemelas, por el gobernador de Périer y el trabajo del señor Melet, por todas esas cosas que sólo sabe Geneviève. Pero sor Cécile las llama desde el umbral de la puerta. Mientras avanzan hacia la casa, Charlotte ve que la monja agarra de la mano a una de las huérfanas y la aleja a rastras de la más pequeña de las alumnas negras, probablemente repitiéndole a Perrine que sólo debe relacionarse con las mujeres blancas. Geneviève no dice nada, pero menea la cabeza y lanza a Charlotte una mirada de consternación. Caminan una al lado de la otra, con la hierba alta acariciándoles los tobillos y provocándoles escalofríos en los muslos.

Mediados de diciembre. Después de completas, en la cama, Charlotte hace examen de conciencia todas las noches. En la quietud del convento, sus recuerdos de Étiennette se transforman, adquieren un carácter distinto. Su amiga se vuelve intangible, lejana, como los húmedos meses que pasaron a bordo de *La Baleine*. A medida que Charlotte se sumerge en los textos religiosos, su amiga se transforma poco a poco en las heroínas de esas historias, llenas de

relatos dramáticos de pechos amputados y muchachas mudas que, con la boca llena de arena del circo, miran fijamente los ojos color chocolate de los leones. Santas a las que Charlotte no conocerá jamás y que le sirven para enterrar a la Étiennette que conoció y sustituirla por una mujer digna del destino de esas cristianas muertas hace tanto tiempo. Por la noche, al arrodillarse para rezar, Charlotte reexamina sus sentimientos y extrae de ellos una parábola con un significado nuevo: ella es una vagabunda descarriada, y Étiennette, la hermana virtuosa que rechaza sus avances y la devuelve al camino recto.

En el convento, sus pecados ya no le parecen irredimibles. No se trata de una condena, como lo es su vientre estéril. Allí, Charlotte tiene elección: puede decidir resistir o sucumbir a ellos.

Cada día lee mejor. El mérito no es de las monjas, demasiado ocupadas con las clases, las cuentas, el cuidado de los animales, el huerto y la atención a las enfermas que guardan cama en el cuartito que hace las veces de enfermería. Le guste o no, avanza gracias a Geneviève, que aprovecha las dos pausas diarias tras la comida y la cena para ir a por *La regla de la Compañía de santa Úrsula* y deslizar su dedo por las líneas y los párrafos hasta que llega el momento de volver al aula. Charlotte observa el rostro de Geneviève, y las palabras fluyen de sus labios como si siempre las hubiera sabido. Por la tarde, se separan a las siete: Geneviève se va a casa, y Charlotte, a rezar el Pequeño Oficio de la Santísima Virgen durante el último servicio del día. Geneviève sólo menciona a su hija una vez. Le explica que, si no hubiera tenido a Belle para cuidar de Mélanie, jamás habría aceptado venir al convento. Luego pone la mano en el libro y la mira.

—Siento mucho lo de tu hijo —murmura.

A Charlotte se le tensa la mandíbula. Se niega a creer que Geneviève sea sincera. Vuelve a mirar la página y busca desesperadamente la oración en la que se han detenido. Es por esto por lo que estoy aquí, se recuerda.

No le ha costado convencer a sor Marie-Madeleine para que les proporcione más libros. La joven monja estaba encantada al verlas tan interesadas en los preceptos de santa Úrsula. La lluvia forma riachuelos de barro en el huerto, de modo que se instalan en el refectorio, donde Charlotte se ejercita leyendo a media voz los escritos de santa Ángela de Merici. No le pregunta a Geneviève por su vida fuera del convento. Algo en su interior le dice que hace mal, pero su preocupación por Geneviève se mezcla con una inquietud aún mayor: si no está alerta, el mundo exterior puede infiltrarse en el convento. Está convencida de que debe guardar las distancias con la ciudad y con la mujer que era antes.

Así que, cuando Geneviève menciona a su marido, Charlotte apenas responde. Se comporta como hizo hace siete años, cuando, camino de Lorient, Geneviève le hablaba de su vida en París. En el convento, Geneviève, como Étiennette, debe asumir un nuevo rol: el de la hermana mayor que aprende más deprisa que cualquiera de las otras chicas, que se sabe las oraciones y letanías, que podrá guiarla por el camino del arrepentimiento. Las dos pecaron. Vienen del mismo sitio. Se conocen desde hace años. Así que, cuando los dedos de Geneviève rozan los suyos sobre el papel, Charlotte no se mueve, ignora el calor que a veces le sube por el brazo, la sensación tibia que le hace cosquillas en el estómago. Se concentra en la

lectura. Acepta a Geneviève como la compañera de viaje que fue un día y que podría obtener el perdón, a poco que se esforzara.

Diez días antes de Navidad, Geneviève se sienta aparte a la hora de comer. Con las manos sobre la mesa, no levanta los ojos del plato ni parece oír las lecturas edificantes de sor Marie-Madeleine. Las mujeres mojan el pan de maíz en la salsa de la carne y beben cerveza en silencio. Al final de la comida, Charlotte se acerca con un libro y papel, pero Geneviève sacude la cabeza.

—Si no te importa, hoy preferiría leer fuera —dice.

Las nubes permanecen inmóviles en un cielo azul lustroso. Charlotte sigue caminando detrás de Geneviève hasta que el sendero desaparece. Lleva el grueso libro apretado contra el pecho. Le gustaría volver dentro y estudiar hasta la hora sexta, como suelen hacer. El huerto, con su olor a tierra removida, y los efluvios del río le recuerdan demasiado la ciudad. Geneviève se detiene cerca del cobertizo. Desde allí, las ventanas del dormitorio parecen portas de barco. Charlotte nunca se ha aventurado tan lejos de la casa, tan cerca del bosque.

—Deberíamos volver —dice.

Pero Geneviève se sienta sobre una pila de leña y le hace un gesto para que la imite. Cuando lo hace, se le enganchan astillas en el vestido y los leños se bambolean y le golpean las pantorrillas. Luego, ve los dedos de Geneviève, los mismos que ayer trazaban letras elegantes: la uña del pulgar, negra como la tinta, y el índice y el corazón, rotos. Charlotte no necesita acercarse, la gravedad de las lesiones se aprecia perfectamente. No puede evitar tocarle con

mucha suavidad los dedos fracturados; necesita sentir la piel de Geneviève, como si el dolor pudiera extenderse y aliviarse por el tacto. Geneviève no aparta la mano. Charlotte se tensa; luego, a medida que acaricia la piel violácea, se va relajando, levanta la mano de Geneviève y la deja en su vestido, sobre sus rodillas.

Recuerda esas manos sosteniendo un sombrero de paja la última vez que Geneviève la visitó en Biloxi, un día de septiembre de 1721. A la mañana siguiente, partía hacia el territorio de los illinois. Ella estaba embarazada y tenía miedo; le dolía todo el cuerpo. No quería que Geneviève la viera en ese estado, que percibiera el hedor del cubo que tenía junto a la cama. Sólo de pensarlo, sentía una pena inmensa, que no se explicaba.

Esa mañana Geneviève no le dio ningún consejo. Hizo preguntas sobre Louis y conjeturas sobre la vida de Pétronille en Natchez. Rió contándole los últimos rumores de la ciudad: por lo visto, el aire de Luisiana incitaba al vicio. Luego se levantó y le dijo que descansara todo lo posible, como de pasada, como si en realidad no le importara. Al oír cerrarse la puerta, Charlotte sintió un desamparo tan absoluto que estuvo a punto de salir tras ella para pedirle que no la dejara sola, que, por favor, se quedara sólo un rato más.

Luego, ya no existe otra cosa que la boca de Geneviève muy cerca de su cara. Charlotte se inclina hacia ella, acerca los labios a los suyos con suavidad y presiona hasta hacerse daño.

No vuelve a haber nada más que un beso en el aire frío de una tarde de diciembre y unos dedos rotos encontrando una mano helada. Pero ese beso tiene el efecto de una bofetada. Incluso allí, encerrada

en un convento, Charlotte puede caer. Ahora sabe leer, pero ya no pide más libros. Durante las clases de aritmética, se sienta apartada de las demás internas para no tener que compartir sus fichas. Con aire distraído, las apila y las cuenta, aunque lo que le gustaría es estar sola recitando las avemarías que se ha impuesto.

En la capilla, se pierde en el coro de las mujeres. Sus voces ya no la reconfortan, sólo aumentan su sensación de soledad.

Charlotte ha renunciado a acercarse a Geneviève. De vez en cuando la ve, pero siempre de lejos. No quiere volver a estar nunca tan cerca que pueda ver el pequeño hueco entre sus dientes delanteros. Quiere olvidar lo que siente cuando la tocan; como hizo cuando se marchó Étiennette y tras la muerte de Louis. Ya lo consiguió entonces. Puede lograrlo otra vez.

Una tarde de diciembre, justo antes de vísperas, Charlotte choca con Geneviève al salir del aula. No la ha visto; el pasillo es estrecho, la puerta pesada, y ella llevaba un tintero en cada mano. Cuando éstos estallan contra el suelo, el ruido es ensordecedor. El líquido negro les salpica los vestidos y se extiende por el suelo como un animal perezoso.

—Déjame a mí —se apresura a decir Geneviève, pero Charlotte ya se ha arrodillado para recoger los trozos de cristal.

Se ponen a limpiar en silencio. Charlotte trata de concentrarse en sus dedos manchados, en el charco negro, en las esquirlas que relucen en el suelo. Pero, cuando Geneviève se inclina para recoger la tapa rota de un tintero, se le abre el cuello del vestido y Charlotte cree verle un cardenal, que Geneviève se cubre de inmediato.

—Voy a buscar algunos trapos —murmura levantándose a toda prisa.

Cuando regresa, sor Marie-Madeleine está ayudando a Charlotte.

—No se apure, casi hemos terminado —le dice la monja sonriendo.

Durante los siguientes días Charlotte no deja de pensar en esa tarde. Se obliga a sentir el profundo malestar que la invade cada vez que se acuerda del cuello de Geneviève. ¿Realmente vio un moretón, o la engañaron sus ojos? No está segura de nada, así que hace lo que ha aprendido a la perfección estos últimos años: niega sus intuiciones, las amordaza hasta acallarlas del todo.

Tres días antes de la misa de Navidad, Charlotte sube al dormitorio mucho después que las demás. Se ha entretenido en la capilla colgando guirnaldas de laurel sobre el altar y adornando los bancos con muérdago y acebo. A unas camas de la suya, tumbada en la que comparte con Marie-Annette, Perrine se lleva la mano de su compañera a la nariz y olisquea las hierbas y el carbón que las dos huérfanas han machacado para hacer incienso. Charlotte se dispone a arrodillarse junto a su cama cuando nota que alguien ha revuelto la ropa. Mira a las dos chicas, que ríen disimuladamente al otro lado de la habitación. Al deslizar la mano bajo la manta, sus dedos encuentran un trozo de papel doblado dos veces con esmero. Lo deja caer al suelo y, para no llamar la atención, se agacha y finge que se está quitando los zuecos. Sólo hay tres frases.

«Ya no puedo volver a casa. Ayúdame. Ya sabrás cuándo.»

Esa noche, intenta rezar por Geneviève. Repite «nunca más» y «perdóname, Señor», pero no consigue ahuyentar las imágenes que la obsesionan. La de unos dedos tumefactos y un beso que tiene el sabor dulce del maíz, la de dos mujeres dormidas murmurando en la húmeda oscuridad de un barracón. Reza para no perder la fuerza

divina que vino a buscar al convento, ese poder invisible que nadie debería ser capaz de arrebatarle.

La víspera de Navidad, Geneviève entra en la cocina acompañada de una niña. La clase de la mañana se ha anulado para que las dos criadas tengan ayuda. Charlotte lleva el vestido cubierto de plumas de oca, húmedas y pegajosas. Se pone el ave en las rodillas en el momento en que Geneviève sienta a la niña en un taburete. Mélanie tendrá unos cinco años, pero es regordeta como un bebé. Tiene los ojos azules y el pelo rizado de su madre. Le da un mordisco a la ciruela que le ha dado sor Marie-Madeleine.

—Vienen directamente de Francia —dice la monja—. Un generoso regalo de nuestras hermanas de Tours. ¿Sabes dónde está Tours? —La pequeña sacude la cabeza—. ¿Cómo es que no te habíamos visto hasta ahora?

La cara de la niña se ilumina.

—Estoy aquí por...

—Sólo se quedará hoy —la interrumpe Geneviève.

—Ha faltado a tercia —le hace notar sor Cécile anudando el paño que envuelve los frutos secos.

—Esta mañana hemos tenido que salir de casa un poco más tarde —alega Geneviève.

El tono de su voz hace que Charlotte levante la cabeza. Sor Cécile palpa la masa que descansa junto a la ventana y se vuelve hacia Geneviève.

—Convendría ablandar este brioche.

—Por supuesto.

Mélanie se levanta, pero Geneviève le ordena que se esté quieta. La niña obedece. Charlotte mira de reojo los dedos de Geneviève, que se hunden en la masa, la levantan, la aprietan. Aparta la vista y sigue desplumando la oca. De la olla, escapa un aroma a hierbas frescas. Charlotte piensa en el brioche, todavía firme al tacto, y en lo tierno que estará mañana. En los dedos de Geneviève, flojos contra la palma de su mano, en sus articulaciones rotas. Siente que su propia mano se afloja bajo el ala del ave.

—¡Cuidado!

Sor Marie-Madeleine aleja a la niña del agua hirviendo y le prohíbe probar la jalea de mora.

—¡Un momento, ya voy! —responde Geneviève.

Charlotte se sacude el delantal, del que siguen colgando plumas, y le hace una seña a Mélanie para que se acerque.

—Yo me encargo —dice.

Durante las siguientes horas entretiene a la pequeña como puede. Le da una pizca de perejil para que se lo eche al pavo, habas para que las pele, aceite de oso para aderezar las calabazas. Charlotte apenas presta atención a Geneviève e intenta ignorar su cara de alivio. Mélanie juega tranquilamente haciendo rodar bolas de pasta con las manos enharinadas. Charlotte la observa con atención, divertida por sus gestos meticulosos, su forma silenciosa de buscar su aprobación, las migas que se le pegan a la barbilla. Disfruta del placer desconocido de cuidar de una niña, aunque no sea suya.

Cuida de ella con esmero, con compasión, como enseñan los libros de oraciones que le dejan las monjas.

La superiora la convoca poco después de la sexta. Charlotte ha pasado el resto de la mañana en la cocina, con Mélanie, hasta que el dolor le ha impedido concentrarse: los espasmos que le retuercen el vientre todos los meses han empezado mientras ponía la mesa. Cuando sor Marie-Madeleine le ha susurrado que la superiora quería verla, Charlotte ha subido al primer piso sin decir palabra, con la cabeza gacha y el hombro rozando la pared de la escalera. Antes de abandonar la cocina, se ha asegurado de que Mélanie tuviera algo con lo que entretenerse. En el despacho de la madre Tranchepain, los calambres se agazapan en el fondo de su vientre, amortiguados pero desafiantes, y la dejan en paz momentáneamente, como otras veces, cuando tiene que estar atenta, concentrada. Se recuesta en la silla y mantiene el mentón alzado, confiando en que la superiora no advierta nada. Pero la madre Tranchepain tiene la cara radiante.

—Estoy muy contenta de los progresos que ha hecho entre nosotras —declara, y se inclina hacia delante, como si fuera a contarle un secreto.

Charlotte siente un cosquilleo en las manos y por un instante el dolor se disipa. En esos momentos, casi tiene la sensación de que la superiora la escucharía, de que bastaría con que también ella se inclinara sobre el escritorio para que al fin pudiera explicarle lo que la trajo al convento, confesar su fracaso y prometer que jamás volverá a flaquear. Incluso se imagina a la superiora perdonándola. Pero la madre Tranchepain retrocede y apoya los codos en los brazos del sillón.

—Quería pedirle su opinión sobre la petición de una de sus compañeras. La señora Melet me ha dicho que se conocen desde

hace mucho. Asegura que es usted la persona más indicada para responder de ella.

Charlotte se siente minúscula. Vuelven las punzadas del vientre. A la superiora le importan un bledo ella y sus confesiones. La única que importa, como siempre, es Geneviève, sus ojos azules, sus dientecitos cuadrados, su forma de meterse donde no la llaman, de perseguirla hasta el interior de aquel cuarto, de interponerse entre ella y la madre Tranchepain, entre ella y Étiennette, entre ella y sus buenos propósitos.

—Vino a verme hace unos días —continúa la monja—. Por supuesto, tengo mi propia opinión, pero me gustaría conocer la suya. —Hace una pausa e inclina la cabeza hacia un lado—. A la señora Melet le gustaría ingresar como interna —concluye.

—¿Ah, sí?

Un sonido estridente taladra los oídos de Charlotte, que se abraza y clava los dedos en la espalda, como para arrancarse el dolor. Oye a la madre Tranchepain explicarle que, desde luego, le cuesta imaginar cómo se las arreglaría la señora Melet para conjugar su papel de esposa y madre con el de interna, pero que, al fin y al cabo, las primeras discípulas de santa Úrsula vivían cada una en su casa y se reunían para los oficios. Desde luego, es una petición insólita, pero ¿qué no lo es, a este lado del Atlántico?

Charlotte guarda silencio. Geneviève no está buscando a Dios en este convento. Busca otra cosa, algo totalmente distinto, como cuando, camino de Lorient, se aseguraba de que a Étiennette nunca le faltara la comida y se tumbaba muy cerca de ella por la noche. Cosas que se ocultan en un huerto helado, detrás de un cobertizo, cuando los leños empiezan a bambolearse y el suelo se abre bajo los

pies. Charlotte no puede confiar en ella. Un calambre se despliega lentamente desde sus manos, como un tentáculo que arañase el interior de su vientre con una paciencia infinita. Le gustaría esconderse en su cama y esperar a que el dolor se calme. Abre la boca para responder, pero la madre Tranchepain no ha terminado.

—Simplemente, me hago preguntas sobre su fe. En vista del tiempo que le ha dedicado a usted, me gustaría mostrarle nuestro agradecimiento. Su empeño es digno de elogio.

Charlotte se ruboriza. Los calambres arrecian, ahora son un oleaje continuo. Charlotte lucha contra el dolor y la cólera. Y contra un sentimiento nuevo. Es indigna de la familia religiosa de Ángela de Merici. Debe ser más justa con Geneviève, reconocer el bien que hace a su alrededor. Admitir que, sin su ayuda, jamás habría aprendido a leer ni habría memorizado las oraciones a tiempo para la misa de Navidad. No habría podido plantearse empezar el noviciado el año que viene. Si de verdad aspira a pertenecer un día a la comunidad de las ursulinas, no puede abandonarla. Pero tampoco puede permitirse concederle más espacio del que ya tiene.

—Me temo que no puedo hablar en su favor —dice al fin.

La superiora parece sorprendida y, luego, preocupada.

—¿Hay algo sobre la señora Melet que debería saber?

Charlotte sacude la cabeza. El dolor explota en su vientre. Estalla en mil pedazos y se irradia por su cuerpo, descubriéndole rincones de los que ignoraba su existencia.

—No, nada —se oye decir—. Llegamos juntas a Biloxi. Fue hace años. Nunca hemos sido íntimas.

En el convento, el día de Navidad es un éxito. Un pastel de carne se enfría junto a un pollo relleno; los troncos, listos para arder, se apilan en la chimenea del refectorio. En la capilla, el empalagoso olor del incienso se mezcla con el aroma fresco y mentolado de las plantas de invierno. Las mujeres se saben los cánticos de memoria. Charlotte está en primera fila, pero sin cantar. Escucha a la superiora, que está terminando su sermón sobre la santidad de la maternidad, mientras, detrás del altar, el padre de Beaubois asiente con la cabeza. Charlotte se esfuerza para no sentarse. El dolor le provoca náuseas, no ha dormido en toda la noche y no ha sido capaz de probar bocado por la mañana. Los calambres no le dan tregua.

—Ha llegado el momento de dar la bienvenida a nuestras hermanas —dice el sacerdote.

Las patas de los bancos chirrían detrás de Charlotte. Las mujeres negras e indígenas avanzan hacia el altar. Para regocijo de las monjas, ahora todas saben los cantos y las oraciones. Las bautizarán esta mañana. Una tras otra, se presentan ante el padre de Beaubois, que les toca la frente con los dedos húmedos. Sor'kor Sokon, la chica de los ojos ámbar, es la última en pasar. Hoy no llora.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino... —recita el sacerdote.

Sor'kor Sokon no mira al padre de Beaubois, ni a la madre Tranchepain, ni la imagen de la Virgen. Ahora se llama Isabelle. Al volverse para ver qué está mirando, Charlotte sólo encuentra la pared encalada y, en la última fila, a Geneviève, con la espalda recta, la mano en el hombro de Mélanie y los ojos cerrados.

El reverendo felicita a la superiora y su congregación por sus primeros y fructíferos meses en Luisiana. Y tras un sermón final y un último cántico, la misa termina. Impacientes por comer, las mujeres se apresuran a abandonar la capilla. Ni la superiora ni el vicario piden a las niñas que se callen cuando la más pequeña deja escapar una risa estridente. Mélanie se une a las huérfanas con la naturalidad de las niñas de la Casa Saint-Louis. Charlotte camina detrás de ellas; busca la silueta de Geneviève entre los vestidos oscuros.

La ve junto a la puerta, inmóvil, como si esperara a que la ceremonia se reanude. Un rizo castaño le cuelga en la sien. Charlotte se queda paralizada. Le da miedo hablar, no sabe qué decir. Los calambres le van del vientre al pecho. Al ver la cara de perplejidad de Geneviève, de pronto siente tantas ganas de reconfortarla y estrecharla entre sus brazos que por un momento olvida lo que ha hecho.

Le gustaría explicarle que sólo intenta salvarlas a las dos. Ahora ya no puede dudar.

Se detiene ante Geneviève y sacude la cabeza. Al principio, sus facciones no traslucen ninguna emoción. Geneviève la mira y se seca las lágrimas con el dorso de la mano. Se observan unos instantes como las extrañas que fueron un día. Luego, Geneviève empuja la puerta sin decir palabra, y Charlotte se queda sola en la capilla, una sala sencilla y oscura que, como tantas cosas en Luisiana, no es más que la sombra de lo que querría ser.

10

Utu’wv Ecoko’nesel

El Gran Poblado/Natchez, agosto de 1729

Utu’wv Ecoko’nesel no quiere ir a casa de la mujer blanca. Se toma su tiempo para bajar de la colina y dejar atrás el Gran Poblado y sus promontorios. Se acaba de celebrar la Gran Fiesta del Maíz; la temporada de los arándanos está en su apogeo. La hierba, todavía alta, se le engancha a la falda y le acaricia el sol tatuado en el hombro, los brazos desnudos y los pechos bronceados. Cuando llegue la próxima luna llena, los hombres blancos quemarán la pradera para viajar con más facilidad. Los cascos de sus caballos pisotearán las raíces calcinadas y las ruedas de sus carretas llenarán de surcos la tierra ennegrecida. Luego volverá a crecer la hierba, verde y vigorosa, y comenzará de nuevo la caza del bisonte. Utu’wv Ecoko’nesel nació después de la llegada de los franceses, no tiene ningún recuerdo de los tiempos en que la estación cálida acababa bajo cielos límpidos, en que el humo no estriaba las nubes. Pero está segura de que las plantas no necesitan arder para saber cuándo deben desaparecer.

Utu’wv Ecoko’nesel sigue el curso del río. Desde allí, ya divisa la construcción de madera en la que los guerreros blancos guardan sus

armas. Rara vez se acerca a lo que ellos llaman Fort Rosalie, casi nunca pasa por delante de sus casas, que se han multiplicado durante los últimos cinco años. Ahora hay casi el doble, afirma a menudo Lv'vlk Lac'kup, su hermana mayor. Esa mañana, al dejar la choza familiar, Utu'wv Ecoko'nesel se las ha arreglado para evitarla. Está cansada de sus advertencias, sabe de sobra lo que opina sobre lo que Utu'wv Ecoko'nesel se dispone a hacer. Si su tía, Vhvl' Kutnuf, no se lo hubiera pedido, ella no iría a casa de la mujer blanca, con su nombre lleno de sílabas estridentes, de sonidos tan ácidos como las flores venenosas de los castaños rojos, que te arrancan la pared del estómago. Con la esperanza de calmar las tensiones con los franceses, Vhvl' Kutnuf ha decidido que Utu'wv Ecoko'nesel les enseñe todo lo que sabe sobre las plantas y sus propiedades medicinales.

Al pasar frente a sus granjas, Utu'wv Ecoko'nesel siente que se le tensa el cuerpo. No es la primera vez que se ve obligada a tratar con los hombres blancos. Su tía se empeñó en darle algunas clases de francés, a las que Lv'vlk Lac'kup siempre se ha negado a asistir. Utu'wv Ecoko'nesel aceptó sin protestar, aunque había otros conocimientos de su tía que le interesaban mucho más. Desde que su madre se fue al Gran Más Allá, hace nueve inviernos, ha aprendido todo lo que Vhvl' Kutnuf sabe sobre las flores, las hierbas y los inmensos poderes que esconden. Como sobrina de una Sol, empezó aliviando los dolores de las embarazadas del Gran Poblado. El año en que sangró por primera vez, comenzó a ir a los poblados de Tioux y la Harina para calmar las encías de los bebés. Hoy, con diecisiete inviernos, cura regularmente las heridas de los guerreros.

Las plantas consiguieron atenuar su dolor cuando ni siquiera la consolaban los abrazos de su hermana, que la mecía en la humosa choza hasta que el mundo se desvanecía. Los bálsamos y las decocciones la distraían cuando sólo pensaba en el rostro de su madre, en su forma de trenzarle el pelo y colocarle bien la falda con un movimiento firme y suave a la vez. Los remedios de Vhvl' Kutnuf le dieron un objetivo. Cuando creía que nunca dejaría de estar triste, recobró las ganas de vivir.

Camina por la orilla del río con los helechos haciéndole cosquillas en los muslos mientras se doblan bajo su cesto. No pesa mucho; su doble fondo, en el que las demás mujeres guardan sus joyas, sólo contiene flores de calalú y una rama de acebo. Hoy no sabía qué llevar, aunque suele acertar con la cantidad de flores necesarias para cada bálsamo y nunca carga con ingredientes superfluos. Pero esta tarde es distinta. La mujer blanca no necesita ningún remedio. Quiere aprender.

Al principio, la idea la divertía. Ha visto cómo curan los franceses a sus enfermos; a sus médicos, con la cabeza cubierta de pelo falso, que hacen sangrar cuerpos ya debilitados. Oyó a uno de ellos que recomendaba sumergir los músculos doloridos en una infusión de hierbas de la que no recordaba el nombre, o quemar un ojo cansado, irritado, para extraerle los fluidos, asegurando que la córnea del paciente sólo sufriría ligeras escoriaciones. El pueblo negro tiene mejores cirujanos; hasta los franceses deben de pensarlo, porque conoce a varios esclavos a los que utilizan como doctores. Las pocas veces que Vhvl' Kutnuf le ha pedido que prepare una tintura para una familia blanca, le han dado ganas de machacar la corteza de cualquier manera y dejar que las flores se decantaran

más de lo necesario. No quería perjudicar a los franceses, pero tampoco ayudarlos.

Ayer, cuando su tía le pidió que se reuniera con ella en la choza del Gran Sol, Uv'cenv Cu'nv Uv'sel, se vio obligada a cambiar de opinión. No había ningún otro miembro de la familia soberana; eran las dos únicas Soles presentes en el interior. Vhvl' Kutnuf la miró fijamente con sus ojos grises y le explicó que sus conocimientos no le pertenecían. Ya hacía casi treinta inviernos que comerciaban con los hombres blancos; Utu'wv Ecoko'nesel haría mal en rechazar a una de sus mujeres, que además se había acercado a ellos.

Por debajo de las palabras de su tía, oía la voz de su hermana, que creció en un mundo en el que los franceses apenas eran un rumor. Lv'vlk Lac'kup habría respondido que ellas no le debían nada a esa mujer, que Vhvl' Kutnuf había olvidado muy pronto las enfermedades que habían traído los franceses, los conflictos que habían provocado durante dos inviernos seguidos. Lv'vlk Lac'kup siempre ha pensado que su tía tiene demasiados amigos blancos, incluso un amante, que le dio un hijo, el actual jefe del poblado. Le gusta recordar que a los blancos se les llama, literalmente, *ku'yukup*, «hombres locos». Será por algo. Los tiempos han cambiado; ahora hay granjas de franceses por todas partes. Ayudarlos hoy no significa lo mismo que hacerlo en la época en que aparecieron, cuando los Soles les dispensaron el recibimiento reservado a las naciones extranjeras. Pero los franceses no tienen nada que ver con los caddo o los chicasaw. Son diferentes de todas las demás tribus.

Utu'wv Ecoko'nesel está de acuerdo con su hermana. También preferiría que su tía no cediera a todas sus peticiones. Pero, a diferencia de Lv'vlk Lac'kup, no siempre dice lo que piensa. A veces,

su madre decía que quizá había invertido los nombres de sus hijas, que Utu'wv Ecoko'nesel era más parecida a la oca tranquila que había dado nombre a su hermana y que Lv'vlk Lac'kup se asemejaba a la hermosa loba a la que Utu'wv Ecoko'nesel debía el suyo. Luego adoptaba una expresión enigmática y añadía: «Pero una madre rara vez se equivoca. Algún día me daréis la razón.»

Utu'wv Ecoko'nesel bordea los arrozales. Mujeres de piel oscura se afanan en los andadores saturados de agua mientras sus hijos chapotean entre las plantas. Inundar los campos: otra técnica que la mayoría de los hombres blancos no conocía y aprendió de quienes trajeron a la fuerza a las tierras de los Soles. Una chica negra le contó un día que, en las orillas del río Gambia, su pueblo sabía desde hacía generaciones construir diques, controlar las crecidas, transformar el suelo aluvial en arrozales. Utu'wv Ecoko'nesel desprecia el modo en que los franceses agradecen al pueblo negro la ayuda y los conocimientos que éste se ve forzado a regalarles: arrancándolos de la tierra de sus ancestros, alimentándolos apenas, obligándolos a trabajar sin descanso. Y sabe que son culpables de cosas peores. Desde la colina, ha visto a sus perros entrar en tromba en las cabañas de los esclavos, ha oído el húmedo chasquido de los latigazos. Nunca olvidará los alaridos.

Busca a un capataz, un hombre blanco. Pero en el porche sólo hay una niña. Muele granos de trigo con un mazo ancho. Tiene la piel demasiado oscura para ser hija de la mujer blanca.

—¡Señora, señora!

La niña esclava sigue llamando a su ama con el ceño fruncido. El viento caliente sopla entre ellas; Utu'wv Ecoko'nesel nota la falda de corteza de morera golpeteándole los muslos. Unos pasos martillean el suelo de madera.

—No hace falta gritar como...

Al verla, la mujer blanca se detiene en seco. Por un instante, Utu'wv Ecoko'nesel olvida su reticencia. No esperaba conocer a la francesa a la que debe ayudar. La mancha de la mejilla derecha, más pálida que su piel, es difícil de olvidar. No recuerda qué edad tenía cuando la conoció, pero aquella tarde, aunque su tía le había asegurado que no tenía nada que temer, prefirió guardar las distancias con las dos mujeres que la observaban desde la puerta de la casa.

Mira a su anfitriona con más atención. Tiene el cabello oscuro, pero no tan negro como el suyo, y la barbilla pequeña, que le suaviza el rostro. No para de recogerse un mechón que se escapa del moño, aunque cerca no hay ninguna rama en la que pueda enredarse el pelo. Como todas las francesas, esconde el cuerpo bajo varias capas de tela. Si ella la ha reconocido, no lo demuestra.

—¡Vaya! —exclama—. El señor Ducros no me ha avisado de que vendrías hoy.

Habla en francés, pero más rápido que su tía.

—No tan deprisa, por favor —le pide Utu'wv Ecoko'nesel.

La mujer sonríe y la mancha se encoge en su mejilla. Su vestido es de un azul intenso, como el vientre de los papagayos, y está cubierto de dibujos con forma de judías rojas.

—Perdona. Entra.

Utu’wv Ecoko’nesel percibe un olor a carne y oye voces, pero en la habitación no hay nadie más.

—Siéntate, por favor. —La mujer le indica con un gesto una especie de cama—. Enseguida vuelvo.

En la sala podrían vivir tres familias. Las paredes tienen aberturas y la puerta no está orientada al este y el sol levante, sino al norte. Todo está en alto: las vasijas, que descansan en tablas, y las yacijas de distintos tamaños repartidas por la habitación. Nada toca el suelo, como en previsión de una inundación que nunca se ha producido.

—Espero que te guste el té.

Emana un fuerte aroma a flores de los cuencos.

—Te llamas Utu’wv Ecoko’nesel, ¿verdad?

La anfitriona se permite hacer preguntas antes de que a su invitada le haya dado tiempo a alimentarse y descansar. Eso no lo tolerarían ni los Soles ni nadie del Gran Poblado. El brebaje le quema la garganta. La francesa pronuncia «Utu’wa Ecoko’niseli».

—No, «Oudou’wah itchoko’nishel» —la corrige.

Pétronille repite, pero esta vez se come las dos últimas sílabas. Utu’wv Ecoko’nesel renuncia.

—¿Y tú? —pregunta a su vez.

—Pétronille.

La mujer blanca tiene una forma de expresarse y de moverse que le recuerda la languidez de esos patos aturdidos por el sol que se cazan tan fácilmente en la orilla del Pequeño Río. Utu’wv Ecoko’nesel entiende algunas palabras —«gracias», «tía» y «flores»—, pero identificarlas no le produce ninguna satisfacción.

—Así que eres la sobrina de Brazo Tatuado —dice Pétronille.

Utu’wv Ecoko’nesel frunce el ceño. Como su tía es bastante conocida entre los franceses, le han traducido el nombre, pero, en boca de esta mujer, suena falso. De pronto, se alegra de que no sepa lo que significa el suyo; aunque un día consiga decirlo correctamente, sus sonidos seguirán siendo un misterio para ella. Sentada en esa extraña cama, Pétronille no deja de mirarla. A Utu’wv Ecoko’nesel no le apetece nada hablarle de su familia ni de su primo, el Gran Sol, que, aunque frágil, es el Elegido. Toca el cesto con el pie.

—¿Dónde trabajamos? —pregunta.

Pétronille vuelve a atusarse el moño, pero la torpeza de su gesto sólo empeora la situación.

—Voy a mostrártelo.

Al entrar en la sala contigua, las plumas de cisne que adornan el pelo de Utu’wv Ecoko’nesel rozan el dintel. Su hermana se lo ha advertido: a los franceses, les gusta construir varias casas en una sola.

—Es todo lo que podido reunir hasta ahora.

Esa salita se parece un poco más a las chozas del Gran Poblado. Aquí sólo hay una abertura estrecha, por la que entra el sol de la pradera. Ya no debe preocuparse de que las espíen, puede bajar la guardia. Los olores le son familiares; ve la bola espinosa de la cola de cascabel, las flores de terciopelo de los pies de gato, las escrofularias, que adoran las abejas... Hay un cesto lleno de corteza de morera y melocotonero. Pétronille señala una rama delgada.

—La cogí ayer.

Utu’wv Ecoko’nesel se acerca. Es «espina de la pasión», como la llaman los franceses, una de las maderas más preciosas que existen.

Traga con dificultad. Se pregunta qué espera Pétronille y le dice lo que seguramente quiere oír:

—Es buena para muchas cosas, sobre todo para los amores perdidos. —Coge una ramita—. Vuelve a traer al hombre amado.

Al ver el rostro descompuesto de Pétronille, se queda estupefacta y se promete no volver a tomarle el pelo. Su prima tenía esa misma cara después de haber perdido a su hombre durante una partida de caza. Utu'wv Ecoko'nesel desvía la mirada. Es imposible que su familia y esta mujer tengan nada en común.

En la mesa, busca una planta que le inspire una receta, esta vez auténtica. Piensa en su tía, y se sonroja. Vhvl' Kutnuf no soporta a los mentirosos.

—El remedio de la serpiente de cascabel —empieza a decir alzando una raíz que parece una gran cebolla—. Aspira el veneno. Y eso de ahí, la hiedra terrestre, alivia los dolores del parto.

Pétronille no responde de inmediato. Se acerca.

—¿Cómo se hace? —le pregunta.

Su mancha brilla en la penumbra. Utu'wv Ecoko'nesel vuelve a inclinarse sobre la planta.

—Agua y... Como el té.

—¿Y esa otra?

Durante una hora, Utu'wv Ecoko'nesel enseña a Pétronille cómo preparar una infusión de ajenjo. Se repite que su tía le ha encomendado una tarea y que no la defraudará. La salita, con su olor a tomillo y cáñamo, destila serenidad. Deja de preocuparse por el curso del sol en el cielo y por lo que le contará a su hermana esa noche. La mujer blanca hace pocas preguntas. Señala en silencio un

tallo o un pétalo con gestos lentos y suaves. De pronto, se oye un ruido sordo.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunta Utu'wv Ecoko'nesel.

—¿A qué te refieres?

Cuando se abre la puerta, la intensa luz de última hora de la tarde salpica las paredes. Utu'wv Ecoko'nesel sólo distingue una silueta.

—Me alegra encontrarte aquí —dice una voz masculina—. Empezaba a preocuparme.

El recién llegado pone la mano en el hombro de la mujer. Tiene las mejillas abultadas, el pelo moreno y brillante, y los ojos demasiado grandes para una cara tan estrecha.

—He pasado el día aquí, con ella —responde Pétronille—. Mi marido, el señor Ducros.

Sus manos quedan suspendidas sobre el cuenco. Utu'wv Ecoko'nesel parece un corzo inmóvil, calibrando el peligro antes de alejarse.

Aunque está delante del hombre, Utu'wv Ecoko'nesel no se presenta. Un día, Lv'vlk Lac'kup le dijo riendo que, si las francesas llevaban ropa tan gruesa, quizá fuera para protegerse de sus hombres. Ahora, bajo la mirada de Ducros, se pregunta si su hermana lo decía en serio. Incómoda, cruza los brazos sobre sus pechos. El hombre le susurra a Pétronille algo sobre los esclavos y el tabaco, sobre niños que son una fuente de distracción en los campos. No vuelve a mirarla. Cuando abandona la salita, Utu'wv Ecoko'nesel se da cuenta de que respira con dificultad.

—Nos veremos mañana por la tarde —murmura Pétronille.

Utu'wv Ecoko'nesel le habría aconsejado que tapara la mezcla para protegerla de los mosquitos, pero la mujer tiene la cabeza agachada.

Fuera, la niña esclava continúa moliendo trigo. El viento sopla sobre la pradera y el ruido del mazo sigue a Utu'wv Ecoko'nesel mucho después de que haya perdido de vista la casa.

Uno de sus recuerdos más nítidos data de hace un invierno: el Gran Sol acababa de morir, y ella se había unido a los parientes reunidos en casa del difunto. Las danzas y la procesión no tardarían en empezar, pero, por el momento, el anciano yacía en su lecho con la cara pintada de rojo y una corona de plumas blancas en la cabeza. Todas las pipas que le habían regalado y todas sus armas descansaban a sus pies: una escopeta de dos cañones, un arco, un carcaj lleno de flechas, una pistola y un *Tomahawk.* También una interminable cadena hecha de caña, con un eslabón por enemigo muerto. De vez en cuando, una criada le traía comida, murmuraba *touwvtekek*, «está bien muerto», y volvía a marcharse con un alarido estremecedor que oían tanto los habitantes del Gran Poblado como sus vecinos.

Ella estaba sentada entre Vhvl' Kutnuf y la favorita del Gran Sol. Recuerda que, al ver levantarse a su tía, con los brazos llenos de escarificaciones hechas para soportar la pena, le invadió el pánico. Al morir el jefe de guerra, su mujer había decidido seguirlo y hecho que la estrangularan con la cuerda de un arco para acompañarlo a aquel mundo lleno de peces rosados, bisontes y agua dulce. Muchos sirvientes la habían imitado, como no tardarían en hacerlo la concubina del Gran Sol, su médico, su cazador y sus criados. Así que, cuando Vhvl' Kutnuf los miró insistentemente a uno tras otro, Utu'wv Ecoko'nesel se levantó de un salto para obligarla a volver

junto a ella. Su tía no podía irse a reunirse ya con su madre en el Gran Más Allá. Pero Vhvl' Kutnuf sacudió la cabeza y le explicó que aún no estaba lista para irse, que su hijo, el nuevo Gran Sol, todavía necesitaba sus consejos para reinar.

—Ese chico es tan delicado como una cría de zarigüeya —le susurró Lv'vlk Lac'kup unos días después de la ceremonia—. No tiene la menor oportunidad.

En su día, las palabras de su hermana la preocuparon. Y, ahora que el Sol de la Manzana Blanca ha tomado definitivamente el poder sobre los otros poblados, la alarman todavía más.

No era la primera vez que su hermana daba muestras de clarividencia. El día de primavera que su madre bajó al Pequeño Río, Lv'vlk Lac'kup le confesó que tenía un mal presentimiento. Utu'wv Ecoko'nesel frunció el ceño y volvió a inclinarse sobre la falda que se estaba confeccionando. Su madre era fuerte; nunca se pondría enferma. Había traído al mundo a tres varones, todos convertidos en guerreros, y a dos niñas de caderas anchas y manos suaves.

—Te preocupas sin motivo —le respondió, sin sospechar que siempre lamentaría esas palabras.

La mañana posterior a su visita a Pétronille, se despierta al amanecer. Los hijos de su hermana todavía duermen. Al salir de la cabaña, ve que uno de sus sobrinos se agita en sueños y apoya las manos en las esterillas que cubren las paredes. Con la nariz apenas visible bajo la manta, sus dos hermanos menores aún roncan. Utu'wv Ecoko'nesel no tiene prisa en formar su propia familia, aunque seguramente se casará en unos inviernos. Lv'vlk Lac'kup le

hizo jurar que esperaría hasta encontrar a un hombre que le gustara, y ella piensa cumplir su promesa. Por ahora, ayuda a su hermana todo lo que puede. A veces, se sorprende cuidando de sus sobrinos tal como su madre se ocupaba de ella.

Pasea la mirada por la plaza principal, y sus ojos se detienen en uno de los montículos, donde se alza el templo y sus tallas de águilas. El humo del fuego perpetuo se dispersa perezosamente. Pronto, el Gran Sol se arrodillará ante el sol levante. Por lo general, Utu'wv Ecoko'nesel oye sus aullidos desde las praderas en las que recoge algodoncillo y dedaleras, a lo largo de los campos en los que las mujeres del poblado recolectan el maíz. Le gusta oír el zumbido de las cigarras, sentir la hierba húmeda bajo los pies y el calor de los primeros rayos de sol en la espalda. Sobre su cabeza, el poblado se alza hacia el cielo ya rosa; en primer plano, los campos y las primeras chozas de encañizado cubierto con adobe; luego, la plaza y las viviendas que la rodean; y detrás, los montículos, coronados por sus construcciones. Su choza es fácil de localizar; como miembro de la familia del Gran Sol, duerme cerca de las escaleras que llevan a su casa.

Pero esa mañana Utu'wv Ecoko'nesel no baja a las praderas, como acostumbra a hacer. Reaviva el fuego, coge un puñado de judías para la sopa y pone a hervir el agua del día anterior. Ayer no pudo hablar con su hermana. Los niños tenían hambre, estaban cansados, agitados, y Lv'vlk Lac'kup acabó susurrándoles «*Hvpvt petkup*» y arrastrándolos dentro. Como no se calmaban, les contó la historia del niño pantera, mientras ellos la interrumpían para pedirle detalles sobre su traje de pájaros vivos y el cuerno que se utilizaba para hacerlos cantar. Al cabo de unos instantes, sus voces cesaron: el

hombre de Lv'vlk Lac'kup había vuelto. Al verlo, Utu'wv Ecoko'nesel comprendió que su última oportunidad de hablar a solas con su hermana se había esfumado. Cuando su cuñado está, es como si ella dejara de existir para Lv'vlk Lac'kup. Luego los oyó durante la noche; la cama de cañas gemía bajo su peso.

Detrás de ella, la piel de corzo que cierra la entrada de la cabaña restalla en el aire tibio. Los grillos ya cantan. Lv'vlk Lac'kup aún tiene los ojos hinchados por el sueño y los tatuajes del pecho enrojecidos por haber dormido demasiado tiempo del mismo lado. Le acaricia el pelo y acepta el cuenco que le tiende. Come en silencio; luego se limpia los labios.

—Vhvl' Kutnuf estará orgullosa de ti —dice al fin.

—No la he visto —responde Utu'wv Ecoko'nesel, e, instintivamente, mira hacia la vivienda del Gran Sol, encaramada en uno de los montículos, y la choza adyacente, en la que su tía no tardará en levantarse.

—Está preocupada, y con razón —continúa Lv'vlk Lac'kup—. El Sol del poblado de la Manzana Blanca está furioso con los franceses.

Utu'wv Ecoko'nesel piensa en esa tarde, en la próxima clase en casa de Pétronille. Está irritada con su hermana por complicarle la tarea.

—Pero los ingleses no le molestan —replica.

Espera que Lv'vlk Lac'kup la contradiga, pero su hermana asiente.

—*Ehema'ce*, tienes razón —reconoce . Un saltamontes amarillo aterriza a sus pies y se funde con la hierba, reseca por el sol—. ¿Recuerdas cuando nuestra madre estaba convencida de que los choctaw iban a atacarnos? En esa época no se hablaba tanto de los hombres blancos.

Utu'wv Ecoko'nesel asiente, aunque en realidad no se acuerda. De su madre conserva otros recuerdos: el modo en que sus manos mojadas transformaban la tierra en jarras, el día que se cortó el pelo ella misma para ponérselo a una muñeca de hojas de maíz, lo frescos que estaban sus pendientes de nácar cuando la abrazaba... Ella era demasiado pequeña para preocuparse por los desacuerdos entre las tribus.

Se quedan calladas unos momentos. Abajo, en la plaza, las chicas del poblado se preparan para ir al bosque. Sus largas trenzas se balancean contra sus faldas; algunas rozan el suelo. Al ponerse el sol, con los cestos repletos de delicados frutos, volverán con las manos manchadas de jugo de arándanos y escoltadas por las avispas.

—¿Qué clase de mujer es? —pregunta Lv'vlk Lac'kup.

Utu'wv Ecoko'nesel sabe perfectamente a quién se refiere. Piensa en el mejor modo de describir a Pétronille.

—*Unckwen'ce*, tranquila —responde, y se acaricia la mejilla—. Esta parte de su cara aún es más pálida que el resto de su piel.

Lv'vlk Lac'kup sacude la cabeza.

—La más blanca de todas las blancas —rezonga con una mezcla de amargura y sarcasmo—. No esperaba menos de nuestra tía.

—Sólo será un tiempo.

Al otro lado de la plaza, dos guardianes del templo ascienden el montículo llevando en los brazos troncos de castaño para alimentar el fuego. Sus sombras se alargan en la luz de la mañana.

Los ojos casi negros de Lv'vlk Lac'kup no se apartan de las llamas. Suspira; parece inquieta y un poco triste.

—Puede que sea menos del que crees —murmura.

Al mirar a su hermana, Utu'wv Ecoko'nesel no puede evitar pensar en las desgracias que ya ha predicho: su jefe, tan débil como una cría de zarigüeya; su madre al borde del río, con los ojos vueltos hacia el cielo, como si buscara allí el mal que la había golpeado, pero sin encontrar otra cosa que nubes y pájaros.

Cuando vuelve a la plantación, Pétronille no está sola. Su hijo Émile, un chico moreno demasiado joven aún para disparar con arco, se escabulle en cuanto ella aparece.

—Es muy reservado —dice su madre—. Muy diferente de su hermana.

Esta mañana Pétronille la ha recibido como si se conocieran de toda la vida. Ha estado moliendo tomillo, y ha sido tan meticulosa que de lejos parece polvo azulado. Hoy las dos trabajan en la habitación principal, bajo la atenta mirada de una niña de ojos verdes, tez pálida y la boca roja como el tinte que las mujeres del poblado extraen del jugo de *achetny*. La pequeña se pone de puntillas y toca el pelo de Utu'wv Ecoko'nesel.

—¡Hélène! ¡Basta! ¡Ya es la tercera vez!

La niña obedece y se pone a acariciar a una ardilla que tira de la minúscula cadena sujeta a sus patas posteriores. Utu'wv Ecoko'nesel no puede entender que se encierre a un animal dentro de casa si no es para sacrificarlo y comérselo. Le parece una costumbre extraña y poco respetuosa. Levanta la tapa de su cesto antes de que le den ganas de preguntar para qué sirve el castor inmóvil de la repisa de la chimenea. Una vez más, se recuerda que los conocimientos de su

tía no le pertenecen. Pétronille está de pie junto a la mesa, con el vestido rojo medio oculto tras las jarras llenas de hierbas.

—¿Estás lista? —le pregunta.

Utu'wv Ecoko'nesel le enseña cómo utilizar la liana barbuda para curar la fiebre. Cortan un trozo del largo de un dedo y lo dividen en pedacitos procurando no pincharse en las espinas curvas de los tallos. Una mujer negra de facciones angulosas trae agua caliente para Pétronille. Detrás de ellas, Hélène imita los chillidos de la ardilla mientras su hermano dibuja al fondo de la sala, lejos del animal. Para Utu'wv Ecoko'nesel, es un alivio tener las manos ocupadas. Ahora Pétronille apenas habla; se limita a imitarla, fijándose en cómo introduce las plantas en la cacerola y las hierve hasta que sólo queda un tercio del líquido. Utu'wv Ecoko'nesel apenas necesita explicarle nada; para responder a sus preguntas, siempre claras y concretas, le basta con un gesto de la cabeza. Sí, antes de tomarse la infusión, hay que purgar al enfermo. No, no se debe ingerir más de una vez al día.

Esa tarde, cuando Utu'wv Ecoko'nesel llega a la choza, su hermana ni siquiera le menciona a Pétronille. Tampoco lo hace los dos días siguientes. Se comporta como si Utu'wv Ecoko'nesel hubiera pasado el día en los poblados de Tioux y Harina, ayudando a los guerreros y los ancianos. Seguramente Vhvl' Kutnuf ha hablado con Lv'vlk Lac'kup, y ella se lo agradece. Puede que su hermana olvide a menudo su lugar como mujer, pero sabe respetar las decisiones de su tía.

Al principio, Vhvl' Kutnuf sólo le pregunta a Utu'wv Ecoko'nesel por los remedios que prepara con Pétronille. Su tía asiente y le da unas palmaditas en el brazo que hacen bailar los tatuajes de su piel

flácida. Sonríe, pero parece ausente. Un día le pregunta si percibe tensión en el poblado francés. Utu'wv Ecoko'nesel piensa en las casas dentro de las casas, en Hélène jugando con su pelo, en el silencio que reina cuando Pétronille se pone a trabajar. En su hombre, que hoy se ha parado detrás de ella y ha espiado sus movimientos, hasta que se ha quedado totalmente quieta. Llega a la conclusión de que Vhvl' Kutnuf debe de referirse a otra cosa. Le responde que no y, por un instante, la expresión de su tía se relaja.

El día en que el granero del poblado está prácticamente lleno de maíz, Utu'wv Ecoko'nesel encuentra a Émile sentado solo a la mesa del salón. Durante las últimas visitas, ha enseñado a Pétronille a utilizar la liana de tres hojas para curar los calambres que acompañan a la luna llena (le regaló a Hélène unas cuantas bayas de la planta para su ardilla y se guardó las demás en su cesto, para cocinar); a masticar la corteza que Pétronille llama *bois d'amourette* para aliviar el dolor de muelas; a usar los ocozoles que crecen detrás de su casa para elaborar un bálsamo que cura las heridas y las úlceras; a hervir las raíces de zarzaparrilla y lavarse la cabeza con esa agua para tener el pelo tan largo como el suyo. Pétronille por fin pronuncia su nombre correctamente, pero sus hijos han decidido llamarla «Oodoo'wah» a secas. Nunca andan lejos, Hélène, jugando con su muñeca de trapo, y Émile, garabateando detrás de su mesita. Pero hoy Pétronille no está. Cuando Utu'wv Ecoko'nesel le pregunta por su madre, el niño señala la puerta con el dedo manchado de tinta.

—Fuera —responde.

La palabra sigue resonando en la cabeza de Utu'wv Ecoko'nesel mientras vuelve sobre sus pasos. La savia se le pega en las plantas y las piñas de pino se le clavan en los talones. Las abejas vagan en el aire caliente y posan sus rechonchos y peludos cuerpos en las flores, cuyos pétalos se doblan bajo su peso. Es consciente de que camina más deprisa de lo habitual. Nunca ha visto a Pétronille fuera de casa. Imaginársela sola, en el exterior, la pone nerviosa.

No tarda en localizarla. Al otro lado de un tabacal, en el lindero del bosque, el amarillo vivo de su vestido contrasta intensamente con el luminoso verde de la hierba todavía alta. Arrodillada entre unas raíces enormes, Pétronille está arrancando corteza de una morera con las manos. Tiene el pelo revuelto y la espalda del vestido oscurecida por el sudor. Utu'wv Ecoko'nesel nunca la ha visto con ese aspecto.

—Ah, ¿estás ahí? —dice Pétronille al verla.

La ira se apodera de Utu'wv Ecoko'nesel tan súbitamente que le corta la respiración. Pues claro que está ahí. Es ella quien debería preguntarle a Pétronille qué hace allí fuera, en una tierra que no es la suya. Se acerca. Al ver hormigas rojas corriendo por el vestido amarillo, su rabia se esfuma tan deprisa como ha surgido. Pétronille le sigue sonriendo; no sabe nada de los mocasines de agua, las viudas negras y las serpientes de cascabel que podrían picarla en cualquier momento. Por mucho que se adentre, la pradera nunca la aceptará. Cuando Utu'wv Ecoko'nesel le sacude los insectos del vestido, Pétronille se sobresalta.

—Gracias —murmura—. No las había notado.

¿Cómo las vas a notar con toda esa ropa?, piensa Utu'wv Ecoko'nesel, pero no dice nada. Dos lagartos enormes se deslizan

entre las espinas de las densas zarzas. Se levanta. Pétronille la imita; se sacude la tierra de la falda.

—¿Qué hacías? —le pregunta Utu'wv Ecoko'nesel.

El árbol está pelado, como si un animal se hubiera afilado las uñas.

—Estaba recogiendo corteza.

—¿Con las manos?

Pétronille se sonroja y luego se echa a reír. El sonido de su risa sorprende a Utu'wv Ecoko'nesel.

—En casa tenía muchas herramientas de jardinería, ¿sabes? —dice, y mira a su alrededor, como si esperara encontrarlas allí—. Pero no me las pude traer.

—¿Por qué?

—No me dejaron cogerlas.

Las termitas van y vienen por un tronco podrido tirado a sus pies. La idea de que puedan prohibirle hacer algo a Pétronille es nueva para Utu'wv Ecoko'nesel. Salvo en presencia de su marido, nunca la ha visto actuar en contra de su voluntad. La cara de Ducros se le impone con una nitidez inquietante.

—¿Dónde vivías antes? —le pregunta.

Por un momento, Pétronille parece azorada.

—Muy muy lejos de aquí —responde al fin—. Al otro lado del océano.

Utu'wv Ecoko'nesel ha oído hablar del agua que nunca acaba, pero jamás la ha visto. Sólo conoce las turbulentas aguas verdes de los ríos, sus corrientes, que se lo llevan todo por delante: piraguas, cocodrilos, incluso trozos de orilla a veces. Casi nunca se hace preguntas sobre la tierra en la que nació el pueblo blanco.

Simplemente, apareció un día con sus caballos y sus enfermedades, sus fusiles y sus esclavos, y ya no se ha ido.

—En esas tierras, ¿abunda la caza y la pesca? —pregunta.

Pétronille asiente.

—Y también hay flores muy bonitas —dice.

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

No pensaba hacerle esa pregunta, pero de pronto se ha despertado su curiosidad. Con las uñas llenas de tierra, Pétronille sigue jugando con el trozo de corteza, frotando con las yemas de los dedos su extremo puntiagudo.

—En realidad, no tuve elección —admite al cabo de unos instantes.

Utu'wv Ecoko'nesel frunce el ceño. No se imagina qué diría su hermana. Si los franceses habían abandonado su país por obligación, ¿tenía sentido odiarlos, aunque se hubieran instalado en sus tierras y decretado que la pradera tenía un principio y un fin, y podía trocearse y repartirse?

—¿Tu hombre eligió vivir aquí? —pregunta.

Esta vez, la respuesta de Pétronille la satisface.

—Sí. Él vino por voluntad propia.

Desde ese día, Utu'wv Ecoko'nesel mira de otro modo a Pétronille. Bajo la morera, por primera vez le ha enseñado lo que debía hacer sin reticencias, sin oír la voz de Lv'vlk Lac'kup, una voz que —ahora lo comprende— siempre ha sido un poco la suya. Le ha ofrecido su pequeño cuchillo y ha guiado su mano a lo largo del tronco, orientando el filo para que se hunda como en una hogaza de pan

recién hecho y pueda obtener trozos de madera fina y lisa. Ahora que sabe que Pétronille no es enteramente responsable de su presencia en la pradera, le cuesta menos visitarla y compartir sus conocimientos, aunque sigue pensando que no deberían salir del Gran Poblado.

La mujer blanca que encuentra días después en casa de los Ducros no le inspira tanta confianza. Esa francesa tampoco le resulta del todo desconocida: le llevó un remedio para la espalda esa tarde de otoño que vio a Pétronille por primera vez. Marie, como la llama Pétronille, tiene una voz autoritaria, con la que riñe a menudo a sus dos hijas, y gestos bruscos, que amenazan con hacer volar por los aires las prendas que ha confeccionado para Émile y Hélène. A ella no le presta ninguna atención. Mece a su bebé, un niño, mientras habla en voz baja de las tensiones con los «salvajes» y de su marido, al que le gustaría volver a Francia. Cuenta que, la semana pasada, su vecino, un granjero, perdió otras tres vacas.

—Los natchez irrumpieron en su campo y las mataron —dice bajando la voz.

Utu'wv Ecoko'nesel no puede evitar arquear las cejas. Ha oído a los franceses quejarse muchas veces de que les han robado o matado animales. Pero ¿dónde están los límites de sus tierras? No todos los bisontes son suyos.

—Seguramente, no creían hacer mal —dice Pétronille, y Marie suelta una risita desagradable.

—No me sorprende que les concedas el beneficio de la duda —replica, y Utu'wv Ecoko'nesel siente cómo la atraviesa la mirada de esa horrible mujer.

Se concentra en las hojas de zumaque que tiene en las manos; en los niños, que cuchichean junto a la mesa; en cualquier cosa, con tal de no oír esas conversaciones que la dejan helada. Émile y la hija mayor de Marie, arrodillada a su lado, están inclinados sobre una gran hoja de papel, ajenos a la charla de sus madres. La niña debe de ser un poco más pequeña, pero los dos se parecen tanto y, al mismo tiempo, son tan distintos a sus madres que Utu'wv Ecoko'nesel casi tiene la sensación de que el marido de Pétronille está allí con ellos.

Ducros llega esa misma tarde, poco después, elegantemente vestido, como siempre. No saluda a Marie, que tampoco le hace ningún caso. Pregunta a los niños qué dibujan mientras se pasea por la sala. Las voces de Pétronille y Marie se apagan. Una vez más, se detiene detrás de Utu'wv Ecoko'nesel.

Ella se queda inmóvil. La ropa de Ducros huele a tabaco, pero Utu'wv Ecoko'nesel percibe otro olor, un tufillo acre que se le agarra a la garganta. Nota que se mueve detrás de ella y contiene la respiración, como si así pudiera pasar desapercibida.

—No tenemos bastante musgo español, ¿verdad? —le pregunta Pétronille.

Utu'wv Ecoko'nesel la mira con agradecimiento. La cataplasma que están preparando sólo necesita hojas de zumaque. Las palabras de Pétronille obligan a moverse a su marido, que se aleja de Utu'wv Ecoko'nesel, pisa los largos rayos de sol que alfombran el centro de la sala y se inclina hacia su mujer. Cuando la besa en la frente, Pétronille mantiene los ojos cerrados.

Al día siguiente, Utu'wv Ecoko'nesel se encuentra de nuevo la puerta cerrada. Se pregunta si tendrá que volver a buscar a Pétronille fuera, como hace media luna, pero estornuda en el aire húmedo y llama otra vez con los nudillos. La lluvia tamborilea en el tejado. Tiene la túnica empapada y las gotas le resbalan por la nuca. Le abre una muchacha negra. Se oyen gritos en la casa. Utu'wv Ecoko'nesel se sobresalta al reconocer la voz de Ducros, pero la sala principal está desierta, salvo por la chica que tiene delante.

—La señora quiere que empieces sin ella —dice cruzándose de brazos.

Tiene los labios finos y una pequeña cicatriz en el lugar donde la capota se encuentra con la sien. Ha vuelvo a hacerse el silencio. La chica parece incómoda. Tampoco Utu'wv Ecoko'nesel sabe muy bien cómo comportarse: ella puede irse cuando quiera de esa casa, mientras que a esa mujer nunca le permitirán hacerlo. Los esclavos que ha visto en el Gran Poblado eran enemigos de su pueblo: han desafiado a los Soles y han perdido, y lo pagan con su libertad. Pero nunca ha oído hablar de ninguna guerra entre el pueblo negro y el pueblo blanco. Sólo ve gente de piel oscura esclavizada y obligada a trabajar en los campos mientras los franceses esperan el fruto de sus cosechas.

Utu'wv Ecoko'nesel se sienta a la mesa, que hoy está colocada cerca de la chimenea. Fuera, la llovizna tiñe de gris el jardín. Cuando la chica negra desaparece en la cocina, las voces resuenan de nuevo. Esta vez distingue la de Pétronille, pero habla demasiado bajo para que entienda lo que dice. Coge una rama de granadillo y empieza a quitarle la corteza con los ojos clavados en la corta hoja mate de su cuchillo.

Se oye un ruido sordo en la habitación de al lado y ella casi se corta del sobresalto. Deja el cuchillo junto al palo blanquecino, casi pelado. Está preocupada por Pétronille, pero sobre todo por sí misma. Cuando está a punto de irse, oye unas pisadas y el ruido amortiguado de la puerta trasera al cerrarse.

Al instante aparece Pétronille, con las mejillas rojas y el pelo revuelto. Sostiene una cajita de madera rajada y con la cerradura rota.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Utu'wv Ecoko'nesel.

Pétronille se pasa la mano por la cara y se deja caer en un sillón al lado de la chimenea. Por la ventana, Utu'wv Ecoko'nesel ve a Ducros empuñando las riendas de su montura; la lluvia ha deslustrado el cuero de la silla. Al oír alejarse el trote del caballo, respira aliviada.

—Las ha tirado —dice Pétronille.

—¿El qué?

Pétronille mira la tapa rota y luego vuelve a contemplar el fuego.

Utu'wv Ecoko'nesel se sienta a su lado y repite la pregunta.

—Mis semillas —responde Pétronille—. Las que me trajeron de La Rochelle. —Sacude la cabeza y se seca las lágrimas. Luego su expresión cambia, y deja escapar una risa triste—. Las pedí hace tanto tiempo que pensaba que ya no llegarían. Habría sido mejor creer que se habían perdido.

Deja la caja a sus pies.

—¿Por qué ha hecho eso? —le pregunta Utu'wv Ecoko'nesel.

—¿Y por qué no?

El fuego escupe brasas minúsculas que se apagan en cuanto tocan el suelo. Se pueden perder cosas peores que un puñado de semillas, se dice Utu'wv Ecoko'nesel. No le apetece pasar la tarde allí y, sobre

todo, no quiere estar presente cuando vuelva Ducros. Se levanta, coge un manojo de zarzaparrilla y hace espacio en la mesa.

Cuando Pétronille vuelve a hablar, lo hace sin apartar la vista de las llamas.

—Si no se lo hubiera impedido, habría quemado mis cartas —dice —. Mi amiga Geneviève acaba de escribirme. Su marido ha muerto.

Utu'wv Ecoko'nesel no sabe de quién habla, y la tal Geneviève la trae sin cuidado. Pero Pétronille se ha sentado al fin a su lado a la mesa y parece más tranquila. Utu'wv Ecoko'nesel no la interrumpe.

—Está a punto de volver a casarse. Por tercera vez.

Separa las hojas de los tallos mientras sigue hablando de esa otra francesa. Utu'wv Ecoko'nesel no capta más que algunas palabras —«mala suerte», «pobre mujer», «violento»—, que apenas le dan una vaga idea de las desgracias que han asediado a esa desconocida. Le pregunta por el nuevo marido, pero sólo por quedar bien.

—No puede ser peor que el anterior —responde, y empieza a trabajar en silencio.

Utu'wv Ecoko'nesel la imita. Piensa en el casamiento de su hermana, en la espiga de trigo y el laurel que les regaló su madre, en las camas, apoyadas contra las paredes para bailar hasta el amanecer. Al principio no comprende la expresión lúgubre de Pétronille; luego se acuerda de Ducros. De pronto, la atmósfera de la casa le parece asfixiante.

—¿Tienes más plantas traídas de Francia? —le pregunta.

Pétronille le sonríe.

—Sí. Sígueme —dice mirando por la ventana.

Casi ha escampado. Las gotas de lluvia penden de las puntas de las hojas. La lleva a una parte del jardín que Utu'wv Ecoko'nesel aún no había visto. En cuanto sale fuera, respira profundamente. La tarde ha refrescado; el aire está saturado de humedad y la tierra roja, reblandecida por los aguaceros. Un pájaro carpintero se ensaña con el tronco de un árbol. Los gorriones alzan el vuelo piando como locos cuando oyen sus pasos. Las flores trepan entre las ventanas de la fachada. Por la longitud de sus tallos, Utu'wv Ecoko'nesel imagina que, durante la estación cálida, la cubrirán por completo. Observa los pétalos, más anchos a medida que se alejan del pistilo. Su forma le resulta familiar, incluso cree recordar que la especie que ella conoce se puede usar contra la disentería, pero nunca las había visto de ese color blanco irisado de verde.

—Al menos no se ha deshecho de mis rosas. No sabía si estas flores sobrevivirían aquí, pero han crecido en nada.

Utu'wv Ecoko'nesel se vuelve hacia ella. Pétronille contempla la fachada con los brazos cruzados y el pelo encrespado por el aire húmedo. Sus ojos siguen hinchados por las lágrimas, pero ya no parece tan infeliz.

—De no ser por ti, no sabría que se puede curar con las plantas —dice.

Utu'wv Ecoko'nesel siente que se sonroja. Como no quiere que Pétronille se dé cuenta, se vuelve de nuevo hacia la casa.

—¿Para qué sirven? —se apresura a preguntar.

—Esto no te va a gustar —le advierte Pétronille—. Sólo sirven para alegrar la vista.

El embriagador aroma de las rosas se mezcla con el olor de la tierra mojada por la lluvia. Utu'wv Ecoko'nesel se acerca y toca los

pétalos. Son tan suaves como los de las perpetuas. Quizá éstas sean las únicas flores de Francia que toque en su vida. Se pregunta cuántas especies le quedan por conocer. Morirá antes de conocer todas las plantas de la pradera. Es una idea fugaz, absurda. Sólo una insensata echaría de menos lo que nunca ha conocido. Utu'wv Ecoko'nesel junta dos dedos y, evitando las espinas, arranca un capullo de un tirón.

—Puede que sirvan para algo y aún no lo sepamos.

La estación del Gran Maíz se acaba. Las primeras noches largas del invierno siempre devuelven a Utu'wv Ecoko'nesel a las veladas de su infancia, a los tiempos en que, al ponerse el sol, la familia se reunía alrededor del fuego y su madre les contaba historias. Ahora su hermana mayor ha tomado el relevo. El humo sigue oscilando ante su cara y las de los niños, pero los cuentos han cambiado. Esa noche Lv'vlk Lac'kup les habla de un hombre del poblado de la Harina que ha sido encarcelado por haberle robado la piragua a un francés. Como si las embarcaciones ya no se cogieran prestadas, como si los verdaderos ladrones no fueran los hombres blancos. Utu'wv Ecoko'nesel la escucha y observa a sus sobrinos jugando a la pelota. Más tarde, mientras las agujas de pino caen de la piel de corzo y se esparcen por la cama, ella se pregunta cuánto tiempo podrán seguir jugando.

Al día siguiente, le habla a Pétronille del francés que ha hecho encarcelar a uno de los suyos.

—Qué vergüenza —dice ella bajando los ojos—. No lo sabía.

El sol ya está bajo cuando Utu'wv Ecoko'nesel toma el camino de vuelta al Gran Poblado. Los grillos han enmudecido. Se dispone a entrar en el bosque cuando oye pasos y crujir de hojas secas. Un cardenal entona uno de sus tristes cantos. Utu'wv Ecoko'nesel vuelve la cabeza y ve las casas diseminadas entre los campos que acaba de atravesar. Frente a ella, el bosque se cierra sobre su eterno crepúsculo. Un mosquito le pica en el tobillo. Se recoge el pelo para que no se le enganche en las lianas y se interna entre los árboles. Aún está lejos del Gran Río cuando vuelve a oír el ruido. Duda si torcer a la izquierda y correr hacia el agua, con la esperanza de que los pescadores sigan allí. Toma la dirección del río, pero al instante comprende que no le da tiempo a llegar. El ruido se acerca. Son los pasos de alguien a quien no le importa hacer crujir los juncos. Delante de ella, dos linces salen huyendo; un papagayo desaparece con un grito furioso.

Ni siquiera le da tiempo a correr. El marido de Pétronille ya está delante de ella. Sus manos le aferran las muñecas. En la mortecina luz, el blanco de sus enormes ojos parece aún más pálido. Le coge la barbilla y Utu'wv Ecoko'nesel respira su aliento dulzón mientras lo oye susurrar algo sobre las chicas salvajes. Luego, el canto del cardenal ahoga sus palabras.

Un día, Vhvl' Kutnuf le contó la historia de un idiota que decidió ir solo a cazar un oso. Disparó para hacer salir al animal de un tronco hueco, convencido de que sería lo bastante rápido para coger su arco. Vhvl' Kutnuf se alzó cuan alta era para imitar al oso que se abatió sobre el cazador. Cuando el marido de Pétronille la arroja al suelo, Utu'wv Ecoko'nesel no se resiste. Sabe que no tiene ninguna

posibilidad. Se concentra en su rabia, tan bruta e incisiva como las cañas que se le clavan en la espalda bajo el peso del hombre.

Encima de ella, el humo gira en el cielo, gris y leve entre las nubes. El pueblo blanco ha empezado a quemar la pradera.

Utu'wv Ecoko'nesel ya ha estado con chicos. Chicos que eligió en las danzas del Gran Poblado y con los que se acostó al amanecer. Le gustaba oír su respiración acelerándose en su cuello; sentir sus manos bajando de sus caderas a sus nalgas. Tenían su edad y la mayoría eran chicos humildes. No les ha dado hijos. Como todas las mujeres nobles, un día se casará con un hombre del pueblo. No importaba: traería al mundo criaturas con el pelo tan negro como la corteza de los castaños y que también serían Soles. Después de ella, sus hijas y sus nietas perpetuarían el linaje de la familia real, pero sus hijos y sus nietos sólo reinarían mientras vivieran. Su nobleza moriría con ellos.

De pronto se pregunta si los vestidos azules y rojos de Pétronille ocultan heridas como las que ella tiene en la espalda, donde las cañas le rasgaron la piel. Utu'wv Ecoko'nesel las esconde bajo sus cabellos. Utiliza hojas de avellano de bruja para evitar que se vuelvan amarillas y violetas, pero no pide a ninguna mujer que le extienda el ungüento. No volverá a casa de los Ducros. No le contará a nadie lo que ha ocurrido en el bosque, ni siquiera a su tía. Se ha planteado decírselo a Lv'vlk Lac'kup, pero le da vergüenza. Si hubiera escuchado a su hermana, todo eso no habría pasado. Por la noche, permanece despierta bajo la piel de bisonte con la mirada puesta en las brasas agonizantes. Oye la respiración de sus sobrinos,

dormidos, el aletear de una lechuza. Se pregunta si las imágenes que la persiguen la dejarán en paz algún día.

Mientras prepara decocciones, piensa en Pétronille. No sabe si añora su compañía, o sólo el placer inesperado de transmitir su saber a una persona tranquila y atenta como ella. Pero ha adquirido un nuevo hábito. Cuando no consigue dejar de ver los ojos blancos, se concentra en Pétronille. Se dice que es ella quien necesita que la reconforten, quien está obligada a vivir con ese hombre luna tras luna, invierno tras invierno.

Media luna después de la noche del bosque, Utu'wv Ecoko'nesel acompaña a su hermana al Pequeño Río. Los dos hijos menores de Lv'vlk Lac'kup tienen tres y cuatro inviernos respectivamente; son lo bastante mayores para jugar en el agua, pero no para seguir al anciano que enseña a nadar a su hermano mayor y a los otros chicos. En el alba nacarada, avanzan una detrás de otra, aupando a los pequeños por encima de los helechos más densos. Ayer hicieron el mismo camino. Utu'wv Ecoko'nesel no quería bañarse, no quería enseñar la espalda cubierta de heridas. Pero Lv'vlk Lac'kup insistió. Y cuando Utu'wv Ecoko'nesel cedió, comprendió que su hermana ya lo sabía. Al ver las heridas, sin hacer ningún comentario, puso la mano en las cicatrices, como para borrarlas, y la abrazó. Se quedaron así, inmóviles, mientras sus figuras se reflejaban en el agua clara y lenta del río.

Hoy hace más calor. Utu'wv Ecoko'nesel lleva su túnica preferida, la que tiene motivos bordados con hilo rojo. Le gusta ponérsela en cuanto los árboles pierden las hojas y los días se acortan. Lleva de la

mano a sus sobrinos. Se siente ligera por primera vez en mucho tiempo. El mundo es tal como siempre lo ha conocido. Las raíces ruedan bajo el arco de sus pies; la brisa de la mañana se desliza entre sus tobillos; las pavas huyen con sus pasos precipitados. Su hermana va delante, como cuando eran pequeñas y su madre cerraba la marcha para poder vigilar a sus cinco hijos. En ese sendero, podría creer que nunca ha abandonado el río y la pradera.

De pronto, su hermana se detiene. Detrás del bosquecillo de cipreses se oyen voces. Cuando llegan al río, ven a una chica corpulenta que se remoja los pies en el agua sentada junto a una niña.

—¡Cenko'lo'lo, saludos, Soles! —exclama.

Sin apenas mirarla, Lv'vlk Lac'kup desata las tiras de lana de bisonte que cubren las rodillas de su hijo. En un meandro del río, unos ibis sondan el limo con sus acerados picos. Al fijarse en las simples plumas de oca que adornan los cabellos de la desconocida, Utu'wv Ecoko'nesel comprende que es una mujer del pueblo.

—Nunca te he visto aquí. ¿De qué poblado vienes? —le pregunta.

Antes de responder, la chica espera a que Utu'wv Ecoko'nesel deje la túnica al pie de un saúco y Lv'vlk Lac'kup se meta en el río. Cuando el agua les salpica los muslos, los niños contienen la respiración.

—De la Manzana Blanca. Estamos sufriendo mucho —dice al fin.

—Cuéntanos —la anima Lv'vlk Lac'kup.

Utu'wv Ecoko'nesel se adentra en el agua, que le llega por la cintura, y se quita el cordel de morera que le sujeta el pelo.

—Ayer nuestro Sol volvió del fuerte de los hombres blancos —explica la mujer—. Su nuevo jefe quiere apoderarse de nuestras

tierras para construir su casa.

—¿Y qué le respondió vuestro Sol? —le pregunta Utu'wv Ecoko'nesel adelantándose.

La mujer se echa agua por la cara sin soltar a su hija, que chapotea en el río.

—Le dijo que nuestro pueblo vivía aquí desde hace más inviernos que pelos tenían sus trenzas. Pero ese hombre es distinto a los otros franceses. Da órdenes a nuestro Sol, como si fuera uno de sus esclavos. ¿Adónde iríamos?

Utu'wv Ecoko'nesel ignora su pregunta. A pesar del viento, el cuerpo le arde de rabia. Es un alivio dirigir su ira contra algo nuevo, algo que puede compartir con esta mujer y con Lv'vlk Lac'kup. Ve la mirada de su hermana, pero Lv'vlk Lac'kup no dice nada y deja que siga preguntando.

—¿Acatará su orden vuestro Sol?

—*Mv'kupok no'kv*, puede que eso ocurra. Le ha pedido al hombre que espere hasta que acabe la cosecha. El consejo se reunirá pronto y tomará una decisión.

Uno de los hijos de Lv'vlk Lac'kup suelta una carcajada cuando le roza una carpa inmensa. En la orilla, el más pequeño juega tiritando con los pendientes de su madre.

—¿Cuándo le dará su respuesta al hombre blanco? —pregunta Lv'vlk Lac'kup.

—*Noco*, no lo sé. —La mujer suspira—. Todo el mundo habla del terrible jefe francés, pero no sabemos qué va a pasar —añade, y coge en brazos a la niña sin hacer caso de sus gritos de protesta—. Puede que volvamos a vernos.

Lv'vlk Lac'kup asiente y Utu'wv Ecoko'nesel le dice que se cuide.

Al ver a madre e hija salir del río, su hermana la mira con vehemencia.

—Lo que tenía que pasar ha ocurrido al fin —dice.

Utu'wv Ecoko'nesel espera que su hermana le hable de venganza, de castigo, pero Lv'vlk Lac'kup guarda silencio. Coge en brazos a su hijo, que apoya las manos en sus pechos, y sale del agua.

Utu'wv Ecoko'nesel se queda sola en el río. Las hojas secas que flotan a la deriva parecen indicarle el camino a seguir. Entre las ramas de un ciprés, un pájaro blanco se seca agitándose y, por un instante, sus plumas parecen parte del follaje. Lv'vlk Lac'kup ayuda a sus hijos a vestirse. En su cara no hay el menor atisbo de cólera, sino una emoción que Utu'wv Ecoko'nesel le ha visto tan pocas veces que tarda en reconocerla. Su hermana está aterrada.

Avanza un paso y se zambulle. El frío se apodera de su cuerpo y borra sus pensamientos. Su pelo se despliega a su alrededor mientras por debajo el limo se levanta como polvo en la luz. Allí las emociones ya no existen; sólo hay vibraciones sordas: una rama enganchada en el fango, un banco de sardinas que remonta la corriente, o quizá un rodaballo haciendo ondular su cuerpo redondeado. Utu'wv Ecoko'nesel no ve nada. Con los ojos cerrados, deja que el agua neutra la hiele. Nada cada vez más lejos, hasta donde el río corre demasiado deprisa para pertenecerle a nadie.

Nunca olvidará lo que pasó hace cuatro inviernos: aún no habían llegado los primeros melocotones, aterciopelados y dulces, que anuncian el comienzo de su estación favorita. Los atardeceres se alargaban. Arrodillada en la plaza principal, apilaba conchas y las

mezclaba con la tierra, tal como le había enseñado su madre. Mientras aplanaba el fondo de las vasijas de barro, notaba el olor crudo del río subiendo entre las manos. De pronto se oyó un grito. Los niños dejaron de correr detrás de la pelota. Las mujeres, con las manos paralizadas sobre los tarros de cola de pescado, alzaron la cabeza. Los hombres dejaron en el suelo los arcos y se levantaron.

El cielo había desaparecido. O, mejor dicho, se había ocultado tras unas nubes altas, grises, tan juntas que parecían cosidas. La luz se fue por completo; luego, los contornos de las nubes se iluminaron, como si las hubieran unido con hilo de oro. Cuando el sol reapareció, justo antes de tocar el horizonte, estaba cercado; arrojaba un resplandor escarlata sobre las nubes y dejaba el resto en la oscuridad. Lo que mejor recuerda es el silencio, las siluetas perfectamente recortadas contra el cielo agonizante mientras el barro se endurecía entre sus dedos. Al caer la noche, los ancianos interpretaron la furia del astro como el presagio de tiempos nefastos para su pueblo.

Cuando Utu'wv Ecoko'nesel le repite las palabras de la mujer del río, su tía se queda muy abatida. Vhvl' Kutnuf hace oídos sordos a sus preguntas y, sin decir palabra, se aleja en dirección a la choza del Gran Sol. Durante los días que median hasta la siguiente luna llena, Utu'wv Ecoko'nesel no vuelve a oír hablar del jefe francés. No obstante, nota que el ambiente ha cambiado. Mientras busca hierbas para ayudar a dormir al recién nacido de la vecina, se encuentra con una chica que le cuenta que las mujeres de su poblado han recibido la orden de preparar víveres. Un atardecer frío, mientras cuece pan

con los primeros caquis, ve al Gran Sol, que regresa del templo caminando sobre las esteras que sus hombres han colocado en el suelo. Avanza con las facciones tensas y la mirada triste. Tiene diecisiete inviernos, pero parece más joven. Dos noches más tarde, los jefes y sus guerreros se encierran con él; ninguna de las Soles está invitada, ni siquiera Vhvl' Kutnuf. Utu'wv Ecoko'nesel mira a su tía, que juega nerviosamente con las vueltas de su collar de nácar.

Los habitantes del Gran Poblado están cubriéndose con pieles de corzo y encendiendo grandes hogueras el día que Vhvl' Kutnuf le pide que la acompañe al poblado de la Harina para visitar a una prima con fiebre. Cesto en mano, Utu'wv Ecoko'nesel sigue a su tía a través de la pradera. Los pendientes azules que pertenecieron a su madre le acarician el cuello a cada paso. Vhvl' Kutnuf camina lentamente con la mano apoyada en su hombro. Con la excepción de una ardilla, no ven ni un ser vivo; los animales ya se han escondido huyendo del invierno.

—*Pe-etce*, siéntate —dice al fin Vhvl' Kutnuf deteniéndose junto a las primeras rocas del Pequeño Río.

Utu'wv Ecoko'nesel obedece; el frío de la piedra le atraviesa la falda.

—Te he traído adonde nadie pueda oírnos —empieza diciendo su tía—. Escúchame bien: va a comenzar una guerra terrible, la peor de las que hemos conocido.

Durante las anteriores, Vhvl' Kutnuf hizo todo lo que pudo para protegerla, así que Utu'wv Ecoko'nesel tiene pocos recuerdos: hombres muertos por culpa de un blanco y la pipa que después fumaron los franceses. Los poblados Grigra, Jenzenaque y de la Manzana Blanca estuvieron implicados. En el suyo, no pasó nada.

—El Gran Sol aún es joven e ignorante —sigue su tía— y ha intentado ocultarnos sus intenciones a todos, incluso a mí, su propia madre.

—¿Vamos a atacar a los franceses? —pregunta Utu'wv Ecoko'nesel.

La rabia vuelve, aunque menos intensa esta vez. Vhvl' Kutnuf no parece haberla oído. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—*Kokenesv*, mi hijo, que sin mi leche habría muerto, que sin mí no sería un Sol, me mintió, pero ha acabado confesándome la verdad. Aquí mismo, sobre esta roca a la que te he traído. —Sus manos se crispan encima de sus rodillas—. El jefe francés quiere las tierras de la Manzana Blanca. Su pretensión ha provocado la ira del Sol de ese poblado, que ha convencido a todos los jefes, incluido mi hijo, para que secunden un plan terrible.

Habla deprisa, con las mandíbulas apretadas. Le explica que el consejo ha decretado que los franceses son demasiado numerosos y se han convertido en vecinos peligrosos. Los Soles han decidido matarlos a todos a la vez. El jefe francés ha aceptado esperar a que acabe la cosecha para tomar posesión de las tierras que codicia, y los Soles le han prometido que, cuando llegue el momento, le llevarán trigo y gallinas. Ese día estarán armados; tres guerreros por francés, en cada casa.

—Hubo un tiempo en que teníamos quinientos Soles —prosigue Vhvl' Kutnuf—, en que se tardaban doce días en recorrer de este a oeste las tierras en las que vivíamos. Luego, llegaron los hombres blancos, y creímos que estas tierras eran lo bastante grandes para que todos viviéramos bajo el mismo cielo.

Utu'wv Ecoko'nesel se estremece. Le duelen los músculos del cuello. Mira fijamente la cara abatida de su tía.

—*Tvcukv*, lo sé —dice—. ¿Por qué me cuentas todo eso?

—Porque los hombres blancos son astutos. Los ancianos del consejo los subestiman; están convencidos de que los sorprenderán con facilidad. Pero el plan fracasará, y muchos de ellos morirán. —Vhvl' Kutnuf hace una pausa y contempla sus manos tatuadas—. Algunas de nuestras mujeres, las que frecuentan a los franceses, han decidido avisarles para evitar esa matanza.

Sus ojos escrutan el rostro de Utu'wv Ecoko'nesel. Le está replanteando un viejo debate familiar: Lv'vlk Lac'kup criticó a una amiga que había elegido a un blanco como amante y Vhvl' Kutnuf tomó partido por ella frente a su sobrina. Utu'wv Ecoko'nesel suele ponerse del lado de su hermana, pero, por otra parte, comprende que, después de treinta inviernos de convivencia con los franceses, esas relaciones son inevitables.

—Mi hijo no debería haberme ocultado la verdad —oye decir a Vhvl' Kutnuf.

La cólera y la tristeza deforman el rostro de su tía; Utu'wv Ecoko'nesel nunca le había visto esa expresión.

—Un Sol mentiroso no merece que lo consideren un hombre —sentencia su tía.

Un pájaro demasiado grande para ser un halcón y demasiado pequeño para ser un águila planea sobre el río. Utu'wv Ecoko'nesel asiente penosamente. Permanecen sentadas en silencio unos instantes; luego, Vhvl' Kutnuf se levanta apoyándose en la roca, y Utu'wv Ecoko'nesel le coge el brazo para sostenerla.

—Ve a matar la fiebre a casa de nuestra parienta —le dice estirándose la túnica.

De camino al poblado de la Harina, Utu'wv Ecoko'nesel sólo piensa en la guerra. En el cielo incendiado, en los arcos y los *tomahawks* de los guerreros. Hoy el cesto le parece más pesado y el bosque demasiado tranquilo. De pronto, piensa en Pétronille y el corazón se le acelera.

Toma el camino que lleva a casa de Pétronille. Ahora, en los tabacales, las mujeres y los hombres de piel oscura llevan ropa más gruesa. Algunos la miran al verla pasar: seguramente están advertidos del ataque que tendrá lugar pasado mañana. Lv'vlk Lac'kup le ha explicado que, una vez muertos los franceses, quedarían libres. Al menos, los que se unieran a las filas de los natchez; los demás, los que permanezcan con sus amos blancos, serían vendidos como esclavos a los chickasaw.

Utu'wv Ecoko'nesel está convencida de que tomarán la decisión correcta. En las dos guerras anteriores, la mayoría se alineó con ellos. Se acuerda del hombre negro libre que vivió escondido durante años en uno de sus poblados; había luchado contra los tonicas, aliados de los franceses, con la valentía de un guerrero natchez.

Aprieta el paso. Ya ve las gallinas, picoteando el suelo cerca de la casa, y el humo, que allí no sale por la puerta, sino por el tejado. Sabe que no le debe nada a Pétronille. Pero no puede dejar de pensar en esa tarde de verano, cuando la encontró arrancando corteza con las manos, en que le habló del viaje que la había traído

a la pradera y que ella no había elegido hacer. Si se hubiera quedado en Francia, no tendría los días contados.

Diga lo que diga Vhvl' Kutnuf, el pueblo blanco pronto será castigado. Y Ducros, también. Sólo espera que no esté en casa.

—¡Oodoo'wah!

Hélène baja a toda prisa los peldaños del porche y corre a su encuentro.

—¿Dónde está tu mamá? —le pregunta Utu'wv Ecoko'nesel.

—Ven —dice la niña cogiéndola de la mano.

Pétronille cose junto al chimenea. Hunde la aguja en un tejido mucho más fino que las piel de puercoespín que utiliza ella para bordar. Al saludarla, parece tan contenta como sorprendida.

—Estaba preocupada por ti —dice—. ¿Por qué dejaste de venir?

Utu'wv Ecoko'nesel recorre la habitación con la mirada en busca de un sombrero francés y una chaqueta de hombre. Sólo ve un ramo de rosas y un plato con manzanas y bayas de saúco. Émile está leyendo en el sillón, junto a la ventana. La mira aliviado; luego, vuelve a enfrascarse en su libro. Utu'wv Ecoko'nesel se sienta al lado de Pétronille y le habla tan bajo como puede.

—Mi pueblo os atacará muy pronto.

La sonrisa de Pétronille se desvanece. Recoge los útiles de costura y aparta la tela.

—Niños —dice—, salid un momento.

Émile levanta la cabeza del libro, pero no se mueve. Hélène coge en brazos un gato gris y sale dando un portazo. La ardilla ha desaparecido.

—Mi marido ha hablado de amenazas, pero cree que sólo son rumores —dice Pétronille—. Unos soldados se presentaron ante el

comandante Dechepare para advertirlo del peligro, pero él los llamó «mentirosos» y los mandó al calabozo. El señor Ducros afirma que si nos armamos para un ataque que no se producirá pareceremos débiles.

Utu'wv Ecoko'nesel se recuesta en el sofá. No la sorprende oír que los franceses son demasiado orgullosos para prepararse a morir. La mano de Pétronille, vacilante, busca la suya.

—Pero yo te creo. Mientras cogía las lianas que me mostraste, vi a vuestros soldados... a vuestros guerreros avanzando por el bosque detrás de sus jefes.

—Yo también —dice Émile.

Utu'wv Ecoko'nesel había olvidado que el niño seguía allí. Pétronille le ordena que salga con un gesto, y él cierra el libro sin rechistar.

—¿Se lo has dicho a tu hombre? —pregunta Utu'wv Ecoko'nesel cuando Émile se marcha.

—Sí. Me repite que no son más que miedos de mujer.

Utu'wv Ecoko'nesel mira a Pétronille. Su pelo negro recogido en un moño; sus ojos, del color de la hierba alta; su rostro, lleno de esperanza. Se imagina a los guerreros entrando allí y lo que dejarían tras ellos al marcharse.

—Tú y los niños —se oye decir—. Pasado mañana. Esperadme fuera, vendré a buscaros. Ni una palabra a tu hombre.

—¿Y la señora Cléry? Su familia...

—Tú y tus hijos, nadie más.

Pétronille asiente despacio y le coge la mano, como si no tuviera ningún otro sitio al que ir.

Cuando Utu'wv Ecoko'nesel se acerca a la casa, todavía está oscuro. Se arrebuja en la piel de oso y aprieta el paso. Esta mañana no ha tenido ninguna dificultad para salir del poblado sin que la vieran. Su hermana estaba demasiado ocupada tranquilizando a sus asustados hijos. Justo antes de abandonar la choza, Utu'wv Ecoko'nesel ha deseado con toda su alma que Lv'vlk Lac'kup la llamara y le exigiera que le dijese adónde iba. Pero su hermana no le ha prestado la menor atención.

—*Wetvwe'tes*, jamás —la ha oído susurrar cuando su hijo mayor le ha preguntado si tendrían que irse de allí.

Fuera, Vhvl' Kutnuf observaba a los hombres que se preparaban para el combate. Al igual que los guerreros del poblado de la Manzana Blanca, ataban plumas a sus arcos, como si se dispusieran a salir de caza, para no levantar las sospechas de los hombres blancos. Llamarán a sus puertas y cambiarán jarras de cereales y de aceite por pistolas. Les prometerán traerles piezas, cuando en realidad las cobrarán en sus propias casas.

En la plaza principal, Utu'wv Ecoko'nesel no ha podido mirar a los guerreros a la cara. Hasta ese momento su oferta de ayuda a Pétronille le había parecido impulsiva, abstracta, pero, al pasar ante el ejército del Gran Sol, la ha asaltado una idea nueva, una idea insoportable, y se ha apresurado a ahuyentarla, a enterrar la palabra «traición», como cuando se esforzaba por apartar las dudas la primera vez que fue a casa de los Ducros.

Recorre el trayecto en menos tiempo de lo habitual y, mucho antes de distinguir sus siluetas, oye a Pétronille y los niños. No la esperan en el porche, sino al otro lado de la casa, el opuesto a las cabañas de los hombres y las mujeres de piel oscura. Pétronille lleva

una capa que le llega hasta los pies. Hélène, envuelta en una piel de castor, está acurrucada en sus brazos. Émile, de pie a su derecha, permanece inmóvil.

—Temía que hubieras cambiado de opinión —dice Pétronille.

Utu'wv Ecoko'nesel, nerviosa, se balancea de un pie a otro. Cuando Pétronille se agacha para coger un pequeño baúl, la detiene.

—No, tenemos que darnos prisa.

—¿Y esto? —pregunta Pétronille señalando un hatillo.

Utu'wv Ecoko'nesel suspira, pero se lo echa al hombro.

—Vámonos.

En los tabacales, Hélène solloza. Pétronille camina lenta y ruidosamente. Es imposible que avance más deprisa; el vestido se le engancha en las plantas. Utu'wv Ecoko'nesel echa un vistazo a su espalda para asegurarse de que nadie los sigue. La bruma dificulta la visibilidad, pero desde la casa los localizarían sin dificultad. No quiere que los vean, no quiere que la vean con ellos. Al llegar a los primeros cipreses, la angustia le encoge el estómago.

—¿Adónde vamos? —farfulla Hélène, medio dormida.

Émile le susurra algo; Pétronille guarda silencio. Mira a Utu'wv Ecoko'nesel, que se obliga a responder:

—Al Gran Río. Dentro del bosque.

Un sol indeciso se derrama sobre los árboles y hace brillar el rocío que les moja los pies. Utu'wv Ecoko'nesel les enseña cómo esquivar las raíces del suelo. Se repite que Pétronille no eligió venir aquí, que no ha hecho nada en realidad. Lleva a la niña profundamente dormida, después de las hierbas que le ha hecho mascar a pesar de la mirada inquieta de su madre. Ante la vulnerabilidad y el

desamparo de Pétronille, Utu'wv Ecoko'nesel siente que ha tomado la decisión correcta.

Avanzan entre troncos tan inmensos que a veces se dividen en varios árboles de gruesas cortezas martilleadas con furia por los pájaros carpinteros. Cuando oye a los guerreros, se para en seco. Hace señas a Pétronille y Émile para que se agachen detrás de los arbustos y no hagan ruido, ni siquiera cuando una araña grande como un huevo de gallina trepa al hombro del niño. De pronto, se ve con sus ojos: una de ellos, protegiendo a una mujer blanca y a sus hijos la mañana de la guerra. Contiene la respiración mientras espera a que pasen. Algunos transportan vasijas con aceite y cestos de trigo; otros, arcos y lanzas. Muchos llevan los lóbulos de las orejas dilatados con aros de hierro. Reconoce a un hombre que tiene visto del Gran Poblado empuñando una hachuela. Los Soles sienten tal desprecio por el jefe francés que se niegan a mancharse las manos con su sangre.

Cuando al fin desaparecen, Utu'wv Ecoko'nesel está temblando. Nota la mano de Pétronille en el hombro, pero al volverse no la deja hablar: le indica por señas que siga callada y se levante. Ya no hay tiempo que perder. Han llegado hasta allí; los llevará al Gran Río. Luego volverá con los suyos, que es donde debe estar.

Al acercarse al río, afloja el paso. Pétronille, con el pelo cubierto de hojas secas y encorvada bajo el peso de Hélène, parece exhausta. Tres patos los observan con sus ojos rojos. Pétronille coge de la mano a Émile, se sienta en el limo seco y tumba a su hija encima de su capa, empapada de rocío. El niño clava un palo en la tierra blanda. Utu'wv Ecoko'nesel se sienta en una roca al borde del agua mientras la gélida corriente arrastra la luz del sol.

No oye la señal —los disparos contra el jefe francés y su intérprete —, pero le llegan los chasquidos de los fusiles de otros guerreros en las casas más cercanas. Dobla las rodillas hasta tocarse el pecho. La distancia deforma los gritos. Se imagina el Gran Poblado, se pregunta qué habría visto desde la plaza principal si hubiera tomado otra decisión, qué habría sentido sabiendo que los gritos de Pétronille se mezclaban con los de los demás franceses. Luego, el clamor de la guerra queda ahogado por el aleteo de las palomas torcaces que huyen del bosque en bandada. Por un instante, el cielo no es más que una nube de plumas oscuras.

Alrededor del fuerte, las granjas están ardiendo. Esta mañana, el aire huele a carne quemada. Las llamas levantan una brisa sofocante. La hierba de la pradera se ha teñido de rojo, como si hubiera fresas en invierno. Cuando oye los gemidos de las mujeres blancas encerradas en lo alto del promontorio, Utu'wv Ecoko'nesel trata de ahuyentar las imágenes que se repiten en su cabeza: Pétronille, ojerosa, con la mirada fija en el río; Hélène y Émile observando las crías de zarigüeya que se deslizan en la bolsa de su madre. Durante el ataque, Pétronille no ha llorado una sola vez; ha permanecido muda, con la cabeza entre las manos. Antes de irse, Utu'wv Ecoko'nesel le ha ofrecido la carne de bisonte seca que llevaba y se ha despedido de ella tan deprisa como ha podido.

Luego, se ha apresurado a remontar el Gran Río. Cuando estaba a punto de adentrarse en la espesura, ha oído el ruido de un remo golpeando el agua. Se ha detenido para mirar a su alrededor. Los árboles se curvaban sobre el río amarillo; la fuerza de la corriente

doblaba sus ramas retorcidas. Se ha escondido antes de que apareciera la piragua: un francés con la ropa sucia y la mirada perdida. Ha sido el único superviviente con el que se ha cruzado.

Iba en dirección a Pétronille y sus hijos. Quizá pasara de largo, pero, con un poco de suerte, los vería. Una parte de ella quería dar media vuelta, advertirles que un hombre bajaba por el río, que seguramente se dirigía a su Gran Poblado, el que ellos llaman Nueva Orleans. Pero el francés ya se estaba alejando; a ella no le daría tiempo a avisar a Pétronille, y además tampoco estaba segura de querer hacerlo. El hombre blanco cumpliría con su deber y la acompañaría de vuelta a su casa, dondequiera que estuviese ahora. Su gente la socorrería. Ella volvería con la suya.

Cuando llega, los heridos ya están en el poblado. Al verlos y encontrarse con la mirada de Lv'vlk Lac'kup, desearía haber pasado la mañana allí, preparando las tinturas y los remedios que se iban a necesitar. Pero no es momento para lamentaciones, todavía no. Corre a buscar su cesto, va a la plaza principal y se abre paso entre las mujeres, atareadas en seleccionar las pertenencias de los franceses mientras los guerreros limpian sus armas ensangrentadas y se tatúan un hacha y el símbolo de la nación vencida en el hombro derecho, con las agujas y el polvo de carbón a sus pies. Utu'wv Ecoko'nesel se acerca a los hombres que han arriesgado su vida para defender las tierras que los vieron nacer. Se arrodilla junto a ellos, les limpia las heridas y les pone ungüentos en la piel, como siempre ha hecho. Trata de no pensar en Pétronille, a la que no debería haber ayudado, pero por la que ha hecho todo lo que ha podido. Ofrece sus plantas a aquellos a quienes siempre han estado destinadas.

11

Pétronille

Nueva Orleans, enero de 1731

Han pasado catorce meses desde el ataque de los natchez, pero Pétronille recuerda los sucesos de aquella mañana de invierno como si hubieran ocurrido ayer. Cuando se fue Utu'wv Ecoko'nesel, la abandonaron las fuerzas. Estaba sola con sus hijos, en la orilla del Saint-Louis, a casi cien leguas de la capital. Al otro lado del bosque, seguían los combates. Cuando su hijo le susurró que se acercaba un francés en una piragua, se levantó y oyó un remo golpeando el agua y una voz grave. Se quedó petrificada al descubrir que aquel superviviente era el señor Cléry. Echó a correr hacia él y lo ayudó a acercar la embarcación a la orilla: los dos cónyuges engañados, huyendo juntos. Pétronille habría dado lo que fuera por volver al mundo que acababa de derrumbarse y poder reírse de aquella coincidencia.

En el agua, Cléry no tenía en absoluto la destreza de Baptiste. Sus movimientos eran tan bruscos que tropezó y cayó de bruces en aquel punto de la orilla que Utu'wv Ecoko'nesel había elegido como refugio. Sin la ayuda de la muchacha india, Pétronille jamás habría llegado a Nueva Orleans y a la casa de Geneviève, donde vive ahora.

No vería todas las semanas a Cléry en el salón atestado de muebles de su casera mientras el gélido viento atiza un fuego moribundo. La voz febril de Cléry borra el tiempo, aniquila todos los esfuerzos que hace Pétronille desde hace un año para mantener a distancia el ataque de los natchez, el zurrón lleno de hierbas que oculta en su habitación, las siniestras imágenes que la acosan.

La mañana del ataque, Cléry hablaba con voz distante y frenética. La piragua oscilaba en el agua, y sus frases apenas tenían sentido.

—Los he visto —insistía lanzando a su alrededor contagiosas miradas furtivas.

Le tendió un remo, como si ella supiera usarlo, y Pétronille hizo lo que pudo para mantener el rumbo de la piragua y evitar que chocara contra la madera de deriva y se desviara hacia los árboles. Hélène sollozaba; Émile no había abierto la boca desde que habían sonado los primeros disparos. Con el ruido de la corriente, Pétronille sólo oía a Cléry. Tardó unos minutos en comprender lo que repetía: cuando empezó el tiroteo, estaba volviendo del pueblo en el que trabajaba como ingeniero. Llegó a tiempo de ver a los guerreros natchez llevándose a su mujer y sus hijos, pero no pudo hacer nada para salvarlos.

Pétronille aún siente la rasposa madera en la palma de las manos. Recuerda a los remeros que los llevaron a Fort Rosalie en su primer viaje por el río, hace ahora casi diez años; lo mucho que envidió su poder sobre el agua. El día que huyó de Natchez era ella quien pilotaba la piragua. Sin embargo, se sentía más indefensa que nunca.

Hoy en día, el señor Cléry se expresa con total coherencia. Por lo visto trae noticias de la expedición que ha lanzado el gobernador de Périer contra los natchez; la última de una larga lista desde que hace un año se envió el primer contingente francés. Si no hubiera perdido una mano durante la primera campaña, Cléry habría seguido acompañándolos, como no se cansa de repetir. Ahora tiene que conformarse con vivir la guerra a través de esos relatos fragmentados. Parece ser que las tropas llegaron en sus barcos al poblado de los tonicas, sus aliados, hace casi un mes, tras haber sufrido un terrible temporal. Pusieron rumbo al norte bajo la nieve y surcaron las aguas altas de los ríos. Siguen buscando el refugio de los natchez, situado en algún punto al oeste del Saint-Louis. Al menos, es lo que aseguraba un niño autóctono de diez años que habían capturado los franceses.

—¿Y después? —repite Cléry—. ¿Qué habrá pasado?

—El próximo emisario nos contará algo más...

Cléry golpea la mesa con su mano de cobre haciendo un ruido de chatarra.

—¡Ese emisario es un imbécil! Se fue demasiado pronto. ¿A quién le importa saber que llegaron al río Negro el 12 de enero? ¿Qué pasa con la batalla?

—Yo creía que preferiría las noticias al silencio —responde Pétronille.

Cléry hace como si no la hubiera oído. Se vuelve hacia el ojo de buey, y su aliento empaña el cristal helado. Pétronille sólo tiene unos segundos de respiro antes de que vuelva a despotricar. Entre la rue Royale y la rue de l'Arsenal, una muchacha recoge el atado de leña que se le ha caído de los hombros. Si Cléry se acercara, tendría una

vista mucho mejor: las calles rectas de Nueva Orleans descendiendo hacia el río y su espigón, o, en la otra dirección, ascendiendo hasta la puerta este de la ciudad. A lo lejos, las aspas de los molinos arañan el cielo mortecino de enero; los tejares humean. En los campos recién desbrozados, las vacas pacen dando lametazos a la hierba helada. El señor Cléry ya apenas sale.

—¿No le parece que se acerca el final? Ya son nuestros.

—Veremos —dice Pétronille desviando la vista.

Ha aprendido a mostrarse prudente con él. Ya no le pregunta a qué final se refiere. ¿Al de la guerra? ¿Al de los natchez? Ella se enteró del avance de las tropas del gobernador de Périer hace una semana, pero hasta hoy había conseguido ocultárselo. Las noticias sobre los combates siempre lo alteran: reavivan los recuerdos de sus enfrentamientos con los natchez y sus esperanzas de encontrar vivos a su mujer y sus hijos. Hoy, a Pétronille no le apetece nada hablar de Marie. Rara vez tiene fuerzas para hacerlo.

—Veremos —repite rascándose el pulgar para quitarse un trozo de piel muerta—. ¿Quién le ha contado todo eso?

—De todas formas, ¿cuántos guerreros tonicas se dignaron a unirse a nosotros? —masculla Cléry para sí mismo.

Su pierna da otra sacudida, como la de Émile cuando cavila. Sólo es cuestión de tiempo que empiece a echar pestes de su «amiga salvaje», cuyo nombre jamás pronuncia. Farfulla algo sobre los patíbulos de la plaza principal.

—Cállese —le espeta Pétronille más secamente de lo que pretendía.

Pero su tono parece calmarlo. Pétronille no quiere oír hablar de las ejecuciones de la plaza d'Armes, y él lo sabe. El pasado verano, una

tribu aliada de los franceses capturó a una mujer natchez y fue condenada a la tortura del cuadro.

El señor Cléry se encoge de hombros. Utiliza dos de sus dedos de cobre para colocarse la pipa entre las rodillas; luego hunde la otra mano en la bolsa del tabaco. Pétronille vuelve a verlo fumando con Ducros en Fort Rosalie. Cléry descubrió que su amigo le engañaba con su mujer cuando la relación ya había acabado, menos de un año después de la excursión a caballo que puso patas arriba los dos hogares. Cléry no volvió a dirigirle la palabra a Marie, pero crió a la hija mayor de su mujer como si fuera suya. En cuanto a Pétronille, acabó tragándose su rencor; la amistad de Marie le importaba más que su matrimonio. Hoy ha perdido ambas cosas.

—Descubriré qué ha pasado con las tropas antes que usted.

—Puede —responde Pétronille, aunque lo duda mucho.

Le hizo prometer a la casera que evitaría cualquier tema relacionado con la guerra. Y Cléry, celebrado hasta hace poco como un héroe, ya no cuenta con muchos amigos.

Cuando se levanta para irse, él le coge la mano. Hace unos meses, algo así habría sido impensable. Al llegar de Natchez, no soportaba que la tocaran. Sabe que eso ha hecho sufrir a sus hijos; sobre todo a Hélène, por la noche, cuando le pedía que le quitara la araña del pelo, aunque no fuera tan real como la que Pétronille vio la mañana del ataque.

Se pone la capa. Cléry saca su material de dibujo. Sus croquis, que ahora hace con la mano izquierda, han mejorado sensiblemente. Pétronille no ha dado ni dos pasos hacia la puerta cuando vuelve a interpelarla:

—¿Sigue adelante el proyecto del señor Bienvenu?

El tercer marido de Geneviève le habló de su futura plantación cerca del lago Pontchartrain hace tan sólo una semana. Pétronille no recuerda sus palabras exactas, sólo sus quejas sobre la falta de herramientas. Al llegar a Nueva Orleans, la prosperidad de Geneviève no la sorprendió; siempre supo que esa chica recelosa de la Grand Force lucharía con uñas y dientes una vez que llegase a Luisiana. Geneviève le había hablado de esos terribles primeros meses en París, de la miseria que había acabado con su familia. Geneviève se había jurado que jamás volvería a vivir ese infierno. Ya hace seis meses que Pétronille y sus hijos viven con ella.

—Creo que los planos los ha diseñado uno de sus amigos ingenieros —responde—. El terreno aún no está desbrozado.

—Que no se fíe. Los negros son tan traicioneros como los indios.

Pétronille no se molesta en contestar. Bienvenu aún no posee esclavos, pero no tardará en comprarlos. Aunque no se parece en nada a Ducros, a veces sus proyectos le recuerdan las detestables ambiciones de su marido. Confía en que los esclavos de Ducros se hayan unido a los natchez, como la mayoría de los africanos sometidos a esclavitud y servidumbre. ¿Por qué iban a permanecer fieles a los franceses?

—Salude a la señora Bienvenu de mi parte —añade Cléry.

—Descuide.

No lo hará. Geneviève no aprueba estas visitas, que, como no se cansa de repetirle, no le dejan pasar página. Pétronille sabe que debería hacerle caso, pero no puede evitarlo. Cléry le recuerda su vida en Natchez. Cuando está con él, a veces se imagina que ha llegado antes a cenar y que Marie aún se está vistiendo, o que

Utu'wv Ecoko'nesel está a punto de llamar a la puerta y en breve se pondrán a trabajar.

Ha necesitado nueve años para sentir que su hogar está en Luisiana. Hasta hace poco, todo lo que conocía de la colonia era Fort Rosalie. El pueblo, pese a ser uno de los asentamientos más importantes, con sus cuatrocientos habitantes, se le acabó quedando pequeño. Las moreras al borde de los tabacales que le enseñó a descortezar Utu'wv Ecoko'nesel; las rosas que trepaban hasta la ventana de su habitación; la casa en la que sus dos hijos habían nacido. Todo quedó destruido. Durante mucho tiempo imaginó cenizas, vigas calcinadas, muros en ruinas; luego, conforme pasaban los meses, empezó a imaginar otras cosas. La parra, construyendo una techumbre de hojas agujereada por el sol sobre los restos del tejado; el salón, invadido por el rosal, con una golondrina anidando donde un día se alzó la puerta de entrada. El silencio indiferente que debía de reinar en esas tierras, ahora que ya no pertenecían a nadie.

No son, ni mucho menos, las primeras noticias de los combates que le llegan desde su regreso. La guerra la ha perseguido. Meses después del ataque, sigue asolando Luisiana, arruinando la colonia, asestando un golpe más a los directores de la Compañía de las Indias. A finales de 1729, el ataque de los natchez provocó una oleada de pánico: el gobernador de Périer se apresuró a ordenar la excavación de trincheras alrededor de la capital, pero faltaban medios para responder. En la capital, Pétronille había oído decir que sólo el rey podía salvar Luisiana.

No quería saber nada más. Tenía el corazón dividido entre el deseo de volver a ver a Marie y la esperanza de que Utu'wv Ecoko'nesel hubiera sobrevivido. Para ella, la guerra tenía el rostro de esas dos mujeres.

Al llegar a Nueva Orleans, tardó en comprender las dimensiones del conflicto. Cuando empezó a correr más información, quedó apabullada por su propia ingenuidad, por todo lo que ignoraba ese amanecer del 28 de noviembre mientras seguía a Utu'wv Ecoko'nesel a través del bosque. Jamás habría imaginado lo que supo después: los natchez habían atacado al comandante Dechepare cuando éste cogía sus falsos regalos; los guerreros irrumpieron en todas las casas habitadas por franceses, mataron a los hombres y sometieron a esclavitud a sus mujeres y sus hijos. Antes de que anocheciera, habían muerto ciento treinta y ocho hombres, treinta y cinco mujeres y cincuenta y seis niños franceses.

Los natchez dejaron con vida a un carretero de Sainte-Catherine, al que ordenaron que vaciara las casas y llevase ante el Gran Sol todo lo que hubiera encontrado en ellas. El sastre también conservó la vida. Él recibió el encargo de confeccionar ropa con las telas de las tiendas y adaptar los trajes de los franceses muertos para que pudieran servirles a ellos. Les encantó que los agrandara utilizando retales coloridos. Pétronille se imagina a los hermanos de Utu'wv Ecoko'nesel con las camisas de Ducros. Se pregunta cuántas prendas había salvado el sastre y cuántas habría tenido que tirar.

Pero su ignorancia tenía raíces más profundas. Durante el verano y el otoño que había pasado en compañía de Utu'wv Ecoko'nesel, su marido no había considerado necesario informarla de la última locura

del comandante: Dechepare había exigido que centenares de natchez abandonaran sus tierras para construir allí su casa.

Cada vez que se entera de un nuevo detalle, Pétronille piensa en Utu'wv Ecoko'nesel. Su ayuda cada vez le parece más incomprensible, más misteriosa, más valiosa.

¿Por qué sigo viva?, se pregunta a veces.

Un día después de su visita a Cléry, es incapaz de levantarse para bajar a cenar. Sabe que la esperan, que Bienvenu ha vuelto del lago Pontchartrain esa tarde, que Belle se ha pasado el día cocinando. Sabe que Geneviève está bastante débil por el embarazo, el segundo de su último matrimonio, que se celebró hace apenas tres años. Después de todo lo que ha hecho por ella y por sus hijos, ella debería echarle una mano.

Pero no puede controlar las imágenes que la asedian desde el comienzo de la guerra. No imaginaba que la perseguirían hasta allí.

En sus visiones, la mañana que Utu'wv Ecoko'nesel la puso a salvo, su marido recorre desesperado las habitaciones vacías. Luego ordena que ensillen su caballo, pero al salir se da de bruces con tres guerreros natchez. O bien los natchez irrumpen en la casa sin darle tiempo a abandonarla. Pétronille ve lo que pasó después, los golpes que hicieron falta para matarlo. Uno, tres, seis. A menos de media legua de allí, Marie viste a sus dos hijas y le limpia la nariz a su hijo, que está resfriado. Pétronille se imagina el ruido que tal vez oyó, o el sonido que se le escapó; qué niño lloró primero, lo que intentó hacer ella para protegerlos. En la casa de sus nuevos amos, Renée se esconde debajo de la cama con la boca llena de sangre. Las

imágenes nunca son las mismas. Se tragan su cama, la habitación, todo lo que conoce.

¿Cómo despierta de esas pesadillas, si no está dormida?

La tarde toca a su fin. Sigue paralizada, con la nuca hundida en la almohada, esperando el siguiente chillido. Pero los niños no gritan de miedo. Su hijo y su hija juegan abajo. Está en su habitación, en la casa que Geneviève heredó de su segundo marido, al que rara vez menciona. La voz de Émile resuena de nuevo, tan estridente como la de Mélanie; los dos mayores se han aliado momentáneamente para atormentar a Hélène. Belle les pide que no hagan tanto ruido para no despertar a Louise, el bebé de Geneviève. Todos están a salvo.

—¿Pétronille? —dice la voz de su amiga, y la puerta chirría casi de inmediato—. La cena se servirá enseguida.

Pétronille entreabre los ojos; se apagan los chillidos; aparece la silueta de Geneviève. Su abombado vientre la obliga a arquear la espalda tirando de sus afilados hombros. Sale de cuentas dentro de un mes. Cuando sonríe, sus mejillas chupadas acentúan el hueco entre sus dientes. Sus facciones se han endurecido, pero tiene los ojos más azules y brillantes que nunca. Acaba de cumplir treinta y tres años.

—No puedo bajar —responde Pétronille.

—Tonterías.

Geneviève se acerca a la cama, pero no se sienta. Tiene una mano bajo el ombligo y la otra apoyada entre los riñones.

—Has vuelto a verlo.

No pares, piensa Pétronille, sigue hablándome. A su alrededor, la habitación vuelve a cobrar forma poco a poco. Geneviève suspira.

—Si por lo menos intentaras seducirlo —murmura—. ¿Me oyes?

—Pues no es así.

—Ya lo sé —responde Geneviève, y hace una pausa—. No te cases con él, por Dios.

—No tengo la menor intención de hacerlo —insiste Pétronille.

—Como si matrimonio y seducción fueran de la mano.

Pétronille no sabría calificar su relación con Cléry. A su lado, se siente comprendida. Y también afortunada. Utu'wv Ecoko'nesel no sólo les salvó la vida a ella y sus hijos; también les evitó horrores que ninguno de ellos habría podido olvidar. En la casa de la rue de l'Arsenal, no necesita que la consuelen; por una vez, es ella quien alivia la pena a otra persona, a Cléry.

La única vez que intentó explicárselo a Geneviève, sus palabras le sonaban tan falsas que tuvo que callarse. Su amiga guardó silencio; luego le preguntó:

—Sabes que no hay nada por lo que debas castigarte, ¿verdad?

Geneviève hace un gesto hacia la puerta. Tiene la mano hinchada; el anillo le aprieta el dedo.

—Al señor Bienvenu le apenará que no te unas a nosotros —dice.

Es su primer argumento, y las dos saben que tiene poco peso. Bienvenu hace todo lo que quiere Geneviève, y ése es uno de los motivos por los que se casó con él, como repite a menudo.

—Es un Pierre mucho más amable —concluyó el día en que le explicó a Pétronille que Bienvenu compartía nombre de pila con sus dos predecesores.

Sobre la muerte de Melet, su segundo marido, sólo sabe lo que Geneviève le decía en su carta, que llegó a Natchez justo a tiempo. Cayó por las escaleras, fue un accidente. Geneviève nunca habla de eso, o apenas. «No hay nada que añadir», asegura. Aunque esa

respuesta nunca la ha satisfecho, Pétronille está decidida a evitar el tema hasta la llegada del bebé.

Intenta doblar las piernas, pero la sábana está demasiado remetida. Geneviève pasa a su segundo argumento.

—Tus hijos preguntan por ti.

A Pétronille se le hace un nudo en la garganta.

—Lo siento mucho —dice, a punto de llorar.

—Mentira —replica Geneviève, y se apoya en el pie de la cama. La pasada primavera, cuando se quedó embarazada poco después de haber dado a luz a Louise, el doctor Le Cau no le ocultó sus temores —. Si lo sintieras tanto, te levantarías.

Pétronille no responde. Su cuerpo le parece inmenso, inamovible. Geneviève la mira con insistencia. La mano del vientre le tiembla ligeramente.

—¿Qué diría tu amiga india?

Es su última carta, a la que no suele recurrir. La primera vez que Geneviève la visitó, en diciembre de 1729, Pétronille no hablaba más que de Utu'wv Ecoko'nesel. Aún guardaba cama en el Hôtel-Dieu, adonde la habían llevado el día que el Saint-Louis escupió su piragua frente a la ciudad. Geneviève le hizo un gesto para que se callara. Esa mañana, tres fugitivos negros habían desembarcado en Nueva Orleans y descrito lo que habían visto en Natchez: las cabezas de los oficiales, alineadas junto a las cabelleras de los civiles, las casas incendiadas entre el fuerte y el río Sainte-Catherine. Nadie quería oír a Pétronille trazando un retrato heroico de una mujer natchez.

—Olvídala —le había aconsejado Geneviève.

No lo ha conseguido. Pero ya no la nombra, salvo para defenderla delante del señor Cléry.

Aparta la ropa de la cama. Sus dedos le parecen diminutos, torpes. Al levantarse, procura no verse en el espejo. Todavía no se ha habituado al color de su pelo, que sigue totalmente blanco más de un año después del ataque.

—Míralo así: ya no tendrás que empolvártelo —le dijo un día Geneviève, aunque a las dos les traen sin cuidado los peinados de moda.

Geneviève se deja caer en la cama. Sacude la cabeza y sonríe tratando en vano de disimular su preocupación.

—Evítame estos esfuerzos unas semanas más.

—Dame la mano —le dice Pétronille, al tiempo que le tiende la suya.

En el Hôtel-Dieu, Pétronille pasó poco más de una semana a principios de diciembre de 1729. De su estancia en el hospital de Nueva Orleans conserva recuerdos vagos: los cuerpos calientes de Hélène y Émile acurrucados contra el suyo, el fuego crepitando en la chimenea, las visitas del cirujano... El doctor Lancert había llegado de París hacía unos meses y conservaba su optimismo, pese a que la colonia se derrumbaba. Pétronille apreciaba su carácter afable y jovial, y la atención con que la escuchaba hablar de plantas medicinales. Nunca supo si su interés era sincero. Le daba igual. A veces, Lancert jugaba con los niños. Y permitía que Geneviève se marchara más tarde de lo establecido por el reglamento.

Durante una de sus visitas, el médico le había explicado que las hermanas ursulinas se habían ofrecido generosamente a acogerlos a los tres. Pétronille sabía que no podría alojarse en el Hôtel-Dieu para

siempre. Esa mañana, Geneviève estaba sentada a la cabecera de su cama. No dijo nada hasta que se fue Lancert.

—Entonces, verás a Charlotte —comentó, pero, cuando Pétronille le pidió noticias de su amiga, se mostró evasiva—. Sigue viviendo en el convento. Canta en la coral, ayuda a cuidar a las huérfanas y parece más devota que nunca. —Charlotte había desistido de hacer el noviciado, pero, cuando Pétronille quiso saber más sobre el convento, Geneviève se encogió de hombros—. Para ti será un buen refugio, estoy convencida —había concluido.

Tenía razón. El año anterior Charlotte se había tomado muchas molestias por ella y por sus hijos. El invierno se eternizaba, y las monjas no hablaban más que del nuevo edificio en el que se instalarían un día, de sus gruesos muros, que las protegerían del frío y la humedad, de su segunda enfermería, de la gran aula y el refectorio para las huérfanas y las alumnas, cada vez más numerosas. A principios de 1730 el edificio seguía en construcción, y Charlotte rara vez lo mencionaba, del mismo modo que no le preguntaba a ella por los sucesos de Natchez. Había colocado un colchón al lado del suyo y, cuando tenía pesadillas, la calmaba. Una fría mañana de marzo, después de laudes, Charlotte la encontró en el huerto, con los labios resecos y un orinal a sus pies. La orina se había congelado durante la noche. Pétronille dejó que la llevara dentro y se quedó mirando a su amiga mientras limpiaba el recipiente.

Todavía recuerda la sorpresa de Charlotte la noche de finales de primavera en que le anunció que no tardaría en trasladarse con sus hijos a casa de Geneviève. Casi se le caen las barritas de lacre que estaba guardando, e intentó disimular el temblor de su voz con un

estornudo falso. Ya había cumplido veintidós años y cada vez tenía más responsabilidades en el convento, pero en ese momento parecía la niña que Pétronille había conocido en Lorient.

—¿No eres feliz aquí? —le preguntó Charlotte.

Pétronille le aseguró que estaba muy a gusto en el convento. Sin embargo, ese día tenía otras cosas en la cabeza: el ejército acababa de traer de Natchez a las esposas que habían caído en manos de los indios durante el ataque, pero Marie no era una de ellas. Pétronille se había refugiado en el dormitorio al enterarse; no podía dejar de pensar en la injusta condena de su amiga en París, en su horrible viaje hasta Luisiana, en la mujer en que había conseguido convertirse en Fort Rosalie tras superar todas esas adversidades. Y sin embargo, Marie no encontraría refugio en el convento, como las demás supervivientes.

—Estoy segura de que Geneviève cuidará bien de ti —había concluido entonces Charlotte—. Mejor de lo que lo haría yo.

El primero de febrero, Pétronille se ha levantado descansada y con la mente clara. Esta semana no irá a casa de Cléry. Le repite a Hélène que deje el peine de marfil, pero a la chiquilla de cinco años le encanta hacerlo cabalgar por el tocador. Émile dibuja junto a la ventana. Fuera, Mélanie se ocupa de unos polluelos recién nacidos que se han caído del cerezo. Con casi nueve años, la primogénita de Geneviève es mucho más alta que Émile, pero, aunque sólo le llegara al hombro, seguiría haciendo con él lo que quisiera. Pétronille mira a su hijo y le recoge un mechón detrás de la oreja. Tiene el

pelo exactamente igual que su padre, denso y fuerte, de un tono castaño oscuro.

—Mamá... —refunfuña Émile sacudiendo el hombro.

Después del ataque, en el bosque, los niños querían saber dónde estaba su padre. Al principio ella esquivaba la pregunta.

—Nos ha dejado —acabó reconociendo, y cuando Hélène se echó a llorar su hermano la abrazó.

Recuerda esa escena a menudo: sus hijos consolándose mutuamente porque ella era incapaz de hacerlo. Y esa imagen siempre llega acompañada de la misma pregunta: ¿habría podido convencer a Ducros de la inminencia del peligro? Había intentado alertarlo, incluso antes de la advertencia de Utu'wv Ecoko'nesel. Pero él no la creyó. En el fondo, sabe que su amiga se habría negado a salvarlo, aunque no podría decir con exactitud por qué. Tuvo que elegir. Un día sus hijos comprenderán su decisión.

En el jardín, Mélanie se levanta y se queda mirando la casa. Luego, se olvida del nido y echa a correr hacia la puerta.

—¿Qué le pasa? —pregunta Émile apartando la mano de su madre.

—No lo sé —responde Pétronille—. Quédate aquí.

Abajo, Belle, la mujer negra obligada a servir a Geneviève desde que se casó por segunda vez, está inmóvil en el umbral del saloncito. El pelo entrecano le asoma por debajo de la capota, algo inusual en una persona tan pulcra como ella. Tiene la boca abierta, la barbilla alzada y mira fijamente a su ama. Geneviève está tumbada en el sofá verde, inconsciente, con los cojines hundidos bajo el peso de su voluminoso cuerpo.

—Se ha quejado de vértigo y se ha desmayado —explica Belle.

Lo dice sin mirar a Pétronille, con la mano apoyada con firmeza en la mesita esquinera. Belle rara vez le dirige la palabra. Parece desconfiar de todo el mundo excepto de Geneviève, que insistió para que el señor Melet no la separara de su familia y comprase también a su hijo, Alexandre, y su marido, Constantin. En esa época, al principio de su matrimonio, Melet aún la escuchaba, y aceptó. Cuando empezaron los maltratos, Belle fue el único sostén de Geneviève; se ocupaba de sus hijos y de Alexandre, que ella llamaba «Latorin». Un día, al preguntarle Pétronille por qué usaba ese nombre, Belle enarcó las cejas, ése era su verdadero nombre, le dijo. Y el suyo, Iyawa, remató con aspereza.

Pétronille se sienta al lado de Geneviève; su amiga respira con regularidad. Por un momento, Pétronille piensa en el zurrón lleno de hierbas de su habitación; trata de recordar si se trajo de Natchez liana de tres hojas, escrofularias o flores de pies de gato. Es probable, pero da lo mismo: aunque tuviera todos los ingredientes, no conseguiría reproducir la receta. No es su papel. Ella no es natchez ni médico.

—Voy a buscar al doctor Le Cau —dice.

En la esquina de la rue d'Orléans con la rue Royale, el carruaje casi atropella a dos hombres que sacaban un telar de su taller. El conductor, Constantin, masculla algo en su lengua, tan incomprensible para Pétronille como la de Utu'wv Ecoko'nesel, y luego grita: «¡Arre!» En los alrededores de la plaza d'Armes, el rumor del gentío aumenta. Pétronille retrocede en el banco corrido. Ahora no soporta las aglomeraciones.

No es día de misa ni de ejecución, pero la plaza está abarrotada. A lo lejos, una veintena de soldados van y vienen entre el puerto y el

cuartel, cerrado a cal y canto desde hace ya dos meses. A Pétronille le cuesta creer que el ejército haya regresado: tras las victorias de febrero y marzo de 1731, las tropas del gobernador de Périer y del general Le Sueur han sido recibidas con pompa, precedidas por las noticias de la campaña. La escala de embarco vibra bajo los pies de los soldados. Entre las piedras del espigón, crece hierba del lagarto. Pétronille se inclina hacia la ventanilla. Sólo han echado el ancla dos barcos. Los hombres —desde luego no todo el ejército, sino, seguramente, sólo un destacamento— transportan las hachas y los mosquetes a los depósitos. Pétronille traga con dificultad. Ellos saben lo que pasó en el río Negro, en las profundidades de los pantanos, pero no quiere oír lo que podrían contarle. La pasada primavera los soldados victoriosos sólo trajeron buenas noticias.

Pétronille no tardó en asumir que nunca volvería a ver a su marido. Los natchez habían matado a todos los hombres, pero habían dejado con vida a casi todas las mujeres y niños. Así que, a principios de 1730, Pétronille, al igual que Cléry, tenía la esperanza de que un día Marie reaparecería con el bebé y las dos niñas. Los primeros meses en Nueva Orleans, cada vez que pasaba por el puerto, Pétronille se la imaginaba recién llegada, burlándose de los soldados borrachos, con el pequeño dormido en sus brazos y las dos mayores peleándose a su lado.

Desde el regreso de las tropas de Le Sueur y sus aliados choctaw con las supervivientes francesas esta primavera, Cléry critica constantemente a de Périer; dice que sólo se ha preocupado por traer a los esclavos y no por reunir a las familias separadas. Geneviève tiene una explicación para la decisión del gobernador: las mujeres y los niños eran el futuro de Luisiana, pero, sin nadie para

desbrozar las tierras, trabajar los campos, construir embarcaciones o mantener los diques, no habría futuro alguno.

Cléry sigue convencido de que todavía hay esposas en poder de los natchez. Pétronille sabe desde hace meses que Marie y sus hijos no volverán.

El carruaje tuerce en la rue Saint-Pierre y los soldados desaparecen. El frío atraviesa las suelas de sus zapatos. Tendrá noticias de la guerra muy pronto. Pero nadie responderá a la única pregunta que le gustaría hacer, porque no puede pronunciar el nombre de la única superviviente a la que aún tiene esperanzas de volver a ver.

En la habitación de Geneviève, el señor Bienvenu le susurra al doctor Le Cau que su mujer se ha dormido hace una hora. El médico apenas la toca, como si un simple vistazo bastara para determinar lo que necesita una mujer.

—Descanso. Hasta que dé a luz al niño —le dice al oído a Bienvenu, que la mira a su vez; sus finos labios dibujan una elegante línea bajo el bigote castaño—. Probablemente la criatura nacerá antes de tiempo —añade Le Cau.

Y explica que es algo común cuando se dan embarazos tan seguidos, como los de Geneviève, sobre todo a su edad. Habla sin mirar a Bienvenu, como si Geneviève fuera la única responsable. Pétronille confía en que no se esté haciendo la dormida y no esté oyendo una sola palabra de esa conversación.

—No perdamos la esperanza —concluye el médico.

Los hombros de Bienvenu se derrumban. Pétronille siente un dolor profundo y desgarrador en el pecho. Sin Geneviève, jamás habría llegado a Luisiana. Nunca se había imaginado que su amiga podría morir antes que ella.

En el pasillo, le cuesta respirar. De pronto, la decoración le parece excesiva y la alfombra demasiado gruesa bajo sus pies. Se dirige con dificultad hacia la puerta del jardín; sus zapatos se hunden en la tierra, las lágrimas la aturden y, por un instante, no hay sitio para nada más. Los sollozos le agitan el cuerpo; se araña las manos con la madera del banco. El tiempo pasa, se diluye en la oscuridad y la noche. Poco a poco recupera el aliento; el aire fresco le calma la garganta irritada. Los pensamientos blancos salpican la hierba negra. Sobre su cabeza, hay más cielo que estrellas.

—¿Qué ha dicho el médico?

Pétronille da un respingo. El farol de Belle hace bailar las sombras en su cara. Debe de venir del pozo; el cubo que deja en el suelo está lleno. Se sienta con precaución en la otra punta del banco y deja el farol entre las dos.

—Parecía muy preocupado.

—Usted también.

Pétronille no lo niega. Belle rara vez le presta atención, y sin embargo ahora están una al lado de la otra en la penumbra. Esa noche, el rostro de la mujer negra parece distinto, y al cabo de unos segundos Pétronille se da cuenta de que sus facciones no suelen traslucir la menor emoción.

—¿Sabe? La señora hablaba mucho de usted cuando estaba casada con aquel loco —dice.

—¿Con el señor Melet? —le pregunta Pétronille, aunque sabe la respuesta.

—Decía que era usted una de sus pocas amigas.

—Eso no es verdad. También estaba muy unida a Charlotte.

—¿La mujer del convento? Nunca la he visto. —En algún lugar del jardín, un pájaro alza el vuelo con un ruido de plumas—. La señora Geneviève es más fuerte de lo que usted cree.

La brisa ha secado las lágrimas de Pétronille, que se arrebuja en el chal. Le gustaría hablar, pero no sabe qué decir. Cuando Belle vuelve a tomar la palabra, se expresa lenta, cautelosamente.

—La noche en que pasó aquello, yo estaba allí. Iba a acostarme cuando lo oí. Vociferando, como siempre. Esperé junto a la escalera, justo debajo de ellos. —Belle deja vagar la mirada por la oscuridad del jardín y sacude la cabeza—. Estaba tan borracho que no me vio. Pero ella, sí. —Pétronille se inclina hacia Belle, que habla con voz más grave que nunca—. Apenas se sostenía en pie. La señora estaba detrás. Él empezó a bajar y tropezó. Ella alargó la mano; creo que quería sujetarlo. —Belle tiene otra vez la mirada puesta en el cerezo—. Luego me vio, yo estaba justo allí. La miré. Cuando él llegó abajo, ella no se movió.

Pétronille reprime un estremecimiento. Por un instante, Geneviève se convierte en una extraña. Pétronille imagina un mundo en el que Utu'wv Ecoko'nesel no la hubiera ayudado y piensa en lo que ella habría sido capaz de hacer para salvar a Émile y Hélène. No saberlo la alivia. Belle vuelve a coger el cubo y el farol. La luz amarillenta le envuelve la barbilla e ilumina su severo semblante.

—A veces me pregunto —dice mirando las flores que rodean el banco; luego, aprieta el asa del cubo y encuentra la mirada de Pétronille—: ¿quién se ocuparía de mí si lo necesitara?

No espera respuesta. Se encamina hacia la casa pisando los charcos de luz que la vela proyecta a sus pies.

Al día siguiente, Pétronille se despierta sobresaltada.

El pueblo natchez ha sido capturado, y la noticia sacude la ciudad. El destacamento que vio ayer en el puerto había salido antes que los otros barcos del pantano, bajado el río Negro, el río Rojo y, por fin, el Saint-Louis y, más ligero, había llegado rápidamente a la capital. Esos dos barcos son la avanzadilla: pronto, una flota mucho más importante, todo el ejército victorioso, regresará con los trescientos ochenta y siete hombres y mujeres natchez que ha capturado. El número obsesiona a Pétronille. Las cifras se transforman en hombres, en mujeres, en muchachas, en ese rostro tan familiar.

Como todos los martes, acompaña a Hélène y Émile a su clase de catecismo en el convento. En el carruaje, la niña pellizca la pierna a su hermano; Pétronille debería intervenir, pero sus propios hijos, sentados delante de ella, le parecen lejanos. Se siente angustiada, ausente. Casi cuatrocientas personas. Al otro lado de la ventanilla, un muchacho cojo renquea junto al carruaje con un cesto de cangrejos vivos en la mano. Hoy a Pétronille le parece un alivio tener algo que hacer. Se habría quedado con Geneviève, pero esta mañana su amiga tenía mejor cara, y, de todas formas, Bienvenu no se separa de la cabecera de su cama.

Al lado del convento, unos esclavos africanos talan otro arpende de cipreses. Pétronille no tiene ni idea de para quién es el terreno. Ya no recuerda el nombre del último barco que llegó cargado de colonos. Ahora se oye hablar más de trabajadores desencantados que de esperanzados concesionarios desembarcando en el puerto de la capital.

La finca de las ursulinas huele a hierba recién cortada, masa fermentada e incienso quemado. Sor Marie-Madeleine recibe a

Pétronille y los niños con una sonrisa exagerada que le resalta las cacarañas. Sus ganas de ayudar son tan desesperadas que resulta violento. En el convento, siempre se negó a admitir que Pétronille nunca se recuperaría del todo, que ni las ursulinas, ni Dios ni la Virgen podrían hacer nada por ella.

Charlotte los espera en el umbral del aula. La ropa oscura le acentúa la palidez y las pecas de la cara. Con los años, su rostro se ha alargado, y sus finos labios se han alineado con los hoyuelos de las mejillas. Sin siquiera mirar a la hermana, les indica que entren con un gesto. Hace unos meses, al final de la clase, Charlotte le explicó a Pétronille por qué ahora evitaba a sor Marie-Madeleine: cuando ella había empezado a dar clases y dirigir la coral, la monja había expresado sus dudas, aduciendo que esas responsabilidades no debían pesar sobre los hombros de una interna. Pero las hermanas ursulinas recibían todos los días a nuevas chicas de cuya educación habían jurado ocuparse. Bastantes preocupaciones tenía ya la superiora con la interminable construcción de su nuevo convento como para atender a esas objeciones. A Charlotte le gustaba repetir la frase con la que la madre Tranchepain había concluido su amonestación a sor Marie-Madeleine: «Recapacite. Estamos en Luisiana. Necesitamos mujeres como ella.»

Charlotte cierra la puerta y el rostro crispado de la monja desaparece.

—No cambiará nunca —le dice a Pétronille con una mirada cómplice.

Su amiga asiente, y ella sonríe. En el aula vacía, apenas hay muebles: un puñado de mesas manchadas de tinta, candeleros con velas medio consumidas y una cómoda llena de libros. Pétronille

acerca una silla a la ventana. La luz del final del invierno dibuja triangulitos en el entablado. Cuando Émile abre un cajón, la vieja madera gime. Charlotte llama a Hélène, entretenida haciéndose cosquillas en la mano con una pluma azul oscuro.

—Ésa no. Coge la que usas siempre —le ruega.

Luego, se cruza de brazos y Pétronille sabe exactamente lo que va a decir. Todas sus visitas semanales empiezan con la misma pregunta.

—¿Cómo está Geneviève?

Hélène moja una pluma de oca en el tintero.

—Mejor —dice la chiquilla.

—¿Mejor? —repite Charlotte.

Émile arrastra a su hermana hacia la cómoda. Charlotte frunce los labios y los sigue con la mirada.

—Una cosa es estar descansada y otra estar mejor —puntualiza.

—Estos últimos días estaba fatigada.

—No sabes mentir, Pétronille.

Pétronille cruza y descruza las piernas. Sabe que Geneviève no se lo ha contado todo sobre las semanas que pasó en el convento hace cuatro años. Sólo sacó el tema una vez, en el Hôtel-Dieu. Su tono desenfadado parecía forzado, pero, en cualquier caso, la historia le sirvió para distraer a Pétronille. Aquella mañana sólo habló de un beso, pero su relato produjo el efecto esperado: regocijó a su amiga, devolviéndola por un rato a una época más amable. Pétronille sabía que Geneviève había estado enamorada en París, y tampoco le sorprendía ese comportamiento en el caso de Charlotte: en Château-Thierry había visto muchas veces a dos criadas que se escondían detrás del granero para besarse; ni siquiera se separaban cuando se

acercaba, creyendo seguramente que una niña de su edad no entendía lo que estaba viendo.

Sin embargo, en el convento, al darse cuenta de que Charlotte no nombraba prácticamente nunca a Geneviève, Pétronille comprendió que su amiga había guardado silencio sobre la parte más importante de la historia.

—Hélène tiene razón —dice—. Está mejor. Mucho mejor que el domingo pasado.

—¿Fue a verla el médico?

—Sí. Tiene que descansar hasta que nazca el niño.

Charlotte se presiona una sien con los dedos y abre la boca para decir algo, pero lo piensa mejor. Se vuelve hacia los niños.

—Empecemos —les dice.

Pétronille se inclina hacia ella.

—No te preocupes por Geneviève, por favor.

Charlotte no da muestras de haberla oído. La clase dura una hora, hasta que la campana anuncia vísperas. Acompaña a Pétronille a la puerta; cuando le dice adiós, su tono se ha suavizado. El viento corre entre ellas; los niños saltan en los charcos.

—Prométeme que me avisarás si pasa cualquier cosa —le pide Charlotte.

Pétronille le asegura que será la primera en saberlo. En el camino de vuelta, trata de recordar si Charlotte siempre ha sido tan voluble e imprevisible. Luego, se acuerda de sus cambios de humor durante la travesía del Atlántico: la chiquilla pelirroja que se enfurruñaba por nada en el entrepuente era la misma que las había salvado con su arrojo y valentía. Tras la ventanilla del carruaje, la atmósfera está

sucia y el brumoso crepúsculo tiene tonos pastel. Pétronille se pregunta en quién se convertirá Charlotte.

Al llegar, encuentra a Bienvenu derrumbado en la poltrona próxima a la escalera. Le sorprende verlo allí: esta mañana le dolía la barriga, como le pasa a menudo, y ha tenido que volverse a la cama. Le ha hecho prometer que no se lo diría a Geneviève. Al verla entrar, se levanta con prudencia.

—Hoy ha tenido visita —dice cuando Belle se lleva a los niños para que se laven las manchas de tinta; tiene las manos cruzadas detrás de la espalda, las mejillas rojas y la mira fijamente—. De su amigo el señor Cléry. Gritaba como un poseso. Farfullaba cosas de su mujer y describía con todo detalle los horrores de los que ha escapado: las violaciones, los asesinatos y sabe Dios qué.

Pétronille se lleva una mano a la frente. Percibe un latido leve pero insistente.

—¿Ha vuelto Marie? —pregunta sin poder acallar su ingenuidad.

Se repite lo que ya sabe: su amiga murió. Visualiza el puerto lleno de soldados de la semana anterior. Se imagina al señor Cléry enterándose del regreso de las tropas y lanzándose a la calle para pedir a esos hombres información sobre su mujer y sus hijos. Se pregunta hasta dónde puede llevar la desesperación.

—¡Como si yo supiera el nombre de su mujer! Ese energúmeno deliraba. Se ha presentado aquí vociferando y sin hacerse anunciar. —Bienvenu se interrumpe—. No toleraré semejante comportamiento en mi casa. —Baja la voz; de pronto, parece extraordinariamente preocupado—: ¿No cree usted que la señora Bienvenu ya está lo bastante afligida? ¿Realmente es necesario perturbarla con esas estupideces?

—Perdóneme —murmura Pétronille.

—No quiero volver a ver a Cléry aquí.

—Por supuesto.

Bienvenu asiente. Su rabia se desvanece. Parece agotado, avejentado. Apoya la mano en la barandilla de la escalera. En el piso de arriba, Louise llora a pleno pulmón. Se oyen pasos precipitados.

—Creo que a usted tampoco le hace ningún bien, ¿no le parece? —dice antes de subir.

Es la última vez que voy allí, se repite Pétronille. Al menos, hasta que nazca el bebé de Geneviève. Se asegurará de que Cléry no vuelva a poner un pie en casa de los Bienvenu: en la rue d'Orléans ya no hay lugar para el pasado. Por primera vez, piensa en la posibilidad de mudarse a otro sitio: uno que no la haya visto sufrir, en el que todo sea posible todavía.

Al día siguiente, se encamina a la rue de l'Arsenal. Hace mal tiempo, pero no quiere pedir ningún favor a los Bienvenu, ni siquiera el carruaje. Fuera, las gélidas rachas de viento le cortan la cara, le estiran la piel como si quisieran arrancársela. No le ha dicho a Geneviève que salía, pero ha ido a verla justo antes de irse; la ha encontrado en la cama, escribiendo una carta. Cuando le ha preguntado si de verdad estaba utilizando su enorme vientre como escritorio, las dos se han echado a reír.

—Le saco todo el partido que puedo —ha bromeado Geneviève con voz cansada.

La puerta de la casera del señor Cléry se abre justo cuando Pétronille se disponía a llamar. La señora Lemoine es tan ancha

como el vano; el calor de la casa parece irradiar de su cuerpo.

—¿Se puede saber quién proyectó esta ciudad? Estas calles, todas rectas, con este viento... ¡Mire cómo viene!

Pétronille avanza por el pasillo. Lleva el frío pegado a la espalda como una camisa húmeda.

—¿Está el señor Cléry?

—Desde luego. —La señora Lemoine jadea haciendo girar el pomo de la puerta—. Y tiene compañía.

Pétronille frunce el ceño. La única persona que lo visita es ella.

—¿Quién está con él?

La señora Lemoine se encoge de hombros.

—Un soldado.

La decepción y la esperanza invaden a Pétronille al mismo tiempo. Se enfada consigo misma por haber esperado lo imposible.

—Un hombre de nuestra guarnición —precisa la casera agitando la mano hacia la escalera—. Y no de los más recomendables, si quiere mi opinión.

Pétronille oye la risa de Cléry, un relincho contagioso, antes de entrar en el saloncito donde la recibe habitualmente. En cuanto entra, los dos hombres se callan. La mesa está llena de platos; el candelabro, encendido; y las cortinas de lino, salvo en el ojo de buey, corridas. Podría ser medianoche perfectamente. Incluso sentado, el soldado parece alto. Tiene el pecho huesudo, la camisa desabrochada. Su cuchara gotea sopa sobre el mantel. Al ver a Pétronille, Cléry deja la copa de vino en la mesa. Su sonrisa se ensancha.

—¡Qué alegría! ¡Qué sorpresa! —exclama—. Es una suerte aún mayor que si ayer la hubiera encontrado en casa del señor Bienvenu.

No me dijo que tenía tan mal carácter.

Habla con entusiasmo; los músculos del cuello se le tensan bajo el cuello de la chaqueta. Pétronille se sienta en la silla que le acerca.

—Nunca lo ha tenido. Y usted no debería...

—La señora Ducros —la interrumpe Cléry volviéndose hacia su invitado— es la muy querida amiga de la que le hablaba hace un momento.

—Señora —dice el soldado.

Sus ojos, su nariz y su boca están juntos en medio de su cara como un motivo floral en el centro de un plato. Bebe un sorbo de vino estudiándola con la mirada.

—Le presento al señor Blanchet, uno de los héroes de nuestro ejército —dice Cléry.

Luego hace una pausa como si Pétronille tuviera que conocer al soldado. Cuando se inclina hacia ella, su aliento hace oscilar la llama de la vela. Huele a puré y licor.

—Vio a Marie —continúa—. La vio. Sé lo que piensa, pero escúchelo. Dígaselo.

—Era una de las francesas a las que Brazo Tatuado tuvo consigo hasta el final —explica el soldado mirando a su anfitrión—. ¿Sabe la señora quién es Brazo Tatuado?

—¿Sabe...? —empieza a decir Cléry.

—Sí —responde Pétronille en tono seco.

La tía de Utu'wv Ecoko'nesel, está a punto de añadir, sin embargo se muerde la lengua. El humo de las pipas le irrita la nariz.

—Una Sol —aclara Blanchet.

—Ya le he dicho que la conozco.

El soldado la mira sorprendido, casi preocupado.

—¿Personalmente? —pregunta, y vuelve a servirse vino, más desenvuelto que nunca.

—No.

El rostro de Blanchet se relaja.

—Bien, pues parece que, el pasado abril, no se separó de todas las mujeres que la servían —explica—. Conservó a las más inteligentes a su lado.

—Marie —murmura su anfitrión.

—Menuda, decidida, de tez clara...

—Marie —repite Cléry, que parece aguardar la reacción de Pétronille, aunque ella debe de decepcionarlo, porque vuelve a concentrarse en el soldado—. Hace falta más contexto. Cuéntele la expedición.

—Por supuesto. Empezamos a remontar el río Negro a mediados de enero, y unos días después nos topamos con dos grupos de indios natchez. No tardamos en abatir a dos de ellos, un hombre y una mujer.

Pétronille contiene un estremecimiento y se obliga a escuchar el relato de la batalla final: la llegada del ejército francés, que atravesó los pantanos inundados por las lluvias e instaló su campamento tan cerca de Fort Valeur, el fuerte de los natchez, que oían los disparos de su enemigo; las granadas lanzadas por encima de las empalizadas cuando los natchez se negaron a entregar a los esclavos africanos; la lucha encarnizada, pese a las lluvias torrenciales, que convertían la pólvora en papilla y las trincheras en lechos de barro. Y, tras cuatro días de combates, la paz, acordada al fin con el joven Gran Sol.

Pétronille no le saca los ojos de encima a Blanchet. Le recuerda a esos chicos miserables y resentidos, empapados en aguardiente, que vagaban por los alrededores de Fort Rosalie: dispuestos a todo, convencidos de que Luisiana había faltado a sus promesas negándoles el fabuloso destino que merecían. Luego mira a Cléry. Tiene las pupilas dilatadas y asiente frenéticamente a cada frase de Blanchet, como si él también hubiera participado en la campaña.

—El jefe del poblado de la Harina consiguió escapar con los suyos —concluye el soldado—. Pero hemos traído a la mayoría de esos salvajes.

—Cuéntele lo que pasó en...

—No —los interrumpe Pétronille—. No he venido para oír sus relatos de guerra. —Respira hondo; las palabras la estrangulan—. No volverá a verla —dice mirando a Cléry.

Él la mira con los ojos vacíos. Con los labios entreabiertos y los dedos de cobre untados de salsa de carne, tiene un aspecto tan patético que Pétronille teme que se eche a llorar. Piensa en Utu'wv Ecoko'nesel, en la última vez que la vio: sola a la orilla del río, con los helechos acariciándole las pantorrillas desnudas. Se da cuenta de que habla tanto de su amiga natchez como de Marie.

Se hace un silencio embarazoso. Un tronco se derrumba en la chimenea; las ruedas de un carro chirrían en la calle. La copa de Blanchet, vacía, se vuelca sobre la mesa.

—Las tropas estarán de vuelta antes de que acabe la semana —dice con voz pastosa.

Cléry no parece oírlo. Escruta el rostro de Pétronille y luego se vuelve hacia él.

—Creo que debería irse —dice.

Blanchet protesta, pero sin mucha convicción. Le susurra algo a Cléry, coge el abrigo y el sombrero abollado y avanza tambaleándose hacia la puerta.

—Usted también —le dice a Pétronille, mirando hacia el ojo de buey.

Cinco días más tarde, el viento arrecia y las nubes huyen en el cielo. Pétronille entorna los ojos bajo la luz invernal. Mélanie y Hélène están jugando en el estanque por primera vez después de Navidad. El agua tiembla como si lloviera, pero sólo son los insectos que se agitan en la superficie. Hélène está acuclillada en la hierba. Mélanie la vigila, pero Pétronille sabe que tiene poca paciencia.

A unas calles de allí, el ejército celebra su triunfo en Fort Valeur. Pronto desembarcarán los trescientos ochenta y siete natchez capturados, entre mujeres, niños y guerreros. La gente lleva toda la mañana esperando; mientras tanto, los barcos se van apelotonando en el puerto. Al volver del pantano Saint-Jean, Belle ha asegurado que nunca había visto el mercado tan desierto. Los viandantes, con la cabeza en otras cosas, pasaban de largo ante las paradas de verduras de la costa de los alemanes.

—Todo el mundo está en la plaza —dice meneando la cabeza con desaprobación, y se lleva la cesta llena a la cocina.

Mélanie se acerca a Pétronille y le tiende una flor azul que parece una boca abierta.

—A Hélène le gustaría saber cómo se llama ésta y también ésta —dice soltando un puñado de anchos pétalos rosa oscuro sobre el

banco—. No las ha arrancado, ya estaban en el suelo. No deja que nadie toque sus plantas.

Mélanie ríe enseñando las encías, como Geneviève.

—Entonces has tenido suerte de que te dejara traérmelas —responde Pétronille.

La flor azul es un pensamiento. La otra tiene una forma que le resulta familiar, pero no está segura. Últimamente han vuelto a interesarle las plantas. Incluso ha empezado a coger algunas para sustituir las que trajo de Natchez.

—Si fuera verano, podría ser una flor de hibisco.

—Señora Ducros, preguntan por usted —dice Belle.

Pétronille espera ver aparecer a Cléry tarde o temprano, aunque duda que la visite tan pronto. Tras la escena con Blanchet, le envió una nota donde le pedía disculpas y le comunicaba que, durante algún tiempo, prefería estar solo. Sabía que ella lo entendería.

Pétronille le devuelve el pensamiento a Mélanie.

—Cuida de Hélène —le dice, pero la chiquilla ya va camino de la glorieta.

Al pie de la escalera, la espera una chica que la mira con ojos miopes. Por su indumentaria, reconoce a una de las jóvenes pupilas de las ursulinas. Tiene una carta en la mano.

—De parte de la señora Charpillon —dice.

El lacre del sello ha formado dos gruesos trazos. Pétronille lee el nombre de Geneviève en la hoja doblada.

Abre la puerta entornada del dormitorio de su amiga. Esta mañana se encontraba mejor. Sólo hablaba de las últimas noticias que habían llegado de Francia: del decreto real que validaba la retrocesión de las tierras de la Compañía de las Indias al rey. Tras

años de lucha, Luisiana había acabado por aplastar los sueños de los franceses. Geneviève parecía indignada.

—Si hasta los directores de la Compañía renuncian a sus concesiones, esta colonia está perdida —insistía.

La rabia de su amiga, su energía, su tono vehemente, la ha llenado de alegría. No recordaba la última vez que la había oído expresarse así.

Geneviève está sentada en un sillón, junto a la ventana. Observa a Hélène y Mélanie, que corren hacia el banco.

—Creo que han cogido un tritón —dice.

—Acaban de traer una carta.

Geneviève se queda mirando su nombre. Pétronille se pregunta cuánto tardará en reconocer los amplios redondeles de la B y la G, característicos de la caligrafía de Charlotte. Tiene más preguntas, pero prefiere mirar por la ventana. El sol asoma a intervalos entre las nubes, y el reflejo de su cara flota sobre la hierba. Las dos niñas lo atraviesan como si fuera un fantasma.

—Hélène jamás tocaría un animal tan viscoso —asegura en el preciso instante en que la salamandra de agua escapa de entre las manos de su hija.

—Nunca subestimes a nadie —murmura Geneviève sin apartar los ojos de la carta.

—Charlotte parecía preocupada por ti.

—¿De veras? —responde Geneviève con la voz teñida de amargura.

—Me temo que durante la última clase Hélène mencionó la visita del doctor Le Cau —admite Pétronille.

Geneviève dobla la hoja y mira a las niñas, que juegan tan cerca de la ventana que sus voces resuenan detrás del cristal.

—¿Irás? —pregunta.

—¿Al convento?

—No, al puerto.

Pétronille recuerda el número: trescientos ochenta y siete. No ha dejado de preguntárselo desde que Belle ha vuelto del mercado.

—¡No hagas eso! —grita Hélène fuera.

Mélanie se queda quieta con un pensamiento en la mano.

—No hay que coger lo que una no necesita —dice Hélène.

Pétronille oye la última frase, que ella misma le susurró en Natchez un día que recogían dedaleras con Utu'wv Ecoko'nesel. «Sólo debes coger lo que necesitas, y únicamente si es para hacer algo importante», le explicó cuando Hélène apareció con un ramo de iris y dragoncillos. La niña dejó caer las flores, pero luego quiso saber cómo diferenciar lo que era importante de lo que no. «Eso tienes que decidirlo tú», le respondió Pétronille.

—¿Irás? —insiste Geneviève.

—¿Y si Utu'wv Ecoko'nesel estuviera allí?

—Así lo sabrás.

—¿Y si no quisiera saberlo?

Geneviève guarda silencio. Se acerca el escabel con el pie y el esfuerzo le tensa la mandíbula.

—He oído decir que el jefe del poblado de la Harina y otros doscientos natchez consiguieron escapar —dice al fin.

—Si me quedo aquí, puedo hacerme la ilusión de que huyó con ellos.

Geneviève asiente. Se estira el camisón de seda y su ombligo hinchado se transparenta bajo la tela fina.

—Utu'wv Ecoko'nesel fue muy valiente ayudándote.

Es la primera vez que Geneviève dice el nombre de la chica, pero lo pronuncia correctamente. Nunca ha hecho alusión a esa mañana de noviembre en que una joven natchez salvó a su amiga y sus hijos, nunca ha admitido abiertamente que el recuerdo de Utu'wv Ecoko'nesel puede ser tan inestimable como lo que hizo en Fort Rosalie.

Pétronille se levanta. Piensa en la plaza d'Armes, en los barcos, en la muchedumbre congregada. Ignora si los prisioneros ya han desembarcado. Los pasos rápidos de Hélène y Mélanie resuenan en la entrada.

—Volveré a tiempo para cenar —dice Pétronille.

Geneviève sonríe y se toca el vientre.

—De todas formas, ¿cuándo fue la última vez que me viste comer sentada a la mesa?

En el puerto, las naves se balancean, sus mástiles arañan el cielo y las nubes pasan rápidamente por detrás de ellos enteras y densas. Dentro del carruaje, Pétronille mira por la ventanilla. Al principio, la escena le resulta extrañamente familiar: los soldados, con las flores de lis colgando de los desgarrados uniformes, corren del puerto a los cuarteles cantando entre dientes. Pero ahora son diez veces más numerosos y están el doble de contentos que sus predecesores de hace unas semanas. Hay una victoria que celebrar, y su buen humor, las botellas de aguardiente vacías y las salvas disparadas al aire frío

le recuerdan su infancia y la extravagancia de los invitados de su madre. Como entonces, le cuesta creer que pertenece al mismo mundo que ellos.

—¿Todo bien, señora? —le pregunta Constantin desde su asiento.

Pétronille mira un cañón que rueda por la escala de embarque amenazando con llevarse por delante a un sargento entrado en carnes antes de acabar estrellándose en el muelle embarrado. La pólvora escapa de los cuernos de buey, las mujeres levantan las cajas de víveres, los soldados apilan hachas y mosquetones cerca del espigón. Los barcos parecen agrandarse con cada fusil y cada caja de munición que vomitan sobre tierra firme, como si sus calas estuvieran embrujadas y fueran capaces de transportar una guerra entera sobre el agua.

Al ver a los primeros natchez en el puente del *L'Aigle*, Pétronille abre la portezuela del carruaje. Sobre el estribo, sus tobillos le parecen frágiles. Se apoya en la rueda; se le moja la capa, luego la piel.

Los hombres salen primero. Tienen la pintura del rostro resquebrajada, a punto de desmenuzarse, y llevan taparrabos rojos y azules. De las trenzas les cuelgan algunas plumas, tan flojas que parecen a punto de salir volando. Si no estuvieran maniatados, les resultaría muy fácil sujetárselas mejor. Avanzan entre las filas de soldados hacia la prisión de la ciudad. Pétronille se recuesta en el eje, y la madera se le clava entre los omoplatos.

Cuando aparecen las prisioneras, alza la vista al cielo, pero se obliga a bajarla de nuevo. Los curiosos y los soldados se han quedado quietos. Lo único que se mueve en el puerto es la fila de mujeres natchez. Una chiquilla camina agarrada a la falda de corteza

de su madre, y a Pétronille se le encoge el corazón al ver los pliegues del tejido. Siempre admiró la ropa de Utu'wv Ecoko'nesel, sus prendas de corteza de morera, que con el uso se adapta y se suaviza. Un capitán de barba negra grita a las mujeres que se den prisa. Pétronille escruta sus rostros de derecha a izquierda para asegurarse de que los ve todos. Un pecho tatuado, una serpiente roja dibujada en un brazo, una chica con la frente cubierta de sangre seca, un bebé que mama mirando al vacío. Tiene tentaciones de cerrar los ojos: así nunca sabría si simplemente se ha saltado a Utu'wv Ecoko'nesel. Los soldados arrastran la escala de embarque hasta el siguiente barco, y la segunda hilera de cautivas empieza a bajar.

Pétronille busca la silueta de Utu'wv Ecoko'nesel hasta que el sol se pone y el frío invernal vuelve a invadir la ciudad, hasta que el puerto y la plaza d'Armes se vacían y dejan de oírse las risas que salían de los cuarteles. Luego, muy cerca, oye acercarse a dos soldados —al pasar empujan a Constantin contra los caballos— que se quejan de que no hay bastante sitio y habrá que mandar a la mayoría de las mujeres a los barracones de los esclavos de la plantación del rey.

—Razón de más para deportarlas y venderlas cuanto antes en Santo Domingo—sentencia uno de ellos.

—¿Señora? —dice Constantin, delante del vehículo, calentándose las manos bajo los ollares de los caballos, con los labios blancos, agrietados—. ¿No deberíamos regresar?

—Sí, vámonos —responde Pétronille, y se pregunta qué pensará Constantin de una francesa que ha venido a presenciar un espectáculo tan siniestro.

Ignora si el marido de Belle sabe que vivió en Fort Rosalie. Sólo desea una cosa: contarle a Geneviève que se ha quedado hasta el final y que no ha visto a su amiga.

Es consciente de que Utu'wv Ecoko'nesel puede haber pasado frente a ella sin que la haya visto. Quizá había bajado rodeada de otras mujeres y sus caras la tapaban. O podría haber muerto durante el sitio, o perecido a bordo de uno de los barcos que regresaban a Nueva Orleans. A lo mejor había buscado refugio entre una tribu aliada, lejos de allí, como muchas otras. Pétronille jamás sabrá qué ha sido de ella. Vivirá con esa incertidumbre, que no obstante tiene un velo de esperanza.

Cuando entra, la casa está tranquila y los niños durmiendo. Belle sale de la habitación de Geneviève con una olla de agua caliente en las manos. Al ver a su marido soplándose los dedos enrojecidos por el frío, frunce el ceño. Constantin le responde con un discreto movimiento de la cabeza y se aleja por el pasillo. Cuando Pétronille le pregunta cómo está su ama, Belle sacude la cabeza.

—Ha tenido contracciones.

—¿Ya se ha puesto de parto?

—El doctor ha venido y dice que no —responde Belle—. Pero, si quiere mi opinión, no tardará en hacerlo. Nos necesita —añade alejándose hacia la cocina.

Pétronille tiene dolorosos pinchazos en las manos. Al pasar ante el salón, ve a Bienvenu de espaldas, con una copa de brandy. Se siente una extraña en la casa, como la primera vez que entró.

Abre la puerta de la habitación y el olor le impacta en la cara. Un efluvio a hierro y sudor, algo metálico que se le pega a la lengua.

Luego, oye el ruido; un sonido ronco, una respiración jadeante. En la cama, Geneviève tiene una silueta animal.

Pétronille se arrodilla a su lado. Piensa en Lorient, en Biloxi, ve el reflejo invertido de las mujeres que eran: Geneviève, junto a la cabecera de su cama el día en que esperaba que su hijo desapareciera, y, más tarde, en el barracón, que lo hiciera la fiebre, mientras ella le susurraba que nada dura eternamente, ni siquiera el dolor. Pétronille recuerda esas palabras, tan oportunas entonces, tan inconvenientes hoy.

La asalta otra imagen. Una tarde espléndida en Fort Rosalie; a finales de verano, la atmósfera había encontrado el equilibrio perfecto entre brisa y luz. Los franceses y los natchez que no tardarían en morir seguían vivos. El pueblo vivía suspendido en esa paz precaria, injusta, pero muy real. Utu'wv Ecoko'nesel está sentada frente a ella, con la franja tatuada en la nariz arrugada por la concentración y los pendientes de nácar balanceándose ligeramente. Sus ojos dorados están fijos en el cuchillo; Pétronille no se atreve a interrumpirla. Ese día, Utu'wv Ecoko'nesel le enseña una receta muy simple para aliviar los dolores de parto, un sencillo remedio que no pretende salvar a nadie, sólo intentarlo, cuando y si se puede.

—Vuelvo enseguida —dice cogiéndole la mano a Geneviève y apretándosela con fuerza—. Tengo algo que quizá pueda ayudarte.

12

Geneviève

Nueva Orleans, junio de 1734

Cuando Geneviève vuelve de la añilería, ya es tarde. El lago Pontchartrain sólo está a dos leguas de Nueva Orleans, pero hoy, con el calor pegajoso de junio, el viaje se le ha hecho eterno. Cuando el carruaje llega al fin a la ciudad, el ambiente ha refrescado. Las calles están llenas de soldados del cuerpo de guardia que ríen y cuchichean con mujeres de mejillas pintadas.

Ha trabajado muchas semanas para organizar el encuentro con el señor Rachard, propietario de una de las mayores plantaciones de Santo Domingo, pero el viaje no ha tenido el éxito que esperaba. Le ha enseñado la añilería que Geneviève heredó hace dos años de su tercer marido; le ha mostrado la pila en la que fermentan las plantas, las tinas de madera en las que se seca el sedimento. Le ha contado que hasta los españoles dicen que elabora uno de los mejores añiles del continente. Le ha ofrecido el veinte por ciento de su mejor producción. Obtiene tres cosechas al año; Rachard, cuatro. Si él le cediera el mismo porcentaje de sus ventas como contrapartida, se asegurarían unos ingresos entre cosechas. Geneviève le ha dicho que saldrían ganando los dos; compartirían

los beneficios para garantizar una producción estable. Es mejor ser aliados que rivales.

Geneviève esperaba que Rachard aceptara su proposición, pero su competidor se ha limitado a prometer que le escribirá pronto.

Su reacción le preocupa. Esta mañana, cuando lo ha visto por primera vez, su sonrisa amable le ha recordado el modo en que los caballos comen de la mano de los mozos de cuadra; sus torpes belfos, asombrosamente suaves, pero un poco amenazadores. Horas más tarde, cuando Rachard le ha comunicado que hoy no cerrarían ningún acuerdo, Geneviève ya no pensaba en esos aterciopelados hocicos, sino en la fruta machacada por los gruesos molares de los cuadrúpedos. Durante el trayecto de vuelta, ha intentado ahuyentar el recuerdo de su segundo marido. En el territorio de los illinois, Melet también supo disimular muy bien sus intenciones.

Su sucesor, Bienvenu, no se le parecía en nada. Era tozudo como un niño, pero extremadamente atento y complaciente. Después del infierno que había vivido con Melet, su amabilidad la cogió desprevenida; le parecía increíble no tener que temer el martilleo de unas botas en la escalera o que cerrar con llave la puerta del dormitorio de Mélanie por la noche. Casada de nuevo, nadie intentaría apoderarse de su casa. Así que, cuando el señor Bienvenu, decidido a lanzar su propia añilería en Luisiana, le pidió la mano, ella aceptó.

Bienvenu estaba convencido de que esa nueva industria salvaría la colonia. Sin embargo, no había vivido lo suficiente para ver prosperar su plantación y al capataz, instalado en la casa de ladrillos que pensaba construir cerca de los campos. Geneviève supo desde el principio que era despilfarrar el dinero, pero su marido seguía en

sus trece: según él, había que impresionar a los esclavos. Los quería comprar cuanto antes para desbrozar el terreno.

—Tenemos que recordarles cuál es su sitio —había dicho en junio de 1731, cuando un grupo de africanos encabezado por Samba Bambara, un esclavo que hacía las veces de intérprete, fue acusado de conspirar contra los franceses.

Bienvenu había vuelto de la plaza d'Armes con el rostro lívido y repitiendo que, según el Consejo Supremo de Luisiana, los conjurados planeaban asesinar a todos los blancos desde Pointe Coupée hasta La Balize.

Ese verano, Geneviève apenas siguió el juicio. No podía permitírselo, tan pocos meses después del complicado parto de Élisabeth. En esa época, ya se había puesto por entero en manos de Belle, cuyo apoyo no debería haber dado por descontado, como ahora comprende. La única vez que habló con ella del complot, se le escapó una risita.

—Yo pertenezco al pueblo yoruba —respondió—. No sé a qué se refiere. No puedo hablar por los bambaras.

Belle sólo le habla vagamente de su tierra: los pájaros, secándose las alas en los mangles; las tablillas adivinatorias de los sacerdotes de Ifá; el mes de agosto, jalonado de danzas en honor de una tal Oshun... Geneviève no sabe nada sobre la religión de Belle, su dios supremo, llamado Olorun, o los orishas. Con los años, ha aprendido a mirar hacia otro lado cuando se celebran ceremonias en las cabañas de los esclavos, pero ha prohibido a Belle compartir sus creencias con los niños.

Durante mucho tiempo creyó que todos los africanos adoraban a los mismos dioses, que procedían del mismo y único país del que

hablaba Belle. Eso fue antes de que Bienvenu le asegurase que los bambaras pensaban esclavizar a todos los negros que no pertenecieran a su nación cuando tuvieran la colonia bajo su control. Al menos, eso era lo que afirmaba el gobernador.

Su marido se había quejado de dolores de barriga muchas veces. Cuando su salud empeoró, le enseñó todo lo que sabía sobre la producción del añil. El doctor Le Cau les dijo que le estaban fallando los riñones, pero ella se había acostumbrado a sus crisis, y jamás habría imaginado que moriría antes de los treinta y ocho años. En el entierro, sus lágrimas eran sinceras: siempre había sido bueno con ella.

Nunca había querido tener nada que ver con la plantación de su marido, pero no podía vivir sin ingresos. La idea de volver a hundirse en la miseria de su infancia la aterraba. Un mes después de la muerte de Bienvenu, empezó a preguntar a algunos caballeros de Nueva Orleans —que no habían visto una pila de fermentación en su vida, pero sí habían oído hablar de aquellas técnicas nuevas— qué sabían sobre el famoso colorante azul. Los escuchó explicar los procesos de fermentación, oxidación y sedimentación, interrumpiéndolos cada vez que utilizaban un término complicado. No perdía detalle. Por primera vez en su vida, estaba en situación de tomar decisiones sobre cuestiones que sólo dependían de ella.

Y por fin comprendió lo que estaba demasiado abatida para percibir tras la muerte de Pierre en el territorio de los illinois y demasiado impactada para colegir tras el entierro de Melet: las viudas son temibles. Son mujeres libres.

Cuando volvió sola a la plantación, los quince africanos que había comprado su marido acababan de llegar a las cabañas construidas a

la orilla del lago. Aún recuerda la cara de sorpresa del capataz cuando le pidió que los reuniera delante de la casa. Hérin meneó la cabeza y se alejó sin decir palabra. Geneviève esperó a que los esclavos se sentaran y los niños se subieran a las rodillas de sus madres, y, bajo el sol invernal, les explicó cómo hacer fermentar las hojas, remover el líquido obtenido para oxigenarlo, dejarlo reposar y, por fin, recoger la fécula de añil del fondo de la última cuba. Luego les mostró las plantas y las semillas y señaló los grandes almacenes. Ellos escuchaban y observaban.

Se acuerda de las sonrisas de esa mañana, de la risa mal contenida de dos mujeres. Hasta unos días después no comprendió, gracias a Belle, que su marido y los caballeros de Nueva Orleans, todos los que le habían explicado cómo cultivar el añil, habían olvidado precisar que el pueblo negro era experto en la materia, que, en realidad, los conocimientos de los franceses procedían de África.

—Mi madre era tintorera —le explicó Belle—. Y yo también, antes.

Geneviève se puso roja. Había explicado a un grupo de hombres y mujeres esclavizados un proceso que habían inventado sus abuelos; estaba tan avergonzada que tardó semanas en volver a la plantación. Cuando le preguntó a Belle por qué no le había hablado de su antiguo oficio, la mujer, después de tomarse su tiempo, le respondió:

—Porque nunca me ha preguntado.

Esta noche, Belle la espera delante de la casa, como siempre. El farol ilumina sus prominentes pómulos y su vestido, perfectamente ceñido sobre sus estrechas caderas. Constantin coge las riendas de los caballos y les susurra algo mientras los conduce a la cuadra.

Belle levanta el pequeño baúl con un movimiento ágil. Geneviève espera que no haya dejado demasiado rato solos a los niños y que Alexandre esté mejor. Geneviève siempre ha confiado en ella, pero, desde que su hijo cayó enfermo hace unas semanas, Belle pasa cada vez más tiempo en la cabecera de su cama y menos con Mélanie y sus hermanos. Geneviève sabe que debería estar más pendiente de sus hijos, pero, en esos momentos, le resulta imposible.

—Los niños creían que volvería usted ayer —dice la mujer siguiéndola dentro.

El vestíbulo apenas está iluminado. A Geneviève le parece oír gimotear a Louise en el piso de arriba, pero, al prestar atención, sólo oye el croar de las ranas del jardín y el pantano. En la plantación, procura no pensar en sus cinco hijos. Hérin ya la trata con bastante desdén como propietaria; más vale no recordarle que además es madre.

—Yo también. ¿Cómo está Alexandre?

Belle se encoge de hombros. No usa casi nunca los nombres franceses de su hijo y su marido; le parecen desprovistos de significado. Dice que no pueden compararse con los que les pusieron al nacer. La única vez que Geneviève le preguntó por su nombre cristiano, Belle soltó una risita amarga: ya que tenía que renunciar a su identidad, al menos elegiría un nombre halagador.

—Esta tarde ha vuelvo a subirle la fiebre.

No es la primera vez que tienen esta conversación. Cuando fue a ver a Alexandre, poco después de que enfermara, le costó reconocer al chico despierto y sonriente que ayudaba a su padre con los caballos. Tenía la camisa empapada en sudor y los párpados cerrados y surcados de venillas; había una vasija llena de agua junto

a su jergón. Estos últimos días, Belle va al río a llenarla al amanecer, sin que Geneviève sepa muy bien por qué. Siempre que le ha propuesto consultar al médico, ella se ha negado. Argumenta que el doctor Le Cau no sería capaz de sanar el cuerpo y el espíritu de su hijo.

—Quizá la señora Lancert pueda recomendarte algo —prueba a sugerirle Geneviève con la esperanza de que Pétronille le inspire más confianza que Le Cau.

—No he faltado a mis deberes en su ausencia, si es eso lo que quiere saber.

Geneviève respira hondo. Por supuesto, Belle tiene razón: lo ha pensado. Sabe que el capataz de la añilería no permitiría que una esclava africana le hablara en ese tono, y por eso precisamente nunca mandará a Belle a la plantación, pese a su experiencia como tintorera. Hace un mes, Hérin lanzó sus perros detrás de Jasmin sin consultarla. El anciano fue capturado unos días después. Tenía herido el pie derecho. Citando el Código Negro, repetía que su fuga no podía ser castigada con más de veinticinco latigazos.

—Según su maldito código, deberíamos haberlo marcado con la flor de lis y haberle cortado las dos orejas —rezongaba Hérin.

—¿Para presumir ante todos nuestros compradores potenciales de que tenemos un fugitivo? —le replicó Geneviève. Y, como el capataz no respondía, añadió—: Y ya puestos, ¿por qué no mandarlo al tribunal de Nueva Orleans y pagar por la madera que utilicen para hacerlo hablar?

Dinero, devaluación, pérdida potencial de esclavos... Ésos son los únicos argumentos de que dispone para impedir que los castigue con demasiada dureza. Hace seis meses decidió aumentar la ración

diaria de los esclavos, pero se cuidó mucho de decirle que quería que comieran hasta saciarse. Hérin no lo habría entendido, no la habría obedecido. Así que fingió que pretendía mejorar la productividad de la añilería. Eso sí podía comprenderlo.

No obstante, ha ganado algunas batallas. Hérin no pudo hacer nada cuando Geneviève permitió a Éléonore casarse con James Mingo, un inglés negro libre llegado de Carolina. Esa misma mañana, Mingo pagó el primer diez por ciento del precio de la novia. Cuando Geneviève le comunicó que los hijos del matrimonio nacerían libres, creyó que al capataz iba a darle un síncope.

Pero, desde Nueva Orleans, no puede asegurarse de que todas sus órdenes se cumplen, de que Hérin permite cantar a los esclavos en los campos, de que les da más del medio kilo de maíz reglamentario, de que ha sustituido el tocino podrido por carne digna de ese nombre. Sólo puede hacer todo lo posible para que en su casa las cosas sean distintas.

—No volveré a irme hasta dentro de varias semanas —asegura.

Sin decir palabra, Belle sube el pequeño baúl al primer piso. Geneviève coge el cesto lleno de hojas de morera que ha recogido cerca del lago Pontchartrain. Sus pasos resuenan en la entrada, donde está a punto de enredarse los pies en una prenda de ropa tirada en el suelo. Tener la casa ordenada es otra de las tareas que Belle ha descuidado últimamente. Geneviève recoge la camisa de Laurent. Quizá debería coserle cordones de seguridad; el pequeño, de dos años, trae del jardín más moretones que flores.

El nombre de su hijo encabeza el testamento de Bienvenu. Cuando nació, Geneviève daba por dentro las gracias al bebé. Gracias a él, no tendría que luchar para heredar la propiedad de su

marido, como habría tenido que hacer a la muerte de Melet, si no se hubiera vuelto a casar. Nadie intentaría arrebatarle lo que le pertenecía por derecho. Laurent era el hombre de la familia; le ahorraría un cuarto marido.

Fallecido Bienvenu, Geneviève da por cumplido el trato que hizo con la directora de la Salpêtrière. Ha dado cinco hijos a la colonia. Ha acabado de pagar lo que debía por salir de la Grande Force.

Hace tres años, escribió a la señorita Pancatelin. En esos momentos, estaba esperando a Élisabeth, aterrada ante la idea de morir. El contenido de la carta era lo de menos. Lo más importante era el envío en sí: Geneviève había sobrevivido, y quería que la directora de la Salpêtrière lo supiera. Ocho meses después, recibió la respuesta. La letra era firme y redonda, y la firma rezaba, «Srta. Bailly, directora». Aquella mujer, aquella extraña, lamentaba el fallecimiento de la señorita Pancatelin, el 26 de octubre de 1725, tras más de cincuenta años de leales servicios.

Por esas fechas, ella vivía en el territorio de los illinois. Mélanie tenía tres años y las fiebres. Pierre acababa de sacrificar un caballo herido. Geneviève se preguntó qué estaba haciendo en el momento en que la señorita Pancatelin había exhalado el último suspiro, dónde se encontraba la marquesa de Argenson y si había llorado la muerte de su hermana.

Ahora todo eso ha quedado atrás. La directora era la única persona a la que le debía algo. Muerta la señorita Pancatelin, Geneviève no escuchará al compañero de su segundo marido ni a los funcionarios del gobernador. Hará caso omiso de sus críticas y consejos: una madre debería estar con sus hijos, confiar sus negocios a un nuevo marido. Rechazará su ofrecimiento de ayudarla

a administrar sus bienes hasta que Laurent sea adulto. Dentro de quince años, tendrá el pelo demasiado gris y la piel demasiado arrugada para atraer a ningún pretendiente. Dentro de quince años, puede que ni siquiera esté en este mundo.

Geneviève avanza por el pasillo pisando las franjas plateadas de la mullida alfombra. Su casa es uno de los pocos edificios de ladrillo de Nueva Orleans. Al morir Melet, hizo cambiar los papeles pintados: no quería volver a tocar las paredes que le habían magullado las manos y amoratado la cara. Cuando Bienvenu decidió que su dormitorio estaría en el piso de arriba, suspiró aliviada; no tendría que seguir durmiendo en la habitación que había compartido con su segundo marido. Deja el cesto a sus pies y busca el manojo de llaves. Oye a Belle bajando la escalera y diciéndole que la señora Lancert ha venido esta tarde.

—¿Pétronille? ¿Qué quería?

—No lo sé. Ya se lo dirá mañana, durante la cena.

Geneviève espera a que Belle vuelva a cerrar la puerta de su habitación, junto a la cocina, para meter la llave en la cerradura. En vida, Bienvenu utilizaba ese cuarto como bodega. Nada lo hacía más feliz que un buen vino. Lo importaba de Francia, incluso en la época en que la construcción de su plantación no cesaba de retrasarse. En noviembre de 1732, unos días antes de morir, le pidió que fuera a buscar su borgoña favorito. La botella estaba cubierta por una capa de polvo tan gruesa que Geneviève aún tosía cuando entró en la habitación de su marido. Como a él le costaba mantenerse incorporado sobre los almohadones, ella le dio de beber del gollete.

En esos momentos estaba de cuatro meses y se encontraba muy cansada. Durante el entierro, se apoyaba por completo en el brazo

de Pétronille. Tiene pocos recuerdos de esa tarde de otoño. El perfume con olor a limón de su amiga; su velo, flotando ante un mundo salpicado de puntos negros; y, cerca de la puerta del cementerio, a Charlotte, apurada, con su triste ropa negra, perfecta para la ocasión.

Esa tarde cambiaron unas cuantas frases, pero ninguna memorable. Geneviève no había tenido noticias de Charlotte desde su última su carta, que le había llegado cuando esperaba a Laurent. En esa época, Pétronille ya se había marchado de su casa y casado con el doctor Lancert. Geneviève sabía que Charlotte seguía enseñando en el convento. Se había preguntado muchas veces por qué no había tomado los hábitos. Sus cartas le daban una respuesta, aunque indirecta. En ellas, sólo parecía preocuparle una cosa: saber si ella estaba sana y salva.

Al principio Geneviève no sabía qué pensar de esas palabras ni de la cólera que le provocaban. Luego, empezó a leer otra cosa entre líneas: vergüenza, culpabilidad, los mismos remordimientos que —eso esperaba— le habían impedido meterse a monja. Desde luego, ignoraba qué había ocurrido en el despacho de la superiora aquella mañana de invierno, pero recordaba perfectamente el silencio y la frialdad de Charlotte durante sus últimas semanas en el convento. Una ursulina debía mostrar bondad y saber perdonar. Cuando Geneviève la había necesitado, Charlotte no había sido capaz de mostrarla.

La bodega es estrecha y oscura. Los gusanos de seda llegaron de Francia hace tres años: una caja de caoba llena de huevecillos redondos más oscuros que las semillas de lavanda. Al abrirla, Geneviève ve circulitos negros en los huevos. A los gusanos les

gusta la oscuridad; en un par de días, se habrán transformado en hambrientas orugas. Los niños no saben nada de su nueva empresa: tienen prohibido entrar allí. Cuando Mélanie le preguntó por qué, Geneviève le respondió que aquel sitio la devolvía a Provenza, la tierra en la que nació. Laurent observó la reacción de sus hermanas y luego se echó a reír. Louise y Élisabeth guardaban silencio mirándola fijamente con sus ojos castaños y dorados. Mélanie es la única que ha heredado sus ojos azules.

Vuelve a dejar la caja en uno de los compartimentos del botellero, que así, medio vacíos, le recuerdan las celdas de una colmena. Allí siempre hace un fresco casi tan agradable como en la sedería de sus padres, cuyos gruesos muros la aislaban del calor del verano. Deja en el suelo el cesto lleno de hojas de morera blanca y roja. Un puñado más —de morera blanca dulce— y podrá empezar sus experimentos.

El primero de julio, los invitados se reúnen en casa de Geneviève para la cena de los miércoles, una tradición de su difunto marido que ha decidido conservar. El doctor Lancert y el reverendo padre de Ville le expresan su decepción por la anulación en el último minuto del convite de la semana anterior, al día siguiente de su regreso de la añilería. Pétronille no ha dicho una palabra desde el comienzo de la cena, pero Geneviève duda que sea debido a la cancelación. Estos últimos días no ha parado de pensar en Rachard, en la propuesta que le hizo, en si podría añadir algo, quizá un detalle menor pero que supusiera una diferencia importante para él. No ha tenido tiempo para visitar a su amiga. También ha estado ocupada con los

niños, orgullosos de sus pequeños logros, deseosos de que oyera sus canciones y jugara con ellos a la gallinita ciega, ansiosos por trotar hasta la puerta de la bodega con la esperanza de descubrir qué esconde allí: los huevos recién eclosionados, los diminutos gusanos negros.

Aunque el motivo de su tristeza podría ser la última decisión que ha tomado el gobernador. Bienville, perdonado por la Corona y nombrado máxima autoridad de Luisiana por cuarta vez, ha organizado la enésima expedición contra los chickasaw. El ataque de los natchez, hace cinco años, marcó el inicio de una larga serie de campañas. Las guerras, más violentas que nunca, han dejado maltrecho al ejército francés. Geneviève ha oído decir que un sargento, vecino suyo, temía tanto por su vida que, antes de unirse a las tropas, liberó a su esclavo de once años. Sin duda, semejante decisión provocaría un encendido debate durante la cena. En cuanto a Pétronille, la aplaudiría.

Geneviève busca su mirada desde que les han servido el primer plato, pero, como de costumbre, el marido de su amiga acapara la atención de los comensales. En la ciudad, se dice que el doctor Lancert cura a los pacientes del hospital con la misma rapidez con la que devora su comida. Si se pusiera enferma, preferiría que su amiga le preparara uno de sus misteriosos remedios a ponerse en manos de su marido. Cuando se lo confesó por primera vez, Pétronille sonrió.

—Pues eres la única —le respondió.

En esa época, aún se quejaba de que algunas mujeres la señalaban con el dedo por la calle, burlándose de su antojo y su pelo blanco, y la llamaban «la bruja».

El doctor Lancert nunca ha creído en esas sandeces. Pétronille lo conoció en 1729, en el Hôtel-Dieu, tras su huida de Fort-Rosalie. Era un hombre lleno de entusiasmo, y la presencia de Pétronille parecía calmarlo. Tardó casi dos años en pedirle la mano. El verano posterior a la derrota definitiva de los natchez, cuando supo que su amiga había aceptado, Geneviève no ocultó su sorpresa.

—¿No me dijiste una vez que el matrimonio sólo era un contrato? —respondió Pétronille.

Y le explicó que Lancert era el único hombre mínimamente interesado por las virtudes curativas de las plantas de la región; el único que le permitía aventurarse en la periferia de la ciudad escoltada por un ejército de criados y soldados para recoger los ingredientes que necesita. Cuando su marido le pide su opinión sobre un paciente, Pétronille no se hace de rogar.

—Esos conocimientos no me pertenecen —le dijo un día a Geneviève.

También le contó que, cada vez que acude a la cabecera de un enfermo, Lancert grita a todo el mundo que se calle y la escuche.

Al principio, a Geneviève le costaba entender qué los unía; le parecía que el doctor Lancert era demasiado vehemente, ruidoso, impaciente, que todas sus emociones se leían en su cara.

—Habla por dos —acabó diciéndole Pétronille—. Pero con él no necesito fingir que soy alguien que no soy.

Geneviève sabía que su amiga no habría sido capaz de volver a casarse si no se hubiera ido el insensato de Cléry, que regresó a París justo después de que el ejército trajera a los natchez supervivientes a Nueva Orleans. Para Geneviève, ese invierno es una nebulosa de dolor: dio a luz a Élisabeth poco después de que

encerraran a los cautivos en la prisión de la capital. Su tercera hija, que nació casi en silencio, se dormía sobre el pecho de su nodriza en lugar de buscar su leche. Pétronille no se apartó de la cabecera de su cama; la hacía tomar tinturas de hinojo y la alimentaba con mezclas de hierbas desconocidas para Geneviève. A su amiga no le cabía duda de que el bebé sobreviviría, y el tiempo le dio la razón.

El padre de Ville le ruega por enésima vez al teniente Magnole que repita lo que acaba de decir. El cura la exaspera. Tarda un tiempo increíble en comprender las cosas más sencillas. Es un milagro que haya sobrevivido tantos años en Luisiana.

—Los indios —le explica el doctor Lancert disimulando su impaciencia— habían decidido cortarles la cabellera y robarles sus bienes, al intendente y su familia, en lugar de comerciar con ellos.

—Y de pronto —continúa el teniente—, se quita la peluca y exclama: «¿Queréis mi pelo? ¡Pues aquí está!»

Alrededor de la mesa, los invitados ríen a carcajadas. En Prairie du Rocher, semejantes anécdotas sobre los illinois habrían indignado a Pierre. Pétronille también está molesta; no ha probado su cuenco de fresas y, con la silla arrimada a la pared, juega con un merengue que se deshace sobre su vestido. Sobrevivir a una guerra ha hecho que sus excentricidades resulten más aceptables; son pocos los que aún se atreven a burlarse de sus momentos de ausencia o de sus respuestas, a veces demasiado francas.

—¿Cuál fue la reacción de los salvajes? —pregunta el reverendo padre.

—Naturalmente, estaban convencidos de que en la peluca habitaba un espíritu —responde el teniente—. Le ofrecieron pieles a cambio de que el francés se llevara su demoniaca cabellera.

De los melones sólo quedan las cortezas y del vino, las botellas vacías. Si nadie dice nada, habrá llegado el momento de acompañar a los hombres a la sala de fumadores y a las señoras al saloncito, donde la mujer del teniente, con su sonrisa torcida, empezará a criticar cada pieza del mobiliario y ella podrá hablar con Pétronille. Pero el sacerdote rompe el silencio.

—Señora Bienvenu... —empieza a decir—. Tengo entendido que hace poco se entrevistó con un hombre muy importante.

Geneviève se obliga a sonreír. Resume lo que sabe sobre Rachard y su añilería. No menciona el acuerdo que espera cerrar con él ni sus esperanzas de transformar en socio a su competidor para asegurar la estabilidad de las exportaciones: el cura no comprendería una sola palabra sobre el proceso de obtención del añil. El padre de Ville se vuelve hacia Lancert.

—Pero ¿no es la misma persona que conoció usted la semana pasada, doctor?

Geneviève se estremece. El médico le lanza una rápida mirada y luego asiente.

—Un hombre muy ambicioso —sigue el cura.

—No me dice usted nada nuevo —responde Geneviève.

El padre de Ville se inclina hacia ella, como si no la hubiera oído.

—Aseguran que es lo bastante rico como para comprar todas las plantaciones de la ciudad —le susurra—. Ignoro cuáles son sus relaciones con el gobernador, pero parece estar en buenos términos con el señor Beauregard.

—Beaulieu.

—Eso es, el señor Beaulieu.

El cura sigue hablando, pero Geneviève ya no lo escucha. El nombre le provoca escalofríos. Como su segundo marido, Beaulieu resultó ser muy distinto del hombre que la había visitado en Prairie du Rocher y al que Mélanie había descrito los objetos de los illinois. Geneviève nunca lo ha apreciado, y el consejero del gobernador le paga con la misma moneda. Al morir Melet, Beaulieu no tardó en insinuar que la creía culpable de la muerte de su amigo, y después del entierro de Bienvenu, le faltó tiempo para ironizar sobre su situación económica, aún más desahogada que antes.

Beaulieu conoce sus debilidades y no deja de recordárselas. La última vez que se lo encontró, se apresuró a preguntarle por la salud de su hijo. Geneviève respondió de forma vaga; no tenía ningunas ganas de hablarle de los ataques de tos de Laurent, de su respiración anhelosa y sus mejillas azuladas. Pero Beaulieu sí le habló de una viuda, conocida suya, que había dejado que el gobierno real se ocupara de sus bienes. Beaulieu había conseguido conservar su puesto en el Consejo Supremo incluso cuando Bienville volvió a asumir el cargo de gobernador. Con la llegada de Rachard, ha debido de encontrar una nueva forma de atacarla.

El doctor Lancert sabrá algo más sobre las relaciones que el consejero mantiene con su competidor. Los hombres pliegan las servilletas, hacen retroceder las sillas y se dirigen al salón de fumadores sin interrumpir las conversaciones. Cuando Geneviève se dispone a interceptar al médico, nota una mano en su brazo. Pétronille lleva el pelo recogido en un moño flojo y un mechón blanco le cae sobre la mancha de nacimiento.

—Eso lo explica todo —le dice.

—¿A qué te refieres?

—Por fin comprendo por qué no me llevaste a Pontchartrain, como me habías prometido.

Hace dos semanas, a mediados de junio, Pétronille le pidió que la dejara acompañarla a la plantación para recolectar hierbas que no encuentra en Nueva Orleans. Pero Geneviève, al enterarse de que Rachard desembarcaría en breve en el continente, estuvo tan ocupada preparando la visita que se olvidó de la invitación.

—Lo siento. La próxima vez iremos juntas.

—La próxima vez volverás para ver a ese tal Rachard.

Geneviève sabe lo que piensa Pétronille de los propietarios de plantaciones de Santo Domingo. Los desprecia. Poseen esclavos natchez, supervivientes de la guerra, que fueron vendidos en la isla después de haber estado meses encarcelados en Nueva Orleans.

—¿No has oído al padre de Ville? —le pregunta Geneviève.

—¿Y tú desde cuándo lo escuchas?

—Beaulieu ya se ha puesto en contacto con Rachard.

Pétronille no dice nada. La política nunca le ha interesado; desde el ataque de los natchez, opina que sólo causa derramamientos de sangre.

—Necesito cerrar ese trato —dice Geneviève en voz baja, aunque todos los invitados han abandonado el comedor.

Pétronille mira a su alrededor y, con un gesto de la mano, abarca el lujoso comedor.

—¿De veras?

Su amiga sabe muy bien por qué intenta desesperadamente llegar a un acuerdo con ese hombre. No puede arriesgarse a un nuevo matrimonio. Ha conseguido escapar de la miseria que se llevó a su familia en París, que la ha aterrorizado durante años y que sigue

cerniéndose sobre la colonia: sabe que, a este lado del Atlántico, la suerte puede cambiar deprisa, sobre todo cuando hay hombres como Beaulieu de por medio.

—Habla con tu marido —dice—. Al parecer, tienen que volver a verse.

Pétronille arquea las cejas; crispa los dedos sobre los brazos cruzados.

—Menos mal que no te diriges a Belle en ese tono —le espeta, y da media vuelta—. Eso espero, al menos.

A la mañana siguiente, Geneviève lamenta haber sido tan dura con Pétronille y se promete que la visitará en breve y le pedirá disculpas. A la sombra del cerezo, los niños escuchan a Louise, enfrascada en su historia sobre una tela de araña lo bastante gruesa para interrumpir el vuelo de los pájaros.

En la carta que Rachard acaba enviándole, no se anda por las ramas. Le comunica que ha meditado su oferta, pero que, por desgracia, no puede aceptarla. No se disculpa. Añade que se quedará en el continente un mes más, hasta agosto. Dice tener otra idea, una que satisfará a todo el mundo.

Dos cosas la devuelven a Provenza: la lavanda y los gusanos de seda. Le gustaría olvidar el incendio que destruyó la granja de sus padres, el olor animal que despedía la seda en llamas, y conservar únicamente el recuerdo de las mazorcas maduras, que le arañaban la piel si corría demasiado deprisa por los campos; de la azotaina

que recibieron sus hermanos el día que intentaron organizar una carrera de orugas; del modo en que su hermana se adornaba el pelo con mimosas y, autoproclamándose reina, ordenaba a sus hermanos pequeños devanar los capullos. Ya ha pasado un cuarto de siglo desde que dejó el sur de Francia.

Hace unos años, en Nueva Orleans, se las arregló para conseguir semillas de lavanda francesa. Fue justo después de que muriera Melet, el marido al que nunca llamó Pierre. Una mala caída, un accidente. En esa época, corría un rumor por la ciudad: una mujer de ojos azules y fríos había empujado a su marido por la espalda y se había quedado mirando cómo se estrellaba contra el suelo al pie de la escalera.

Los que murmuraban no sabían nada sobre su matrimonio. Ignoraban el terror que la atenazó la primera vez que la agredió. Ese día, se había limitado a interesarse por las cuadras que Melet planeaba construir; él se la había quedado mirando y le había dicho que no era asunto suyo: ¿no podía callarse de una vez? Al día siguiente, cuando Mélanie le acarició la mano amarillenta, Geneviève le dijo que la puerta de la habitación se había cerrado de golpe por culpa de una corriente de aire y le había enganchado la mano.

Geneviève se había preguntado muchas veces por qué se había casado con ella. Tardó meses en aceptar la razón que, por otro lado, resultaba evidente: su marido era malo, capaz de una violencia que sólo obedecía a su propia lógica, estúpida en su simplicidad. En Prairie du Rocher había visto que aún quedaba algo por romper en ella, y le había propuesto matrimonio.

Aquella última noche, Geneviève había abandonado el convento de las ursulinas tan tarde como había podido. Se encontraba en lo

alto de la escalera, al lado de su marido. Estaba desesperada. Esa misma mañana, había visto a Belle colocando bien la alfombra y se había fijado en que la tela se deslizaba sobre uno de los peldaños. Ella misma había tropezado allí esa tarde, pero no la había tocado por miedo a que Mélanie se enredara los pies en ella. Esa noche, cuando sus ojos se encontraron con los de Belle, justo antes de que Melet diera el paso que provocaría su caída, Geneviève se vio a sí misma con el hematoma de la mejilla del color que adquiriría al día siguiente. Vio todas las heridas que vendrían después.

Después del funeral, su mente no cesaba de devolverla al accidente, al segundo en el que debería haber agarrado del brazo a su marido para impedir que cayera. Al momento en que debería haberle quitado la botella de bourbon y pedir ayuda. Pero había tantas cosas que él no debería haberle hecho...

—No deje que la obsesione —le había susurrado Belle un día después del entierro.

Las semillas llegaron unos días más tarde. La casa de la rue d'Orléans estaba anormalmente silenciosa: Geneviève ya no tenía que andar de puntillas o asegurarse de que su marido no estaba en una habitación antes de entrar. Por primera vez, se movía libremente por su casa. Desenvolvió las semillas en el salón verde e imaginó que venían de los campos de lavanda que se extendían detrás de la sedería de su familia y cubrían las colinas de una claridad violeta. Las plantó ella misma en el suelo negro de Nueva Orleans, pero no agarraron; el aire húmedo de Luisiana las mató. Cuando Bienvenu le preguntó si no iba a llenar el espacio que había quedado en el macizo, ella contestó que no, que allí ya había algo.

En el norte, apenas pensaba en Provenza: el territorio de los illinois no le recordaba en nada el pueblo en el que había nacido. Pero, al regresar a la Baja Luisiana y ver a Mélanie entusiasmada con la temporada de los higos, o volviendo del jardín cubierta de habones tan enormes como los que le hacían a ella los mosquitos de La Bastide, Geneviève empezó a soñar de nuevo con el sur de Francia. Al principio esa nostalgia por una época tan lejana la sorprendió, pero esos recuerdos tenían el sabor de los tiempos felices e irrecuperables de la infancia. Provenza le había ofrecido cobijo esos dieciocho meses en que había sido la mujer de Melet.

Durante el tiempo infinito que había durado su matrimonio, se había arrepentido muchas veces de haber recurrido a él en el territorio de los illinois. Pero siempre —incluso entonces— había sospechado que aquel viaje, como el que la había traído a Luisiana, tendría un precio. Simplemente, no imaginaba que sería tan alto.

En lo que respecta a Melet, sólo celebra dos cosas: no haber tenido ningún hijo con él y no haberle dejado nunca que le levantara la mano a nadie más que a ella.

Empezó a pensar en los gusanos de seda tras la muerte de su último marido. Pero Bienvenu no la había dejado sola, ni mucho menos. Además de una plantación a orillas del lago Pontchartrain, le había dado tres hijas y un hijo, cuatro criaturas que habían llenado a Geneviève de amor y terror cada vez que su vientre se redondeaba. Le gustaba pensar que su cuerpo había esperado a que estuviera lista para tener otros hijos, pero también sabía que había tardado demasiado tiempo en sentirse en su casa. Al nacer Louise, tenía treinta y un años; había traído al mundo a Élisabeth con treinta y tres; a Laurent, con treinta y cuatro; y a Céleste, con treinta y cinco.

Empezó a temer por su vida un mes antes de que naciera Élisabeth. Si se hubiera dado cuenta a tiempo de que esperaba a Laurent, habría intentado abortar; la idea también le pasó por la cabeza con Céleste, pero la animaba un profundo deseo de conocer a aquellos bebés, una esperanza irracional: esta vez, todo iría bien. Con cada nuevo embarazo, el médico le recomendaba más reposo. Entonces, se pasaba las tardes soñando con agua azulada y hombres desaparecidos, niños de labios gruesos, pezones húmedos de leche y saliva, antes de que se decidiera a recurrir a una nodriza, y siempre, flotando en su mente, la batalla que se libraba entre ella y su bebé, porque el médico aseguraba que los dos no podrían sobrevivir siendo la madre tan mayor.

Pero el doctor Le Cau no sabía nada del niño al que Geneviève había renunciado en París. Ignoraba todo lo que había padecido cruzando el Atlántico para acabar viviendo en el territorio de los illinois y, luego, en Nueva Orleans. Geneviève le demostró que estaba equivocado una y otra vez.

Experimento número uno, a una semana de la eclosión: Geneviève se levanta temprano, antes de que vacíen los orinales de los niños y antes de que Constantin vaya a dar de comer a los caballos. Belle prepara una de esas sopas especiadas que le irritan la nariz. Geneviève cierra la ventana para que el viento siga fuera. Abre la caja de caoba y reparte por la mesa unas cuantas hojas de morera blanca y morera roja finamente cortadas. Las separa cuidadosamente, imaginando que las primeras representan Francia y las otras Luisiana. Los gusanos de seda también tienen sus

preferencias. Luego, libera las orugas francesas. Sus cortos pelos negros ondulan mientras se arrastran hacia las hojas; no hacen distingos entre las dos especies de morera, les gustan ambas. A continuación, añade unos trozos de hoja de morera blanca dulce. Observa a los insectos, que se precipitan hacia ellas, se detienen sobre sus venas verdes y succionan su azucarada savia.

El 10 de julio, Rachard llega puntual, pero el té aún no está listo. Geneviève no pierde de vista al industrial, que se inclina para observar detenidamente el reloj que preside el salón. Es muy joven. Es lo primero en que pensó cuando lo vio en la plantación rodeado de niños fascinados con esa absurda historia de que los árboles de Biloxi en lugar de frutas dan ostras. Cuando Rachard se volvió hacia ella, Geneviève comprendió por qué lo escuchaba su público con tanta atención: tenía unos ojos almendrados de un cálido color miel, y una amplia sonrisa que resaltaba dos pronunciados hoyuelos. Pensó en Melet, que la trajo a Nueva Orleans, convencido de que en el convento de las ursulinas expiaría sus pecados. En su caso, la crueldad también tenía un bello rostro.

—Quien casa con mujer guapa a la preocupación se ata —le había dicho Belle limpiándole las heridas de la frente la segunda vez que Melet la agredió.

Cuando Geneviève le confesó que no conocía el dicho, Belle sonrió.

—Es un proverbio de mi tierra. Si vale para los maridos, también valdrá para las mujeres.

Geneviève se seca el sudor de la frente con el pañuelo. Ahora Rachard se acerca al ave disecada que cuelga de un hilo de seda del techo. En la habitación de al lado, Louise le cuenta a Élisabeth la historia de una rana que salta tan alto que toca las nubes. Geneviève ya no oye la voz de Belle; seguramente está abajo, con Alexandre.

Ayer, al encontrar a Louise y Élisabeth solas en la cocina, le advirtió que no toleraría semejante negligencia. Tras escucharla en silencio, Belle replicó que quien corría peligro era Alexandre, no sus hijas, y cuando Geneviève intentó contradecirla la interrumpió:

—Mi hijo me necesita.

Geneviève se tragó su cólera y salió sin decir palabra.

—¿A qué especie pertenece?

Rachard la mira fijamente. Su pregunta la ha cogido desprevenida. El pájaro muerto, como las tímidas acuarelas de Mélanie y el puñado de grabados que Bienvenu se trajo de Francia, se han vuelto invisibles para ella.

—Es un martín pescador, creo. Mi segundo marido se empeñó en que nos los trajéramos cuando vinimos del territorio de los illinois.

—Es un recuerdo un poco aparatoso para transportarlo en una piragua.

Geneviève quiere que Rachard entre ya en materia. Ella habría empezado a negociar en cuanto ha llegado. Nota que él está bajando la guardia. En el pasillo, Belle regaña a Laurent, pero el final de su frase se pierde entre las exclamaciones de protesta de los niños. Al menos, no están solos. Se aclara la voz.

—Mi primer marido, Pierre Durand, acabó aceptando como ciertas algunas creencias de los illinois —dice señalando el pico del ave, que

apunta hacia la puerta—. Este pájaro tiene fama de volar contra el viento. El jefe indio del que se hizo amigo mi esposo le explicó que, cuando muere, el espíritu del martín pescador sigue luchando contra las corrientes.

—¿Y usted lo cree?

—Cambia de posición todos los días. Hoy está mirando al norte, mañana quizá esté de cara a la ventana.

Los niños parecen haberse calmado al fin. Geneviève se obliga a sonreír. Irá a verlos en cuanto termine la conversación. Constantin entra empujando la puerta con el codo, deja la bandeja en la mesa y le echa un vistazo desinteresado a Rachard, como si no fuera más que un mueble nuevo.

—¿Tiene más objetos que le recuerden a sus difuntos maridos?

—Ya los ha visto todos. Esta casa era de Pierre Melet. La añilería del lago Pontchartrain, la hizo construir Pierre Bienvenu. A veces me digo que, con un marido más, habría tenido piedras para construir un castillo.

Geneviève sonríe, pero Rachard no reacciona a su broma, que sin embargo suele divertir a los hombres. Incómoda, mira el jazmín que decora el fondo de la taza.

—Señora, he venido a pedir su mano —dice Rachard—. No me llamo Pierre, pero confío en que haga una excepción.

Geneviève reprime un estremecimiento. Los porcentajes se desvanecen de su cabeza, reemplazados por barriles de añil y una flota impecable de barcos de madera; por Rachard, nombrando a capataces nuevos que maltratarían a los esclavos, e incluso decidiendo abrir una añilería bajo el sol abrasador de México. Se ve siendo relegada a ama de casa, con los niños, apartada de los

negocios; y sus gusanos de seda, confiscados. Imagina ese segundo de incertidumbre en que Rachard levanta la mano y ella no sabe si acabará en caricia o golpe. Luego, su terror, cuando la regla se interrumpa, el doctor Le Cau le aconseje guardar reposo y ella se pregunte qué la matará, un nuevo embarazo o una tentativa de aborto. Todos estos años luchando por sobrevivir desde que la liberaron de la Grande Force no habrán servido de nada si acaba muriendo de un modo tan anodino.

—Me temo que no puedo aceptar.

Lo ha dicho a toda prisa, aunque quería expresarse con calma.

—Señora, permítame asegurarme de que comprende lo que implica esa decisión.

Geneviève piensa en Melet. Era más joven que ella y fue extremadamente atento la primera noche que cenaron juntos en la rue d'Orléans. No daba crédito a su suerte. Esa noche los acompañaba a la mesa Beaulieu.

—Deme unos días para reflexionar sobre su generosa proposición —dice al fin.

Rachard le sonríe y deja la taza vacía en la mesa.

—Pasado mañana viajaré a Pointe Coupé y luego a Mobile —le explica—. Volveré a mediados de agosto, como muy tarde. Confío en tener noticias suyas antes.

Experimento número dos, dos semanas antes de la eclosión: abre una segunda caja, de madera de nogal. Decide que meterá en la de caoba los gusanos de seda menos afortunados, los que han sido alimentados con hojas normales. Los otros, los que se alimentan con

las de morera blanca dulce, viven bajo la tapa rugosa. Baja regularmente a ocuparse de ellos, y los niños se muestran cada vez más curiosos: cuando se va Rachard, Geneviève sorprende a Mélanie mirando por la cerradura. No le explica a su hija que los gusanos consumen hojas de tres tipos de morera, ni que su objetivo es determinar el impacto de cada dieta en la calidad de la futura seda. De pronto, sus experimentos le parecen tontos e inútiles. Hasta se pregunta si los gusanos de seda tienen alguna posibilidad de sobrevivir en Luisiana.

Cinco días después de la petición de mano de Rachard, le llega una carta de Beaulieu. Ni se molesta en sentarse, la lee con la espalda apoyada en la puerta de su dormitorio.

Apreciada señora:

He tenido el placer de recibir noticias suyas a través del doctor Lancert, con quien coincidí ayer en el banquete organizado en honor del capitán Poiret. Como sin duda sabe, por desgracia, ni la sutileza ni la diplomacia figuran entre las virtudes de nuestros hombres de ciencia. No obstante, en mi calidad de consejero y amigo de su difunto marido, me siento obligado a ponerla en guardia en relación a uno de los asuntos abordados brevemente por nuestro querido doctor. Mientras comentábamos la visita del señor Rachard, me explicó que dudaba usted si aceptar su petición de matrimonio, algo que, debo admitirlo, me sorprendió enormemente. Creía que una mujer como usted

vería de inmediato las infinitas ventajas que ofrece esa unión.

Por supuesto, admiro su valentía y perseverancia de estos últimos años, a pesar de los trágicos acontecimientos que han golpeado su hogar. No obstante, creo que no soy el único que está inquieto por usted: una mujer sola, a la cabeza de una gran empresa y una familia numerosa.

Naturalmente, le pregunté a nuestro querido doctor cómo estaban sus hijos, y quedé muy consternado al oír que la salud de su hijo se deteriora por momentos. Una vez más, me pregunto qué puede hacer una esclava infiel e ignorante para aliviar su dolor y educarlo a él y a sus hermanas en la fe cristiana.

Nuestros hijos son criaturas frágiles y valiosas. Debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para protegerlos, sobre todo en estas peligrosas regiones del reino francés.

No me cabe duda, señora, de que sabrá anteponer los intereses de su familia a todo lo demás.

La carta se queda tres días en la mesilla de noche. Tres días en los que caen unas lluvias torrenciales y que Geneviève pasa encerrada en su habitación. Los niños no pueden salir de casa y se aburren soberanamente en el piso de abajo. Sólo ha ido a ver los gusanos de seda una vez. Le parecieron vulnerables; fruto de una mala idea. Y sus capullos, una cárcel.

Ya es 17 de julio, y aún no ha visitado a Pétronille, a pesar de que se lo prometió, y de que el marido de su amiga podría darle información sobre Rachard, contarle alguna cosa, lo que sea, para

defenderse. Tiene un regusto amargo en la boca. El libro de cuentas está abierto encima del secreter, junto a una figura del *El rapto de Proserpina*: una mujer intentando escapar de un hombre con ojos de loco.

Abre otro tintero. El capitán de *L'Espérance* apenas se tiene en pie sobre la pierna buena, y Geneviève lleva horas escribiendo a posibles candidatos. Le parece estar oyendo a Beaulieu: Rachard le proporcionaría barcos nuevos, tripulaciones jóvenes y experimentadas. Vuelve a estudiar las columnas de cifras y calcula y recalcula los costes de exportación de la próxima cosecha. Pero los números también parecen mudos.

—¿Señora?

Belle entreabre la puerta. Alexandre ha recuperado el apetito; la fiebre ha remitido desde que lo visitaron una curandera y su hermano, una especie de guía espiritual, que trabajan de cocinera y criado en la casa más grande de la rue Saint-Pierre. Belle le pidió permiso para que vinieran, pero no le contó nada más, y Geneviève está avergonzada por haber cuestionado las prioridades de una madre. Pero está agotada y no tiene las ideas claras. No puede luchar en todos los frentes. Deja la pluma metida en el tintero.

—¿Qué ocurre?

—Alguien pregunta por usted.

—Dile que entre.

—Soy yo.

Al oír la voz de Charlotte, el corazón le da un vuelco y se le acelera. Le parece imposible que Charlotte esté al otro lado de la puerta de su dormitorio. El convento de las ursulinas está sólo a unas cuantas calles, pero a años luz de su casa.

—Pasa —dice.

Cuando Charlotte entra, Geneviève no disimula su sorpresa. Desde Biloxi, no la había vuelto a ver con ropa de color: lleva una capota con encajes y un vestido azul celeste, un atuendo modesto pero inapropiado para una interna del convento de las ursulinas. Está rígida, con los brazos caídos a los costados y la cara seria. Geneviève se dispone a preguntarle qué hace allí y vestida de ese modo cuando ella toma la palabra:

—¿Aceptarías que fuera la institutriz de tus hijos? —Lo ha preguntado con voz clara y firme, pero al ver que ella no contesta añade—: El martes, en el convento, Pétronille me dijo que necesitabas ayuda urgentemente.

Geneviève no sabe de dónde le sale tanta rabia. Hoy Charlotte no ha venido simplemente a ver si se encuentra bien. Quiere que la perdone.

—Sólo pretendo ayudarte.

—Sólo pretendes ayudarme...

Siente un hormigueo en los dedos y que la garganta se le cierra. No sabe si ha oído bien.

—Así es —dice Charlotte—. Si me lo permites...

Sigue junto a la puerta. Geneviève le indica una silla.

—Me cuesta creer que la superiora haya aceptado que te vayas.

—Hablas del convento como si fuera una cárcel —dice Charlotte sin el menor atisbo de reproche, antes de sentarse y estirarse el vestido—: Le dije a la madre Tranchepain que ya había estado suficiente tiempo allí. No hizo falta que añadiera nada. Me dijo que siempre había sabido que un día me iría. Que por eso no había hecho el noviciado. Le aseguré que había más de una hermana

deseosa de enseñar, como luego se demostró. —Charlotte se mira las manos y después, con una sonrisa imposible que le recuerda que un día esa chica se enfrentó a unos piratas, le pregunta—: ¿Echarás de menos mi ropa negra?

—No, te hacía parecer más pálida.

—A las demás también.

Sobre todo a mí, piensa Geneviève, pero a ti te traía sin cuidado.

—¿Te sugirió Pétronille que te ofrecieras para educar a mis hijos?

—Fue idea mía —responde Charlotte—. Cuando me explicó tu situación, llevaba meses pensándolo. —Cruza las piernas y su rodilla roza la de Geneviève, que la aparta—. Podría enseñarles a leer y escribir. Las oraciones. Y ocuparme de los más pequeños. —Se interrumpe—. También por la noche. Sé que algunos aún son muy pequeños.

Geneviève se recuesta en la silla y se pasa la mano por la cara. No puede negar la frustración y el alivio que siente. No puede negar que necesita la ayuda que le ofrece.

—Para eso, tendrías que vivir con nosotros.

—Efectivamente —responde Charlotte, y su voz no titubea—. A no ser que a ti no te apetezca.

—¿Cuándo podrías empezar?

—Enseguida. Por lo que he oído, aquí hay mucho que hacer. Pero nada que pueda resistírsele a una antigua ursulina.

Geneviève va a contestarle, pero oye ruido fuera: el agudo sonido de los pífanos militares, redobles de tambores, gritos que rebotan en las fachadas de la rue d'Orléans y una lejana melodía que reconoce de inmediato. Charlotte no deja de mirarla, y de pronto Geneviève

cae en la cuenta de que lleva la falda manchada de tinta y la misma camisa desde hace dos días. Se levanta para abrir la ventana.

—Ahí tienes la respuesta a tu pregunta sobre las hermanas —dice Charlotte—. Dudo que nadie me eche de menos a partir de ahora.

Geneviève se apoya en la barandilla. Nota el calor del cuerpo de Charlotte al lado. Enfrente, los antepechos y los tejados relucen bajo el barro y la lluvia. La letra de la canción se hace inteligible. Es un cántico que entonan a voz en cuello once monjas, ahora visibles, vestidas de negro. Cúmulos de nubes inofensivas surcan el cielo. Las hermanas desfilan detrás de un pesado palio que protege al Santísimo Sacramento, seguidas de unas cuantas novicias que unen sus voces al coro. Siguen llegando mujeres que se suman a la procesión: autóctonas, esclavas africanas, propietarias de plantaciones, esposas de armeros. Las religiosas y sus cantos se pierden tras la esquina de la calle.

—El convento de la rue de Chartres —dice Charlotte mirando por la ventana—. Por fin está listo. Hace siete años que esperaban este momento.

Experimento número tres, a las tres semanas de la eclosión: Geneviève, después de trece años en Luisiana, quiere dar una oportunidad a los gusanos de seda de la colonia. Se las ha apañado para que se los manden desde el territorio de los natchez, reconquistado de nuevo. El día que llega la caja, baja las escaleras a toda prisa y casi se lleva por delante a Charlotte, que está subiendo su baúl al último piso. Después de la conversación de ayer, Geneviève se ha ceñido a los detalles prácticos: el programa de

estudios y la presentación de los niños. Cuando Charlotte le pregunta qué hay dentro de la caja, Geneviève sacude la cabeza.

—Nada.

Los gusanos de seda de Luisiana son gruesos. Éstos ya tienen varias semanas; parecen cachorros rollizos acurrucados unos junto a otros. Geneviève los deja en la mesa. No son lentos ni están adormilados; silenciosos y tozudos, se retuercen sin cesar sobre la madera. Geneviève corta en trozos unas hojas de morera. Cuando está repartiéndolas por la mesa, se oye a los niños aplaudir en el salón y luego la voz grave y envolvente de Charlotte. Las notas, ligeras, controladas, ensordecedoras, le llegan al corazón.

Los infatigables gusanos de seda siguen bregando con las hojas. Charlotte entona otra pieza. Geneviève deja caer otra ramita de morera. La música invade la habitación. Geneviève escucha mientras observa a las orugas; el sopor que se apodera de ellas una vez que han devorado las hojas de mora dulce.

La casa de Pétronille está todo lo lejos posible del hospital en el que trabaja su marido, una paradoja que el doctor Lancert se encarga de aclarar rápidamente siempre que sale el tema durante las cenas de los miércoles:

—No me apetece vivir cerca de un sitio al que va la gente a morir.

La fachada da al río, por lo que tiene unas bonitas vistas en invierno, pero muchos mosquitos a partir de abril. En julio a Geneviève empiezan a molestarle bastante los olores, como durante los primeros meses de embarazo. Al bajar del carruaje, saca el abanico, que agita en la penumbra de la sala de trabajo de

Pétronille. Con la frente reluciente de sudor, su amiga examina una pasta beis, exprime otro limón y remueve la mezcla.

—He debido de equivocarme —dice.

—¿A qué te refieres?

Pétronille le explica el remedio en el que está trabajando, pero Geneviève sólo la escucha a medias. El rumor que gruñó ayer tarde sobre la ciudad, unos días después de la procesión de las ursulinas, vuelve a oírse. El fragor parece proceder del mar. Después de comer, han aumentado las vibraciones, y Élisabeth ha estallado en sollozos. Bella y su marido hablan de un espíritu vengativo. En la esquina de la rue Sainte-Anne, dos mozos de cuadra señalan el cielo. La gente comenta que se avecina un temporal. Geneviève pensaba que Pétronille se paralizaría al oír el pesado zumbido —desde que volvió de Fort Rosalie, se sobresalta al menor ruido—, pero su amiga ni se inmuta y sigue enumerando la lista de ingredientes que necesita para elaborar el ungüento para curar el escorbuto que le había revelado un médico africano: herrumbre, hierbas y limón. El sonido ha cesado. Émile entreabre la puerta, pero su madre ni lo mira.

—Ahora no —le dice, y el chico se va sin rechistar.

—Dentro de unos diez días, volveré a Pontchartrain —dice Geneviève—. He pensado que quizá te gustaría acompañarme.

—¿Por eso has venido?

—En parte —responde Geneviève—. Quería agradecerte que hablaras con Charlotte.

Ayer, viéndola mecer a Céleste, Geneviève se había sentido abrumada por el peso de la soledad y las responsabilidades que la agobian desde la muerte de Bienvenu. Charlotte estaba de espaldas. La criatura, con la cabeza apoyada en su hombro, agitaba

mecánicamente su puño diminuto. Geneviève salió y cerró la puerta. Ninguna de las dos la necesitaba.

Al oír el nombre de Charlotte, Pétronille sonríe, pero no levanta la vista del cuenco.

—También quería preguntarte si sabes algo más sobre Rachard —dice Geneviève.

La sonrisa de su amiga se desvanece.

—¿Cuándo te marchas a Pontchartrain? —le pregunta con voz seca.

—El 14 de agosto.

Para entonces ya le habrá dado su respuesta a Rachard. Cuando quiera darse cuenta, estará contando los días desde su última regla y habrá perdido todo lo que posee, ya sea en beneficio de su nuevo marido o del gobierno real. Le explica la situación a Pétronille, que acerca una mecedora y deja el vaso de limonada encima de la mesa.

—¿Tan malo sería recibir un poco de ayuda del gobernador?

Geneviève se muerde el labio. Pétronille nunca ha sido una mujer de negocios.

—Sabes tan bien como yo que su pretensión no es ayudarme, precisamente.

—Bueno, pues apoyarte. Dentro de poco podrías estar muy ocupada...

Pétronille la había ayudado a conseguir las orugas de Natchez. Es la única persona a la que ha contado lo de la seda: sólo ella sabe lo que significa llevarse una decepción y la alegría de experimentar con algo valioso.

—¿Y dejar que decidan lo que quieren vender y cuándo? ¿Dejar que me pasen una pensión miserable y nos obliguen a abandonar la

casa?

—¿Quién ha hablado de semejante cosa?

El vaso de Geneviève está vacío. Bebe del de Pétronille.

—Lo siento, pero me temo que no tendría fuerzas para empezar de nuevo.

Fuera, el ruido retumba de nuevo; corre sobre el río amarillo e inunda las calles de Nueva Orleans. Es un sonido inquietante, pero Pétronille sigue callada. Se deja mecer por el balancín, y Geneviève tarda unos segundos en comprender que sus movimientos siguen el ritmo del eco que llega del mar.

—Lo entiendo —responde al fin Pétronille—. Pero a veces no eres tú quien decide.

Cuatro días después, Geneviève se ocupa de los gusanos de seda hasta bien entrada la noche. Había quedado con Pétronille, que la ha visitado esta tarde. La ha guiado por el pasillo, pero, antes de entrar en el cuarto, Pétronille se ha parado a saludar a Charlotte, sentada junto a Mélanie, que dibujaba eles mayúsculas, Louise y Élisabeth, que metían los dedos en las acuarelas. Geneviève las oía charlar y reír mientras introducía la llave en la cerradura. Luego Pétronille se ha reunido con ella. No sólo ha observado a las gusanos, también le ha preguntado por los tipos de hojas de morera y ha escuchado con atención sus explicaciones sobre las cuatro etapas de su desarrollo.

—Eres la primera persona a la que se los enseño —le ha confesado Geneviève cerrando la puerta a su espalda.

—Lo sé —ha dicho Pétronille cogiéndole la mano.

Geneviève se inclina sobre la caja de caoba con un paño en la mano. En la casa reina la calma. Cada vez que piensa en su sueño de la pasada noche, siente una oleada de calor. Vuelve a notar que la sábana se levanta, que el aire fresco se desliza por su cuerpo, las manos de sus maridos y sus caras borrosas superponiéndose y fundiéndose en una sola. Pero, cuando abre los ojos, a quien encuentra tumbada a su lado es a Charlotte. La situación le parece inconcebible y perfecta. Los labios que encuentran los suyos son suaves y sus besos ávidos. Charlotte tiene unos pechos erguidos y firmes que nunca han conocido un embarazo. Está tan delgada que su corazón late junto a la palma de su mano. No es tímida.

El sueño se niega a dejarla tranquila. Atenúa su rabia, galvaniza una parte secreta de su ser; no puede evitar revisitarlo, explorarlo. En él, se dormía en los brazos de alguien por primera vez en dos años, y por primera vez en quince, compartía la cama con una mujer a la que desea. Sigue recordándolo, buscando nuevos detalles, aunque sabe que lo que encuentre ahora ya sólo será fruto de su imaginación.

Geneviève deja caer el paño y escucha. Le parece oír los pasos de Charlotte en el pasillo. Luego, comprende que se trata del rumor lejano pero persistente que amenaza a la ciudad desde hace días. Se difumina en cuanto Geneviève empieza a preocuparse. Se concentra en su tarea. Ha acabado de quitar el moho que había aparecido en la madera. A los gusanos de seda les gusta la limpieza; la podredumbre podría acabar con ellos. Ahora son mucho más gruesos; no tienen nada que ver con los puntos oscuros que vio nacer hace un mes. Han vuelto a mudar, y Geneviève recoge los restos de su antigua piel rozando con los dedos el hilo de seda que

emplean para sujetarse a las hojas y las ramitas. Los gusanos no son exigentes: podrían inventarse una casa en cualquier sitio.

Coge una vela, cierra la puerta con llave y sube la escalera. Debería pensar en su respuesta a Rachard, y abrir el libro de cuentas por si ha pasado algo por alto. Pero sigue por el pasillo y deja atrás su habitación y la de Élisabeth y Louise. Todas las puertas están cerradas. Cuando sus pies encuentran el primer peldaño de la pequeña escalera que lleva a la buhardilla, el corazón se le acelera.

Pétronille sólo tiene parte de razón, se dice. Quizá esté sometida a la voluntad de Rachard y Beaulieu, pero aún puede actuar como le parezca en su casa. La sangre le zumba en los oídos, caliente y ensordecedora. Llama sin dudarlo, entra en la habitación y ve a Charlotte incorporándose y apoyando la espalda en la almohada. Geneviève siente su mirada, pero está demasiado oscuro para distinguir sus facciones.

—No esperaba que vinieras aquí —murmura Charlotte rompiendo el silencio.

—Yo tampoco.

Geneviève la mira a la luz de la vela. No sabe qué decir.

—Creo que sería mejor que la apagaras —le sugiere Charlotte—. Alguien puede ver la luz y oírnos.

—¿Hay alguna otra norma que no conozca?

—¿Que no llames a la puerta? —Geneviève se sienta en el borde de la cama—. Pero, sobre todo, que no te cases por cuarta vez.

Geneviève sopla sobre la vela. Durante unos segundos, el rostro de Charlotte sólo es una forma pálida en la penumbra.

—Ya no sé qué hacer —admite.

—Yo tampoco. No me has contado nada.

—Sí, tienes razón.

Charlotte se hace a un lado y, tras un instante de duda, Geneviève se tumba junto a ella. Vuelve a verse apoyando la mejilla en el hombro puntiagudo de Charlotte en su sueño de anoche.

Ignora qué sabe Charlotte sobre sus negocios con Rachard, así que no omite nada. Se pone de lado para estar frente a ella y siente que los músculos de su cuello se relajan a medida que habla. Le dice que su presencia y su trabajo con los niños son una gran ayuda, pero no lo resuelven todo. Le explica que puede o bien aceptar la proposición de matrimonio de Rachard, o bien dejar que Beaulieu se apodere de sus bienes.

—Lleva mucho tiempo esperando esta oportunidad —concluye.

Charlotte apoya la nuca en el cabecero de la cama.

—¿Recuerdas el día en que nos fuimos de la Salpêtrière? Hicimos una elección que en realidad no lo era. Podíamos pasar nuestras vidas entre aquellos muros o creer en un futuro mejor aquí. —Geneviève sigue los movimientos del vientre de Charlotte bajo la sábana cuando respira—. Puede que estés en una situación similar y que tengas que elegir entre la peste y el cólera.

—¿Rachard sería la peste?

—Yo habría dicho el cólera.

Se echan a reír. Geneviève ahueca la almohada y apoya la mejilla en el puño. La luna asoma entre las nubes y su claridad baña el cuarto unos instantes. Geneviève nunca se había fijado en las pecas que bajan por el cuello de Charlotte y le cubren los hombros.

—¿Qué te decidió a presentarte en mi casa? —le pregunta, y nota que el brazo de Charlotte se tensa junto al suyo.

—Tenía una deuda contigo. Y no era la primera vez que venía. —Charlotte deja de arrancar la cera que ha resbalado por la vela y le pone la mano en el muslo—. Estuve aquí un mes después de que abandonaras el convento.

Al día siguiente de la misa de Navidad, Melet había golpeado a Geneviève en la boca con tal violencia que le había costado comer durante días. En esos momentos, su soledad era total; no recuerda ninguna visita. Su marido pasaba días enteros con el gobernador, intentando salvar lo que aún fuera salvable en la colonia. En la rue d'Orléans, ella sólo pensaba en su supervivencia y la de su hija.

—No me decidía a llamar, así que me quedé fuera —continúa Charlotte, rascando otra vez la cera—. Era insoportable no saber qué te ocurriría.

Geneviève mira sus manos, teñidas de azul por los rayos de luna. Se ve de nuevo aquel invierno, en el convento, cuando creía que vivir con las ursulinas era la única manera de escapar de Melet. Estaba acorralada, cegada por el miedo. Si no, ¿cómo explicar que se hubiera planteado llevarse a Mélanie al convento, igual que se la había llevado a las cocinas del gobernador en el territorio de los illinois? Era una idea absurda, como toda su vida en esa época.

—La superiora nunca habría dejado que una madre, que una esposa, se convirtiera en interna —afirma Geneviève—. No habrías podido hacer nada.

—Sí —responde Charlotte con la voz ronca; deja la vela en la mesilla y busca los ojos de Geneviève—. Nunca hablé en tu favor.

La frase resuena en el cuarto. Geneviève siente una rabia sorda, pero no está sorprendida. Su confesión confirma lo que siempre ha sospechado: la víspera de Navidad, ocurrió algo terrible en el

despacho de la madre Tranchepain. Escruta el rostro de Charlotte sin saber muy bien qué busca en él.

—Nunca me odiarás tanto como me odié yo, no sólo entonces, sino también los años que siguieron, por haber tomado esa decisión.

Geneviève habría esperado estallar de ira, como el día que Charlotte le propuso convertirse en institutriz de sus hijos, pero esta vez las palabras parecen desprovistas de significado. O, más bien, fuera de lugar. Hace casi siete años que dejó el convento. Apenas reconoce a las dos chicas que se besaron detrás del cobertizo de madera mientras unos dedos rotos descansaban sobre una falda negra. Aquellas mujeres son dos extrañas, marcadas por sus decisiones y sus errores, decisiones y errores que no podían eludir, que las han traído hasta este cuarto abuhardillado. Ha aprendido que aquí, en Luisiana, no hay lugar para el rencor.

—Lo siento mucho —dice Charlotte.

Un animal trota por el tejado. Geneviève guarda silencio unos segundos. Luego busca la mano de Charlotte, le toca la mejilla. Cuando la besa, sus labios están fruncidos bajo los suyos y sus uñas se le clavan en el brazo. Aspira el olor a sudor, jabón y madera. Los movimientos de Charlotte son prudentes; vuelve a pedirle perdón, y ella sacude la cabeza y le desliza la mano por la pierna mientras siente su cálido y húmedo aliento en el cuello. Busca sus labios, le besa los pechos, el vientre, la fina piel de las caderas, hunde la cara entre sus muslos, donde sólo hay sitio para ellas dos. Rachard, Beaulieu y las monjas han dejado de existir. Nota que las piernas de Charlotte se tensan, distingue su perfil, su mejilla, hundida en la almohada. Sabe con exactitud cuándo alcanza el clímax.

Después, la abraza, y se quedan así, con los tobillos entrelazados, oyendo el sonido de sus respiraciones y el obstinado canto de los grillos en el jardín. El cuarto parece diferente, como si fuera la primera vez que lo pisa; tiene una aguda conciencia de su propio cuerpo y del de Charlotte, ajeno y, al mismo tiempo, tan familiar. Cuando le toca las costillas, se queda petrificada, súbitamente aterrada ante la idea de que el menor movimiento pueda romper el hechizo. Sin embargo, Charlotte sigue ahí, esta vez no la abandona; acerca la cara a la suya, y la luz de la luna se refleja en sus cabellos rojos y luego negros, pero se aparta un poco cuando los puntiagudos huesos de sus caderas se clavan en el vientre de Geneviève. Al sentir su mano en el sexo, Geneviève se estremece y se concentra en ese calor que aumenta con las caricias de Charlotte. Mira sus labios entreabiertos, y vuelve a verla en el gélido huerto del convento, tumbada en la cama de su casa en Biloxi, ovillada en el húmedo entrepuente de *La Baleine* bajo la manta que le tendió después del ataque de los piratas. Sentada en un granero perdido en mitad del campo francés, huyendo de su compañía, buscándola. Las dos, cruzando el patio principal de la Salpêtrière bajo un sol de plomo, subiendo a las carretas que pronto las llevarían lejos de todo lo que conocían. Ve a las mujeres que eran desapareciendo y convirtiéndose en otras.

Experimento número cuatro, a las cuatro semanas de la eclosión: los gusanos de seda importados de Francia son traslúcidos. Están llenos. Han dejado de alimentarse. Descansan en el fondo de las cajas,

ahorran energías, esperan lo inevitable: que la seda se forme, que el hilado empiece.

Cuando el huracán llega a la ciudad, Geneviève está con Charlotte y sus cinco hijos en su dormitorio. A la luz de las velas, todos tienen la mirada apagada. Charlotte mece a Céleste mientras le limpia los mocos a Élisabeth. El fragor procedente del mar ha cesado. Fuera, el viento da voz a todo lo que no la tenía; a su paso, los ladrillos silban, los barcos aúllan y sus espectrales gemidos llegan hasta el interior de la casa. Desde esa mañana, no han dejado de intensificarse. Poco a poco, se han vaciado las calles, y las ventanas, teñido de una claridad vacilante. Los niños han dejado de jugar y ni siquiera hablan. Geneviève les repite lo que ha oído: esta tempestad no será como la de hace una década, que destruyó cabañas, hundió barcos cargados de víveres y arrasó con casi toda la flota de la joven ciudad. Ella no la vivió, pero la simple mención del mes de septiembre de 1722 aflige a Charlotte. Geneviève sólo puede ofrecerles estas palabras tranquilizadoras, pero conforme pasan las horas, cada vez le parecen más vanas.

Cuando llega la lluvia, no puede dar crédito ni a sus ojos ni a sus oídos. Las gotas aporrean el tejado, caen en tromba, como una cortina uniforme y ensordecedora. Al otro lado de las ventanas, los edificios de enfrente desaparecen tras un muro líquido y gris. Charlotte y ella se miran; no le cuesta imaginar lo que piensa. Están de nuevo en *La Baleine*, la casa se ha convertido en un barquichuelo perdido entre furiosas olas verdes.

—Tenemos que hacer subir a todo el mundo —le advierte Charlotte.

—Pero es imposible que la inundación...

—Créeme. Sólo es cuestión de tiempo.

Geneviève asiente. Piensa en las mujeres y los hombres de la plantación del lago Pontchartrain, en el norte.

—Démonos prisa.

Charlotte se levanta. Céleste se echa a llorar; Geneviève la coge en brazos y estrecha contra su cuello la babeante mejilla del bebé. Laurent avanza tambaleándose hacia Mélanie y esconde la cara bajo el brazo de su hermana mayor. Una corriente de aire helado atraviesa la habitación. Élisabeth se deshace en lágrimas. Geneviève tarda un instante en comprender que el viento ha penetrado por la chimenea y se han apagado las velas, que los muebles, empujados contra las ventanas, podrían no tardar en ceder al vendaval y el agua.

—Mamá —susurra Louise, pero no dice nada más.

Charlotte ya está de vuelta, seguida por Belle y su familia. Constantin se sienta junto a la puerta. Belle susurra palabras dulces en su lengua materna. Con la espalda apoyada en la cama, Alexandre hace el mismo gesto que su madre a veces: aprieta un puño dentro del otro, como si llevara en él algo secreto. Geneviève señala las mantas, y al instante las pieles empiezan a pasar de mano en mano, cubren hombros, tapan rodillas... Entre los muebles, sus figuras casi parecen capullos.

De pronto, Geneviève se acuerda de los gusanos de seda. Antes de que la tempestad llegara a la ciudad, se había encargado de sellar puertas y ventanas, pero no se le había ocurrido que la planta

baja podría quedar totalmente inundada. Levanta a Céleste con suavidad, pero el bebé suelta un chillido estridente.

—Vigílalos —le pide a Charlotte tendiéndole a su benjamina—. Vuelvo enseguida.

—¿Adónde vas?

—Vuelvo enseguida —repite Geneviève alzando la voz para hacerse oír entre el crepitar de la lluvia.

Coloca bien la manta sobre las piernas de Louise y le besa la frente a Élisabeth. En pleno temporal, la petición de matrimonio de Rachard le parece insignificante, y sus gusanos de seda, indispensables, los únicos que aún pueden salvarla si consigue arrebatárselos al huracán.

—Puedo ir yo, dígame adónde.

Se vuelve hacia Constantin, que la mira con los brazos cruzados y el pelo rizado revuelto. Belle niega con la cabeza y le hace un gesto para que vuelva a sentarse junto a ella y Alexandre. Geneviève sonríe agradecida al conductor.

—Quédate aquí. Asegúrate de que las ventanas permanecen cerradas.

Aún se oyen cuchicheos de protesta, sollozos. La mano de Charlotte suelta las de los pequeños para coger la suya un instante. El viento transporta los lejanos relinchos de pánico de los caballos. Geneviève busca la llave en el bolsillo y sale.

Sus ojos tardan unos segundos en habituarse a la oscuridad del pasillo. A su alrededor, la casa gime y cruje; de repente, no parece más sólida que una casa de muñecas, como si el agua y el viento pudieran con los ladrillos y las tejas. Geneviève avanza hacia la

escalera. Sus dedos tiemblan contra la pared, pero no sabría decir si se mueve la madera o sus manos.

Al llegar abajo, comprende que Charlotte tenía razón: era indispensable reunirlos a todos en el primer piso. El suelo es de un negro líquido. Hay unos treinta centímetros de agua. Las alfombras flotan y sus hilos dorados relucen como el coral en el mar. La puerta del salón verde se ha abierto y el agua salpica las paredes con cada ráfaga de viento. En el extremo de su hilo, el martín pescador gira furiosamente. Geneviève se remanga la falda y baja los peldaños, cada vez más esponjosos, hasta que sus tobillos desaparecen en el agua de lluvia.

Intenta darse prisa, pero el vestido empapado entorpece sus movimientos. El corazón le retumba en las sienes, por encima de los silbidos del viento; nota las pulsaciones en el cuello, las muñecas. Se detiene ante la puerta del cuartito y mete la llave en la cerradura. La mitad de los botelleros ya está sumergida. Aprieta los puños para mitigar los escalofríos y coge las dos cajas con tanta delicadeza como puede. Los gusanos de seda se arrastran por las superficies interiores de madera. Agarra la cesta de las hojas de morera y se precipita hacia la escalera.

Al llegar a la habitación, hace caso omiso de las miradas interrogativas de Charlotte, las preguntas de Belle y las quejas de los niños, y se guarda para ella lo que ha visto en la planta baja. Se sienta en el suelo y les hace una seña a sus hijos para que se acerquen. Los pequeños apoyan la cabeza en sus hombros; agarran con sus manitas la falda empapada. La rodilla de Charlotte se junta con la suya. Geneviève abre la caja. Mientras el temporal sacude la casa, contemplan los gusanos de seda devorando las hojas de

morera bajo la luz crepuscular del huracán que hace brillar su piel traslúcida y amarillenta.

La gente tenía razón: esta tormenta no ha causado tantos destrozos como la de septiembre de 1722. Esta sólo ha durado un día y medio, mientras que la anterior tardó tres noches en desaparecer. A Geneviève le da igual; para ella, el desastre es evidente. De camino al nuevo convento de las ursulinas, Charlotte ha oído hablar de reses y cadáveres arrastrados por el río hasta el lago Maurepas. Geneviève ha visto a Belle rota de dolor al enterarse de la muerte de Yaba, la curandera que sanó a su hijo. Las cabañas de la orilla del río, en las que vivía con los demás esclavos africanos, eran demasiado frágiles para resistir un huracán.

Pétronille está sana y salva, aunque el tejado de su casa voló por los aires. Cuando Geneviève se acerca a visitarla, se preocupa al verla tan calmada. Recuerda que en Fort Rosalie, justo después del ataque, el terror estaba agazapado detrás de sus facciones inexpresivas. Pétronille se encoge de hombros: no ha sido el primer temporal ni será el último; tal vez su marido decida mudarse a otro barrio de la capital viendo el alcance de los destrozos. Pero no le importa, mientras tenga a sus hijos y sus herbarios. Frente a su casa, el puerto ofrece un espectáculo dantesco. El huracán ha destruido casi todos los barcos, entre ellos *Le Neptune*, y la pólvora almacenada en su cala ha teñido de negro el río.

Los pelícanos se ciernen sobre la ciudad devastada y contemplan el caos con sus plácidos ojos negros. Vuelan en bandadas y se lanzan en picado, brutalmente, contra los nuevos cursos de agua. Se

zambullen y abren los picos como si pudieran respirar, como si fueran capaces de vivir donde sea. Desde la ventana, Geneviève los ve erguirse de nuevo y tragar mientras los peces se debaten todavía vivos en sus bolsas.

Prohíbe a los niños que salgan a las calles inundadas. Todas las habitaciones de su casa tienen el mismo color marrón grisáceo de la lluvia y el barro. Pero esos daños se quedan en nada cuando unos días después de la tormenta un Hérin patético se presenta en su casa farfullando que no habrá cosecha. Los esclavos se refugiaron en la gran casa de ladrillo, que aguantó, y el huracán sólo causó dos heridos. Pero de los almacenes y los campos de añil, ya no queda nada.

Geneviève envía a Constantin a la plantación. Como sospechaba, Hérin no le ha contado toda la verdad. Han desaparecido varias personas, y Geneviève insiste para que continúe la búsqueda.

Es 14 de agosto, el día en que debía dar su respuesta a Rachard. Pero aún no le escribe. Quiere que primero le lleguen las noticias, que sepa que la añilería rival ya no existe, que ella ya sólo es una viuda de treinta y seis años con cinco hijos y una casa destrozada en una tierra indómita y salvaje.

Tardan una semana en drenar el agua, sacar los muebles inservibles y limpiar las paredes. Al final, Rachard se le adelanta. En su carta lamenta los estragos del huracán, pero ya no utiliza la palabra «matrimonio»; desgraciadamente, se ve obligado a reconsiderar su proposición mientras vuelve a poner en pie su plantación, que también ha sido golpeada por el temporal, aunque no tan duramente. Geneviève duda de sus palabras; no cree que el huracán también haya barrido las islas. Pero eso carece de

importancia. Lo que queda de la casa de la rue d'Orléans le pertenece. Charlotte, sus hijos y Belle siguen a su lado. Para Rachard y los consejeros del gobernador, sus tierras ya no tienen ningún valor. Geneviève vuelve a ser invisible, libre.

Experimento número cinco, a las seis semanas de la eclosión: la bodega apesta a moho y la pintura de las paredes se descascarilla. Geneviève visita la despensa varias veces al día. Las ramas de morera están cuajadas de gruesos capullos blancos que parecen nieve o nudos de telaraña. Son lo que los hombres ignoran, lo que evita que le dé vueltas a lo que ha perdido. Oye jugar a los niños en el jardín embarrado, donde ya no hay espacios que llenar en el macizo, ni arbustos de lavanda listos para podar. Charlotte le grita a Élisabeth que deje de comer tierra. Hace una hora Geneviève le ha preguntado si quería acompañarla, pero Charlotte ha señalado a los niños con un gesto de cabeza.

—La próxima vez —ha dicho.

Geneviève ha asentido, agradecida. Pese a la invitación, Charlotte ha intuido que hoy prefería estar sola.

Geneviève vierte agua caliente en un cuenco. Luego, con mucha delicadeza, desprende uno de los capullos tejidos por los gusanos franceses. Lo sumerge en el recipiente como si echara un azucarillo en una taza de café. Ve la cola deshacerse y la borra que cubría los hilos disolverse en el agua. En algún lugar de la casa, Laurent llama a Mélanie. Geneviève coge un cepillito, parecido al que usa para peinar a los niños, y lo pasa alrededor del capullo. La primera capa cae, enredada, basta.

Ahora viene su parte favorita. Los gusanos saben hacerlo mucho mejor, y se lo van a demostrar. Hace rodar el capullo por la palma de su mano y araña su superficie con la uña en busca del principio del hilo. Sabe que la seda sólo es frágil en apariencia, que romperla cuesta mucho más de lo que podría pensarse. Así que, cuando encuentra la punta del hilo, no duda. Lo saca un poco, le da un tirón, y la seda se desliza entre sus dedos.

Algunas mujeres envejecen, otras mueren jóvenes. Las que quedan evitan pensar en Francia. En su recuerdo, su tierra natal es más bonita, o más fea, que Luisiana, pero eso se lo guardan para ellas. Prefieren mirar los murciélagos que escapan volando del granero, oír las risas que suben de la nueva taberna o ver a sus nietos hacerse pelucas con musgo español. No les interrumpen, pero, cuando uno de ellos les ofrece leche o sidra, niegan con la cabeza y le dicen:

—¿Por qué no te quedas un poco?

Y le cuentan la historia de unas chicas sólo un poco más mayores que ellos que dejaron su tierra para siempre. Le hablan del marido o la vecina con los que acabaron encariñándose, de sus nuevas costumbres y de los oficios de panadera o costurera que tuvieron que aprender. Señalan su casa y les explican sin emocionarse lo que destruyeron para construirla. No mencionan a aquellos y aquellas que se quedaron por el camino; por mucho que se esforzaran, la lista nunca estaría completa. Una vez, sólo una, una de las mujeres murmura:

—Vivimos en un cementerio.

Y su hija, que está cruzando el patio, le pide que deje de decir tonterías.

Los niños escuchan la historia de una tierra que un día fue peligrosa, una prisión de árboles, un laberinto de pantanos, un océano de barro. Las mujeres aseguran que el horizonte es más ancho en Luisiana, y algunas dicen que pasó mucho tiempo antes de sentir que el Misisipi era su hogar. La mayoría mienten.

Al caer la noche, mientras los más pequeños las acompañan a su habitación, los mayores salen al jardín y miran el cielo ensombrecido. El viento ulula, los frenéticos mosquitos les pican en los párpados y una ráfaga los obliga a cerrar los ojos. En la oscuridad, los niños recuerdan los inquietantes ruidos que a veces los despiertan por la noche, la voz amenazadora de la colonia, esos sonidos que nunca consiguen identificar. Y, entonces, se preguntan: ¿de verdad ha cambiado Luisiana? ¿Cambiará algún día?

Nota de la autora

Como toda novela histórica, este libro es una obra de ficción. No obstante, para poder imaginar de la forma más fiel posible las vidas que podrían haber tenido estas mujeres, estuve varios años recabando información. Esta novela no existiría sin los valiosos libros que se convirtieron en mis compañeros de viaje. Encontré la mayor parte de los datos relacionados con la Luisiana francesa del siglo XVIII en las memorias de colonos franceses como Antoine-Simon Le Page du Pratz (los tres tomos de su *Histoire de la Louisiane*), Jean-François-Benjamin Dumont de Montigny (*Regards sur le monde atlantique 1715-1747*), Marc-Antoine Caillot (*Relation du Voyage de la Louisiane ou Nouvelle-France fait par Sr. Caillot en l'année 1729*) o Lamothe Cadillac y Pierre Liette (*The Western Country in the 17th Century: The Memoirs of Lamothe Cadillac and Pierre Liette*).

Para la primera parte del libro, visité el hospital de la Salpêtrière, en el que sigue alzándose el edificio de la Grande Force; una placa conmemora la partida de las «hijas del rey» hacia Canadá, pero ninguna recuerda el viaje de las mujeres enviadas a Luisiana a bordo de barcos como *La Baleine*, *La Mutine* o *Les Deux Frères*. Uno de los primeros grupos de mujeres partió en 1704 a bordo de *Le Pélican*. El pelícano, símbolo de Luisiana, un estado conocido como el «Pelican State», es un ave gregaria que caza, emigra y anida en colonias.

También consulté los archivos de la Assistance Publique-Hôpitaux de Paris (APHP). Las siguientes obras me resultaron indispensables para escribir sobre la Salpêtrière y París: *Femmes opprimées à la Salpêtrière de Paris: 1656-1791,* de Jean-Pierre Carrez; *La Salpêtrière: son histoire de 1656 à 1790, ses origines et son fonctionnement au xviiie siècle*, de Louis Bouchet; *Nouvelle description de la ville de Paris, et de tout ce qu'elle contient de plus remarquable*, de Germain Brice y *Almanach de Paris des origines à 1788*, de Michel Fleury y Jean Julard. Aunque en la novela lo llamo así, el patio Lassay no recibió ese nombre hasta 1756. Los dos textos siguientes me proporcionaron datos muy útiles para escribir desde el punto de vista de unas mujeres nacidas en Francia a finales del siglo XVII o principios del XVIII: *Être veuve sous l'Ancien Régime*, de Scarlett Beauvalet-Boutouyrie, y el artículo «Le vécu de la grossesse aux XVIIIe et XIXe siècles en France», de Emmanuelle Berthiaud, publicado en *Histoire, médecine et santé*. Por necesidades del relato, Marguerite Pancatelin pasa cincuenta y seis años trabajando en la Salpêtrière en lugar de cincuenta y cuatro. En el capítulo 7, todas las recetas de Marthe proceden de *Les secrets du Grand Albert: comprenant les influences des astres, les vertus magiques des végétaux, minéraux et animaux*. En el capítulo 10, los remedios de Utu'wv Ecoko'nesel provienen de las descripciones de recetas natchez de *Le Page du Pratz*, de la página web *Native American Ethnobotany Database*, de los libros *Plants Used as Curatives by Certain Southeastern Tribes*, de Lyda Averill Paz Taylor, y *Religious Beliefs and Medical Practices of the Creek Indians*, de John R. Swanton.

Para facilitar la lectura, llamo «Natchez» al asentamiento francés próximo a los poblados natchez, en lugar de «aux Natchez» o «au poste des Natchez», como lo llamaban los colonos en la época. De la misma manera, Pétronille y Utu'wv Ecoko'nesel hablan en francés en la novela, aunque, en realidad, los colonos y los natchez (como varios pueblos autóctonos en esa época) utilizaban la jerga de Mobile para comunicarse. En la novela, la ciudad de Nueva Biloxi se llama simplemente «Biloxi». Una legua equivale a cuatro kilómetros, aproximadamente.

Agradecimientos

Este libro es, ante todo, una aventura colectiva: ocho años de escritura e investigación, acompañada de brillantes expertos/as.

Quiero dar las gracias de todo corazón al difunto Randall Ladnier, descendiente de una de las mujeres que viajaron a bordo de *La Baleine*. Todo empezó con el correo electrónico que le envié una tarde de otoño de 2016. Su libro, *The Brides of La Baleine*, fue mi primer contacto con la historia de esas mujeres.

En 2017, gracias a la beca President's Commission on the Status of Women de la Universidad Estatal de Oregón, tuve la oportunidad de viajar a Nueva Orleans, donde pude visitar el convento de las ursulinas y consultar los archivos de la Historic New Orleans Collection, además de las colecciones especiales de la Universidad Tulane. No habría podido escribir el capítulo 9 sin el relato de sor Marie-Madeleine Hachard, *Relation du voyage des dames religieuses ursulines de Rouen à La Nouvelle-Orléans*, y el libro de Emily Clark, *Masterless Mistresses: The New Orleans Ursulines and The Development of a New World Society, 1727-1834*.

Estoy infinitamente agradecida a Hutke Fields, jefe de la nación natchez. No tengo palabras para expresar mi gratitud por el tiempo y el apoyo que me prestó durante nuestros años de correspondencia; por los recursos sobre los natchez que me

aconsejó consultar, entre otros, Natchez Indigital y el diccionario natchez de libre acceso en www.natcheznation; por toda su ayuda a la hora de elegir los nombres de los personajes natchez, y por sus generosos comentarios tras leer mi manuscrito. Como recalcó Hutke Fields, después de 1731 el pueblo natchez siguió luchando contra los colonos y encontrando refugio y apoyo en naciones aliadas de todo el sudeste de los actuales Estados Unidos, donde sus descendientes viven hoy en día.

Un enorme «gracias» a Gilles Havard, historiador especializado en las relaciones entre europeos e indígenas, director de investigación en el CNRS y autor de *Le Grand Soleil et la mort, anthropologie du coup natchez de 1729*, cuyas sugerencias me permitieron pulir los capítulos en los que aparecen personajes natchez.

Gracias a la doctora Ibrahima Seck, del Museo de la Plantación Whitney, que tuvo la amabilidad de enviarme su libro *Bouki Fait Gombo: A History of the Slave Community of Habitation Haydel (Whitney Plantation) Louisiana 1750-1860*, y recomendarme la lectura de *The Yoruba Diaspora in the Atlantic World*, de Toyin Falola y Matt D. Childs. La obra de Oyeronke Olajubu, *Women in the Yoruba Religious Sphere*, y la *Louisiana Slave Database*, de Gwendolyn Midlo Hall, fueron claves para crear los personajes de Iyawa (Belle), Latorin (Alexandre) y Obe (Constantin).

Estoy muy agradecida a la doctora Stefania Capone, directora de investigación en el CNRS y autora de *Les Yoruba du Nouveau Monde*, por sus respuestas a preguntas sobre la cultura y la religión yoruba. Gracias al doctor Jacob Kẹhinde Olupọna, profesor de la Universidad de Harvard y especialista en las tradiciones religiosas, que aceptó leer pasajes de este libro.

Gracias igualmente a Ariel A. Vincent por su atenta lectura y sus comentarios precisos.

Quiero expresar mi gratitud a la Fondation Belem y el teniente Gabriel Maumené, que me ofreció una visita guiada a *Le Belem*, el último velero de tres mástiles francés, mientras estaba fondeado en El Havre. No habría podido soñar con un cicerone más paciente y sabio para responder a mis preguntas sobre sextantes, cabrestantes y otras particularidades marítimas, o para echar un vistazo al tercer y cuarto capítulos de este libro.

Mil gracias a Léa Surrel y Éric Rieth, que me ayudaron a explorar el archivo del Museo Nacional de la Marina y me enseñaron todo lo que sé sobre los filibotes del siglo XVIII.

Todo mi agradecimiento a Joan DeJean, cuya obra *Mutinous Women: How French Convicts Became Founding Mothers of the Gulf Coast* me proporcionó información crucial mientras pulía las últimas versiones de este texto en 2022. En especial, su libro me permitió construir en parte el personaje de Marie Cléry, cuyo pasado en Francia está basado en la vida de Marie Baron, que fue realmente detenida bajo la acusación, errónea, de haber robado una cinta en París. Gracias a Joan por tomarse la molestia de leer mi novela e iluminarme sobre los destinos de todas esas mujeres enviadas al Misisipi a principios del siglo XVIII.

En la primavera de 2019, la Fondation des Treilles me proporcionó el tiempo y el espacio que necesitaba para rehacer una de las numerosas versiones de esta novela. Nunca olvidaré esas dos semanas de escritura en su suntuosa propiedad del sur de Francia. En el verano de 2022, tuve la suerte de ser uno/a de los/as residentes/as de Vil·la Joana, en Barcelona; gracias de nuevo por

aquella increíble estancia durante la que pude seguir escribiendo la versión francesa de esta novela.

Agradezco infinitamente a mis editoras francesas, Raphaëlle Liebaert y Léa Marty, y a todo el equipo de la editorial Stock su apoyo, su confianza, sus valiosos comentarios y su acompañamiento mientras esta historia se reinventaba en otra lengua.

Mil gracias a mi editora estadounidense, Millicent Bennett, a mi editora británica, Frances Edwards, y a los equipos de las editoriales HarperCollins y Headline, por su constante aliento, sus sabios consejos y su formidable *feedback* de un lado a otro del Atlántico.

No tengo palabras para expresar mi gratitud a mi agente, la increíble Sandra Pareja, que creyó en este libro cuando yo estaba a punto de tirar la toalla: gracias por los miles de horas pasadas conmigo en el barro de Luisiana de 1720, por sus sugerencias, tan pertinentes que me alentaban a reescribir esos capítulos por decimoquinta vez y por su contagioso entusiasmo, que ha hecho viajar este libro por el mundo entero.

Gracias a las editoras y editores extranjeros que creyeron en esta historia y le ofrecieron nuevos hogares allende las fronteras.

Toda mi gratitud para las primeras lectoras de este libro. Sam, que me hizo vivir lo que necesitaba para escribirlo y cuyas indulgentes y rigurosas observaciones alimentaron más de una versión de esta novela. Mackenzie y Sarah, sin las que *Luisiana* no existiría. Suzanne, que leyó con entusiasmo cada nuevo capítulo durante la primera ola de la pandemia y me insufló la energía que necesitaba para reimaginar mi cuarto manuscrito.

A mis amigos/as anglófonos/as, que me apoyaron en todo momento y corrigieron pacientemente varios capítulos: Megan,

Isabelle, Al, Gabriel, Mark, Andy, Morgane, Armelle, Cate, Peter, Steven.

A mis amigos/as franceses, que leyeron pasajes de la novela en las dos lenguas: May, Anoushka, Martin, Pierre-Yves, Karine. A todos/as los/as que me oyeron hablar de una versión y luego de otra, y que me respaldaron y me repitieron durante todos esos años que tenían ganas de leer el libro: Cécilia, Élise, Julie, Antoine, Thara, Astrid, Yazid, Hélo, Camille, Louis, Pierre, Alex, Marina, Ignacio, August, Morgan, y a todos aquellos/as a quienes tengo la suerte de contar entre mis amigos/as.

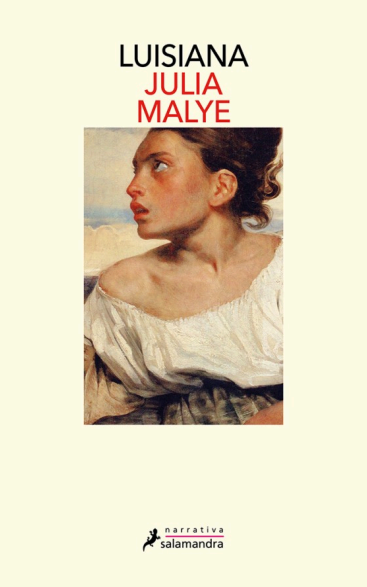
A mis colegas escritores de Oregón, mi familia literaria a orillas del Pacífico.

A mi mentor y profesor de escritura Kevin Moffett, que me descubrió en California que enseñar y aprender a escribir era posible.

A mis profesores/as del programa de escritura de la Universidad Estatal de Oregón, cuyos sabios consejos me acompañan en cada nuevo texto que escribo: Marjorie Sandor, Susan Jackson Rodgers, Nick Dybek, Keith Scribner.

Jamás podría dar las gracias suficientes a toda mi familia y, sobre todo, a mi madre, mi padre y mi hermano. Sin su apoyo, sus comentarios y su amor no habría podido escribir este libro.

Una saga arrolladora sobre la amistad y el deseo femeninos en la Luisiana del siglo XVIII



Inspirada en hechos reales, *Luisiana*, éxito de ventas en Francia y fenómeno internacional traducido a más de veinte idiomas, es una saga irresistible que aborda la conmovedora y épica historia de noventa jóvenes que en el siglo XVIII fueron enviadas desde Francia hacia Luisiana a través de un azaroso viaje.

París, 1720. Marguerite Pancatelin, superiora del hospital de la Salpêtrière, se enfrenta a una terrible decisión: debe seleccionar a noventa reclusas e internas en edad fértil que habrán de embarcarse en el velero La Baleine hacia las lejanas e inhóspitas tierras de Luisiana, donde se las obligará a casarse con colonos franceses. Aunque la Salpêtrière es conocida por albergar a locos o a criminales, en realidad resguarda sobre todo a jóvenes que han

desafiado las normas sociales. Entre ellas se encuentran Geneviève, rebelde y encantadora, encerrada por haber ayudado a varias chicas a abortar; Pétronille, hija de una familia aristocrática arruinada, enviada allí por su comportamiento excéntrico; y Charlotte, una huérfana de doce años que nunca ha salido del hospital. Sin voz ni voto para decidir su futuro, emprenden una fascinante aventura por tierra y mar que las llevará a descubrir la fuerza arrolladora de la naturaleza, la sabiduría ancestral de las culturas autóctonas y el sanador e inquebrantable poder de los vínculos afectivos.

Dotada de una asombrosa profundidad y emoción, *Luisiana* es no sólo un poderoso relato sobre la amistad y la búsqueda de identidad de unas heroínas inolvidables movidas por un fabuloso deseo de amor y vida, sino también un retrato cautivador de una época y unos escenarios llenos de encanto y misterio.

La crítica ha dicho:

«Me fascina este libro. Es conmovedor, lo tiene todo: una gran historia, una celebración de la complicidad y el amor entre mujeres, paisajes, atmósferas, profundidad y una prosa trabajada.»
Pilar Quintana

«Una novela histórica absolutamente deslumbrante.»
Le Monde

«Un *tour de force* literario.»
Le Figaro Littéraire

«Este libro no lo lees, lo vives. Un viaje perdurable.»

Livres Hebdo

«Es tanto una increíble proeza de investigación como una audaz obra de ficción.»
Elle

«Una gran novela de aventuras y amistad.»
Le Point

«Uno de los fenómenos de esta rentrée.»
Le Parisien

«Épica y llena de matices. [...] Una sólida y emotiva narración sobre tres mujeres que encuentran la manera de sobrevivir contra todo pronóstico.»
Publishers Weekly

«Un relato histórico vívido y detallado de las brutales y feroces condiciones que soportaron los colonos del territorio de Luisiana.»
Library Journal

«Un logro maravilloso.»
Jess Walter

«Entrar en la obra de Julia Malye es dejarse llevar por completo. […] Un auténtico regalo.»
M. O. Walsh

Julia Malye (París, 1994), licenciada en Ciencias Sociales y Literatura Moderna por Sciences Po y la Sorbona, y máster en Escritura Creativa por la Universidad Estatal de Oregón, es traductora y enseña escritura de ficción en Sciences Po. Autora precoz, publicó su ópera prima, *La fiancée de Tocqueville*, a los quince años. Su cuarta novela, *Luisiana*, escrita en paralelo en francés e inglés, se ha convertido en un éxito de ventas en Francia, se halla en curso de traducción a más de veinte idiomas y está previsto que se adapte como serie de televisión.



Título original: *La Louisiane*

Primera edición: junio de 2025

© 2022, Julia Malye
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, José Antonio Soriano Marco, por la traducción
© Aurélie Boissière, por el mapa

Ilustración de la cubierta: © Eugène Delacroix,
Huérfana en el cementerio, Museo del Louvre, París
Photo © Photo Josse/Bridgeman Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19346-14-8

Compuesto en: Comptex & Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: @penguinlibros
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros
TikTok: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Luisiana

Primera parte

1. Marguerite. *París, marzo de 1720*
2. Geneviève. *París, julio de 1720*
3. Pétronille. *Lorient, octubre de 1720*
4. Charlotte. *Atlántico, noviembre de 1720*

Segunda parte

5. Geneviève. *Biloxi, febrero de 1721*
6. Pétronille. *Fort Rosalie/Natchez, agosto de 1721*
7. Charlotte. *Nueva Orleans, abril de 1723*
8. Geneviève. *Territorio de los illinois, mayo de 1726*

Tercera parte

9. Charlotte. *Nueva Orleans, noviembre de 1727*
10. Utu'wv Ecoko'nesel. *El Gran Poblado/Natchez, agosto de 1729*
11. Pétronille. *Nueva Orleans, enero de 1731*
12. Geneviève. *Nueva Orleans, junio de 1734*

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Julia Malye

Créditos